



EL CAMBIO DE PAISAJE Y LA AGROECOLOGÍA COMO ALTERNATIVA A LA CRISIS AMBIENTAL CONTEMPORÁNEA

ISBN 978-958-651-580-1

eISBN 978-958-651-582-5

EDITORIA-COMPILADORA

Julialba Ángel Osorio

GRUPO DE INVESTIGACIÓN

Tecnogénesis

INVESTIGADORES

Libia Esperanza Nieto Gómez
Reinaldo Giraldo Díaz
Jorge Luis Vallejo

Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD) 2016

EL CAMBIO DE PAISAJE Y LA AGROECOLOGÍA COMO ALTERNATIVA A LA CRISIS AMBIENTAL CONTEMPORÁNEA

ISBN 978-958-651-580-1 e-ISBN 978-958-651-582-5

EDITORIA-COMPILADORA

Julialba Ángel Osorio

GRUPO DE INVESTIGACIÓN

Tecnogénesis

Libia Esperanza Nieto Gómez

Reinaldo Giraldo Díaz

Jorge Luis Vallejo

Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD)

Escuela de Ciencias Agrícolas, Pecuarias

y del Medio Ambiente (ECAPMA)

Línea de Investigación: Desarrollo rural

2015

EL CAMBIO DE PAISAJE Y LA AGROECOLOGÍA COMO ALTERNATIVA A LA CRISIS AMBIENTAL CONTEMPORÁNEA

GRUPO DE INVESTIGACIÓN

Tecnogénesis

Libia Esperanza Nieto Gómez

Reinaldo Giraldo Díaz

Jorge Luis Vallejo

Colección: Desarrollo rural

Serie: Discursos y prácticas del desarrollo

Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD)
Escuela de Ciencias Agrícolas, Pecuarias
y del Medio Ambiente (ECAPMA)

Línea de Investigación: Desarrollo rural

UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA

Rector

Jaime Alberto Leal Afanador.

Vicerrectora Académica y de Investigación

Constanza Abadía García.

Vicerrector de Medios y Mediaciones Pedagógicas

Leonardo Yunda Perlaza.

Vicerrector de Desarrollo Regional y Proyección Comunitaria

Edgar Guillermo Rodríguez Díaz.

Vicerrectora de Servicios a Aspirantes, Estudiantes y Egresados

Martha Lucía Duque Ramírez.

Vicerrector de Relaciones Internacionales

Luigi Humberto López Guzmán.

Decana Escuela de Ciencias Agrícolas, Pecuarias
y del Medio Ambiente

Julialba Ángel Osorio.

Decano Escuela de Ciencias Básicas, Tecnología e Ingeniería

Claudio Camilo González Clavijo.

Decana Escuela de Ciencias de la Educación

Clara Esperanza Pedraza Goyeneche.

Decana Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades
Sandra Milena Morales Mantilla.

Decano Escuela de Ciencias Administrativas, Económicas, Contables y
de Negocios
Gonzalo Eduardo Jiménez Bermúdez.

Decano Escuela de Ciencias de la Salud
Leonardo Yunda Perlaza.

Líder Nacional del Sistema de Gestión de la Investigación
Julialba Ángel Osorio.

Líder de Investigación de Escuela de Ciencias de la Educación
Román Santiago Artunduaga Narvaez.

Líder de Investigación de Escuela de Ciencias Sociales, Artes
y Humanidades
José Alexander Herrera Contreras.

Líder de Investigación de Escuela de Ciencias Administrativas, Conta-
bles, Económicas y de Negocios
Mirian Solano Quintero.

Líder de Investigación de Escuela de Ciencias Agrícolas, Pecuarias
y del Medio Ambiente
Jorge Eduardo Atuesta Bustos.

Líder de Investigación de Escuela de Ciencias Básicas,
Tecnología e Ingeniería
Gabriela Inés Leguizamón Sierra.

Líder de Investigación de Escuela de Ciencias de la Salud
Greizy López Leal.

INVESTIGADORES

Libia Esperanza Nieto Gómez

Reinaldo Giraldo Díaz

Jorge Luis Vallejo

Diseño y Diagramación

Hernán Vásquez Giraldo

Imagen Portada: Gustavo Ferri / istockphoto.com / 17329352

Imagen interior: subinpumsom / istockphoto.com / 48996870

Universidad Nacional Abierta y a Distancia

Bogotá, D.C. Colombia 2015

www.unad.edu.co

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons – Atribución – No comercial – Sin Derivar 4.0 internacional. https://co.creativecommons.org/?page_id=13.



Índice

INTRODUCCIÓN	11
PRIMERA PARTE	15
CRISIS AMBIENTAL COMO CRISIS DE CIVILIZACIÓN	
CAPÍTULO 1	17
UNA SALIDA ÉTICA A LA CRISIS AMBIENTAL CONTEMPORÁNEA	
Metodología	18
Problematización de la relación naturaleza-cultura	18
Crisis ambiental	21
La ética como salida a la crisis de la civilización	28
In-conclusión	32
Literatura citada	32
SEGUNDA PARTE	35
EL CAMBIO DE PAISAJE	
CAPÍTULO 2	37
CONFIGURACIÓN DEL PAISAJE DEL VALLE DEL CAUCA, COLOMBIA, 1950-1975.	
Escenario natural	39

Configuración inicial del paisaje por el hombre	40
La alimentación y el cambio de paisaje	42
Paisaje modelado por el agua	46
Colonización y transformación	48
Modernización e industrialización	51
In-conclusión	56
Literatura citada	58
CAPÍTULO 3	61
HUELLAS DESTRUCTIVAS DE LA AGRICULTURA COMERCIAL EN EL PAISAJE DEL VALLE DEL CAUCA, COLOMBIA, 1950-1975.	
Metodología	62
Recorrido literario por el paisaje y las formas de vida características del siglo XIX	62
Proceso de especialización en la producción de caña de azúcar	64
Implementación de agricultura comercial y alteración del paisaje	71
In-Conclusión	83
Literatura citada	83

TERCERA PARTE:	87
ALTERNATIVAS DE RE-EXISTENCIA	
CAPÍTULO 4	89
RECONFIGURACIÓN DEL PAISAJE Y AGROECOLOGÍA EN EL VALLE DEL CAUCA, 1850-2010	
Metodología:	90
Contexto histórico, económico y político	91
Períodos de análisis	98
Primer período (1850-1890) privatización de la propiedad de la tierra	98
Segundo período (1890-1930) transformación de haciendas en ingenios azucareros	101
Tercer período (1930-1950) inicio del proceso de industrialización	102
Cuarto período (1950-1975) modelo de la revolución verde	103
Quinto período (1976-1993) homogenización del paisaje vallecaucano	106
Agroecología y desarrollo rural para el siglo XXI	108
In-Conclusión	110
Literatura citada	111

CAPÍTULO 5	115
LA HUELGA DE CORTEROS DE CAÑA DE 2008 EN LA AGROINDUSTRIA DE LA CAÑA DE AZÚCAR.	
Introduccion	115
El entoque teórico y el objeto de investigación	116
Aspectos estructurales y la coyuntura nacional e internacional	118
La explotacion y dominacion socio-laboral	125
Las alianzas sociales y politicas y las modalidades de accion	149
La actuacion de los empresarios y sus aliados (el gobierno nacional, el Estado colombiano, los gremios, los sindicatos de empresa)	170
El proceso organizativo de los trabajadores	179
Las otras fuentes del poder social de los trabajadores	183
Conclusiones	186
Literatura citada	188

INTRODUCCIÓN

El Grupo de Investigación Tecnogénesis de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD, ha venido reflexionando sobre el cambio de paisaje en el valle geográfico del río Cauca y problematizando las profundas transformaciones de este paisaje en el contexto y a la luz de la crisis ambiental y civilizatoria contemporánea. Este ejercicio, indaga cómo se puede superar esta crisis ambiental y cómo se puede reconfigurar este paisaje. Se encuentran alternativas que están en marcha desde América Latina, como es el caso de la ciencia agroecológica, entendiendo ciencia en un sentido amplio que se halla en su raíz griega como “episteme”, es decir, como saber que no sólo se supedita a los cánones de la ciencia moderna sino también los saberes populares, los saberes ancestrales, los saberes de la gente que milenariamente practica la agroecología.

En este libro se muestran resultados de investigaciones que se han ido madurando al interior del grupo, perspectivas que han sido ensayadas, que han sido presentadas a la comunidad académica y a la sociedad a través de artículos de investigación en revistas científicas, los cuales han recibido realimentación de lectores, investigadores y académicos en Colombia y en el mundo. Con esta publicación se da respuesta a inquietudes planteadas en las investigaciones, se hace énfasis en algunos conceptos, se amplían horizontes de análisis, referentes teóricos, fuentes bibliográficas y se reúne en una única publicación que circula en versión impresa y on-line, a través del Open Journal System (OJS) implementado por la Universidad Nacional Abierta y a Distancia en 2015. Igualmente, en el libro se muestran estudios más recientes desarrollados por el Grupo de Investigación.

En la primera parte de este libro, se reflexiona sobre la crisis ambiental contemporánea, la cual inscriben los autores en el contexto de dos problemas que padece la humanidad actualmente: por un lado la búsqueda imparable del crecimiento económico y por otro la crisis ecológica. Observan que la crisis ambiental contemporánea hace parte de una crisis civilizatoria con la que se confronta la humanidad en su conjunto y que la salida a esta crisis no es de naturaleza jurídica ni tampoco de orden científico o tecnológico, sino que es de naturaleza ético-política, es decir, de las formas y las maneras del hombre conducirse y afirmarse en el mundo.

El capítulo concluye afirmando que la respuesta a la crisis de modernidad es ético-política ya que se requiere con urgencia la creación de nuevas formas de subjetividad humana que permitan, bajo una égida distinta a la del sojuzgamiento de la naturaleza por valorizar el capital, establecer modos alternativos de morar en y cultivar el mundo.

La segunda parte del libro analiza el cambio del paisaje del valle geográfico del río Cauca tomando como punto de partida una reconstrucción del paisaje en la percepción que de él tuvieron los autores vernáculos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Luego, se muestra cómo la adopción de un modelo económico basado en el monocultivo de la caña de azúcar ha ido configurando la exuberancia de ese paisaje transformándolo en un erial.

La tercera parte del libro plantea una lectura de la transformación del paisaje del valle geográfico del río Cauca en cinco períodos que permiten evidenciar la degradación progresiva del paisaje impulsada por la modernización agraria y la adopción de modelos de desarrollo basados únicamente en el crecimiento económico. Concluye esta parte del libro sosteniendo que la agroecología, como forma de vida y alternativa al modelo industrial de producción de alimentos, permite la reconfiguración del paisaje vallecaucano. En el último capítulo, denominado “La huelga de corteros de caña de 2008 en la agroindustria de la caña de azúcar. Aspectos estructurales y coyuntura nacional e internacional, explotación socio-laboral, modalidades de acción y alianzas sociales y políticas, y poder social de los trabajadores” el lector no va a encontrar un estudio común y corriente sobre un paro o una huelga. Hallará planteada la cuestión en perspectiva histórica, ideológica y política, no sólo a nivel local y nacional sino teniendo en cuenta los avatares internacionales y las relaciones de poder que prevalecen como contexto. De allí que el capítulo sea rico en descripciones de la huelga, en testimonios de los afectados, en las miradas de académicos y actores sociales, y, también, analice críticamente las perspectivas planteadas por las élites locales y nacionales y por la prensa local y nacional. Es un estudio que aunque muestra los efectos políticos, sociales y económicos a nivel local y nacional, enfatiza y se ocupa de las vivencias, de la filigrana de las confrontaciones de los corteros de caña con el agronegocio azucarero.

Libia Esperanza Nieto Gómez

Ingeniera Agrícola, Especialista en Recursos Hidráulicos, Universidad Nacional de Colombia – sede Bogotá.

Docente Investigadora Universidad Nacional Abierta y a Distancia -UNAD, Bogotá - Colombia

libia.nieto@unad.edu.co

Jorge Luis Vallejo

Sociólogo, Universidad del Valle. Investigador del Grupo de Investigación Ignacio Torres Giraldo avalado por la Universidad Libre Seccional Cali y la Universidad Nacional Abierta y a Distancia –UNAD

jorgevallejo86@yahoo.es

Reinaldo Giraldo Díaz

Doctor en Filosofía, Universidad de Antioquia, Colombia. Magíster en Filosofía, Universidad del Valle, Colombia.

Ingeniero Agrónomo, Universidad Nacional de Colombia. Docente Investigador Universidad Nacional Abierta y a Distancia -UNAD, Palmira - Colombia

reinaldo.giraldo@unad.edu.co

Nota aclaratoria

Este libro corresponde a la culminación-apertura de una serie de publicaciones en torno al cambio del paisaje en el valle geográfico del río Cauca. A continuación, se listan las publicaciones que le anteceden y que en algunos casos son versiones previas a los capítulos aquí publicados

Giraldo Díaz, Reinaldo, Quiceno Martínez, Álvaro & Valencia Trujillo, Francis Lilibiana. Una salida ética a la crisis ambiental contemporánea. En: *Entramado*, Vol.7 No. 1, 2011 (Enero - Junio), 148-158. Disponible en: <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&uact=8&ved=0ahUKEwiTujHt7e3LAhXDqx4KHSIECiYQFggdMAA&url=http%3A%2F%2Fwww.scielo.org.co%2Fpdf%2Fentra%2Fv7n1%2Fv7n1a10.pdf&usg=AFQjCNFvnOnWZOJE9Ks8Lw2YOLX9WCQfWA>

Giraldo, R., Quiceno, Á. y Valencia, F. (2010). Política pública ambiental y ambiente en el Valle del Cauca, 1991-2010. *Entramado*, 6(2), 148-156.

Giraldo Díaz, Reinaldo (2010b). Huellas destructivas de la agricultura comercial en el paisaje del Valle del Cauca, Colombia, 1950-1975. *Entramado*, 6(1), 140-156. Disponible en: <http://www.redalyc.org/html/2654/265419646009/>

Giraldo Díaz, Reinaldo (2010a). El cambio del paisaje del Valle del Cauca, Colombia, 1870-1950. Sociedad Española de Historia Agraria - Documentos de Trabajo. DT-SEHA n. 10-07. Recuperado de <http://repositori.uji.es/xmlui/bitstream/handle/10234/16593/DT%20Reinaldo%20Giraldo.pdf?sequence=1>

Giraldo Díaz, Reinaldo (2014). RECONFIGURACIÓN DEL PAISAJE Y AGROECOLOGÍA EN EL VALLE DEL CAUCA, 1850-2010. En: *Luna Azul* ISSN 1909-2474 No. 38, enero - junio 2014. Disponible en: https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=2&ved=0ahUKEwjTv9PQ7O3LAhWMmh4KHZbHAikQFggIMAE&url=http%3A%2F%2Fwww.scielo.org.co%2Fpdf%2Ffluaz%2Fn38%2Fn38a15.pdf&usg=AFQjCNFuTAytiqm3mxT9dZp3VXptPC_9GA&cad=rja

PRIMERA PARTE

CRISIS AMBIENTAL COMO CRISIS DE CIVILIZACIÓN



CAPÍTULO I

UNA SALIDA ÉTICA A LA CRISIS AMBIENTAL CONTEMPORÁNEA

La ciudad es una de las cosas que existen por naturaleza, y el hombre es por naturaleza un animal político; y resulta también que quien por naturaleza y no por casos de fortuna carece de ciudad, está por debajo o por encima de lo que es el hombre (...), el hombre es entre los animales el único que tiene palabra, la palabra está para hacer patente lo provechoso y lo nocivo, lo mismo que lo justo y lo injusto; y lo propio del hombre con respecto a los demás animales es que él solo tiene la percepción de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, de otras cualidades semejantes, y la participación común en estas percepciones es lo que constituye la familia y la ciudad.

ARISTOTELES

Este capítulo se divide en cuatro partes. Primero, se presenta la problematización, desde la filosofía, la antropología política y la antropología filosófica, de la compleja relación hombre-naturaleza. Segundo, se analiza la visión antropocéntrica y productivista de la naturaleza, inherente a la modernidad con el fin de mostrar que la crisis ambiental consiste en un problema de la civilización actual en sus aspectos cultural, social, político, filosófico, ético, científico, técnico y económico, pues, su criterio privilegiado de racionalidad es la tasa de ganancia, el crecimiento económico y la valorización de capital, lo que lleva a la destrucción progresiva de la naturaleza. En el tercer acápite se analizan las salidas (ético-políticas) propuestas por diferentes autores a esta crisis ambiental contemporánea. En la cuarta parte, se in-concluye que la salida a la problemática ambiental no es de naturaleza jurídica ni tampoco de orden científico o tecnológico, sino que es de naturaleza ético-política, es decir, de las formas y las maneras del hombre conducirse y afirmarse en el mundo.

Metodología

Para el propósito de éste capítulo se adoptó la revisión bibliográfica, es decir, la *revisión* de documentos, informes, libros, revistas, sobre el tema considerado. Una versión ampliada de la metodología se puede encontrar en Giraldo, Quiceno y Valencia (2010).

Problematización de la relación naturaleza-cultura.

Para José Lorite Mena en el pensamiento de Aristóteles se presentan tres dimensiones que encierran en su interior al hecho humano: la relación entre *physis* y condición social organizada del hombre (*nomos*), el bipedismo y el deseo de saber (Lorite, 1992: 264).

La problemática hacia la que se orienta el presente escrito es la de las relaciones *physis-nomos*, pues, esta perspectiva, ante la cual Aristóteles nos enfrenta, permite mostrar que el hombre es por naturaleza *innatural*, esto es, un ser cultural y en condiciones históricamente determinadas. Por tanto, se pueden analizar los aspectos relacionados con la problematización del hombre frente a la naturaleza, situación que desde el punto de vista filosófico e histórico puede distinguirse desde los trabajos de Descartes y Bacon.

La organización social es *physis* porque depende de su propia dinámica, de sus propias leyes en cuanto ser orgánico: “la polis griega es, para Aristóteles, el resultado de un proceso natural en el hombre” (Lorite, 1992: 264-265). Sin embargo, también es anti-*physis*, contraria a la naturaleza: “el dilema de las relaciones entre *physis* y *nomos* o entre naturaleza y cultura constituye, básicamente, un problema de perspectiva” (Lorite, 1992: 272). Aristóteles, según Lorite, llega hasta el origen donde se entrelazan la dimensión biológica y la necesidad de un orden social específico (el *logos*). Lo *político* se entrelaza con lo biológico, porque lo biológico, cuando es humano, es *político* (Lorite, 1992: 265). El hombre se *separa* de la naturaleza e instaura un estado de *inacabamiento definitivo*, de constante aprendizaje, pues, para percibir la naturaleza, alcanzarla, necesita de la reflexión y la técnica, instrumentos específicamente humanos.

Esta *separación* del hombre de la naturaleza consiste en la *emergencia de una nueva forma ontológica*, es decir, de un nuevo *eidos* y de un nuevo nivel y modo de ser

(Castoriadis, 1997: 191) en los que la sociedad humana establece normas por la institución que encarna significaciones, y, su modo de ser y conservación no tiene ningún substrato biológico específico, ni responde a *funciones, adaptaciones, aprendizajes o problemas por resolver* (Castoriadis, 1997: 238).

La polaridad *physis nomos* suscita aporías en los asuntos humanos que se pueden, según Castoriadis, transar así: hay una *physis* del hombre, propia al hombre, que no coincide con ninguna norma ni, como tal, permite *deducir o fundar* normas; sin embargo, pertenece a esta *physis* del hombre la posibilidad de crear normas y significaciones, “la única «norma» consustancial a la *physis* del hombre es que éste no puede dejar de establecer las normas. La sociedad es humana y no una *pseudo sociedad animal*” (Castoriadis, 1997: 238). Esta perspectiva permite decir que el hombre es un ser que pertenece a la naturaleza pero se instala en los límites entre la naturaleza y otro reino: el hombre ya no es un ser en sí, es un devenir; no un ser sino la prefiguración de un ser: el animal que no ha sido fijado todavía¹.

El hombre es, pues, naturaleza humanizada por la cultura; a su vez, la naturaleza es humanizada por la cultura. Sobre esta particularidad del hombre en el mundo, sostiene bellamente Martin Buber: “existe en el mundo un ser que conoce un mundo como mundo, un espacio cósmico como espacio cósmico, un tiempo cósmico como tiempo cósmico, y a sí mismo como conocedor de todo esto. Lo cual no quiere decir, como se ha sostenido, que el mundo se dé “otra vez” en la conciencia del hombre sino que se da un *mundo* en el sentido nuestro, un mundo sensible unitario espacio-temporal, gracias al hombre, porque sólo la persona humana es capaz de concertar en una unidad cósmica sus propios datos sensibles con los que le suministra la especie” (Buber, 1994: 69-70).

Hegel, por su parte, sostiene que el hombre es espíritu, historia y devenir colectivo: “la historia universal es este curso evolutivo y la realización del espíritu, bajo el cambiante espectáculo de sus acontecimientos” (Hegel, 1994: 701). Desde esta perspectiva, es necesario ir hasta la existencia humana que hace posible esta historia en la que “no es el hombre como especie biológica el que está en cuestión, sino que está en el corazón mismo de la vida la emergencia de un ser que toma conciencia de esta vida, la cual es la condición de su emergencia, y, en esta toma de conciencia, creada como una nueva dimensión del ser, engendra una historia, y en esta historia hace y descubre una verdad racional” (Hyppolite, 2010: 78).

¹ El mito de Protágoras dice que cuando Prometeo y Epimeteo llegaron al hombre vieron que se les habían acabado los bienes de que disponían. Como sustitutivo Prometeo le regaló al hombre el fuego. Como la naturaleza especial del hombre consiste en algo más que esto, Zeus dio al hombre *virtud política* (Adrados, 1983: 173).

Para Marx existe unidad del hombre con la naturaleza; la creación práctica de un mundo objetivo, la elaboración de la naturaleza inorgánica no obedece a la construcción de objetos, el objeto de trabajo es la *objetivación de la vida genérica del hombre*; en el trabajo el hombre se desdobra *contemplándose asimismo en un mundo creado por él* (Marx, 1971: 45). La forma humana del producir se da como universalidad y totalidad, pues, tiene un mundo objetivo dado respecto al cual puede comportarse de manera universal y libre ya que la totalidad del ser humano es concertada como “unidad del hombre y la naturaleza a través de la objetivación práctico-histórico social” (Marcuse, 1971: 38). Dicha unidad del hombre con la naturaleza donde *la naturaleza se encuentra con la historia del hombre*, se convierte en naturaleza *humana mientras que el hombre, por su parte, es siempre naturaleza humana* (Marcuse, 1971: 28).

El hombre según Marx produce la naturaleza entera y la transforma continuamente a la par de su propia vida; la naturaleza de la vida del hombre es la historia de su mundo objetivo, de la naturaleza entera; el hombre, “no está en la naturaleza, la naturaleza no es su mundo exterior frente al cual debería despojarse de su intimidad sino que el hombre es naturaleza; la naturaleza es su *manifestación* su obra y su realidad” (Marcuse, 1971: 28).

Max Scheler, luego de dedicarse a la ética, a la fenomenología y a la sociología, reflexiona sobre la condición humana a través de la ética y del comportamiento humano (Scheler, 2002). Su muerte, a los 54 años, deja inconcluso este intento intelectual. Arnold Gehlen, Adolf Portmann, Michael Landmann, Erich Rothacher y otros son considerados por los historiadores como parte de su escuela. Para Gehlen, cuya tesis doctoral en filosofía, bajo la dirección de Hans Driesch, defendida en 1927, tuvo como título “Sobre la teoría de la posición (*Setzung*) y del saber posicional (*setzungshaften Wissens*) en Driesch”, en una de sus obras centrales: *El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo* (1941), el ser humano es un *animal deficiente*, y por tanto, necesitado de crear instituciones que le ayuden a sobrevivir (Gehlen, 1980).

El cimiento de la antropología de Gehlen es la constatación de dos grandes carencias del ser humano: unos instintos *desprogramados*, no especializados, incompletos si se los compara con los instintos de los animales superiores y la inadecuación de los órganos físicos humanos a un entorno ambiental concreto. Tales carencias concitan al hombre a construirse su propio entorno, transformando el medio que le rodea (González, 2006: 298).

Como señala González (2007) siguiendo a Gehlen, el hombre no posee coordinación hereditaria *extra-específica*, no sabe cómo reaccionar frente al mundo que lo rodea, es incapaz de vivir *naturalmente*, no posee un *entorno* particular y específico, debe *adaptarse* y *transformar* el entorno con relación a sus características orgánicas de animal precario, está *obligado* a dotarse de una familia, de una sociedad, “sólo un ser descoordinado a nivel *extra-específico* está obligado a transformar su medio, a inventar técnicas y tecnologías para así *descargar* cada una de las partes que fallan en su organismo o que él no posee simplemente” (González, 2007: 37).

Desde la perspectiva de Gehlen y González el hombre, para sentirse seguro, construye su propio mundo el cual es una segunda naturaleza protectora que le facilita la supervivencia y lo protege de las agresiones externas y del peligro real que representa para sí mismo. De allí que Gehlen defina el término *cultura* “como el mecanismo *antropobiológico* de respuesta a las innumerables carencias y desintegraciones, de las cuales el hombre padece” (González, 2007: 297).

Para Gehlen, la capacidad de la especie humana de sobrevivir tanto en los polos como en los desiertos no es producto de sus órganos fisiológicos, sino de su capacidad intelectual: el hombre pone su capacidad intelectual al servicio de su adaptación al medio, dominando la naturaleza. El instrumento primario de esta operación es la técnica, lo que la hace una especie de “segunda naturaleza”, un nuevo medio específico que el hombre ha creado por sí y para sí. La técnica alcanza la cualidad de *función orgánica vital* que lleva al hombre a arraigarse en un medio y dominarlo. Así, el universo humano es *un producto de la naturaleza misma*, porque es un producto biológico de la especie humana.

Crisis ambiental

Para subsistir el hombre necesita intervenir en la naturaleza y alterar el orden ecosistémico; la manera como se modifica el mundo es ya una forma de pensarlo en la que la técnica es la mediadora. Pierre Clastres, desde la antropología política, nos aclara esta afirmación: “todo grupo humano llega, por la fuerza a ejercer el mínimo necesario de dominación sobre el medio que ocupa. No se conoce hasta ahora ninguna sociedad que se halla establecido, salvo por presión y violencia externa, en un espacio natural imposible de dominar: o desaparece o cambia de territorio. Lo que sorprende entre los esquimales o entre los australianos, es justamente

la riqueza, la imaginación y la finura de la actividad técnica, la potencialidad de invención y de eficacia que demuestra el instrumental utilizado por estos pueblos. Basta, por lo demás, con pasearse por los museos etnográficos: el rigor de la fabricación de los instrumentos de la vida cotidiana casi hace de cada modesta herramienta una obra de arte. No hay, pues jerarquía en el campo de la técnica, no hay tecnología superior ni inferior; no puede medirse un equipamiento tecnológico sino por la capacidad de satisfacer, en un medio dado las necesidades de la sociedad” (Clastres, 1978: 167).

Como ya se mostró en el acápite anterior, de todas las especies animales el hombre es el único ser que no puede sobrevivir adaptándose al medio natural y debe transformarlo para desplegar sus posibilidades de existencia. Por tanto, debe establecer con la naturaleza un intercambio (Schmidt, 1976: 206). La técnica juega un papel muy importante en la forma como el hombre se relaciona con la naturaleza y obtiene los medios de vida; cuando Martin Heidegger pregunta por la técnica encuentra que dos enunciados responden esa pregunta; uno dice que la técnica es un medio para fines y el otro que la técnica es un hacer del hombre (Heidegger, 1985: 53). En el mundo contemporáneo, la técnica moderna como el develar disponible no es ningún simple hacer humano: el hombre está motivado a promover las energías de la naturaleza porque la técnica moderna se ocupa de suministrar energía y de convertir a la naturaleza en una gigantesca estación de servicio: “por doquier permanecemos sin libertad encadenados a la técnica si la afirmamos o negamos apasionadamente. Sin embargo nos hemos entregado de la peor manera a la técnica cuando la consideramos como algo neutral; pues esta representación, que hoy en especial se profesa con gusto, nos hace completamente ciegos frente a la esencia de la técnica” (Heidegger, 1985: 48).

En la sociedad capitalista, como afirma Herbert Marcuse, la tecnología como tal no puede ser separada del empleo que se hace de ella, pues, “la sociedad tecnológica es un sistema de dominación que opera en el concepto y la construcción de técnicas” (Marcuse, 1969: 25-26). Cuando la intervención que hace el hombre sobre el medio natural está gobernada por la ley de acumulación ampliada de capital, la creación de plusvalía, la tasa de ganancia, la necesidad de perpetuar el trabajo alienado y la explotación del hombre por el hombre, dicha intervención se torna depredadora y la técnica “un modo ya decidido de interpretación del mundo que no sólo determina los medios de transporte, la distribución de alimentos y la industria del ocio, sino toda actitud del hombre en sus posibilidades” (Heidegger, 1994: 45).

Las modernas formas de hacer presencia en el mundo convierten a la naturaleza en objeto de cálculo científico; existe la idea de que el hombre debe, mediante su ciencia y su técnica, apropiarse de la naturaleza, dominarla y ponerla a su servicio. Esta concepción tiene una historia, cuyo inicio se localiza en el Renacimiento y su formulación estricta en la época manufacturera. Por ello, resulta particularmente importante aludir a Descartes, pues éste considera fundamental la apropiación activa y práctica de la naturaleza a fin de que el hombre se erija en su amo: “Es posible llegar a la adquisición de conocimientos utilísimos para la vida y que, en lugar de la filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se puede encontrar una filosofía eminentemente práctica, por la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todo lo que nos rodea, tan distintamente como conocemos los oficios de nuestros artesanos, aplicaríamos esos conocimientos a los objetos adecuados y nos constituiríamos en señores y poseedores de la naturaleza” (Descartes, 1977: 63).

Es pues con Bacon y con Descartes que se da un giro significativo en la concepción de la naturaleza; no sin razón son llamados “profetas del nuevo mundo que empieza a desplegarse y que no se verá plenamente realizado sino siglos más tarde” (Labastida, 1976: 96). La plenitud a la que alude Labastida se refiere al hecho de que el medio para ejercer el dominio sobre la naturaleza es el del control práctico y material a través de los artefactos mecánicos, lo cual lleva al hombre a pensar que la naturaleza debe serle útil y a emprender una búsqueda de verdades de gran trascendencia y, por consiguiente, de gran utilidad (Descartes, 1996: 73).

En la sociedad contemporánea el hombre se ha erigido en amo y señor de la naturaleza y ha mantenido una encarnizada lucha por confirmar tal distinción que condujo al desarrollo sistemático del entorno vital que lo rodea y por ende, al empobrecimiento de su espíritu y de su mundo de vida: “El conocimiento de uno mismo y el conocimiento de la naturaleza no se encuentran por tanto en una especie de oposición alternativa sino que están absolutamente ligados en el sentido de que el conocimiento de la naturaleza nos revelará que no somos más que un punto cuyo único problema consiste precisamente en situarnos allí donde se encuentra y aceptar el sistema de racionalidad que le ha insertado en este lugar del mundo” (Foucault, 1990: 84).

Con Descartes se da un giro en la problemática del conocimiento en la filosofía de Occidente y se inicia el acceso a la Modernidad, pues, se invierte el eje aristotélico

del conocimiento; el ser ya no mide el conocimiento sino que el entendimiento mide el ser; esto es, la fuente del saber es la razón y no los sentidos: “Heme aquí en el punto a que quería llegar. Si puedo afirmar con pleno conocimiento que los cuerpos no son conocidos propiamente por los sentidos o por la facultad de imaginar, sino por el entendimiento; si puedo asegurar que no los conocemos en cuanto que los vemos o tocamos sino en cuanto el pensamiento los comprende o entiende bien -veo que nada es tan fácil de conocer como mi espíritu” (Descartes, 1977: 63).

Jean Paul Margot afirma que este viraje en la historia de la metafísica arroja al hombre en medio de un mundo legaliforme determinado por un Dios filosófico “que determina y sostiene tanto al mundo como al hombre (...) de ser-en-el-mundo, el hombre pasa a estar en un mundo insensato, es decir, el sujeto-para-un-mundo del que es preciso desconfiar” (Margot, 1995: 12-13). Siendo así las cosas, si el hombre no puede asegurarse el conocimiento del mundo con la experiencia inmediata, es decir, por medio de los sentidos, el hombre pasa a ser el sujeto *desde donde la verdad se origina*: “Al no poder encontrar en este nuevo mundo sin profundidad imaginaria el secreto de su naturaleza y de su destino, el hombre se vuelve hacia sí mismo a la búsqueda de las seguridades necesarias para vivir. La nueva relación del hombre con el mundo genera angustia, temor, vacilación e inseguridad. Respuesta a esta inseguridad, el mecanicismo señala el paso de una experiencia del mundo a una ciencia de la materia” (Margot, 1995: 12-13).

Es preciso, entonces, que el mecanicismo sistematice el mundo, lo reduzca a un conjunto de leyes que se deben descubrir para dominar la naturaleza. Esta filosofía práctica fundamenta el acontecimiento venidero de una naturaleza domeñada por el hombre que constantemente es mancillada para extraerle toda su fuerza y poder².

La propuesta de Descartes consiste en que la naturaleza debe ser comprendida y dominada para hacerla más disponible al hombre: se trata de la ciencia aplicada y de la técnica al servicio del hombre para aliviar su trabajo. La técnica moderna tiene como pilares las ciencias empírico analíticas y la forma capitalista de producción y, por tanto, “lo que debiera liberar gradualmente al hombre de la necesidad del trabajo material ha sido negado en la sociedad contemporánea” (Rengifo, 1990: 120).

² Para decirlo en términos de Thomas S. Kuhn se estaba asistiendo a la formación de un paradigma que intentaba hacer un mundo investigado, continuo, homogéneo y lineal. La metafísica cartesiana trazaba, pues, los lineamientos, generalizaciones, métodos y aplicaciones de las ciencias empírico analíticas. (Kuhn, 1975:173).

La ciencia y la técnica de los tiempos modernos son la realización de un proyecto histórico específico: la experimentación, transformación y organización de la naturaleza como simple material de la dominación en la sociedad capitalista. Esto hace que las ciencias y las técnicas se hallen definidas por criterios de factibilidad y rentabilidad; de suerte que el conocimiento se reduce a un obrar instrumental y “sus productos son los de la técnica y la organización y control de la sociedad con fines de mayor productividad” (Hoyos, 1978: 200). Según Habermas (1968), lo que ha ocurrido es que la aplicación de la ciencia en forma de técnicas y la retro-aplicación de los procesos técnicos a la investigación se han convertido en la sustancia del mundo del trabajo (Habermas, 1968: 120). En consecuencia, el mundo de la vida se encuentra transvalorado; lo irracional aparece como racional, lo superfluo como necesario y las ideas, aspiraciones y objetivos que trascienden el discurso de la microfísica del poder oficial son rechazados, reducidos a los valores de este universo de ideas y marginados.

La problemática ambiental contemporánea es un problema de la civilización actual en su aspecto cultural, social, político, filosófico, ético, científico, técnico y económico. Una sociedad cuyo único criterio de racionalidad es la tasa de ganancia, el crecimiento económico y la valorización de capital, lo que posibilita es la destrucción de la naturaleza como cuerpo inorgánico al enseñorearse de ella: el hombre se hizo esclavo del hombre o de su propia vileza, pues, en la medida en que la naturaleza llega a ser más bien el entorno del capital que el del hombre, sirve para fortalecer la servidumbre humana (Marcuse, 1975: 83-84). Al respecto Sevilla (2006) sostiene que la humanidad padece actualmente dos problemas que caracterizan lo que él denomina crisis de modernidad: 1) la búsqueda incuestionable del crecimiento económico y 2) la crisis ecológica.

La sociedad, afirman los autores del Manifiesto Comunista, se encuentra retrotraída a un estado de súbita barbarie; el desarrollo vertiginoso de la técnica *que se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencantado con sus conjuros* ha reducido a los hombres a simples agentes dramáticos de la producción y el consumo: “La técnica no sólo ha influido definitivamente en la transformación del mundo físico: hoy en día podemos muy bien decir que ha invadido la situación vital del hombre, colonizando los ámbitos de su reproducción simbólica. La incidencia de la técnica en nuestro mundo de la vida termina por ser tan obvia, que a la larga ni siquiera volvemos a hablar de la dimensión ética y estética, sino que sencillamente aceptamos el que el hombre dependa fundamentalmente de lo que él mismo ha creado” (Hoyos, 1989: 138-139).

Esta relación fundamentalmente técnica del hombre con el universo ha hecho, enuncia Heidegger que “en todas las esferas de la existencia el hombre (vaya) siendo cercado, cada vez más estrechamente, por las fuerzas de los aparatos técnicos y los automatismos” (Heidegger, 1994: 26). Esto ha llevado, según Edgar Morin, a una hiperespecialización y a una reducción a lo cuantificable que producen ceguera tanto en la existencia y en lo individual como en lo global y lo fundamental (Morin, 1994: 31).

Resulta, pues, importante preguntar por el hombre, ya que como lo afirma ese gran crítico de la sociedad industrial avanzada: “la mirada infalible sobre la esencia del hombre se vuelve el impulso inexorable hacia la fundación de la revolución radical: el comprender que la situación real del capitalismo no trata únicamente de una crisis económica o política sino de una catástrofe del ser humano, condena de antemano al fracaso toda simple reforma económica o política y exige obligatoriamente la absorción catastrófica del estado real mediante la revolución total. Únicamente sobre una base asegurada de esta manera, cuya fortaleza no sea amenazada por ningún argumento simplemente económico o político, puede surgir el problema de las *condiciones y de los soportes* históricos de la revolución” (Marcuse, 1971: 45).

La humanidad entró en un proyecto llamado Modernidad por los filósofos de la Ilustración en el siglo XVIII que consistió en reorganizar el Estado y la sociedad sobre una base racional que permitiera a los individuos actuar libremente. El papel que jugarían las artes y las ciencias sería el de fomentar la comprensión del hombre y del mundo; el siglo XX ha acabado con este optimismo. Y es que la desventura capitalismo industrial transgredió los ideales de la Revolución Francesa; el proceso económico se constituiría en el sustento de la razón; las ciencias naturales, que servirían para emancipar al hombre y dominar la naturaleza mediante la utilidad práctica de sus conocimientos lograron desarrollar la productividad no para liberar al hombre de formas innobles de trabajo sino para alienarlo con respecto a su producto. Lo que debió liberar al hombre y convertirlo en un ser autónomo, capaz de desplegar todas sus posibilidades humanas y de luchar constantemente por una altísima existencia quedó a merced de las relaciones de propiedad, de producción y de cambio. Lo que tenemos hoy, como consecuencia lógica, es una naturaleza sometida a la más brutal explotación, una técnica que contribuye a la destrucción del ambiente, una sociedad en la que prevalecen la desigualdad, la enajenación y la explotación del hombre por el hombre.

La respuesta oficial a esta crisis civilizatoria o crisis de modernidad se lleva a cabo por estructuras globales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) que han elaborado un discurso ecotecnocrático de la sostenibilidad que presenta los problemas ecológicos y sociales como susceptibles de ser solucionados por la extensión de la ciencia convencional, la tecnología industrial y las “estructuras democráticas” a todo el planeta (Sevilla, 2006: 203). La ciencia convencional, la tecnología industrial y las llamadas “estructuras democráticas” juegan un papel limitado en la resolución de estos problemas de la humanidad, pues reclaman un contexto independiente de la cultura y de la ética (Sevilla, 2006: 204).

El profesor Guillermo Hoyos Vásquez mostró claramente la consecuencia de una actitud objetiva y precisa del hombre moderno, quien apoyándose en los presupuestos de la ciencia y la técnica ha logrado *poner* el mundo a su disposición: “La precisión del mundo tiene sus costos que en un momento dado pueden llegar a ser irreversibles. Porque lo positivo de la precisión exige un nombre del método que se inmole en aras de la claridad absoluta, lo dudoso y lo confuso. Lo primero que se censura son por tanto los conceptos tradicionales de una metafísica y las imágenes poéticas de lo mítico. La ilustración metódicamente de la *imagen del mundo*, del mundo como representación y por tanto como disponibilidad, hace superficiales todos los demás conceptos. El cosmos desacralizado está ante nosotros preciso, explicable en su origen, medible en su extensión, expresable en su estructura matemática en pocas fórmulas” (Hoyos, 1989: 138).

Esta advertencia de Hoyos también busca, entre otras cosas, señalar un camino *ahora que nos encontramos en un punto de no retorno*; “Pero, ¿qué tal si, de pronto, esta relación unilateral, meramente científico técnica con la realidad, no sólo empobrece nuestro ser en el mundo, sino que gradualmente lo hace imposible? ¿Y no lo está haciendo ya imposible, como nos lo recuerdan los signos de los tiempos? Y sin embargo poéticamente habita el hombre la tierra. Según Hölderlin, esto sólo se descubre si se está dispuesto a tener la experiencia de que el mundo es más que maquinaria, de que en él habita el espíritu. Los poetas evocan este espíritu: porque lo que permanece lo va fundando, lo conservan los poetas. Por ello en lugar de la precisión y de la exactitud, el cultivo del mundo significa cuidarlo para el advenidero; invirtiendo el orden y el sentido mismo de los valores; ha llegado el momento de abrir nuestra concepción unilateral no ética del mundo, causa de su destrucción y técnica, al recuerdo original de nuestro habitar mítico-luminoso y poético la tierra” (Janke, 1988: 14-15).

La ética como salida a la crisis de la civilización

En la sociedad contemporánea ser moderno es hacer parte de un mundo en el que todo lo sólido se desvanece en el aire: hay un continuo desarrollo de la ciencia y la técnica bajo el principio de una destrucción productiva. Tal como lo advierte Herbert Marcuse este proceso es irreversible en el marco de la sociedad capitalista. Sin embargo, como lo anuncia Hölderlin: *allí donde crece el peligro también crece la posibilidad de salvación*, lo cual, permite plantear que “quizás es la técnica la herida que solo puede ser curada por el arma que la causó: no se trata de la destrucción de la técnica, sino de la reconstrucción de la técnica para una reconciliación de naturaleza y sociedad” (Marcuse, 1980: 71).

Siendo así las cosas, si en la sociedad industrial avanzada los individuos se hallan sometidos al inmenso aparato de producción cuya racionalidad tecnológica, o de la ciencia y la técnica, es una racionalidad del disponer, del dominio sobre la naturaleza y los hombres, entonces, la tarea consiste en considerar a la naturaleza como interlocutor y no como objeto; este proyecto, de reconocerse en la naturaleza como en otro sujeto, sólo puede ser llevado a cabo por la especie humana en su totalidad: “Una sociedad autónoma sólo puede ser instaurada por la actividad autónoma de la colectividad. Una actividad tal presupone que los hombres invisten otra cosa distinta a la posibilidad de comprar otro televisor en colores. Más profundamente, presupone que la pasión por la democracia y la libertad, por los asuntos comunes, tomen el lugar de la distracción, del cinismo, del conformismo, de la carrera por el consumo. En resumen: presupone, entre otras cosas, que lo “económico” cese de ser el valor dominante o exclusivo. Este es el “precio a pagar” por una transformación de la sociedad. Digámoslo más claramente todavía: el precio a pagar por la libertad es la destrucción de lo económico como valor central y, de hecho, único” (Castoriadis, 1997: 312).

Este precio a pagar no es muy alto, ya que lo que está en juego es el futuro de la especie y del planeta: este precio será pagado de todas maneras. Sólo una colectividad humana organizada democráticamente, invirtiendo otras significaciones, aboliendo el rol monstruoso de la economía como fin y poniéndola en el lugar que le corresponde, como simple medio de la vida humana puede instaurar una nueva forma de intervenir sobre el medio, cuidando de los recursos del planeta, ejerciendo un control radical de la tecnología y la producción. Para

que haya de nuevo una reconciliación del hombre con la naturaleza se requiere de la transmutación de los valores para que el hombre pueda darle una finalidad humana a las ciencias y a las técnicas y estas por tanto no destruyan el entorno donde el hombre ha hecho posible el drama.

Pensar en un proyecto de re-finalización de la técnica es imposible si en él no está involucrado un proyecto de la especie humana en su conjunto: no es posible sustituir radicalmente la ciencia y la técnica modernas por unas cualitativamente distintas si no se cambia el criterio objetivante de acción racional con arreglo a fines: “La alternativa a la técnica existente, el proyecto de una naturaleza como interlocutor en lugar de como objeto, hace referencia a una estructura alternativa de la acción: a la estructura de la interacción simbólicamente mediada, que es muy distinta de la acción racional con arreglo a fines. Pero esto quiere decir que estos dos proyectos son proyecciones del trabajo y del lenguaje y por tanto proyecto de la especie humana en su totalidad y no de una determinada época, de una determinada clase o de una situación superable” (Habermas, 1968: 63).

Gehlen, desde la antropología filosófica, nos propone caminar hacia un “retorno a lo orgánico”, a lo vivo, para reconciliarlo con una “nueva técnica”. Este retorno a lo orgánico implica tanto *definir al hombre en su integridad*, es decir, con todas sus características tanto biológicas como espirituales, rompiendo el corsé del racionalismo utilitario como una *nueva técnica* concebida como lo que es, como *instrumento* de la adaptación humana al entorno, y sometida a un marco general de valores comunes a un grupo, puesta al servicio de lo humano. Esa propuesta implica también acabar con el discurso legitimador de la Era Técnica actual, tanto en lo que toca a sus premisas ideológicas (la omnipotencia de la razón calculadora) como en lo que concierne a sus consecuencias prácticas (la idolatría del bienestar, el hedonismo de masas).

En esta perspectiva es importante relieves la propuesta ecosófica de Félix Guattari de instaurar nuevas prácticas sociales, radicalmente distintas, que permitan asumir una actitud distinta ante nosotros mismos, ante los demás y ante la naturaleza. De esta forma se empezaría a derrocar la sentencia de Marx: *la humanidad se ha enseñoreado de la naturaleza, pero el hombre se hizo esclavo del hombre o de su propia vileza*, y, por tanto, se daría inicio a procesos de subjetivación distintos que permitan morar en el mundo de una manera diferente.

La propuesta ecosófica de Félix Guattari consiste en una articulación ético-política entre las tres esferas ecológicas: la del medio ambiente, la social y la mental (Guattari, 1978: 8): “¿Cómo modificar las mentalidades, cómo reinventar prácticas sociales que volverían a dar a la humanidad, si es que alguna vez lo tuvo, el sentido de la responsabilidad, no solamente con su propia supervivencia sino con el futuro de la vida en el planeta, la vida de las especies no corporales, como la música, las artes, el cine, la relación con el tiempo, el amor y la compasión, el sentimiento de fusión en el seno del cosmos?” (Guattari, 1993: 13).

Asumir esta propuesta en la sociedad unidimensional es tarea bastante complicada, sobre todo si se tiene en cuenta la satisfacción de las necesidades que a su interior se materializan y los controles que tanto en la vida privada como en la pública se acentúan.

El problema ambiental, en sus inmensas implicaciones pletóricas, plantea la necesidad de repensar todas y cada una de las actividades que el hombre ha realizado hasta el momento desde que confió en la *praecisio mundi*, es decir, impone como tarea reflexionar sobre los peligros que sitian al hombre moderno si no hace un alto en el camino y empieza a buscar formas alternativas de existencia que le permitan reconciliarse con la naturaleza, pues, la sociedad al estar entregada al progreso posibilita la alienación creciente y la erosión pauperizante del hombre, llevándolo a destruir cada vez más su cuerpo inorgánico.

Marcuse, en un bello ensayo, plantea y deja vigente la utopía en la evolución concreta de las sociedades actuales: lo utópico ya no es aquello irrealizable e inalcanzable sino lo que le permite al hombre soñar con sueños posibles. Lo paradójico es que las posibilidades utópicas “*se hallan implícitas en las fuerzas técnicas y tecnológicas*” (Marcuse, 1969: 11). Este camino, caracterizado en sus aspectos enunciativos como de no retorno, se aborda desde una perspectiva heurística que permita mostrar la profunda transformación que debe realizar el hombre en todas y cada una de las prácticas y relaciones que hasta ahora lo han presidido y, por consiguiente, plantea a la manera nietzscheana, la transvaloración de esa praxis enrarecida y envilecida que no le ha permitido desplegar su potencia de vida.

Lo novedoso de la problemática ambiental, como sostiene el profesor Hoyos, es que obliga al hombre a restablecer el más profundo sentido de mundo de la vida. Sólo en la medida en que cada individuo se ocupe de sí e interiorice

necesidades vitales que le permitan darle a la vida un sentido más allá de la preocupación por las condiciones materiales de existencia, será posible reconstruir el mundo de la vida, pues, una de las cuestiones fundamentales es la que Heidegger denomina *ausencia de pensamiento*. Esta determinación es importante porque muestra que el problema central radica en que la modernidad ha sido asumida desde la perspectiva de la instrumentalización técnica del mundo y no desde la libertad humana: “¿Cómo debe llevarse a cabo esta transformación en los individuos mismos? Aquellos que deciden hoy sobre el progreso, los amos de la economía y la política, siguen adelante: una visión a largo plazo parece no interesarles demasiado; y los que ya no quieren soportar más este progreso, se constituyen casi espontáneamente en nuevas formas de oposición: en gran parte desde fuera y contra los partidos políticos y las organizaciones de clase. Se trata de una protesta de todas las clases de la sociedad, motivada por una profunda incapacidad física y moral para hacer el juego y por la decisión de salvar lo que todavía puede salvarse de humano, de alegría y de autodeterminación: una rebelión de los instintos vitales contra los instintos de muerte organizados socialmente” (Marcuse, 1969: 72).

Uno de los factores decisivos en la difícil tarea de restaurar la tierra como entorno humano es la ética y la producción de subjetividad; para lograrlo, es preciso inventar nuevos universos de referencia que liberen al hombre de la uniformización de los medios de comunicación dominantes y le permitan repensar su ser en el mundo: se necesita de la promoción de un nuevo arte de vivir, que sea a la vez un proyecto intelectual y político, concebido como una actitud, como un *ethos*.

De lo que se trata es de la práctica reflexiva de la libertad, pues, el ocuparse de sí mismo como actitud ante uno mismo, ante los otros y ante la naturaleza permitiría conocer la naturaleza no para enseñorearse de ella sino en la medida en que ese conocimiento sirva de principio a la *praxis* humana y de criterio para poner en juego la libertad: “el saber de la naturaleza es liberador en la medida en que nos permite no tanto desviarnos de nosotros mismos, alejar nuestra mirada de lo que somos, sino por el contrario afinar aún más esa mirada y adoptar sobre nosotros mismos un determinado punto de vista, asegurar una contemplación de nosotros mismos mostrándonos que estamos ligados a un conjunto de determinaciones y de necesidades cuya racionalidad comprendemos” (Foucault, 1994: 84).

In-conclusión

A manera de colofón se puede decir entonces, que para el establecimiento de una sociedad con una idea de la reciprocidad y la alteridad más ajustada a los ritmos de la naturaleza, se tendría que empezar por construir nuevas relaciones sociales e instituciones cualitativamente distintas, que le permitan a la sociedad encauzar sus potencialidades de manera pacífica. Ello supone, en primer lugar, afirmar la diferencia como principio rector de la intersubjetividad y comunicación humana y que la salida a la problemática ambiental supone prescindir de las instituciones jerarquizantes y alienantes y, en su lugar, crear nuevos escenarios que permitan hilvanar nuevamente el tejido social, lo mismo que volver los ojos hacia la naturaleza pero no en el sentido de ver en ella una fuente de recursos sino una aliada, que le indica al hombre la necesidad de su cooperación y comunión.

Estas prerrogativas confirman una vez más la tesis que se ha venido defendiendo a lo largo de este capítulo: que el problema ambiental no es de naturaleza jurídica ni tampoco de orden científico y tecnológico, sino que es de naturaleza ético-política, es decir, de las formas y las maneras del hombre conducirse y afirmarse en el mundo. Sólo si se entiende este aspecto así enunciado, podrá pensarse en el advenimiento y constitución de una sociedad que haga de la vida, de la justicia, la fraternidad y la igualdad valores que interpreten cabalmente su destino histórico.

Literatura citada

- Buber, M. (1994) ¿Qué es el hombre? Santafé de Bogotá. Fondo de Cultura Económica. 1ª ed. Trad. E. Ímaz
- Castoriadis, C. (1997). Ontología de la creación. Bogotá. Ensayo y Error.
- Clastres. (1978). La sociedad contra el estado. Caracas. Monte Ávila.
- Descartes, R. (1996). Discurso sobre el método. Bogotá. Gráficas Modernas.
- Descartes, R. (1977). Meditaciones Metafísicas. México. Porrúa.
- Foucault, M. (1994). Hermenéutica del sujeto. Madrid. La Piqueta.
- Foucault, M. (1990). Tecnologías del Yo. Barcelona. Paidós Ibérica.
- Gehlen, A. (1980). El hombre. Su naturaleza y su lugar en el cosmos. Salamanca. Sígueme.
- Giraldo, R., Quiceno, Á. y Valencia, F. (2010). Política Pública Ambiental y Ambiente en el Valle

- del Cauca, 1991-2010. *Entramado*. Vol. 6. No 2. p. 148-156.
- González, W. (2006). Foucault y las transformaciones antropológicas de la filosofía contemporánea. En: W. González y J. Poulain (Editores). Transformaciones contemporáneas de la filosofía. Cali: Universidad del Valle –Universidad de París VIII.
- González, W. (2007). Introducción. Louis Bolk: de la neotenia a la filosofía. En: L. Bolk. El hombre problema. Retardación y neotenia. Cali: Universidad del Valle – Grupo de Investigación “Etología y Filosofía”.
- Guattari, F. (1993). El objeto ecosófico. *Politeia*. No. 13:13-21.
- Guattari, F. (1978). Las tres ecologías. Valencia. Pre-Textos.
- Habermas, J. (1968). Ciencia y técnica como ideología. Madrid. Tecnos.
- Hegel, G. (1994). Lecciones sobre la filosofía de la historia universal. Barcelona. Altaya. 1a ed., trad. José Gaos.
- Heidegger, M. (1994). Conceptos fundamentales. Buenos Aires: Altaya.
- Heidegger, M. (1985). La pregunta por la técnica. *Universidad de Antioquia*. No. 53; p. 48-68.
- Heidegger, M. (1994) Serenidad. *Revista Colombiana de Psicología*. No.3; pp. 22-28.
- Hoyos, G. (1989) Elementos para una ética ambiental. En: Ciencias Sociales y Medio Ambiente. Memorias del Seminario realizado en la Universidad Nacional de Colombia. Santafé de Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Hoyos, G. (1978). Epistemología y política en la teoría crítica de la sociedad. *Ideas y Valores*. Nos 53-54; pp. 3-22.
- Hyppolite, J. (2010). La situación del hombre en la fenomenología hegeliana. *Revista de la Universidad Nacional (1944-1992)*; pp. 76-89. Recuperado de: <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/revistaun/article/viewFile/11875/12502>.
- Janke, W. (1988). Postontología. Bogotá: Universidad Javeriana. Trad. G. Hoyos.
- Kuhn, T. (1975). La estructura de las revoluciones científicas. Madrid. Fondo de Cultura Económica.
- Labastida, J. (1976). Producción, ciencia y sociedad: de Descartes a Marx. México: Siglo XXI.
- Lorite, J. (1992). El animal paradójico. Fundamentos de antropología filosófica. Madrid: Alianza.
- Lorite, J. (1984). Rito y Mito. Referentes estratégicos de comportamiento y legitimación del sistema interpretativo. *Ideas y Valores*. Nos 64-65. ; pp. 31-55.

- Mandel, E. (1969). Tratado de Economía Marxista. México. Era.
- Marcuse, H. (1969). El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada. Barcelona. Seix Barral.
- Marcuse, H. (1975). La lucha por la extensión del mundo de la belleza, de la no violencia, de la calma es una lucha política. En *Ecología y Revolución*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Marcuse, H. (1980). La rebelión de los instintos vitales. *Ideas y Valores*. Nos 57-58; pp. 69-73. Trad. G. Hoyos).
- Marcuse, H. (1971). Para una teoría crítica de la sociedad. Ensayos. Caracas. Tiempo Nuevo.
- Marcuse, H. (1969). Un ensayo sobre la liberación. México. Joaquín Mortiz. 1969.
- Margot, J. (1995). La modernidad una ontología de lo incomprensible. Cali. Universidad del Valle.
- Marx, C. (1971). Manuscritos económico-filosóficos de 1844. Bogotá. Pluma.
- Morin, E. (1994). La agonía planetaria. *Revista Colombiana de Psicología*. No. 3; pp. 29-33.
- Rengifo, J. (1990) Apuntes y recuerdos de una lectura sobre el saber. Palmira. Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez, F. (1983). La Democracia ateniense. Madrid. Alianza.
- Schmidt, A. (1976). El concepto de naturaleza en Marx. México. Siglo XXI.
- Scheler, M. (2002). El puesto del hombre en el cosmos. La idea de la paz perpetua y el pacifismo. Barcelona. Alba Editorial.
- Sevilla, E. (2006). De la Sociología Rural a la Agroecología. Barcelona. Icaria Editorial, S.A.

SEGUNDA PARTE

EL CAMBIO DE PAISAJE



CAPITULO II

CONFIGURACION DEL PAISAJE DEL VALLE DEL CAUCA, COLOMBIA, 1950-1975.

Quedé mudo ante tanta belleza. Mis ojos cayeron al ver lo que cien años antes había visto ese hombre que apenas hoy en día empezamos a valorar en su dimensión más plena y justa. Y ahí, frente a mis ojos, navegantes de la soledad y el dolor, surgió el valle más hermoso del mundo, el valle que llevamos dentro de nosotros y que recibirá nuestras cenizas en la calidez de sus entrañas. (Valverde, 1984)

La belleza paisajística del valle geográfico del río Cauca se constituyó en uno de los motivos de contemplación y admiración de cuantos lo conocieron o habitaron durante el siglo XIX y primeras décadas del XX, pues, en sus extensas llanuras cubiertas de bosques, de pástales, con caseríos y habitaciones solitarias, animadas por numerosos rebaños se construyó una relación vital entre el hombre y la naturaleza. La acción que éste realizaba sobre el medio natural se basó en la forma como hizo presencia, y modeló el paisaje; lo que Edgar Vásquez denomina la impronta de la presencia del hombre y la sociedad, no como un impreso pasivo sino como movimiento actualmente, como vida (Vásquez, s.f.). En el Valle del Cauca se dieron las condiciones que posibilitaron la convergencia de la biodiversidad socio-cultural de sus habitantes y la compleja red de interacciones que le permitieron al hombre realizar acciones en la naturaleza tendientes a satisfacer necesidades energéticas. Por tanto, la producción era empleada para la reconstrucción del stock de energía gastada que, en otros términos, significa interacción en el medio sin el deterioro excesivo que hoy se puede observar. Así lo sustenta Oscar Almario al afirmar que *“entre el hombre ‘vallecaucano’ y la naturaleza, se estableció una armoniosa y simple comunión, en la que aquel trató de sacar ventaja de los ritmos, ciclos y características de esta sin producir mayores modificaciones en su estructura física* (Almario, 1994). En favor de esta afirmación dice el Informe del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento que:

“Las inundaciones del Río Cauca no ocasionan muchas pérdidas o perjuicios a la riqueza existente. Los antiguos colonizadores establecieron sus ciudades y pueblos en las alturas, principalmente por razones sanitarias; y la frecuente inundación de las tierras bajas ha desalentado después el desarrollo urbano e industrial en ellas. Tampoco ocasiona el Cauca pérdidas de vida ni destruye una gran cantidad de riqueza agrícola arruinando las cosechas o ahogando el ganado. Las áreas sujetas a inundaciones anuales, son usadas principalmente para repasto de los animales, no para la obtención de cosechas; y durante los períodos de inundación, el ganado es trasladado a tierras más altas” (B.I.R.F., 1955)

En este contexto, nutrido por la diversidad reflejada en los escenarios naturales y sociales, el paisaje se fusionó al diario bregar del hombre vallecaucano como significado funcional que relaciona las formas con las actividades de la comunidad

“Grandes dehesas para el ganado vacuno, y otras para la cría de potros y muletos; extensas sementeras de caña para el abasto del trapiche; bosques frondosos, abundantes en maderas propias para variados usos y ricos en leña de primera calidad, llanos dilatados donde vagaban en libertad “ los toros y las vacas, las yeguas casi cimarronas con su retozona prole y los vigorosos caballos padres; mangas, corrales... todo esto en el seno de una comarca incomparablemente bella, cobijada por un cielo azul, circundada por horizontes hermosísimos, extensos y variados como las campiñas de la Lombardía o los ponderosos llanos de Valencia, y favorecido por un clima benigno, cuya influencia saludable era secundada eficazmente por aguas puras y refrigerantes” (Rivera y Garrido, 1960).

En la retracción de las formas y las significaciones del paisaje afloraban la exuberancia, la melodía, el color y la sinfonía de la naturaleza hecha poesía en las gentes que habitaron la región vallecaucana. En el presente trabajo reiteradamente aparece la afirmación de la cultura vallecaucana como soporte social e imprescindible de la configuración del paisaje. La insistencia en la cultura no obedece ni a nacionalismos ni a regionalismos, sino como lo indica Botero (1993):

“la afirmación de las culturas no conduce a nacionalismo. Éste es un fenómeno de carácter político. Las culturas guían hacia un espíritu genuino: a suscitar formas originales de concebir, de pensar y de plasmar. Es un error

pensar en cambios políticos abstrayendo la cultura. La cultura es un universo, no es una camisa de fuerza. Hay versiones conservadoras y reaccionarias de la cultura, pero esto no es necesariamente así. Hay muchas maneras de enfocar la cultura. Se dan concepciones que estancan y degradan la cultura y se generan otras que la enaltecen y la dinamizan. No se trata de invocar usos marginales y viciosos para oponerse al cambio, sino de utilizar la rica vena de un espíritu ancestral para innovar, para crear instituciones y posibilidades nuevas. La cultura vive en un espíritu despierto y avizor; no en formas aletargadas y mezquinas” (Botero, 1993: 9).

Escenario natural

El silencio, la tempestad, el tiempo, la oscuridad, el aire, las distancias, la melancolía, la soledad, el amor, la alianza, la desgracia; en fin las creaciones no materiales de estas gentes que posibilitaron, a pesar de tensiones y aleatoriedades, bellezas buidas. Allí estaban puestas, con sencillez y armonía inefables, personas, cosas y lugares; horizontes y paisajes para el ensueño. El amanecer, las tardes, las noches, la luna, el sol, las estrellas, la naturaleza, etc., todo es descrito por el hombre: lo califica y le asigna atributos

“A mi regreso, que hice lentamente, la imagen de María volvió a asirse en mi memoria. Aquellas soledades, sus bosques silenciosos, sus flores, sus aves y sus aguas, ¿por qué me hablaban de ella? ¿Qué había allí de María? En las sombras húmedas, en la brisa que movía los follajes, en el rumor del río... Era que veía el Edén, pero faltaba ella” (Isaacs, 1970:9).

En el escenario en el que se desarrolla el drama del hombre vallecaucano los lugares y las cosas ya son reconocidos por este último, en el paisaje ya estaba la impronta de la presencia del hombre y la sociedad. Es por esto que la mirada es humana e histórica. El confín, la quietud del río, el canto del ave que cruza el azul, el susurro de las hojas al rozar con el viento, las sardinas plateadas, los pececitos de colores, expresan la forma como el hombre percibía la naturaleza y moraba en el paisaje vallecaucano. Al iniciar el día la naturaleza ya ofrecía preciado espectáculo:

“No había amanecido aún, y tuve que ir en busca de aire mejor para calmar la especie de fiebre que me había atormentado durante el insomnio de la noche. Solamente el canto del titiribí y las de las guacharacas de los bosques

vecinos anunciaban la aurora: la naturaleza parecía despertarse al despertar de su sueño. A la primera luz del día empezaron a revolotear en los plátanos y sotos los azulejos y asomos; parejas de palomas emprendían viaje a los campos vecinos; la greguería de las bandadas de loros remedaba el ruido de una quebrada bulliciosa; y de las copas florecientes de los písamos del cacaotal, se levantaban las garzas en leve y lento vuelo” (Ruíz, 1984).

Así, en el acontecer dinámico que porta las pulsaciones de vida del paisaje, el hombre vallecaucano instauró relaciones con el medio natural que posibilitaron la concurrencia de factores tanto físicos como humanos.

“Aparece aquí cierta relación del hombre con la naturaleza, propia de un espíritu romántico: cierta manera humana de calificar y asignar atributos a lo natural. Solo el olfato humano puede calificar como suave el aroma, solo la sensibilidad humana puede decirle grato al silencio, solo el ojo humano puede ver claridad melancólica en la tenue luz de la luna sobre el torrente” (Vásquez, s.f.:37).

El paisaje no es pues mera descripción retórica: es el lugar en donde la acción del hombre ha hecho posible el drama; arboles, senderos, bosques, pastales, ganado, corrales, selva, sementeras, guaduales, garzas, coclíes, ríos, riachuelos, mangas, caballos, haciendas; en fin, esos lugares ya reconocidos por el alma de las gentes y que modelaron el paisaje.

“Cruzaba planicies alfombradas de verdes gramales, regadas por riachuelos cuyo paso me obstruían hermosas vacadas, que abandonaban sus sesteaderos para internarse en las lagunas o sendas abovedadas por florecidos písamos e higueros frondosos. Mis ojos se habían fijado con avidez en aquellos sitios medio ocultos al viajero por las copas de añosos guaduales” (Isaacs, 1970:41).

Configuración inicial del paisaje por el hombre

La configuración del paisaje vallecaucano fue posible debido también a que el pueblo que habitó el valle geográfico del río Cauca no fue homogéneo. Fue pastor y campesino, pescador y campesino, minero y campesino, rural y urbano. En torno a las haciendas señoriales, que se consolidaron como unidades productivas,

concurrían diversidad de culturas; en ellas se albergaban negros, blancos -en su mayoría pobres- mulatos y mestizos. Las labores que realizaban las gentes, esclavos o peones, permitieron configurar el paisaje: el corral, el trapiche, el cañaveral, el guadual, el cacaotal, el cafetal estaban presentes al lado de los pastales, para los toros y las vacas casi cimarronas. La casa señorial con sus grandes tejados y apacibles corredores, sus alcobas preciosas, su amplia cocina en horno de barro, caballerizas y, a menudo, la capilla en el ámbito para convocar en devoción, personas de tan distinta condición social y étnica también hizo paisaje (Vásquez, s.f.:45). La hacienda es pues el hogar, el lugar reconocido por todos y también, el espacio donde pululan los afectos y se corresponde a la estructura familiar, *“es el padre quien preside la mesa del comedor, es el costurero el lugar de la plática vespertina, es la sala el lugar donde se recibe a los visitantes y cada hijo tiene su habitación caracterizada por los objetos que ama* (Ruíz, 1984:45). Es por esto que la casa existe en donde es posible la huella de sus habitantes: cada lugar es reconocido porque es el hombre quien les ha concedido íntima relación. El jardín, el huerto, el confín están allí porque ya estaba la impronta de la presencia del hombre y la sociedad y, es lo que propicia en los habitantes del paisaje vallecaucano, descubrir signos imperceptibles en el tiempo y en el espacio en relación con su hogar.

“Porque la mañana con el ruido de los aperos, con las voces calladas de quienes se aprestaban para el trabajo, la cocina encendida, el primer olor o las tardes, lánguidas como la evocación, sitio mental de proyectos, de anhelos, de las noticias que llegan del confín: allí donde sus manos recogen las flores, donde sus ojos destellan fugazmente, donde sus pensamientos crecen con las puntadas de las costuras, y la noche para la música, esa forma más intangible de hablar con el pasado de la humanidad, o para la dolorosa premonición son quienes establecen el sentido de lo que se recuerda ya que lo ubican como imagen y no como fecha, como olor que regresa y no como dato” (Ruíz, 1984:47)

En este sensacional despliegue del matiz humano se da una visión del mundo cercana a la naturaleza, se le anima con melodía y devoción: el huerto es el lugar para confiar algún secreto a las aves; el jardín para regocijar el espíritu con las flores; el alba, el crepúsculo, la noche, la luna, el aire, todo ha sido dotado de sentimiento humano y natural: se ha convertido en imagen y, lo que es imagen es imperecedero porque no es figura.

“La noche continuaba serena: los rosales estaban inmóviles; en las copas de los arboles no se escuchaba un susurro; y solamente los sollozos del río turbaban aquella calma y silencio imponentes. Sobre los ropajes turquíes de las montañas blanqueaban algunas nubes desgarradas, como chales de gasa nívea que el viento hiciese ondear sobre la falda azul de una odalisca; y la bóveda diáfana del cielo se arqueaba sobre aquellas cumbres sin nombre, semejante a una urna convexa de cristal azulado incrustado de diamantes” (Isaacs, 1970:269).

La organización social en la estructura de poder y servidumbre en el valle geográfico del río Cauca, de gran familia, explica la coexistencia cotidiana del patriarcado, el esclavismo o la servidumbre que se dio en las haciendas; no se pueden entender los siervos sin los amos, en que ambos constituyen simbiosis: *“pude notar que mi padre, sin dejar de ser amo, daba un trato cariñoso a sus esclavos, se mostraba celoso por la buena conducta de sus esposas y acariciaba los niños* (Isaacs, 1970:54). Es ésta profusión de gente y naturaleza la que posibilitó la configuración del paisaje. Esto se puede ver también claramente en el sabor hogareño de la comida tradicional, ilustrada por los autores vernáculos del siglo XIX y que coincide con la forma y constitución de los elementos que hicieron parte del paisaje vallecaucano.

La alimentación y el cambio de paisaje

Tal como afirma Pierre Gourou (1979) el hombre que habitó el paisaje vallecaucano evidentemente necesitó alimentarse para vivir; sin embargo, la alimentación no es mera necesidad fisiológica, pues, alrededor de ella los hombres han enriquecido la satisfacción de esa necesidad con una gama de técnicas de preparación y producción, prejuicios, preferencias, prohibiciones, repugnancias y símbolos, que forman una pantalla deformante entre la simple necesidad de alimentarse y los elementos humanos del paisaje. (Gourou, 1979: 129).

“Al igual que toda la cocina colombiana, la del suroccidente se deriva de tres fuentes: la indígena, la española y la africana. La primera dejó el maíz, la papa y el chocolate; especies, plátano, caña de azúcar, animales domésticos, algunas verduras y el hábito de comer frutas, la segunda; y la tercera, más que elementos introdujo costumbres de cocinar lo que se encontrara en el medio” (Castro y Rodríguez, 1993:442)

Cada fuente: indígena, española y africana aportó sus diferentes formas de preparar y conseguir los alimentos. El plátano se preparaba verde o maduro, frito, en masa y cocinado, por ejemplo, haciendo parte del tradicional sancocho, despreciado por Isaac Holton el viajero de Boston, y del aborrajado: las ruedas delgadas de este excelente alimento tostadas en el horno y conocidas con el nombre de fifi o fritas en la grasa y designadas con el nombre de patacones, son otros medios rudimentarios de conservación indefinida de los alimentos, y que tiene su aplicación práctica en los viajes, en los campamentos (García, 1945:136). Con el buey, el novillo y la vaca también se prepararon deliciosos platos:

“La carne de pecho, la de los lomos, las falsas costillas, la masa del muslo o capón son las partes del cuerpo más apreciadas porque tienen una masa fibrilar más tierna y embebida de grasa: la presa de la cadera y las vértebras de la raíz de la cola sirven para preparar un caldo exquisito; con el hocico o labio superior de estos animales, se hace un plato muy agradable con salsa...”
(García, 1945:135)

El maíz, componente esencial de las comidas, aparece haciendo parte de los más variados alimentos de consumo corriente: el pandebono, el champús, la mazamorra o el maíz solo, simplemente cocinado o asado. En la mesa no podía faltar, según Jorge Isaacs (1970) la sopa de tortilla aromatizada con yerbas frescas de la huerta; el frito de plátanos, carne desmenuzada y roscas de harina de maíz; el queso de piedra; el pan de leche y el agua servida en antiguos y grandes jarros de plata. Así mismo, alrededor del azúcar y la panela, debido a la presencia de trapiches paneleros, se contaba con los más sabrosos dulces; los confites de azúcares y alfandoque, el manjar blanco, la gelatina, la melcocha hacían parte de la amplia gama de las “dulces costumbres” de la región. También el aguardiente y la chicha para festejar y celebrar.

“La comida principia al igual que el almuerzo, con una sopa. El eterno sancocho seguramente estará presente, pero como adición o remplazo de la estopa de carne, quizá sirvan un guisante bastante parecido a la carne cocida. Generalmente es muy tierno, y me parece superior al que preparan en la cocina ordinaria de Nueva York. Después de las carnes sirven una tasa pequeña o un jarro de leche hervida que se toma generalmente con plátano asado; a esto siguen pedazos de panela, o almíbar

con o sin leche hervida, o cualquier otro dulce. Las variedades de estos dulces van desde la calabaza hasta los higos y son innumerables. Con dulce y con el chocolate nunca debe faltar el queso, y si no hubiera queso para el chocolate se le sustituye echándole un poco de sal. Después del dulce viene el agua, servida como en la mañana. Durante las comidas es muy raro que se beba, a menos que sea vino o aguardiente” (Holton, 1970:144).

Para romper con lo cotidiano de la comida y/o complementarla, en los ríos encontró gran diversidad de peces y, en la selva y los potreros, cantidad ilimitada de animales y frutas comestibles. En el paisaje vallecaucano los habitantes encontraron animales que por su sabor degustaban con mayor frecuencia. Entre los peces que el habitante vallecaucano reconoció en los ríos, por sus formas, figuras, sabores y colores, está el bagre, la sabaleta, la sardinata, el bocachico, el barbudo, el sábalo, el jetudo, el nayo, el negrito, el guacuco, el beringo, la lamprea entre otros. También lanchas, iguazas, chilacoas, etc. El doctor Evaristo García describe así las posibilidades alimenticias del pueblo vallecaucano:

“... Una ligera revista sobre los animales de caza en el Valle del Cauca. El venado ocupa el primer lugar porque es el que se encuentra en todas las regiones del paisaje, en las faldas de las cordilleras y en los bosques del valle. La caza del venado es una partida de juegos y de ejercicios campestres; tienen su vocabulario, sus perros cazadores, sus apasionados que corren veloces a perderse en las laderas, sus puestos avanzados. La carne del venado es seca, roja, casi negra, se come asada. El jabalí o marrano cimarrón en el Cauca, es el cerdo sin amo, criado en los bosques, de aspecto feroz, y armado de grandes colmillos prismáticos, que le sirven de un arma ofensiva temible. La carne del marrano cimarrón es más sabrosa que la del cerdo domesticado. A éstos animales de caza pertenecen los tatabros y zaínos, paquidermos parecidos al marrano, pequeños sin cola y sin colmillos salientes. Tienen en el dorso glándulas que segregan un olor repugnante, pero que al despojarlos de la piel, la carne es más estimada por los cazadores. Marchan en los bosques por partidas reunidas en un número mayor de cincuenta cabezas, devastan las sementeras, en las montañas liberan combates contra los cazadores, los que forman barbacoas o tablados hechos en gruesos

troncos de palo para matarlos a lanza y sin riesgos. Fuertes por el número, valerosos y obstinados enemigos, mueren machos en la refriega. Los conejos, los curíes, los guatines, abundan en las lomas y en los cacaotales del Valle. La carne delicada de estos roedores entra poco en la mesa del caucaño. En las provincias del sur del departamento se usa con frecuencia de los curíes en las comidas y como avío en los viajes. La guagua es un roedor anfibio que cava su cueva en las orillas de las quebradas y suministra a los cazadores una carne exquisita, agradable y muy parecida a la del lechón. Las aves suministran abundante provisión de carne a los cazadores del Cauca. En las montañas abunda el paujil, los pavos guríes, la torcaza concuna sin cola, la perdiz; la chilacoa y la codorniz que habita en los potreros; en las lagunas el pato negro de carne sabrosa y estimada, la iguaza de zarceta y el chorlito. Entre las aves de corral, la gallina, el pollo, el pichón y varias especies de patos son de consumo diario para la alimentación. Un plato de estimación es la carne común o pisco, y figura mucho en los banquetes” (García, 1945:144).

Esta amplia variedad de fuentes de alimentos convergen en un lugar: la cocina, que situada comúnmente al lado de las casas y dotadas de fogones de leña dieron un sabor particular a las comidas y se constituyeron en ese delicioso rincón en donde se construyó una relación vital entre el hombre y la naturaleza. Las creaciones materiales del hombre vallecaucano le permitieron alterar el orden ecosistémico, hacer presencia en el mundo, de tal forma que se pudieron configurar gran cantidad de formas multitonales. Hoy sólo nos queda reconstruir aquel paisaje, al parecer hecho por algún genio maligno que busca atormentarnos con su fascinación: ríos musicales y cristalinos, vientos cargados de aroma y frescores de montaña; atardeceres hermosos y noches diáfanas y oscuras, silenciosas, serenas; “*en las copas de los árboles no se percibía un susurro: y sólo los sollozos del río turbaban aquella calma y silencio imponentes*” (Carvajal, 1970: 118).

Paisaje modelado por el agua

El paisaje se modeló y transformó continuamente; sin embargo, al habitante del paisaje vallecaucano constantemente lo acompañaban caudalosos ríos, árboles floridos, aves encendidas de colores de quienes amo su melancolía

y sus ansias de libertad. Frenesí de ritmos, colores, formas y figuras. Los ríos en el siglo XIX jugaron un papel importante como elementos de la cultura; ligados a estos estaban la sensualidad, el disfrute del cuerpo, el paseo familiar y la pesca. En 1851 el viajero de Boston presenció un baño familiar en el río La Vieja, cerca de Cartago. Notó la preferencia de ciertos sitios del río y la manera como se vestían para el baño: *“Este brazuelo del río es el lugar favorito para el baño, especialmente los domingos; de manera que nos tocó ver la pequeña corriente con una muchedumbre de gentes de ambos sexos, de todas las edades y con una gran variedad de vestimentas y colores (Holton, 1970:144)*. Asimismo, describe las costumbres de los “bañistas de Bugalagrande”, observando diferencias en la forma de bañar.

“Los hombres usan un pañuelo de bolsillo, ni más ni menos, por toda vestidura. Las muchachas se ponen algo menos que las señoras: solo una enagua y un pañuelo de bolsillo que se anuda en la nuca y se prensa con la pretina de la enagua. Me maravilla que nadie se mete en el lugar donde está el otro, sino que se colocan en dos sitios separados, por unas cinco yardas, más o menos; y ninguno de los grupos trata de invadir el terreno del otro. Las mujeres usan jabón en abundancia” (Holton, 1970:144).

Después del baño, describe el viajero de Boston, se departía aguardiente entre los hombres; indicando esto la socialización particular que se daba en los ríos y en sus riberas. Aparecen sobre el césped los unos, bajo los árboles o toldas los otros, bailando, conversando y brindando. Muy seguramente también cocinando, pues, el tradicional sancocho de gallina prosperó más en las riberas de los ríos que en las cocinas caseras. También es en las riberas de los ríos donde prosperaron las comunidades campesinas -culturalmente negro mulatos- con sus pequeñas parcelas, construidas a base de guadua y techo de paja, donde familias campesinas alternaron los cultivos de pancoger (plátano, yuca y otros), con la pesca como complemento alimenticio. En los ríos, lagunas, ciénagas y madre viejas el habitante del paisaje vallecaucano encontró gran variedad de peces y otros animales como el pato y la íguaza; asimismo animales bellos para regocijar el espíritu con sus colores, cantos, movimientos y formas; abundaban el bagre, la sabaleta, la sardineta, el bocachico, el barbudo, el jetudo, el nayo, el guacuco y la lamprea entre muchos otros.

“... el bagre, el más corpulento de los peces del río Cauca, mide un metro y cincuenta centímetros de longitud, su carne sin espinas es muy apreciada.

La sabaleta y la sardineta, tienen carne roja y carne blanca las prefieren porque tienen pocas espinas. El bocachico, pez de hocico en forma de chupador, abunda en los meses de verano en los ríos afluentes del Cauca. La pesca con redes llamadas barrederas y atarrayas es una diversión agradable para las familias que salen a veranear... El barbudo contiene poca espina; el sábalo, pez corpulento; el negrito de las quebradas de las montañas, el guacuco que habita debajo de la piedras, son muy apreciados para comerlos en estado fresco. El beringo es una especie de lamprea o de anguilla de carne muy grasosa“ (García, 1945:145).

Los ríos igualmente se convirtieron en medio (natural) económico e integrador de la región, con campesinos que llevaron sus productos, alimentos principalmente, en canoas o balsas de guadua a los mercados de las ciudades como Cali y Palmira. El viajero Jorge Brisson lo describe así:

“La navegación sobre el Cauca es algo monótona; el mismo ancho entre márgenes de la misma altura, sobre los cuales se elevan los mismos matorrales, los mismos potreros, cacaotales protegidos por varias clases de árboles. A lo lejos, a derecha e izquierda, corren las líneas azuladas de las cordilleras (...), encontramos a menudo grandes balsas de guadua que trasladan mercancías: cacao, café, cueros, etc., o artículos de importación para los negocios del interior“ (Brisson, 1980:193).

El caudal de los ríos aumentaba siempre y era común ver al lado de éstos, lagunas, ciénagas y pantanos, casas, potreros, variadas especies de árboles y animales que procuraban un viaje agradable a quienes cruzaban continuamente el paisaje vallecaucano en botes o balsas y navegan en los vapores. Al viajar en vapor el paisaje despertó el espíritu del paseante quien convertido en un enamorado insomne de la belleza gozaba de un rato cordial en su paso por el Valle. De una margen y otra la exuberancia, el color y la alegría de la naturaleza y las gentes le procuraban emoción y éxtasis.

“... remanso del Cauca, recostado sobre la cordillera occidental de los Andes, da vueltas y revueltas en el llano, en sus orillas blanquean casitas habitadas, que ofrecen amparo en caso de un siniestro, en sus playas seestean las vacas, de vez en cuando se ven grupos de lanchas que nadan en las orillas o iguanas de diversos colores que trepan por los barrancos. En el florido cachimbo se columpian los nidos de los oropéndolas, las parejas de papagayos

charlan en las ramas del altísimo Higuerón, en los bosques de sauces se hospedan parvadas de garzas que a la caída del sol parecen cintas blancas ondulando en los aires: los patos, las iguazas y los cuervos de vistosos plumajes zambullen entre los juncos de la laguna vecina.” (García, 1945:160).

Colonización y transformación

Especialmente a partir de 1870 comienzan a ser parte del paisaje nuevos elementos; debidos primordialmente a la presión que sobre la tierra ejercieron los llamados colonos antioqueños, que incluían cundinamarqueses, extranjeros y antioqueños principalmente. Los propietarios señoriales de grandes extensiones de tierra se vieron impelidos a buscar “estrategias” para preservar el control sobre sus tierras: aparecen en el paisaje vallecaucano los pastos artificiales, se diversifican las haciendas (se tecnifica la producción y se da cabida a nuevos sistemas laborales). También se empiezan a forjar una serie de situaciones que afectan la organización espacio-poblacional-social-tradicional; aparece un impulso modernizador foráneo que en asocio con personas naturales, de familias tradicionales, fue generando un grupo, que podría llamarse empresarios u hombres de negocios que participaron en empresas que propiciaron la construcción de caminos, el desarrollo de la navegación fluvial a vapor por el río Cauca, buscaron la construcción del ferrocarril del pacífico y algunos participaron en la fundación del Banco del Cauca (Valdivia, 1992: 74).

Se consolida así un nuevo ambiente socio-económico que buscó colocar el valle geográfico del río Cauca en el camino de la modernización. Dicha consolidación social y económica se vio favorecida por el nivel alcanzado en la generación de una producción excedente (creada por la producción campesina) de gran demanda y capitalizada por propietarios y comerciantes (Valdivia, 1992: 74). Prosperaron las haciendas los cultivos de tabaco y cacao, por su gran demanda externa e interna; conjuntamente se llegaron a tener unas relaciones comerciales dinámicas, con movilidad y cambio, que explican el surgimiento de entidades financieras para facilitarlas; asimismo, la necesidad de menguar las difíciles condiciones de la actividad del transporte de mercancías que llevó a fomentar la navegación fluvial y la construcción del ferrocarril: para 1876 se habían hecho los primeros contactos para la construcción de un ferrocarril que uniera a Buenaventura con Cali y, en 1882, el 20 de Julio, se inauguró un primer trayecto de 20 km, uniendo a Buenaventura con Córdoba y evitando la navegación en canoa por el río Dagua.

También, desde 1878, se promovió la introducción de vapores en el río Cauca; en 1884 se botó el primer vapor llamado “Caldas”.

Configuración del paisaje del valle del Cauca, Colombia, 1950-1975

“El boom tabacalero en el cual participó Palmira... la búsqueda de mercados externos con un limitado éxito, las reformas de medio siglo que incidieron en la transformación de las relaciones de producción y en la actividad comercial, el mejoramiento de la tecnología y de la producción agrícola son signos importantes de las nuevas condiciones económicas y sociales que comenzaban a gestarse en el valle del Cauca” (Vásquez, 1980: 92).

Estas situaciones contribuyeron a alterar el paisaje, en tanto que se da un crecimiento demográfico, sobre todo entre Palmira y Tuluá por la producción de tabaco; la aparición de los vapores a lo largo del río Cauca, que movilizaban productos agrícolas desde las pequeñas y medianas fincas ubicadas en sus inmediaciones hasta Puerto Simmons y Puerto Mallarino, para ser vendidos en la plaza de mercado de Cali lo que implicó la construcción de centros de embarque y desembarque, talleres de almacenamiento, “almorzaderos”, pasos de barcas de una margen a otra, etc., irrigando el ingreso a lo largo de río y fortaleciendo el crecimiento de los poblados vecinos (Cartago, Bugalagrande, Tuluá, Buga, Palmira, Roldanillo, Toro, Yumbo, etc.) (Vásquez, 1992:2).

En las primeras décadas del presente siglo, como consecuencia de la “Guerra de los mil días”, se acentuó el proceso de colonización antioqueña que se venía dando en el Valle del Cauca, tanto en tierras planas como de ladera; pero esta vez en las vertientes cordilleras. Se producía café tanto para el consumo doméstico como para el mercado nacional e internacional. Después de 1890, el comercio del alto Cauca, entre Cali y Cartago, alcanzó proporciones considerables, mucho del café exportado por Caldas antes de 1925, se movió por el río de la Virginia o Puerto Caldas a Cali. (Puerto Isaacs), de donde era transportado por ferrocarril a Buenaventura (Parsons, 1970: 203). Al no existir un transporte adecuado para satisfacer las necesidades de volumen de grano, gran parte del café producido en el Valle por las economías campesinas salía mayoritariamente por el río Magdalena (Mariquita) hacia el Atlántico. Una pequeña parte de la producción llegaba a Buenaventura, transportada por los vapores que cotidianamente navegaban por el río Cauca. Desde finales del siglo XIX hacen presencia en las vertientes cordilleras los llamados colonos antioqueños. Como consecuencia de la “Guerra de los mil días”, se acentuó el proceso de colonización - ahora sí antioqueña - que se

venía dando en el paisaje vallecaucano. Estos colonos que ocupan las vertientes cordilleranas del valle geográfico del río Cauca, según Gilma Mosquera y Jacques Aprile-Gnisset los colonos se dedican al descuaje; utilizan los recursos con que se encuentran para autoabastecerse de alimentos y vivienda. Una vez establecidos y como consecuencia de la producción de excedentes agrícolas producen café tanto para su consumo como para los mercados nacionales e internacionales.

“Durante la primera fase de la colonización, la del descuaje y la siembra del pancoger, antioqueños, cundi-boyacenses, huilenses, tolimenses y santandereanos, permanecen más o menos aislados en el monte. Posteriormente con la producción de excedentes agrícolas que hacen posible el mercado y la comercialización, se nuclean en poblados, originándose una mezcla socio-cultural, arquitectónica y constructiva” (Mosquera y Aprile-Gnisset, 1984, p20).

Asimismo aparecen en el paisaje vallecaucano elementos y valores culturales diversos. Es esta nueva colonización que irrumpe en territorio vallecaucano y que se establece y dirige sus acciones en las vertientes de las cordilleras la que le imprimió al valle geográfico del río Cauca un ritmo a las relaciones económicas y sociales. Así, mientras respetaban las propiedades del plan -razón por la cual en general, no se presentaron disputas de tierras-, bajaban desde las vertientes a comerciar (Almario, 1994:128). El Valle del Cauca encuentra en la expansión de la cultura cafetera colonizadora la pulsión modernizadora que posibilita la superación del aislamiento regional; se modifican entonces las condiciones del transporte, debido a la necesidad de comercializar el café excedente producido por las economías campesinas de vertiente con el centro del país y con el mundo: *“La apertura de caminos y la construcción de ferrocarriles se aceleró, por causa de las exportaciones cafeteras. El ferrocarril se convirtió en el principal medio (lo cual) redujo los costos en el comercio del grano y desarrolla la actividad portuaria, sobre todo en Buenaventura (Gaceta, 1997:11).* Se da en la región una revitalización económica que hizo necesario incorporar el paisaje vallecaucano al desarrollo económico, político y social del país y del mundo; las colonizaciones desarrolladas en las vertientes andinas entre finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XX, trascendieron las esferas locales y proporcionaron productos para la integración de Colombia con los mercados internacionales en diferentes coyunturas del período (Fajardo, 1994:44). Esta unificación geográfica del occidente colombiano con el resto del país redujo los costos de los envíos por Buenaventura. El proceso de cambio que

sufre el valle del Alto Cauca, lo llevó a experimentar una serie de situaciones que condujeron a diferenciar la subregión valle del gran Cauca y que, después de tensiones y conflictos entre Cali y Popayán, llevó en 1910 a que el departamento del Valle del Cauca, iniciara la constitución de su identidad cultural, económica y política.

“En consecuencia se hicieron necesarios un nuevo reordenamiento territorial, otra jerarquización urbana, otros factores de cohesión, un nuevo discurso para condensar los distintos intereses, unos elementos simbólicos para la identidad regional y un instrumento estatal relativamente eficiente en el cumplimiento de estos retos. Este fue el papel que comenzó a jugar el departamento, como expresión de una nueva forma de administración territorial” (Almario, 1994:222).

Modernización e industrialización

El Valle del Cauca pudo, entonces, como departamento emprender su proyecto modernizador; por tanto, comenzaron a aparecer elementos nuevos en la vida de las gentes: el ferrocarril, las extensas plantaciones de caña, las carreteras, los carros, los tractores, el humo de los ingenios azucareros; en fin, se comenzaron a dar las condiciones básicas para que el Valle del Cauca iniciara su proceso de modernización e industrialización.

Entre 1910 y 1930 una serie de hechos apresuran nuestra historia e interrumpen la sinfonía pastoral. Nace el departamento del Valle del Cauca, llega el ferrocarril a Cali, se coloniza el Quindío, arriban las primeras migraciones, culmina el centenario esfuerzo homérico de los pioneros que transformaron ciénagas en dehesas y campos de sembradura. La llegada del ferrocarril a Cali en 1915 benefició la comercialización de la agricultura en el siglo XX y, especialmente, favoreció la ampliación del cultivo de la caña en el Valle del Cauca. Se construyó el ferrocarril con el propósito de unir el departamento con el océano y dar así salida a los productos con lo que, de cierta manera, se mengua el aislamiento regional. Con la apertura del Canal de Panamá en 1914 se amplió el desarrollo económico y comercial del país, lo que también benefició al Valle del Cauca, el cual se vio así favorecido por estos factores, convirtiéndose además, por su localización geográfica, en un espacio decisivo para los procesos de cambio social e integración de mercados. Se comenzó entonces a mirar hacia el Pacífico, pues el ferrocarril se constituyó como

vía transportadora para unir los mercados nacionales, todos estaban trazados hacia el mar o hacia el Magdalena, pero no entre ciudades importantes del interior para unir el país económicamente. La apertura del canal de Panamá y la incursión del ferrocarril en los campos vallecaucanos procuraron el desarrollo cañero y azucarero, el cual data de la década de 1920-1930, pues antes de ésta sólo había una central importante que trabajaba a vapor desde 1901. El desarrollo económico y comercial del Valle del Cauca se encuentra de esta forma unido al desarrollo de los sistemas de comunicaciones y, en especial, al de los transportes. Lo mismo que a elementos foráneos, tanto colombianos como extranjeros.

“Con el ensanche de las actividades económicas que trajo consigo la apertura del canal de Panamá (1914), la mejora de las facilidades portuarias de Buenaventura (1918) y la llegada al Valle del ferrocarril del Pacífico (1915 - 1925); se empezaron a hacer empresas en grandes potreros, ensanche de ingenios y creación de otros nuevos, etc.” (Patiño, 1982: 99).

En el transcurso de este proceso hubo constantemente un establecimiento y una remodelación de los equilibrios sociales, culturales, y espaciales. Comenzó así un continuo y acelerado crecimiento de las plantaciones de caña y un aumento en la capacidad de los ingenios: se necesitó entonces incorporación de tecnologías para ampliar la capacidad productiva y de modernos medios de transporte y vías carretables.

“La importancia que fue adquiriendo en el transporte la carretera sobre el ferrocarril modificó el sistema interno de los ingenios: desapareció el antiguo sistema de rieles y pequeños convoyes para el transporte de caña y fue reemplazado por tractores y remolques pues la producción se movilizaba más rápidamente por carretera” (Valdivia, 1992:124).

Durante las cuatro primeras décadas del siglo XX se dieron en el Valle del Cauca las condiciones materiales para que pudiera despegar, como en efecto lo hizo, la agroindustria azucarera. Las técnicas (medios de trabajo, visión social y técnica de trabajo, técnicas productivas, de transporte, etc.) cambiaron en el siglo XX. Una vez el capital necesitó de la superficie del valle geográfico del río Cauca la economía parcelaria de la región quedó condenada a desaparecer en el corto plazo ya que ocupaba las tierras óptimas para el desarrollo de la gran unidad capitalista. Para Luis Valdivia las condiciones del desarrollo capitalista iban a impo-

nerse a un proceso selectivo en el uso del suelo; bajos costos y altos rendimientos serían los seleccionadores. Por lo tanto, como lo expresa este mismo autor dadas las condiciones naturales del valle y las condiciones de la tenencia de la tierra, la agricultura de la caña tenía la posibilidad de practicarse a gran escala. Esta fue en efecto, la recomendación de la misión extranjera puertorriqueña que, luego de un reconocimiento agropecuario del valle, sugirió en 1929 el cultivo de la caña (antes de 1927, una misión inglesa había propuesto el cultivo del algodón). En los años veinte se aceleró la irrupción en los campos vallecaucanos de numerosos ingenios azucareros. En consecuencia, la superficie cultivada de caña se duplicó de 1915 a 1937 al pasar de 7958 ha a 14341 ha. Sin embargo, mayor incorporación de tierras ocurrió a raíz del despegue industrial de los años cuarenta. Por lo tanto, se puede afirmar que al principio la pequeña y la mediana propiedad pudo sobrevivir al embate modernizador y no hubo conflicto porque el valle contaba con muchas tierras que fueron apropiadas por la industria azucarera. Sin embargo, esta existencia incubaba un futuro inexorable de despojo de los campesinos. En los años treinta se emprendieron cambios en las estrategias de desarrollo del país; en efecto, fue la época de crecimiento orientada a la exportación, lo cual de alguna manera favoreció el proceso de industrialización. Se partió del presupuesto que el crecimiento industrial generaría los productos y los puestos de trabajo que requería una población en crecimiento. El estado aplicó políticas económicas que favorecieron a los sectores industriales y urbano y penalizaban a la agricultura y a las zonas rurales. Se adoptó un modelo de crecimiento concentrado en unos pocos cultivos y animales. La ley 200 de 1936 y su papel en la descomposición del campesinado resulta notable, pues como lo anota Catherine Le Grand,

“Ésta llevó a su fin a un periodo de la historia agraria de Colombia iniciado hacia 1870. Fue la época del crecimiento orientado a la exportación que presenció el enorme aumento del cultivo del café, la expansión de la ganadería y la construcción de ferrocarriles. En términos de política agraria la ley 200 significó el fin de un programa que había procurado, sin éxito, estimular la producción agrícola por medio del apoyo a la pequeña propiedad y respaldo a colonos contra especuladores territoriales. En los años posteriores a 1936, y en especial después de la segunda guerra mundial, el aceleramiento de la industrialización y de la urbanización repercutió profundamente en el sector rural. La agricultura mecanizada a gran escala sustituyó a la ganadería extensiva en el Valle del Cauca” (Le Grand, 1983:209).

Así pues, el proceso de modernización adoptado en el Valle del Cauca implicó innovaciones en los procesos de producción de caña de azúcar, concentración de las tierras en pocas manos y despojo de campesinos. Desde luego, a partir de la década del cincuenta del siglo XX, el paisaje se alteró rápidamente; y, aunque ya venía de un proceso gradual de transformación desde finales del siglo anterior, la principal causa de la alteración del entorno es el proceso de desarrollar e industrializar el Valle del Cauca y volverlo epicentro de riqueza. Eso trajo consigo el proceso de descomposición y desaparición de la agricultura parcelaria, pues, la modernización de la agricultura (agricultura industrializada) hace dependientes a los agricultores de insumos externos y materias primas fuera de la localidad.

“El conjunto de la política tecnológica se ha dirigido fundamentalmente a sostener el proceso de expansión de los cultivos comerciales. Tanto la asistencia técnica como el crédito supervisado registran los más altos indicadores de cubrimiento en la agricultura de tipo moderno. Asimismo la mecanización agrícola y la utilización de insumos químicos y semillas mejoradas, inducidas y sostenidas por el esfuerzo institucional, se ha dado con mayor énfasis en los cultivos considerados más dinámicos, desde el punto de vista del crecimiento de su producción y productividad” (Martínez, 1986: 91).

La convivencia de la gran propiedad con la pequeña se dio hasta los años cuarenta, donde aún el desarrollo manufacturero era débil y basado en pequeñas empresas de bajo nivel tecnológico y que empleaban como insumos los productos agrícolas, pecuarios y mineros de la economía tradicional (café, cacao, maíz, plátano, carnes, cebos, caña, alcohol, cueros, carbón mineral, cal, etc.). Más tarde comenzaría el proceso de sustitución por productos agrícolas empleados como insumos por la nueva industrialización, ocurriendo cambios en la tenencia, uso y manejo de los suelos en el paisaje vallecaucano.

“Todas las empresas agroindustriales en proceso de formación ampliaron sus bases territoriales, para ello utilizaron múltiples procedimientos: compra de tierras adyacentes, proceso facilitado por las relaciones de parentesco que a menudo existían entre propietarios, presión sobre propietarios que rehusaron la venta, fueron numerosos los casos de campesinos que debieron vender sus pequeños predios” (Valdivia, 1992: 121).

“Al parecer la industria azucarera en el valle geográfico del río Cauca comienza el monopolio de las tierras y la agricultura comercial vinculada al mercado internacional. Se desplazan los pastos a otras regiones como Cauca y Nariño, se abandonan los cultivos de pancoger, aumenta la demanda de energía, la necesidad de controlar los caudales de los ríos y la necesidad de adoptar un sistema financiero: “la constitución de empresas llevó a innovaciones tecnológicas en los procesos de producción de caña de azúcar: a la adopción de variedades más resistentes a las enfermedades... a la organización del trabajo asalariado; al uso de insumos predios” (Valdivia, 1992: 123).

Paulatinamente el pensamiento mecánico y parcelario redujo el paisaje exuberante y ubérrimo del valle del Cauca en un erial. De esto da cuenta el discurso del señor Raúl Orejuela Bueno al referirse al progreso agrícola alcanzado en el Valle del Cauca: durante el período histórico objeto de estudio.

“... en la medida en que se desarrollara el progreso agrícola comenzamos a desplazar la ganadería hacia la tierra de vertientes porque allí podríamos producir elementos de mayor eficacia para nuestra región y todo el país, de tal manera que esta lenta evolución del valle no fue obra inventada ni fue el fruto poderoso, fue necesario drenarlo, canalizarlo, dominarlo, que las tierras se volvieran aptas y así lentamente con el esfuerzo de una clase directiva importante, y una calificada mano de obra que hasta nosotros ha llegado para poder presentarle al país en un potencial agrícola e industrial” (Orejuela, 1976: 9).

Cada vez más sofisticados aparatos aparecieron en los campos para labores de riego, siembra, cosecha, aplicación de insumos, etc., que posibilitaron un uso más eficiente de los recursos -el agua, el aire, los cultivos, el suelo- en fin, la naturaleza se convirtió en fuente de energía, en mero depósito; dicha eficiencia, sin embargo, estaba mediada por la acumulación ampliada de capital, la creación de una plusvalía adecuada, la explotación y la necesidad de perpetuar el trabajo alienado, y no por un uso más racional de los recursos naturales en el que se puedan comprender los procesos de los que se valen para aprovecharlos causando el mínimo daño al ambiente. La desecación de los ríos, ciénagas, lagunas, pantanos y madres viejas, además del exterminio de la biodiversidad, se debió principalmente a la incorporación de estos espacios a la producción de caña de azúcar. La amplia

gama de colores del paisaje que nos describen los autores desapareció para dar cabida a las humaredas de los ingenios azucareros, al verde de la caña, al gris de los caños, del concreto y del cemento; lo bello se volvió algo distinto para dar paso a lo cuantificable y se esfumó para quedar en el recuerdo.

In-Conclusión

Al mirar retrospectivamente el curso de la modernización en el paisaje vallecaucano se puede observar cómo las humeantes chimeneas de los ingenios manchan el cielo, antes profundo, lleno de luz, azul y límpido, hasta cubrirlo con inmensos nubarrones de gases que infestan el aire; así mismo de los ingenios azucareros hemos visto salir melodiosos y pintorescos arroyos de sustancias químicas y detritus letales que asesinan la fauna y la flora de los ríos vallecaucanos; también hemos visto arrasar bosques como combustible y exterminar la vida de los pájaros y aves con tóxicos pesticidas, destruir el paisaje en pos de una carretera, una cantera, un peaje o un basurero y, convertir el Valle del Cauca en una tierra desolada y triste donde no hay ríos, la naturaleza a muerto y el mundo interior del hombre, en ruinas, ha depredado su naturaleza misma. Los sofisticados aparatos que aparecieron en los campos para realizar labores de riego, siembra, cosecha, aplicación de insumos ataron, arrojaron y desplazaron el quehacer humano del habitante de la región vallecaucana. Las prácticas sociales y los dominios de saber que se dieron en el Valle del Cauca muestran como las formas de organización social están íntimamente vinculadas a la transformación tecnológica de los ecosistemas, y, también, cómo la marginación, exclusión y olvido de estas prácticas sociales y dominios de saber por la adopción de un nuevo paradigma tecnológico posibilitaron la destrucción del paisaje vallecaucano.

La economía de modelo diversificado del Valle del Cauca (hasta 1915) dio paso a la agroindustria azucarera de alta actividad económica y alto grado de modernización tecnológica, la que tiene su centro en Cali. Desde Cali se determina el recurso humano de la región: es el centro de servicios y negocios sustentando el paisaje urbano en su entorno regional. El modelo tecnológico y de nivel superior es el que sostiene la permanencia de la mano de obra calificada para realizar actividades tendientes a satisfacer necesidades industriales. Si aceptamos que el paisaje está cargado de significados, que allí no hay nada fortuito, porque corresponde a los conflictos, a las relaciones y al quehacer cotidiano del hombre en el entorno es pertinente señalar la necesidad de pensar quién y para quién se ha

convertido el paisaje exuberante y ubérrimo del valle geográfico del río Cauca en erial; pues si se es consecuente con las preocupaciones del fin de milenio en el espacio geográfico objeto de estudio se ve claramente que quienes han destruido el paisaje no lo han hecho pensando en el bienestar de sus habitantes sino en los procesos de producción de caña de azúcar.

Aquel paraíso perdido que encontramos en los autores vernáculos se extravió en la inmensidad del valle, tanto en tiempo como en espacio. Sin embargo, es la materia prima para la reconstrucción de aquella relación vital entre el hombre y la naturaleza. Para ello es preciso que el habitante del paisaje vallecaucano tome una nueva actitud: actitud de reflexión sobre lo que pasa a su alrededor. A partir de tal compromiso puede acceder a nuevas formas de vida, en la que el fin sea el bienestar y no la acumulación de capital, en las que no se observe desvanecer y hundir en el vacío el sentido de vivir, donde lo prioritario sea la dignidad humana y en donde el transcurrir del tiempo no deje notar la gran pérdida de la biodiversidad, de especies de fauna y flora por causa del establecimiento del monocultivo y el descuido de sus habitantes.

La magia tropical engalanó el paisaje vallecaucano con cantidad ilimitada de colores, formas, figuras y aromas. En este valle se expresó la vida, toda la vida, todo lo que en ella hay de natural y de apasionante; cuando retrocedemos en el tiempo y vemos ese paraíso perdido en el cual la naturaleza constantemente se presenta como el chaparrón que irrumpe un paseo y que en los últimos cincuenta años ha sido depredado sin misericordia debido a la obsesión de sus habitantes por convertirlo en fuente de riqueza al punto, que lo natural tiende a ser exótico y sólo sirve para adornar los folletos turísticos. Se perdieron los atardeceres, aves, árboles, campos, potreros, cascadas que acompañaron a la gente de antaño. La mayoría de los habitantes del paisaje vallecaucano se han olvidado de que éste cuenta por doquier con riachuelos de cristalinas y rumorosas aguas, densos guaduales, espesas selvas y lagunas donde moraban el tigre, la serpiente, el coclí, el oso, la ardilla, el mono, la lancha, el venado, la guagua, el guatín, la guacharaca, el titiribí, la orquídea, innumerables especies de bejucos, frondosos cachimbos, burilicos, sietecueros y carboneros y una sinfonía infinita de fauna y flora, casi indescriptible que palpita y tiembla bajo el delirante sol del equinoccio.

Existe la esperanza de amar y conservar lo que queda para volver a asombrarse con la hermosura placentera del paisaje, la noche, la luna, el amanecer, el atar-

decer; es necesario aprender a morar en el valle de hoy y construir modos de vida alternativos que permitan en el tenebroso e incierto horizonte del mañana ver caminos que procuren el mejoramiento de las satisfacciones del ser humano.

Literatura Citada

- Almario, O. (1994). *La configuración moderna del Valle del Cauca, Colombia, 1850-1940. Espacio, poblamiento, poder y cultura*. Cali. Cegan.
- B.I.R.F. Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. (1955). *Informe de una misión organizada por el Banco de Reconstrucción y Fomento a solicitud del Gobierno de la República de Colombia y de la Corporación Autónoma Regional del Cauca*. Washington.
- Botero, D. (1993). *Manifiesto del pensamiento latinoamericano*. Cali. Universidad del Valle.
- Brisson, J. (1980). *A pie de Cali a Medellín en 1890*. En: *Las maravillas de Colombia*. Bogotá. Forja.
- Carvajal, M. (1970). *Estampas y apologías*. Cali. Carvajal.
- Castro, B. y Rodríguez. (1993). *Días hechos a mano*. En: *Colombia país de regiones*. Medellín. *El Colombiano*, Domingo 24 de Noviembre de 1993, (28): 442.
- Fajardo, D. (1994). *La colonización de la frontera agraria colombiana*. En: *Absalón Machado. El Agro y la cuestión social*. Santa Fé de Bogotá: Tercer Mundo.
- Gaceta. *Café con aroma de historia*. Cali. *El País*, Agosto 10 de 1997: 11.
- García, E. (1945). *Estudios de medicina nacional*. Cali. Imprenta Departamental.
- Gourou: (1979). *Introducción a la Geografía Humana*. Madrid. Alianza.
- Holton, I. (1970). *El Valle del Cauca*. En: *Viajeros extranjeros en Colombia*. Cali. Carvajal.
- Isaacs, J. (1970). *María*. Barcelona. Bruguera.
- Le Grand, C. (1983). *Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.
- Martínez, M. (1986). *Planes de desarrollo y política agraria en Colombia 1940-1978*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.
- Mosquera, M. y Aprile-Gnisset, J. (1984). *Clases, segregación y barrios*. Cali Universidad del Valle.
- Orejuela, R. (1976). *Discurso de Inauguración. Memorias del Primer Foro Departamental sobre Contaminación Ambiental*. Santiago de Cali. Gobernación del Valle del Cauca. Marzo 31 a Abril 2 de 1976.

- Parsons, J. (1970). La colonización antioqueña en el occidente de Colombia. Bogotá Ed. Carlos Valencia.
- Patiño, V. (1982). Historia de la vegetación natural de sus componentes en la América equinoccial. En: Historia del hábitat vallecaucano 1536-1982. Cali. CVC.
- Rivera y Garrido, L. (1960). Impresiones y recuerdos. Cali. Carvajal.
- Ruiz, D. (1984). La imagen de la casa en María - fundación del espacio, En: María más allá del paraíso. Cali. Ed. Alonso Quijada.
- Valdivia, L. (1992). Economía y espacio: El valle del cauca 1850 a 1950. Cali. Universidad del Valle.
- Valverde, U. (1984). La cultura negra en María. En: María más allá del paraíso. Cali. Ed. Alonso Quijada.
- Vásquez, E. (s.f.). El paisaje del Valle en la mirada. Cali. Universidad del Valle.
- Vásquez, E. (1980). Ensayo sobre la historia del desarrollo urbano de Cali, siglos XVII y XVIII. Cali. Universidad del Valle.
- Vásquez, E. (1992). Desarrollo económico y patrón de desenvolvimiento vallecaucano. Cali. Universidad del Valle.

CAPITULO III

HUELLAS DESTRUCTIVAS DE LA AGRICULTURA COMERCIAL EN EL PAISAJE DEL VALLE DEL CAUCA, COLOMBIA, 1950-1975.

Inicialmente la magia tropical engalanó el valle geográfico del río Cauca con cantidad ilimitada de colores, formas, figuras y aromas. En este valle se expresó la vida, todo lo que en ella hay de natural y de apasionante; cuando retrocedemos en el tiempo y puede percibirse la destrucción a la que ha sido sometido debido a la obsesión de sus habitantes por convertirlo en fuente de riqueza. Se perdieron los atardeceres, aves, árboles, campos, potreros, cascadas que acompañaron a la gente de antaño. La mayoría de los habitantes del paisaje vallecaucano han olvidado que éste contaba por doquier con riachuelos de cristalinas y rumorosas aguas, densos guaduales, espesas selvas y lagunas y una sinfonía infinita de fauna y flora, casi indescriptible que palpita y tiembla bajo el delirante sol del equinoccio.

El paisaje constituye un ordenamiento espacial en el tiempo, pues el espacio geográfico se define como un conjunto de categorizaciones que surgen en un medio por la permanente interacción del hombre con la naturaleza; es así como se da el fenómeno de percepción y de interpretación cultural cargado de historia, ya que el espacio geográfico estructura y proyecta una sociedad integrada con y en la naturaleza, convirtiendo al territorio en un testimonio.

Los elementos del fenómeno de percepción tienen un origen y una historia y son las comunidades humanas las que moran en el espacio y lo organizan y ordenan, haciendo paisaje y convirtiéndolo en índice para la interpretación de esa presencia (Vásquez, 1994: 37). Por tanto es importante incorporar la dimensión ambiental en la historia para construir lo que Ángel (1989) llama Historia Ambiental: la necesidad de una historia ambiental surge porque la perspectiva ambiental reclama su propia manera de percibir el proceso histórico (Ángel, 1989: 46).

Para hacer un estudio de los procesos de transformación del paisaje se deben proponer los escenarios y construir los modelos de utilización del espacio, buscando, principalmente, la connotación del área cultural para abarcar la complejidad de la interacción del hombre con el entorno (Bertrand, 1980: 74). El proyecto *Nueva ruralidad y dicotomía campo ciudad* se ocupa del valle geográfico del río Cauca, donde los elementos del fenómeno de percepción tienen un origen y una historia, de suerte que son las comunidades humanas las que se desarrollan en el espacio (natural o heredado de una comunidad humana anterior) y lo organizan y ordenan, pues, las sociedades humanas, al habitar el paisaje vallecaucano hacen paisaje, convirtiéndolo en una manifestación de la permanente interacción naturaleza-cultura (Molano, 199: 8).

Metodología

La propuesta metodológica planteada considera que el paisaje expresa la identidad de las comunidades que participan en su transformación; por tanto, dada la doble esencia del paisaje, física y social, deben analizarse diversos factores, algunos supeditados o vinculados al medio natural y otros a las necesidades, aspiraciones y posibilidades humanas. Con lo anterior se da un fenómeno de percepción y de interpretación cultural que es un producto cargado de historia útil para comprender las interdependencias y las implicaciones que comportan lo natural y lo social.

Se utiliza como herramienta la Geografía Humana, la cual como disciplina que se interesa por las diferencias de área de las actividades humanas, se ocupa de las culturas (Sauer, 1980: 42), lo que implica hacer la connotación del área cultural para convertirla en objeto de análisis y develar la compleja interacción naturaleza-sociedad en el tiempo y en el espacio.

Recorrido literario por el paisaje y las formas de vida características del siglo XIX

El Valle del Cauca en el siglo XIX contaba por doquier, como dice Eustaquio Palacios (1969) en su obra *El Alférez Real* con una variedad infinita de fauna y flora. Este insigne hombre de letras en su memorable novela describe el paisaje vallecaucano así:

“Desde el pie de la empinada cordillera que tiene allí el nombre de los farallones, se desprende una colina que va descendiendo suavemente en dirección al río Cauca(...) Descendiendo por la colina, se ven a la derecha vastas praderas regadas por el cristalino Pance, que tienen por límite el verde muro del follaje que les opone el Jamundí con sus densos guaduales; a la izquierda, graciosas colinas cubiertas de pastos, por entre las cuales murmura el Lili, casi oculto a la sombra de los carboneros; y allá abajo, en donde desaparece la gran colina se extiende una dilatada llanura cubierta de verde césped, que va a terminar en las selvas del Cauca, y que ostenta, colocados a regulares distancias, árboles frondosos o espesos bosquecillos dejados allí intencionalmente para que a su sombra se recojan a sestear los ganados en las horas calurosas del día. Por todas partes corren arroyos de agua clarísima, que escapan ruidosamente por el sensible desnivel del terreno y que van a llevar al Cauca el tributo de sus humildes raudales” (Palacios, 1969: 33/34).

Esta fisonomía del paisaje del paisaje vallecaucano permanece casi inalterada hasta finales del siglo XIX y principios del XX; lo que indica que las comunidades que habitaron el Valle del Cauca hasta esta época permitieron la conservación del paisaje; lo cual no significa que el hombre no haya intervenido en la naturaleza y la haya alterado. Se trata de mostrar es que las prácticas sociales y técnicas no eran tan depredadoras como las que se dan actualmente con el cambio del paradigma tecnológico y del modelo económico y social de desarrollo. A favor de este argumento militan unas líneas de la novela María (Isaacs, 1970) en la que se describen las labores que cotidianamente debían realizar los hombres de entonces para asegurar su subsistencia:

“Después de una pequeña cuesta pendiente y oscura, y de atravesar a saltos por sobre el arbolado seco de las últimas derribas del montañés, me hallé en la placeta sembrada de legumbres, desde donde divisé’ humeando la casita en medio de las colinas verdes, que ya había dejado entre bosques al parecer indestructibles. Las vacas, hermosas por su tamaño y color, bramaban en la puerta del corral buscando sus becerros. Las aves domésticas alborotaban recibiendo la ración matutina, en las palmeras cercanas, que había respetado el hacha de los labradores, se mecían las oropéndolas bulliciosas en sus hilos colgantes, y en medio de tanta algarabía, se oía a veces el grito agudo del pajarero, que desde su barbacoa y armado de honda, espantaba las guacamayas hambrientas que revoloteaban sobre el maizal” (Isaacs, 1970: 67).

En las haciendas, hasta comienzos del siglo XX, se producía caña de azúcar, maíz, plátano, cacao, hortalizas, granos y arroz. En los trapiches se producía miel y azúcar; el suelo, ocupado por pastos para el ganado vacuno, caballar y mular. Las comunidades campesinas marginales, que se establecieron a la orilla de los ríos, ciénagas y lagunas, se dedicaron a la agricultura, la ganadería y la explotación forestal, siendo la agricultura la actividad más importante con productos sembrados tales como plátano, maíz, frijoles, yuca, hortalizas, arroz, caña, frutales y hierbas medicinales. Sin embargo, “es bien probable que en las primeras décadas del siglo, no más de un 20% de la superficie plana del Valle hubiera sido laborada” (Valdivia, 1992: 39).

“Las labores dan lugar a otros terrenos de pastales, entrelazados con selvas, o circundados por ellas, en los que, en estado de verano, la res encuentra sombra protectora; pastos más verdes debajo de las plantas cuyos frutos abundantes tirados por el suelo, recoge sin que hagan falta a nadie en tan pródiga tierra. Los bosques hacen que las ciénagas mantengan sus aguas todo el año, más en cambio producen pastales verdes, donde se refugian las crías en la estación ardiente, donde se hallan los cerdos en grandes manadas mantenidas fácilmente con las frutas del monte. Las ciénagas, en fin, dan lugar a las barrancas del río Cauca, revestidas de una vistosa vegetación; cubiertas de pobladores a causa de la fertilidad de la tierra, la cantidad de animales silvestres; cubiertas de pobladores a causa de la fertilidad de la tierra, la cantidad de animales silvestres; la abundancia del pescado” (Almario, 1994: 24).

Fue así como estas comunidades campesinas en sus pequeñas parcelas ribereñas alteraron los cultivos de pancoger (plátano, yuca y otros), con la pesca, como complemento alimenticio (Almario, 1994: 22).

Proceso de especialización en la producción de caña de azúcar

En el Valle del Cauca a mediados del siglo XIX la fabricación de panela, alcohol y panes de azúcar se realizó con un nivel técnico que según Charles David Collins era relativamente atrasado para la época (Collins, 1983: 45).

“La maquinaria e implementos agrícolas eran desconocidos para los años de 1860. Las técnicas nuevas como el arado americano, la misma máquina de coser y la maquinaria de vapor eran desconocidas. Con todos estos altibajos, la producción de azúcar en los ciclos de 1872 a 1874 fueron prósperos.

En 1876 a 1877 hubo revolución e inestabilidad política en el país. A tal grado, que la producción casi desaparece sumado al fenómeno de la fuga de capitales (...) el criterio general era todavía el del sentido de una explotación netamente artesanal. Con un contexto de labores que se prestaba entonces en continuar con los trabajos coloniales derivados de la producción del azúcar negra, malezas y panelas” (Beltrán, 1984: 42).

En 1897, a lomo de buey, se trajeron las primeras piezas mecánicas del primer ingenio moderno cuya producción entró el primer día, del primer mes, de 1900 (Beltrán, 1984: 42). En 1925 arriban el primer tractor y los primeros colonos japoneses, que enseñaron la forma de utilizarlos. El Valle del Cauca, que desde finales del siglo XIX trató de consolidar su proceso de modernización –proceso facilitado por la colonización antioqueña, la apertura del canal de Panamá, la construcción del Ferrocarril del Pacífico y la telaraña vial que hizo que el Valle venciera el aislamiento regional–, procura para 1930 las condiciones de infraestructura básicas para la configuración de la agroindustria azucarera (Rojas, 1983: 22). Sin embargo, durante la primera mitad del siglo XX, el desarrollo manufacturero del Valle del Cauca es débil y basado en empresas de bajo nivel tecnológico. Como lo afirma la Misión Chardon, en 1929, el cultivo de la caña de azúcar en el Valle se halla en el período extensivo de su explotación, la preparación de la tierra es superficial y a criterio de la misión deficiente, “la aradura se hace con pequeños arados arrastrados por una sola yunta de bueyes, profundizando de 10 a 15 cm. Hay quien se conforma con esta sola operación antes de sembrar, pero la generalidad de las plantaciones practican un segundo corte de arado, en sentido vertical al primer, luego se pasa una grada de discos y se procede a marcar las calles o rallas” (Rojas, 1983: 22).

En los años treinta se emprendieron cambios en las estrategias de desarrollo del país; fue la época de crecimiento orientada a la exportación y la industrialización, pues como el país ya contaba con las bases materiales para sustentar la industria moderna, el equipo montado pudo trabajar a plena capacidad en un mercado libre de manufacturas extranjeras. Bajo estas condiciones se partió del presupuesto de que el crecimiento industrial generaría los productos y puestos de trabajo que requería una población en crecimiento. En este sentido se adoptaron políticas económicas y planes de desarrollo tendientes a favorecer el sector industrial y urbano. El modelo de crecimiento enfatizó en el desarrollo de unos pocos cultivos y animales y con alta tecnificación, penalizando a la agricultura y las zonas rurales. Este fue el papel fundamental que jugó la Ley 200 de 1936:

“Significó el fin de un programa que había procurado, sin éxito, estimar la producción agrícola por medio del apoyo a la pequeña propiedad y el respaldo a los colonos contra especuladores territoriales. En los años posteriores a 1936, y en especial después de la Segunda Guerra Mundial, el aceleramiento de la industrialización y de la urbanización repercutió profundamente en el sector rural. La agricultura mecanizada a gran escala sustituyó a la ganadería extensiva en el Valle del Cauca” (Le Grand 1988: 209).

En 1929 la Misión Chardon enuncia que el Valle del Cauca presenta condiciones naturales óptimas para el cultivo de la caña; suelo, clima, topografía y situación. Esta recomendación tuvo acogida por los capitanes de industria de entonces, quienes promovieron durante los años treinta y cuarenta el incremento en el número de unidades productivas en el sector. Así mismo, el aumento de maquinaria agrícola y aperos también se generaliza; lo anotan Andreas, Obando y Casas (1938), al describir el copioso uso de maquinaria agrícola, que iba “desde el arado de 12 pulgadas tirado de bueyes, desde el pequeño tractor que sólo arrastra un único arado de disco hasta las grandes máquinas que arrastran uno de siete discos y pueden arar hasta 8 plazas diarias” (Andreas, Obando y Casas, 1938:20).

El proceso de transformación de la hacienda tradicional vallecaucana, que se inicia en 1863 con la adquisición de la propiedad La Manuelita por Santiago Eder y la vinculación de Ernesto Cerruti y los hermanos Blum a la actividad agropecuaria, ya en los años treinta y cuarenta evidencia cambios significativos, puesto que algunos ingenios productores de panes de azúcar se transformaron en productores de azúcar centrifugada y ampliaron sus bases territoriales. En principio, debido a que el Valle del Cauca contaba con grandes extensiones de tierra, los ingenios se expandieron y no hubo problema con los pequeños productores parceleros, aunque esta convivencia con la gran propiedad incubaba un futuro inexorable de despojo.

Durante la primera mitad del siglo XX, sin embargo, el desarrollo del Valle del Cauca es débil y basado en empresas de bajo nivel tecnológico. En 1940 irrumpe una industria dinámica y cualitativamente diferente con alta participación de capital extranjero que consolidó su modernización con el desarrollo de los cultivos comerciales, recomendado por la Misión Chardon en 1929. Los planes de desarrollo y política agraria para este año enfatizan en la modernización de la agricultura y la necesidad de infraestructura para aumentar la productividad; con el fin de

alcanzar tal propósito el Estado incentivó unos pocos cultivos; el conjunto de la política tecnológica se dirigió a promover y sostener el proceso de expansión de los cultivos comerciales. El Valle del Cauca tuvo que vencer tres grandes obstáculos para darle continuidad al crecimiento y la modernización: la insuficiencia de energía eléctrica, la necesidad de controlar las aguas del río Cauca y sus tributarios y la inexistencia de un sistema financiero y crédito de fomento (Vásquez, 1992: 4).

En 1945 el secretario de Agricultura del departamento, Ciro Molina Garcés, contrató con la firma norteamericana “Parsons-Brinckerhof-Hogan and McDonald” estudios de ingeniería para utilizar las fuentes acuíferas del Valle. Esta empresa se retira y da paso a la sociedad OLP, que en 1952 sugirió un plan de desarrollo de la cuenca hidrográfica del alto Cauca y la creación de una corporación de desarrollo que se encargará de realizarlo. David Lilliental, invitado por Molina a formular sugerencias, recomendó la creación de la Corporación Autónoma del Valle del Cauca, C.V.C., la cual se creó por decreto 3110 del 22 de octubre de 1954. El gobierno de la República y la C.V.C. solicitaron un informe al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. En dicho informe se hace referencia a las inundaciones del río Cauca y sus tributarios y en la necesidad de canalizarlo para recuperar las tierras inundables para la agricultura comercial y aprovechar las aguas para regar y producir energía tendiente a satisfacer las demandas industriales (BIRF, 1955: 30/31). En 1961, se creó la Corporación Financiera del Valle con un capital de \$12.585.000.

A principios del año 1950 comenzó la expansión de la industria azucarera y, gran parte de la tierra que pertenecía a los ingenios, se consiguió expulsando los campesinos, y no como tan a menudo se afirma, simplemente por la conversión de tierra ganadera en tierras para la producción de caña. Fue así que la pérdida de la tierra modificó la sociedad campesina y tuvo efectos drásticos sobre la vida cotidiana.

“En vez de la economía de subsistencia en la que el trabajo y la tierra podían ser comunales, la economía de los cultivos comerciales se caracterizó por relaciones mercantiles. El dinero en efectivo se impuso frente al intercambio de bienes de antaño. Algunos campesinos se convirtieron en capitalistas que rápidamente empobrecieron al verse forzados a sembrar los cultivos comerciales en sus pequeñas parcelas. Tenían que utilizar más tierra y gastar más tiempo en cultivos que no podrían consumir y que era necesario vender” (Salazar, 1986: 19).

En el periodo comprendido entre 1950 y 1968 los campesinos fueron expulsados de terrenos de 11.000 ha los cuales pasaron a manos de los ingenios, convirtiéndose por tanto, en jornaleros agrícolas por el sistema de contratistas. La mecanización, cada vez más generalizada en la región azucarera, significó un gran desplazamiento de mano de obra; “incluso muchos propietarios buscan la manera de introducir tecnologías nuevas con el fin de deshacerse de los conflictos laborales, reduciendo el número de trabajadores que emplean” (Salazar, 1986: 22).

A partir de 1950 el paisaje del Valle del Cauca se alteró rápidamente, y ya para 1976, como lo expresa el gobernador del departamento del Valle del Cauca, Doctor Raúl Orejuela Bueno, en la inauguración del Primer Foro Departamental sobre Contaminación Ambiental, titulado “*el Valle del Cauca no será el verde Valle del Cauca*”, lo que en el lenguaje de los poetas se tenía por don ya se había convertido en lo dado para la agroindustria moderna; según el gobernador,

“El Valle del Cauca ha sido el fruto del esfuerzo de nuestros antepasados, quien llegue por primera vez a nuestro departamento y observe desde el avión los colores del verde que nos caracteriza, vea en forma equilibrada que gozamos de una hermosa planta y crea que así la dotó inicialmente la pura entrega de la providencia, se está formando una imagen equivocada, pues la verdad sea bien dicha que conozca nuestra región podrá saber que el Valle del Cauca no era el verde Valle del Cauca, nuestras tierras eran insalubres, la altiplanicie situada a 1000 metros sobre el nivel del mar y enrollado sobre los hombros de las cordilleras, mal drenada por nuestro río padre y los afluentes que a él llegan, ha sido necesaria una lucha de generaciones por haber podido conquistar lo que en el tenemos, todo un esfuerzo titánico, es el esfuerzo de los vallecaucanos por nuestras tierras, aptas para la agricultura, en la medida en que se desarrollara el progreso agrícola comenzamos a desplazar la ganadería hacia la tierra de vertientes porque allí podríamos producir alimentos de mayor eficacia para nuestra región y todo el país, de tal manera que esta lenta evaluación del Valle no fue obra inventada ni fue el fruto poderoso, fue necesario drenarlo, canalizarlo, dominarlo, que las tierras se volvieran aptas y así lentamente con el esfuerzo de una clase directiva importante, y una calificada mano de obra que hasta nosotros ha llegado, para presentarle al país, un potencial agrícola e industrial”(Departamento del Valle del Cauca, 1976).

Efectivamente el Valle del Cauca no era el verde desbordante de la caña de azúcar. A medida que se extendía el cultivo se destruían los bosques y en consecuencia se disminuía la humedad del suelo y la diversidad de especies animales y vegetales. Antes de la expansión de la caña en los campos vallecaucanos el uso de fertilizantes no era necesario y el follaje de los bosques era abundante, el caudal de los ríos, siempre iba en aumento: nunca había escasez de agua. Los productos agrícolas y de la selva eran transportados por canoas a lo largo de los ríos, la pesca era abundante y el agua de los ríos no estaba contaminada (Salazar, 1986: 22).

En los años veinte en la isla de Java se obtiene la variedad conocida técnicamente por POJ 2878 (Proestation Oost Java) de alto impacto comercial. “Esta variedad de caña, la moderna panacea que aliviaba todas las preocupaciones de la producción azucarera en todo el mundo, este primer cruzamiento de cañas hizo de la variedad POJ 2878, uno de los primeros éxitos de la industria biológica, y su aplicabilidad en los logros de la llamada revolución verde” (Beltrán 1984: 42).

En 1929 con la llegada de La Misión Chardon se introdujeron al país las variedades javaneses de caña de azúcar POJ 2878, 2714 y 2725. Para esta época, la Misión lo expresa así:

“Prácticamente la única variedad que se siembra en el Valle es la caña Ota-hiti o blanca, la misma que en otros tiempos ha figurado notablemente en el cultivo de la mayoría de los países azucareros. La historia de esta famosa variedad está íntimamente ligada con el desarrollo de la industria azucarera. Su introducción, su apogeo y su rápido declinar ha marcado épocas memorables en los anales de todos los países azucareros” (Chardon, 1930: 141).

Con la aparición en los monocultivos de caña tradicional de la enfermedad del “mosaico”, se hizo necesario adoptar las variedades de caña foráneas recomendadas por Chardon y que eran inmunes al “mosaico”. En este proceso de sustitución jugó un rol importante la Estación Experimental de Palmira, que en 1933 había “repartido en gran escala a toda la República semillas de caña de las variedades más apropiadas sobresaliendo entre ellas la P.O.J. que ha sido la salvación de la industria azucarera” (Andreas, Obando y Casas, 1938:31). En 1937 la Estación Experimental Agrícola de Palmira, bajo la dirección del Ingeniero Agrónomo Guillermo Ramos Núñez inició trabajos de hibridación y la formación de un jardín de variedades javanasas.

En la década de los años cuarenta la producción anual se triplicó, llegando a ascender a 147.723 t. En la década de los cincuenta, que es cuando se acelera el crecimiento de los ingenios grandes de la región como Manuelita, Río Paila, Mayagüez y Providencia y la producción parcelera inicia su proceso de desaparición, los ingenios comienzan a tener en cuenta los conceptos técnicos de adecuación de tierras, fertilización, densidad de siembra, etc., para aumentar la producción. A finales de los cincuenta y principios de los sesenta algunos ingenios adquirieron tractores de oruga Cat D-6 y D-6B hidráulicos, de 76 HP en el tiro, acondicionados con “hoja topadora” y barra porta-herramientas, e iniciaron el mejoramiento del macro y micro relieve para adecuación de tierras; el cálculo y diseño de movimiento de tierras, que en un principio se hacía en forma empírica, se mejoró con el empleo del método de perfiles simples y dobles, la cuadrícula compensada y el centroide; los ingenios adquirieron las traíllas sin fondo, los marcos niveladores de graduación mecánica e hidráulica, las motoniveladoras y los cargadores de diferentes modelos (Guardiola, 1995: 14/16).

En los años cincuenta se empleaban como fertilizantes químicos los nitratos de sodio y de calcio, el superfosfato simple, los sulfatos de amonio y calcio, el fosfato amoniacal y el cloruro y el sulfato de potasio. En los años sesenta, con el uso de urea y superfosfato triple se dio la verdadera revolución en el uso de fertilizantes en caña (Guardiola, 1995: 17). El uso de fertilizantes trajo consigo la utilización de maquinaria en forma óptima. El control de malezas se realizaba en forma manual, con pala o azadón, y en forma mecánica con cultivadoras de manquera de púas o paletas, haladas por bueyes o mulas, que en 1960 se comenzaron a cambiar por tractores cultivadores tipo triciclo y estándar. La aplicación de herbicidas era mínima aunque ya se contaba con TCA (Tricloroacetato de sodio), el 2,4-D (amina y éster), el Dalapón y el PCP (Pentaclorofenol). En los 1960, el mercado de herbicidas ofrecía Diurón (Karmex), el Picloram (Tordon 101), el Linudo (Alafon) y el Paraquat (Gramoxone); y en la década de los setenta, las Atrazinas, Ametrinas y el Roundup (glifosato) y los surfactantes o tensoactivos que coadyuvan a la efectividad de los herbicidas (Guardiola, 1995).

En 1970 los ingenios hacen altas inversiones en utensilios y maquinaria agrícola más eficiente, de mayor potencia y versatilidad para preparar los suelos, cultivar y transportar la caña: los tractores CAT D6-C y los de aplicación especial, los arados-rastras de 10 y 12 discos de 36 pulgadas y de 16 y 22 discos de 32 pulgadas, que con el arado de cincel, reemplazaron el arado de discos tradicional; las barras

subsoladoras de diseño semiparabólico más eficientes y los rastrillos gigantes de 92 discos de 24 pulgadas en tandems escualizables acoplados a tractores enllantados con 475 HP. Otro avance significativo fue la introducción de los equipos de rayos láser utilizados para nivelar terrenos y hacer levantamientos topográficos (Guardiola, 1995).

En 1953 Simeone Mancini, en su estudio sobre la tendencia y uso de la tierra por la industria azucarera, muestra cómo la expansión de la agroindustria cañera había “absorbido 332 propiedades, con una superficie total de 47049 ha en el período de 1922-1953, en el cual la industria pasó de 1 a 22 factorías de azúcar centrifugado o refinado” (Mancini, 1953: 26). En este estudio se puede ver que de las 332 propiedades a expensas de las cuales crecieron las centrales azucareras “más del 50% eran menores de 25 plazas” (Mancini, 1953: 17).

En la década del sesenta, debido a la creciente demanda comercial, aumentaron los cultivos de arroz, sorgo, soya, maíz, frijol y algodón tecnificados. Estos cultivos merecieron especial interés en los estudios de la estación experimental; “que desarrolló los proyectos de la aclimatación, propagación, mejoramiento de las variedades (...), importación de semillas” (Mallama, 1996: 98). Las prácticas adoptadas por los agricultores para dichos cultivos, siguen el modelo tecnológico requerido para el desenvolvimiento económico del país. En consecuencia, lo que se busca es aumentar la producción con el uso de maquinaria agrícola. A este propósito, los distintos gobiernos según Salazar (1986), han adoptado diversas medidas, tales como la realización de campañas de fomento de ciertos cultivos, la protección arancelaria, la asistencia técnica, la creación de instituciones de investigación y capacitación, el apoyo a entidades educativas para la formación de técnicos. En 1962 se creó el Instituto Colombiano Agropecuario ICA, el cual emprendió tareas de investigación, difusión y extensión.

Implementación de agricultura comercial y alteración del paisaje

Los cultivos comerciales –ya mencionados– son los que ocuparon la mayor parte de la superficie mecanizable y procuraron la expansión de la mecanización agrícola. Así, en Colombia, afirma Rivas (1994), el aumento de áreas dedicadas al cultivo se incrementó y coadyuvó a la introducción del tractor y la mecanización, alterando el paisaje de algunas regiones del país, destruyendo los bosques para aumentar la frontera agrícola e incrementando la productividad de la tierra.

La mecanización de los cultivos comerciales ha propiciado el aumento del área cultivada, producción, productividad e introducción del paquete de la revolución verde en el país y en especial en el Valle del Cauca (Alba, Cortés y Parra, 1965). Duque y Domínguez (1974) sostienen que la producción agrícola del Valle del Cauca para los años setenta “se encuentra representada por productos altamente mecanizables tales como: algodón, soya, frijol, maíz, caña” (Duque y Domínguez, 1974: 13).

Este comportamiento dinámico general oculta, sin embargo, un modelo de crecimiento concentrado en unos pocos cultivos y animales, pertenecientes en su mayoría al subsector comercial. En Colombia la expansión de cultivos como la soya, el girasol y otros oleaginosos, del tabaco y del sorgo, entre los cultivos anuales, así como de la caña de azúcar para la obtención de alcohol, de los cítricos y de otras frutas, entre los cultivos permanentes, y de la producción de aves y cerdos se relacionan en todos los casos con el fuerte tirón sufrido por la demanda ante la dinámica expansión de las agroindustrias. De hecho, los cultivos de oleaginosas y el sorgo se utilizan en su mayoría en las industrias avícolas y porcinas. Los productos propios de la agricultura campesina, por ejemplo el maíz, los frijoles, la papa y la yuca, tienen bajas tasas de crecimiento, o incluso están en recesión. En algunos casos significativos, este dinamismo ha sido impulsado por costosos programas financiados por el gobierno, es decir, con fondos públicos utilizados para financiar costosas operaciones que beneficiaban a los segmentos superiores de las sociedades rurales.

El proceso de mecanización en el valle geográfico del alto Cauca se ha caracterizado por la concentración de los factores de producción; los propietarios con alto nivel económico se apropiaron de los mejores suelos y recursos y, además, adoptaron un modelo de desarrollo agropecuario basado en el monocultivo que favoreció la incorporación de maquinaria agrícola cada vez más sofisticada y la introducción del llamado paquete de la revolución verde. El principal problema que viene con cada mejora es el desplazamiento de mano de obra y la disminución consecuente de posibilidades del trabajo para una población en constante aumento.

Sulaiman *et al.* (1977) advierten que la tendencia general que muestra la población colombiana es la de concentrarse cada vez más en las áreas urbanas como consecuencia de las relaciones sociales que se representan el campo, por la violencia, por la búsqueda de mejores oportunidades, etc. La adopción de tecnologías modernas facilitó el aumento de la superficie sembrada con cultivos comerciales y mixtos; para esa misma época la expansión del área cultivada estuvo acompañada de un cambio importante en la estructura de cultivos, dependiendo del dinamismo del proceso de

mecanización de la agricultura (Araya y Ossa, 1976: 74/75). Esto repercutió en los productores parceleros del Valle, que tuvieron que abandonar sus cultivos de panco-ger dado que las políticas agrarias y de desarrollo se dirigieron a buscar una elevada tasa de crecimiento y la vía consistía en el proceso de industrialización, el Estado y las leyes coadyuvaron a la descomposición inexorable del campesino vallecaucano.

“Si en algún sector agrícola, las compañías de ingenios agrícolas han trabajado para intensamente reducir el empleo de mano de obra es en el de la caña de azúcar. Han llegado a desarrollar sistemas completos de manipulación, que van desde preparación del suelo hasta la cosecha; razón es la imperiosa necesidad de ahorrar mano de obra, no tanto por lo costoso como por la dificultad de contar con suficiente personal para el corte, alce y tiro en el momento preciso” (Cañicultura, 1963: 11)

Castillo (1985) afirma que los ingenios no vacilan en dejar los pueblo-campamentos del valle llenos de desempleados. La mecanización del Valle del Cauca ha estado estrechamente relacionada con la destrucción de los recursos naturales ; la utilización de aparatos cada vez más sofisticados para labores de riego, preparación del suelo, siembra, aplicación de insumos, siembra, alce y transporte entre otras hicieron un uso más eficiente de los recursos suelo, agua, cultivos, aire, etc. Dicha eficiencia ha estado mediada por la acumulación ampliada de capital, la explotación y la necesidad de perpetuar el trabajo alienado y no por uso más racional de los elementos de la naturaleza en el que se puedan comprender los procesos de los que se vale para aprovecharla causando el mínimo daño al ambiente.

Lo que vemos es cómo la desecación de ríos, lagunas, pantanos, madresviejas; el exterminio de la biodiversidad, la contaminación del aire se debió principalmente a la incorporación de estos espacios a la producción de caña de azúcar. Fue con este fin que se drenó y canalizó el río Cauca, pues no se tuvo en cuenta que las aguas turbias de las crecientes del río dejaban *“una marca notable en los troncos de los árboles a cuyos pies deposita(ban) un limo fértil, que suministra(ba) nueva fuerza y vigor a la vegetación. Ese mismo depósito de partículas acarreadas por la creciente, va luego paulatinamente levantando el suelo y preparando para las edades venideras un terreno feroz” (Vergara y Velasco, 1974: 515).*

Caicedo (1935), en su Compendio de Enfermedades Tropicales e Higiene, con relación a las aguas del río Cauca y sus afluentes describe que:

“Cuando el río Cauca llega al Valle, sus aguas son ya neutras porque su ácido se ha ido fijando a los óxidos básicos de su lecho, además sus materias orgánicas son escasas por causa de las reacciones químicas y biológicas que los han destruido casi totalmente. Las buenas condiciones potables de las aguas del río Cauca, lo prueba el hecho de que quienes la consumen no padecen perturbaciones digestivas, ni infecciones de origen hídrico, aun tomándolas sin decantar. En años atrás, muchos ribereños del Cauca tenían la buena costumbre de usar series de tinajas para decantar el agua del río y tomarla muchas veces semanas después de captado. Con respecto a las aguas de las afluentes del Cauca, es de observación que son más saludables las de arroyos y pequeños ríos” (Caicedo, 1935: 82/83).

Esta corta descripción de la calidad y abundancia hídrica del Valle en la primera mitad del siglo XX evidencia el mancillamiento al que ha sido sometida la naturaleza; por el afán de acumular dinero, los habitantes no se dieron cuenta de sus posibilidades.

Las excepcionales características geomorfológicas y ecosistémicas han privilegiado el departamento del Valle del Cauca con abundantes recursos hídricos, tanto en el litoral Pacífico como en la cuenca del río Cauca. Es en esta última donde se ha concentrado el desarrollo del departamento, sobre todo durante el siglo XX aprovechando la influencia de su río titular. Los modelos de desarrollo adoptados por los distintos renglones productivos (no sólo la mecanización de la agricultura comercial sino también los sectores agropecuarios, industriales y urbanos) han conducido al deterioro y disminución crítica de los recursos hídricos de la región (Giraldo y Sánchez, 1997).

La pérdida de biodiversidad en el Valle del Cauca se evidencia en las descripciones que del paisaje hacen los autores vernáculos del siglo XIX y principios del XX:

“No había amanecido aún, y tuve que salir en busca de aire mejor para calmar La especie de fiebre que me había atormentado durante el insomnio de la noche. Solamente el canto del titiribí y los de las guacharacas de los bosques vecinos anunciaban la aurora: La naturaleza parecía despertar de su sueño. A la primera luz del día empezaron a revolotear en los plátanos y sotos los azulejos y asomos; parejas de palomas emprendían viaje a los campos vecinos; La greguería de las bandadas de loros remedaba el ruido de una quebrada bulliciosa; y de las capas florecientes de los pisamos del cacaotal, se levantaban las garzas con leve y lento vuelo” (Isaacs, 1970: 218).

“La llanura de este Valle del Cauca sonríe, acaricia y brinda espectáculo. Aquí los sentimientos parecen afinarse, exaltarse y hacerse más aguda la sensibilidad para la comprensión de lo bello, porque es el espectáculo de la naturaleza lo que predispone el ánimo y le imprime a bendecir la fecundidad de la tierra” (Arguedas, 1983: 255).

Rivas (1994) también advierte sobre los impactos de la mecanización y anota que el uso de maquinarias cada vez más sofisticadas y grandes ha ido compactando el suelo, lo cual ha reducido la infiltración del agua y la aireación. Esto conduce a que se pierda la productividad de los suelos. La mecanización de la agricultura comercial en el Valle del Cauca ha aumentado la eficiencia de la aplicación de fertilizantes. Sin embargo, este uso que hace la agroindustria azucarera es indiscriminado y “está generando una serie de problemas, como la esterilización del suelo, la inhibición de la fijación simbiótica de nitrógeno, contaminación del agua por nitratos, entre otros” (Burbano et al., 1997:22; Lara, 1989: 5).

La mecanización de la agricultura comercial en el Valle del Cauca no tuvo en cuenta que el suelo es un sustrato vivo, cambiante, donde interactúan plantas, animales, microorganismos y el hombre (Beltrán, 2006: 67). El uso continuo de maquinaria y químicos para preparar el suelo y hacerlo aprovechable para satisfacer las necesidades energéticas de sus habitantes ha cambiado las condiciones químicas de éste, en detrimento de la vida animal, vegetal y microbiana del suelo.

“Algunas de las causas del deterioro del suelo parten fundamentalmente de la tendencia moderna al monocultivo extensivo e intensivo, caso patético en el Valle del Cauca con la caña de azúcar donde partimos primeramente en la preparación del terreno el cual sufre las consecuencias de ser trabajados con implementos demasiados pesados para arar, pulir y nivelar el terreno. Tipo de labores deteriora las propiedades físicas del suelo por el excesivo número de operaciones, lo cual conlleva a daños en la estructura que se manifiestan en la pulverización de la capa arable y compactación de los niveles inferiores (...), menos capacidad de infiltración por compactación del suelo” (Galvis, 1997: 2).

El uso de maquinaria pesada deteriora físicamente el suelo, particularmente la agregación, la reducción del espacio poroso, penetración del agua y raíces. En los suelos mecanizados es común ver una estructura de bloques angulares y subangulares que evidencian fragmentación por acción mecánica de los implementos agrícolas.

Escobar (1963) advierte que la aplicación del riego aumenta el contenido de sales en los suelos (y que) la agricultura con riego es de vida corta. Las aguas de riego contienen sólidos en suspensión y sales en disolución; la acumulación de sales en el suelo produce efectos físicos, químicos y biológicos. Los impactos físicos son: aumento de la presión osmótica del agua que disminuye su absorción por las raíces; cambios en la estructura del suelo con disminución en su permeabilidad y aireación, debido a la defloculación de la arcilla coloidal causada por el sodio; pérdida de ciertos elementos por lixiviación; cambio de las características del perfil del suelo; los efectos químicos son: aumento de la absorción del sodio por las partículas del suelo; cambio en el pH, aumentando y disminuyendo la asequibilidad del zinc, cobre, manganeso y boro; aumento de elementos tóxicos como boro, litio, flúor y aumento del contenido del fósforo del suelo. Los efectos biológicos son: cambio de la flora del suelo y de la actividad bacteriana y quemazón de los bordes de las hojas de los frutales.

La agricultura comercial, y en general el cambio de paradigma tecnológico en el valle geográfico del río Cauca afectó las relaciones que instauraron las comunidades humanas entre sí y con el medio natural; en consecuencia se perdió el humano hacer en relación con lo existente. En el paisaje se quedan las huellas de las interacciones humanas que las comunidades estrechan con el medio natural, convirtiéndose en expresión de la identidad de un pueblo.

En efecto, el hombre vallecaucano estableció con la naturaleza exterior un intercambio orgánico pues “cualquier relación entre el hombre y la naturaleza que vaya más allá de las formas primitivas meramente animales ocurre en el ámbito de una determinada forma social” (Mandel, 1969: 26). Por consiguiente, la diversidad existe en tanto que hay una diversidad cultural que la sustenta, así, en el Valle del Cauca durante las primeras décadas del siglo XX, antes del proceso acelerado de la maquinización de la agricultura comercial, se configuran las más diversas formas que dan cuenta de la compleja red de interacciones que sustentó la cultura vallecaucana.

“Las culturas guían hacia un espíritu genuino: a suscitar formas originales de concebir, de pensar y de plasmar. Es un error pensar en cambios políticos abstrayendo la cultura. La cultura es un universo; no es una camisa de fuerza. Hay visiones conservadoras y reaccionarias de la cultura, pero esto no es necesariamente así. Hay muchas maneras de enfocar la cultura” (González, 1972: 123/124).

En este sentido el paisaje del Valle en el siglo XIX y primeras décadas del veinte es arte; es arte porque el verdadero arte proviene de embriaguez causada por los instintos vitales (González, 1972: 12). Y en el Valle del Cauca, para esta época, se asentó una cultura ribereña que construyó formas de morar en el espacio y el tiempo que dejaron la impronta de su presencia en el medio físico.

En la apariencia visible del paisaje se expresa una estructura en la que concurren factores físicos y humanos. Si se consideran en tal estructura dichos factores se hacen interdependientes e influyen mutuamente sus acciones. Así, si uno de los factores es modificado se resentirá la armonía de los otros.

En el Valle del Cauca las formas de percibir y morar en el mundo (la cultura) cambió profunda y paulatinamente a partir de 1950, cuando el proceso de mecanización de la agricultura comercial irrumpió con una gran dinámica; lo que antes eran lugares cargados de cultura, de sueños, de anhelos, de vivencias, de sentimiento humano y natural hoy son inmensas cañaduzales donde el mundo interior del hombre solo ve posibilidades de valorizar capital. Muy pocas cosas están unidas al sentimiento personal que les concedió el habitante vallecaucano del siglo XIX:

“A mi regreso, que hice lentamente, la imagen de María volvió a asirse en mi memoria. Aquellas soledades, sus bosques silenciosos, sus aves y sus aguas, ¿por qué me hablaban de ella? ¿Qué había allí de María? En las sombras húmedas, en las brisas que movía los follajes, en el rumor del río (...) Era que veía el Edén, pero faltaba ella; era que no podía dejar de amarla aunque no me amase. Y aspiraba el perfume del ramo de azucenas silvestres que las hijas de José habían formado para mí. Las almas como la de María ignoran el lenguaje mundano del amor; pero se doblegan estremeciéndose a la primera caricia de aquel a quien aman, como la adormidera de los bosques bajo el ala de los vientos” (Isaacs, 1974: 75).

Torres (1963), en el Primer Congreso Colombiano de Sociología, reflexionaba sobre los cambios socio-culturales acaecidos en el sector agrario y se refería al proceso de “urbanización en el sentido sociológico”, es decir, a la “división del trabajo, especialización, contacto sociocultural, socialización, mentalidad de cambio, despertar de expectativas sociales y utilización de métodos de acción para realizar una movilidad social por canales no previstos por las estructuras vigentes” (Torres, 1963: 183).

Estas transformaciones han enriquecido el tejido sociológico del ámbito rural colombiano por la emergencia de nuevas clases y estratos sociales (Torres, 1963: 189). En este sentido las unidades sociales básicas en donde se ha desarrollado la actividad económica fundamental, así como los procesos de socialización y de interacción comunitariamente en Colombia, la familia (extensa o nuclear), la vereda y el poblado, sufren profundas modificaciones en su naturaleza y funciones societarias como resultado de la nueva situación.

La nueva generación rural colombiana manifiesta alternas figuras de identificación personales y colectivas, y nuevas imágenes sociales, hábitos y valores, disruptivos respecto del *ethos* y la cultura tradicional en las zonas rurales y todo el impacto de la modernización y urbanización. Los hijos, que se constituían en la mano de obra fundamental para la explotación de la parcela rechazan de modo creciente, según el nivel de exposición al proceso modernizador, las exigencias de trabajo rudo y esforzado de sus antecesores (Torres, 1963).

Lo que puede apreciarse es una

“tendencia a la homogeneización cultural, entre el habitante rural y el habitante ciudadano (...) esta situación puede manifestarse en elementos tales como la vestimenta, en donde el blue-jean o, incluso en la mujer campesina, el pantalón a la, moda (...) La creciente extensión de la electrificación rural en el campo, la cual en las dos últimas décadas, particularmente, se ha extendido de las poblaciones intermedias a los más pequeños poblados y a muchas veredas de antemano marginales (lo cual procura la disponibilidad de electrodomésticos y la) generalización de la radio (y la) extensión (provocando una) revolución, cuyas consecuencias aún no se han analizado plenamente, en la cultura y las expectativas de la familia rural y en especial, de sus miembros más jóvenes” (Jaramillo, 1986: 194/195).

En este sentido ocurre un fenómeno especial en la mano de obra: la población de la región cañera ya no quiere realizar trabajos innobles, lo que lleva a diferenciar los trabajadores asalariados agrícolas. Así, uno de los sectores, el más importante numéricamente es el de los “iguazos” que Nicolás Buenaventura señala como “negro costeño o mestizo de Nariño y Cauca o blanco antioqueño (aunque esto no importa) lo que importa es su estatus social. Es un hijo de campesino que viste y habita campesino y usa la herramienta tradicional más rudimentaria, la “pacora”,

un machete recortado (...) es el tipo que (...) se gana un salario o destajo, a menudo por cuenta del “contratista”, es decir, “sin horas”, sin jamás calificar trabajo, sin seguridad social, sin garantía de estabilidad jamás” (Buenaventura, s.f.).

El jornalero agrícola en el Valle del Cauca, debido al proceso de proletarianización incompleto (Gaitán, 1981), es el trabajador agrícola que percibe una remuneración en efectivo por los servicios prestados en la finca y la única diferencia con los aparceros es que los salarios de estos últimos se pagan con una parte de la cosecha (Bustamante y Monzón, 1965: 52). Los jornaleros permanentes trabajan bajo la vigilancia diaria del mayordomo o administrador, tienen algunos conocimientos sobre mantenimiento y uso adecuado de la maquinaria agrícola, el cuidado de los animales de la finca y otros oficios similares. Los jornaleros temporales son contratados en las épocas de mayor volumen de trabajo, especialmente en los periodos de siembra o de cosecha; a estas personas se les paga el jornal en efectivo, ya sea por día, hora o área de trabajo.

No sólo el hombre, sino la naturaleza, en el Valle del Cauca ha sido sometida a la más brutal explotación y proceso de destrucción. La racionalidad técnico-científica se caracteriza por enfatizar en su modelo de desarrollo el crecimiento económico y la valorización de capital (Rengifo, 1990: 31). De esta forma, las ciencias y las técnicas se hayan definidas por criterios de factibilidad y rentabilidad, dando como consecuencia lógica, la imbricación del conocimiento con los intereses del mundo de la vida; de suerte, que las ciencias terminan involucrándose con la producción y la administración. Así, se ligan los procesos de investigación con su transformación en técnicas y lo que debiera dejarle tiempo al hombre y liberarlo de tareas innobles se convierte en interés vital negado en la sociedad contemporánea.

Aunque no se puede decir que en Colombia, y claro en está, en el Valle del Cauca, se ha llegado a grandes descubrimientos o avances tecnológicos, si se puede hablar de un cierto tipo de investigación a favor de la industria azucarera del país (Fals Borda, 1987). Se debe recordar aquí el papel de La Estación Experimental Agrícola (EEA) en Palmira, que en los años cuarenta realiza trabajos de hibridación y formación de un jardín de investigación. Para los años sesenta el ICA (Instituto Colombiano Agropecuario) continúa con las investigaciones en caña y en los años setenta se inicia CENICAÑA con las recomendaciones de la misión inglesa Bookers Agricultural and Technical Services, cuyos programas se orientaron a la introducción y evaluación de variedades, al control de plagas y enfermedades y física de suelos aplicada al manejo de aguas y suelos.

Después de los años cincuenta, cuando comenzaron a hacerse inversiones en implementos y maquinaria cada vez más eficiente, se realizan estudios, tanto en la Facultad de Agronomía, de la Universidad Nacional de Colombia como en la EEA (Escuela Experimental Agrícola) y posteriormente el ICA (Instituto Colombiano Agropecuario) y CENICAÑA, sobre la distancia entre surcos de siembra, tratan de ajustarlo a los requerimientos de la nueva maquinaria usada para la cosecha y el cultivo de la caña.

Fue también con el fin de aumentar la productividad y la disponibilidad de agua para los ingenios que se iniciaron las investigaciones, a principios de los cincuenta, sobre la posibilidad de explotar las aguas subterráneas. La CVC y el IGAC apoyaron al sector agroindustrial, pues “coadyuvaron al diagnóstico y la solución de muchos de los problemas que afectan los suelos dedicados al cultivo de la caña. Además la CVC prestó asesoría a los cultivadores de la región” (Guardiola, 1995: 16).

En 1970 la firma inglesa Bookers, ya mencionada, recomienda iniciar estudios de ingeniería agrícola aplicados al manejo del suelo y el agua y más adelante maquinaria y plagas. Los ingenios azucareros al momento de tomar decisiones trascendentales han encomendado los estudios a firmas internacionales. Esto ocurre desde la Misión Chardon, en 1929. En 1968, la Hawaiian Agronomics International asesoró a los ingenios Ríopaila y Central Castilla y recomendó utilizar para la siembra trozos de caña con tres o cuatro yemas, previamente tratados con fungicidas contra el mal de piña y arreglados en paquetes de 50 trozos para su distribución en el campo cada 18 m.

La firma perforadora Harold T. Smith International inició la explotación de las aguas subterráneas. En 1971 se adoptó en el Valle del Cauca la programación de riegos con base en las experiencias de Hawai. En esta misma época llegan al Valle los rociadores gigantes “tipo cañón” hecho que llevó a que se emprendieran estudios e investigaciones para el diseño de las suertes del cultivo a formas rectangulares con longitud de surco entre 110 y 150 m. De los años setenta también data el incremento en el uso de fertilizantes, que impulsó investigaciones para optimizar su uso y aplicación implantándose la aplicación suplementaria de fertilizantes en solución de agua de riego.

En 1961 el ingenio Central Castilla ensayó por primera vez la aplicación aérea de urea granulada; de aquí en adelante son muchos los agroquímicos que se han utilizado en busca del ideal importado de la revolución verde.

El trabajo del Ingeniero Agrónomo Celso García (1954) sobre la situación caoetera en Colombia se observan los cambios que comenzaron a operar en el uso, tenencia y manejo de los suelos en el valle geográfico del río Cauca. Hasta principios de siglo XX el principal producto cultivado por los campesinos era el cacao, al punto que la región se constituyó en la primera zona productora, aportando el 70% de la producción nacional, seguida por Cauca y Huila. Colombia exportaba cacao habiendo alcanzado, en 1905 a cubrir el 83% del valor total de las exportaciones del país. Aun en 1909 se exportaron alrededor de 1000 t.

“Desafortunadamente, causas aún no bien establecidas hicieron que el país se tornara de exportador a importador de grano de cacao. Así, en 1924 se importaron 1486 t, cifra que en 1934 llegó a 4271 t, habiéndose sostenido esta cifra (4224 t) con leves oscilaciones, hasta 1944. De ahí en adelante las importaciones de cacao aumentaron en forma realmente impresionante hasta 1950, cuando llegó a la cifra de 8114 t.”
(García, 1954: 1-8)

Las economías campesinas con la expansión de los ingenios azucareros se vieron desfavorecidas (Valdivia, 1992: 120/121). Aparte del desarrollo cañero y azucarero y la modernización de algunos hatos lecheros, la producción agrícola mantuvo su carácter tradicional hasta la mitad del siglo XX (Vásquez, 1992: 3). Mientras despegaba el proyecto agroindustrial en el Valle del Cauca, que fue después de los años cuarenta, la pequeña y mediana propiedad coexistió con la industria azucarera. En estas primeras cuatro décadas del siglo XX, el desarrollo manufacturero vallecaucano fue bastante débil y necesitó de los productos agrícolas, pecuarios y mineros de la economía tradicional (cacao, café, maíz, plátano, carnes, cebos, caña, alcohol, cueros, carbón mineral, cal, etc.).

En los años treinta se emprendieron cambios en las estrategias de desarrollo del país; en el bucólico campo vallecaucano se aceleró la irrupción de numerosos ingenios azucareros, en 1928 existían tres ingenios, durante los años treinta y cuarenta se incrementó el número de unidades productivas en el sector. Para esta época el valle se encontraba vialmente unificado desde Cali a Cartago, contaba con el ferrocarril para llegar al mar y los vapores todavía funcionaban: el acercamiento entre los poblamientos rurales y los centros urbanos fue mayor. La industria azucarera aprovechó estas condiciones materiales para acceder a

los mercados internacionales. Aunque ya estaban dadas las posibilidades para el despegue agroindustrial este tuvo que esperar hasta 1940, debido a que “el factor que los aprovechó fue la profundización del proceso de sustitución de importaciones ocasionada por la Segunda Guerra Mundial” (Vásquez, 1992: 5).

Con la dinámica que ganó el sector azucarero, creció la demanda de tierras para la expansión del mismo y la adecuación de tierras valorizó rápidamente las de uso agrícola en la parte plana. Entre 1950 y 1970 disminuyeron las explotaciones agrícolas con un tamaño entre 10 y 20 ha y aumentaron aquellas con más de 200 ha. En consecuencia, se abandonaron cultivos de pancoger con baja elasticidad de demanda (plátano, cacao, yuca, tabaco, frijol) cultivados en pequeñas y medianas fincas cercanas al río Cauca y comenzó un proceso de sustitución por productos agrícolas empleados como insumos por la nueva industrialización, con mayores elasticidades de demanda (caña, algodón, soya, maíz tecnificado, arroz y girasol) y cultivado con altos niveles técnicos bajo formas salariales.

Se mecanizaron los campos de los grandes propietarios, quienes tenían acceso a la tierra, al crédito y a los insumos técnicos. De los años cincuenta a los setenta, se pasó de utilizar 2139 tractores a más de 5000. El proceso agroindustrial y la integración de la industria han sido características relevantes del patrón de desarrollo económico de la región (Vásquez, 1992: 8). El énfasis en la modernización de la agricultura y la necesidad de infraestructura para aumentar la productividad desde 1940 no ha hecho sino incrementarse (Patiño, 1969).

A finales de la década del cincuenta e inicios de los sesenta, en Colombia -al igual que en la mayoría de los países de América Latina- empezaban a tener prevalencia las tesis promovidas por la CEPAL para impulsar los procesos de industrialización como motor del desarrollo económico, los cuales, a su vez, eran apoyados por la Alianza para el Progreso del gobierno de los Estados Unidos que financiaba las estructuras económicas del continente.

En esos procesos, el papel de la agricultura -y dentro de ella el sector rural en su conjunto- se limitaba al de un simple abastecedor de alimentos básicos y materias primas y al de generador de excedentes de mano de obra que debería emplearse en la creciente industrialización urbana; para cumplir adecuadamente con ese papel era imperativo modernizar la actividad agropecuaria haciéndola más eficiente y productiva.

In-Conclusión

La agresividad de la modernidad técnica debe ser combatida con la consolidación de los saberes populares y locales ricos en valores como la solidaridad, la alteridad, la ayuda mutua, la cooperación y los lazos de afectividad, la alegría y el acercamiento de barrio, de vereda, permiten articular una red de resistencia contra la precariedad y miseria del capitalismo. En esta propuesta cobran vigencia todos aquellos saberes que históricamente han sido vilipendiados, marginados, señalados, perseguidos, encerrados y en el mayor caso exterminados. Como bien es sabido la ciudad colombiana se ha constituido con población proveniente del campo conformada por un cúmulo de saberes y cualidades, pero la ciudad moderna los ha reprimido condenándolos al destierro en su propia tierra y marginándolos al hacinamiento de los cinturones de miseria y hambre. La ciudad capitalista ha impedido con su lógica terrorista y racionalista que los imaginarios simbólicos y las memorias colectivas que circulan del campo enriquezcan e inclusive configuren la idea utópica de la ruralización de la ciudad como una manera de restablecer de nuevo una relación jovial y convivial con la naturaleza. Finalmente, es importante tener en cuenta las afirmaciones de Guattari (1993) cuando invita a fundar de nuevo las prácticas sociales: “Todo está para volver a pensar. Con su flujo, las ideologías que habían estructurado la reflexión durante más de un siglo liberan la imaginación filosófica. Aspirar articular modernidad y ecología, maquinismo y humanidad, desarrollo y cultura, es un objetivo audaz y exultante. La totalidad de las prácticas sociales está para fundar de nuevo bases radicalmente nuevas que permitan enlaces polifónicos entre lo individual y lo social” (Guattari, 1993: 13)

Literatura citada

- Alba, V., Cortés, L. y Parra, H. (1965). Descripción de las prácticas adoptadas por los agricultores de algodón, arroz y soya en la zona plana del municipio de Palmira (Tesis de pregrado Ingeniero Agrónomo). Universidad Nacional de Colombia. Palmira
- Almario, O. (1994). La configuración moderna del Valle del Cauca, Colombia, 1850-1940: Espacio, poblamiento, poder y cultura. 1ª edición. Cali. CECAN.
- Andreas, H., Obando, N. y Casas, T. (1938). Informe de La comisión encargada de visitar los ingenios azucareros del país. Bogotá. Ministerio de la Economía Nacional.
- Ángel, A. (1989). Historia y Medio Ambiente. En : ÁNGLE, Augusto *et al.* Memorias del Seminario Ciencias Sociales y Medio Ambiente. Bogotá : Universidad Nacional de Colombia.

- Araya, J. y Ossa, C. (1976)- La mecanización en la agricultura colombiana. Bogotá. Adimagro.
- Arguedas, A. (1983). La danza de las sombras: Apuntes sobre cosas, gentes y gentezuelas de la América Española. Barcelona. SOBS de López Robert y Cía.
- BIRF. Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. (1955). La Corporación Autónoma Regional del Cauca y el desarrollo del Valle del Alto Cauca. Informe de una misión organizada por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento a solicitud del gobierno de la República de Colombia y de la Corporación Autónoma Regional del Cauca. Washington, D.C.
- Beltrán, E (1984). Ayer, hoy y mañana de la caña de azúcar en Colombia. Cerrito. Museo de la caña de azúcar.
- Bertrand, G. (1980). El geosistema y la autoorganización de la geografía física. *Cuadernos de Geografía. Volumen 4* Números 1/2 p. 7.
- Burbano, J., Carvajal, R., Rodríguez, D. y Valderrama, C. (1997). Análisis conceptual de los impactos ambientales generados por la aplicación de energía fósil (Agroquímicos) en el cultivo de la caña de azúcar. Palmira. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Agropecuarias.
- Buenaventura, N. (s.f.) Precapitalismo en la economía colombiana. En: Los comuneros. s.p.i.: 14/15.
- Bustamante, C. y Monzón, E. (1965). Estudio sobre la tenencia de tierra en la zona del municipio de Palmira. Palmira. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Agronomía.
- Caicedo, M. de. (1935). Compendio de Enfermedades Tropicales e Higiene : Lecciones dictadas en la Escuela Superior de Agricultura Tropical del Departamento del Valle del cauca. Cali. Imprenta del Departamento.
- Cañicultura. (1963). Trascendental en la economía nacional el plan azucarero de las Corporaciones financieras. *Cañicultura. Número 5*; p. 10-13.
- Castillo, M. (1985). Análisis social y político de la expansión del cultivo de la caña de azúcar (*Saccharum officinarum* L.) en el Departamento del Valle. 1950-1980. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.
- Chardon, C. (1930). Reconocimiento Agro-pecuario del Valle del Cauca : Informe emitido por la Misión Agrícola Puertorriqueña, dirigido por el Hon. Carlos E. Chardon, y presentado al Gobernador del Departamento del Valle en Colombia. San Juan.
- Collins, C. (1983). Formación de un sector de la clase social : la burguesía azucarera en el Valle del cauca durante los años treinta y cuarenta. *Historia y Espacio. Número 3*; p. 43-125.
- Departamento del Valle del Cauca, Gobernación, Servicio Seccional de Salud. (1976).

- Memorias del Primer Foro Departamental Sobre Contaminación Ambiental. Santiago de Cali, Marzo 31 a Abril 2 de 1976.
- Duque, G. y Domínguez, L. (1974). Algunos factores económicos sobre la utilización de maquinaria agrícola en la zona mecanizable de los municipios de Yumbo y Vijes. Palmira. (Tesis de pregrado Ingeniero Agrónomo). Universidad Nacional de Colombia.
- Escobar: (1963). Calidad de las Aguas superficiales del Valle del Cauca para la irrigación. Palmira. (Tesis de pregrado Ingeniero Agrónomo). Universidad Nacional de Colombia.
- Fals, O. (1987). Ciencia propia o colonialismo intelectual: los nuevos rumbos. Bogotá. Carlos Valencia Editores.
- Gaitán, M. (1981): "Condiciones y posibilidades de organización del proletariado cañero en Colombia, un estudio del caso: los trabajadores agrícolas del Ingenio Cauca", Campesinado y Capitalismo en Colombia, Bogotá, CINEP.
- Galvis, M. (1997): Influencia del hombre en la formación del suelo, Palmira, Universidad Nacional de Colombia.
- García, C. (1954). La situación cacaotera en Colombia. *Cacao en Colombia*. Número 3; p. 1-8.
- García, E. (1945). Estudios de medicina nacional. Cali: Imprenta Departamental.
- Giraldo, R. y Sánchez, M. (1997). Esbozo General para la Construcción de una metodología que permita valorar económicamente la calidad ambiental a partir de la evaluación del impacto ambiental del vertimiento de aguas residuales al río Párraga. Palmira: Universidad Nacional de Colombia.
- González, F. (1972). Cartas a Estanislao. Medellín. Bedout.
- Guardiola, J. (1995). El cultivo de la caña en la zona azucarera de Colombia: Avances tecnológicos entre 1950 y 1980. Cali. Cassalen, Torres e Isaacs.
- Guattari, F. (1993). El Objeto Ecosófico. *Politeia*. Número 13; p. 13-21.
- Isaacs, J. (1970). María. Barcelona: Bruguera.
- Jaramillo, J. (1986). El sector Agrario en Colombia: Modernización, diferenciación social y presencia del Estado. En : Camacho, Álvaro. La Colombia de Hoy : Sociología y Sociedad. Bogotá. Presencia.
- Lara, C. (1989). Estudio de Impacto ambiental originado por la quema de caña de azúcar. Palmira. Alcaldía Municipal.
- Le Grand, C. (1988). Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.

- Mallama, W. (1996). Proceso de industrialización en el municipio de Palmira, 1920-1970, Palmira. Marden.
- Mancini, S. (1953). Tenencia y uso de la tierra por la industria azucarera del Valle del Cauca. Palmira. (Tesis de pregrado Ingeniero Agrónomo). Universidad Nacional de Colombia.
- Mandel, E. (1969). Tratado de economía marxista. México. Era.
- Molano, J. (1995). Arqueología del paisaje. *Cuadernos de Geografía. Volumen 5*, Número 2; p. 1-10.
- Palacios, E. (1969). El Alférez Real. Cali : Carvajal
- Patiño, V. (1969). Historia del hábitat vallecaucano. En : Historia del Gran Cauca : Historia Regional del Sur Occidente Colombiano. Número 12. Colección Diario Occidente.
- Rengifo Libreros, J. (1990) Apuntes y recuerdos de una lectura sobre el saber. Palmira. Documento de trabajo. Universidad Nacional de Colombia.
- Rivas, Á. (1994). Contribución al conocimiento de algunas máquinas y herramientas como práctica y como saber en la producción parcelaria del Valle del Cauca. Palmira. (Tesis de pregrado Ingeniero Agrónomo). Universidad Nacional de Colombia.
- Rojas, J. (1983). Sociedad y Economía en el Valle del Cauca. Bogotá. Carrera 7a. Ltda.
- Salazar, M. (1986). Huellas destructivas de la agricultura comercial en Colombia. *Cuadernos de Agroindustria y Economía Rural. Número 16*: 11-27.
- Sauer, C. (1980). Introducción a la Geografía Histórica. *Geografía. Volumen 2*, Número 1: 35-56.
- Sulaiman, D., Urdinola, J. Escandón, L., Coronado, M. y Perlaza, R. (1977). Los jornaleros agrícolas en el Valle del Cauca: La sobre-explotación y su incidencia en la economía colombiana. Palmira. (Tesis de pregrado Ingeniero Agrónomo). Universidad Nacional de Colombia.
- Torres, C. (1963). La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas. En : Memorias del Primer Congreso de Sociología. Bogotá. Iqueima,
- Valdivia, L. (1992). Economía y espacio: El valle del cauca 1850 a 1950. Cali. Universidad del Valle.
- Vásquez, E. (1992). Desarrollo económico y patrón de desarrollo vallecaucano. En : Serie Pliegos Administrativos Financieros. Número 16; p. 1-5.
- Vásquez, E. (1994). El paisaje del valle en la mirada. Cali: Universidad del Valle.
- Vergara y Velasco, F. (1974). Nueva geografía de Colombia. Bogotá. Banco de la República.

TERCERA PARTE

ALTERNATIVAS DE RE-EXISTENCIA



CAPITULO IV

RECONFIGURACIÓN DEL PAISAJE Y AGROECOLOGÍA EN EL VALLE DEL CAUCA, 1850-2010

Este capítulo aborda una problemática importante para la agroecología, la configuración sustentable de los paisajes. Se analizan las configuraciones paisajísticas que han existido desde mediados del siglo XIX en el Valle del Cauca y su relación con los cambios en el sector agrario desde entonces, marcados por un creciente grado de insustentabilidad. El paisaje se concibe como impronta de las comunidades que participan en su transformación; por tanto, dada la doble esencia del paisaje, física y social (Morláns, 2005), depende de diversos factores, algunos superpuestos o vinculados al medio natural y otros a las necesidades, aspiraciones y posibilidades humanas. Así, se da un fenómeno de percepción y de interpretación cultural que es un producto cargado de historia. Por eso, para hacer un estudio de los procesos de transformación del paisaje se deben proponer los escenarios y construir los modelos de utilización del espacio, buscando principalmente, la connotación del área cultural para abarcar la complejidad de la interacción del hombre con el entorno (Bertrand, 1982).

En este caso se propone un ámbito regional: el valle geográfico del río Cauca, pues, los elementos del fenómeno de percepción tienen un origen y una historia, de suerte que son las comunidades humanas las que se desarrollan en el espacio (natural o heredado de una comunidad humana anterior) y lo organizan y ordenan, pues, las sociedades, al habitar el territorio vallecaucano hacen paisaje, convirtiéndolo en una manifestación de la permanente interacción sociedad-naturaleza.

“El espacio geográfico resultante de dicha interacción permite entender muchos de los problemas sociedad-naturaleza, pues su carácter de totalidad social, establece las mediaciones históricamente determinadas de la crisis socio-ambiental. Los procesos de producción del espacio pueden servir para articular lo segmentado, para conocer las interdependencias y las implicaciones que comportan lo natural y lo social”. (Molano, 1995: 8)

El paisaje constituye un ordenamiento espacial en el tiempo, dado que el espacio geográfico se define como un conjunto de categorizaciones que surge en un medio por la permanente interacción del hombre con la naturaleza; es así como se da el fenómeno de percepción y de interpretación cultural cargado de historia, pues, el espacio geográfico estructura y proyecta una sociedad integrada con y en la naturaleza, convirtiendo al territorio en un testimonio (Vásquez, 1995). Los elementos del fenómeno de percepción tienen un origen y una historia y son las comunidades humanas las que moran en el espacio y lo organizan y ordenan, haciendo paisaje y convirtiéndolo en índice para la interpretación de esa presencia (Vásquez, 1995).

Se debe connotar el área cultural para convertirla en objeto de análisis y develar la compleja interacción naturaleza-sociedad en el tiempo y en el espacio (Sauer, 1980: 42); el problema básico consiste en conocer las interdependencias y las implicaciones que comportan lo natural y lo social. Por tanto, la tarea a seguir consiste en construir los contextos en donde, dado que en las sociedades del neocapitalismo la intervención del hombre en la naturaleza se ha tornado depredadora, se permita establecer las mediaciones históricamente determinadas de la crisis socio-ambiental (Sauer, 1980).

La noción de mediación se refiere al trabajo como intermediario en esa íntima relación en la que la naturaleza se humaniza y el hombre se naturaliza (Schmidt, 1976). Con este escrito se muestra que en el valle geográfico del río Cauca las estrategias del desarrollo rural han estado orientadas a la generación de plusvalía y, por tanto, a la pérdida de la relación vital del hombre con la naturaleza. De un habitar poéticamente el mundo se ha pasado a una exagerada cuantificación y medición de la naturaleza. Se sustenta que la agroecología permite la reconfiguración de un paisaje exuberante que indique la reconciliación del hombre con la naturaleza.

Metodología

El departamento del Valle del Cauca se ubica en el suroccidente colombiano. Tiene una superficie de 22.140 km², equivalente al 1,9% del territorio nacional. El 38% de su territorio, corresponde a la región Pacífica y el 62% a la región Andina. Lo integran 42 municipios, 21 de los cuales se ubican en la margen izquierda del río Cauca, 20 a la derecha y el de Buenaventura que limita con el Océano Pacífico. Latitud Norte: 4°59'10" - Longitud Oeste: 76°. Se divide en cuatro regiones fisiográficas: la llanura del Pacífico con una superficie de 6.549 km², la parte plana del

valle geográfico del río Cauca con 3.370 km² y las cordilleras Occidental con 7.314 km² y Central con 4.907 km². Estas condiciones hacen que en el Valle del Cauca haya presencia de ecosistemas variados y disímiles como manglares, bosques secos, bosques húmedos, selvas andinas y subandinas, bosques de niebla, subpáramos, páramos y zonas subxerofíticas y xerofíticas (Perafán, 2011).

Este capítulo se centra en el valle geográfico localizado entre las cordilleras central y occidental, ésta última en el departamento del Valle del Cauca alcanza una extensión de 316.334 ha, donde se asienta la mayor parte de la población. La actividad agroindustrial de la caña de azúcar, desde principios del siglo XX, pero especialmente después de la segunda mitad, ha generado una transformación radical del panorama ecológico y paisajístico, que se evidencia en su grave deterioro, causado por el uso intensivo e inadecuado de los recursos naturales (Álvarez y Pérez, 2009).

La hipótesis planteada para desarrollar la discusión en este capítulo es: mediante una apuesta consecuentemente agroecológica puede revertirse la degradación progresiva del paisaje del Valle del Cauca, desde el siglo XIX, que ha sido impulsada por la mal llamada modernización agraria y la adopción de modelos de desarrollo basados en el crecimiento económico.

Contexto histórico, económico y político

En el Valle del Cauca se adoptó desde principios de siglo XX un modelo técnico-económico basado en el control de la tierra y en el impulso del monocultivo, especialmente el de caña de azúcar e igualmente en la figura jurídica de la propiedad privada y la mercantilización de la tierra, como instrumento de acumulación de capital; produciendo un impacto sobre las comunidades locales de manera que no sólo estaba en juego la tierra, sino el territorio y la biodiversidad (Giraldo, 2010a).

La biodiversidad no debe entenderse únicamente como el conjunto de las diferentes especies presentes en un territorio, sino, como las posibilidades de apropiación que tienen las culturas de esta heterogeneidad, constituyendo lo que Foucault (1970) llama los dominios de saber. En este sentido, la disputa se desplaza de la tierra como ente jurídico-espacial a una dimensión donde la biodiversidad empieza a ser reconocida como biodiversidad cultural (Barrera-Bassols y Toledo, 2008).

En el efecto producido por la irrupción violenta de los latifundistas en la franja plana del Valle del Cauca (desde mediados del siglo XX) deben, entonces, tenerse en cuenta la tierra, el territorio y la biodiversidad como factores ambientales y culturales involucrados e interrelacionados, los cuales sostienen la necesidad de preguntarse: ¿Cuáles han sido las consecuencias de la entronización de la agricultura industrial y su consustancial idea de desarrollo como crecimiento económico sobre las comunidades locales y su cultura? Para intentar dar una respuesta a dicho interrogante se debe partir de un análisis que permita explicar *grosso modo* el contexto histórico en el que emerge este modelo.

Palacio (1997) propone un esquema de estudio en el que se encuentra el periodo 1850-1930: denominado *Naturaleza liberalizada*, con el cual aborda la dimensión cultural de la disputa en torno de la naturaleza. Según este autor, este período descriptivo-analítico se caracteriza por la formación del Estado nacional colombiano en búsqueda de apropiarse del territorio, de sentar las bases para la modernización política, económica y cultural, sobre la idea de construcción de la ciudadanía, colocando los cimientos de la ciudadanía individual y la privatización de la tierra. Desde el ámbito jurídico, se trata de la época en que se generaliza la privatización de la propiedad de la tierra; comprende la recepción del código napoleónico adaptado por Andrés Bello, la distribución de bienes de manos muertas, la privatización de las tierras indígenas comunales, el ataque a otras formas de propiedad comunitaria y la división conceptual entre propiedad pública y privada. Desde el punto de vista del desarrollo se da la construcción de líneas de ferrocarril que apuntan a la conexión del centro del país con el mercado internacional, la navegación por el río Magdalena, la colonización antioqueña y de algunas llanuras costeras con la expansión de la ganadería y la expansión de la frontera agrícola por la colonización andina. Resaltan en este contexto, el desarrollo del modelo librecambista opuesto al proteccionista que predomina al inicio del período, y por tanto, modelos agroexportadores como claves de política económica. Más adelante toma auge el café que permitió la integración del mercado interno y el desarrollo de la economía parcelaria más o menos exitosa para la exportación entre 1900 y 1930. A fines del período, se incrementa la inversión extranjera para minería y agroindustria, junto a la indemnización por la pérdida del canal de Panamá, las cuales contribuyen a ampliar la economía monetaria y sientan las bases para un lanzamiento más agresivo de la modernización del país y de la naturaleza.

En este contexto de reflujo de las fuerzas económicas y políticas del país, la economía parcelaria en el valle geográfico del río Cauca resultó poco viable en términos de

su articulación al mercado internacional. Estas formas productivas se consideran un obstáculo para una dirección agroindustrial ansiosa, que en 1929 hace llegar la misión puertorriqueña de *Carlos Chardon*, la cual empieza un reconocimiento agropecuario del Valle del Cauca y recomienda entre otras cosas, la actualización de las tecnologías en producción agrícola, incluyendo la recién creada “*Escuela de Agricultura*” estudios académicos en las materias de fitopatología, genética, química de abonos, y en el lado pecuario, sugiere la introducción de razas bovinas mejoradas como Holstein, Charolais, Normando y deja a un lado las especies de ganado criollo como la Hartón del Valle, justificado esto en sus bajos niveles de producción (Chardon, 1930). A partir del dictamen de la misión Chardon, se inicia el proceso de adopción del paquete tecnológico de “*Revolución verde*”, lo cual impone el violentamiento hacía los pequeños productores residentes en la zona plana del Valle del Cauca por medio de la instauración de la agroindustria cañera, que ya en 1950 cuenta con 16.000 ha (Mancini, 1953), llegando a completar en 2010 alrededor de 200.000 ha.

El desarrollo de la “*Revolución verde*” trastoca la cultura de la biodiversidad parcelaria, puesto que al expandirse la caña de azúcar se acabó con un gran número de fincas y parcelas de producción diversificada que contaban con cultivos varios de *pancoger* y frutales nativos (Giraldo, 2010b). Este proceso de modernización e industrialización, que irrumpió con celeridad durante mediados del siglo XX, se vio acompañado por la presencia de la barbarie con todo su dispositivo de violaciones, desplazamiento, torturas, devastación ecológica y cultural, etc.; con el solo propósito de consolidar la hegemonía del nefasto modelo técnico-económico que hoy sigue dominando toda la región (Agudelo *et al.*, 2000). Las condiciones impuestas por dicho modelo fortalecieron la injusta e irracional estructura agraria, basada en la concentración del poder económico y en la voraz tenencia de la tierra en manos de la clase dirigente, quien trazó el modelo productivo orientado hacia la explotación de los recursos naturales, lo que suscitaría de manera abismal la ampliación de las fronteras productivas, obligando a una mayor utilización intensiva del suelo agrícola, fracturando de modo irreversible la fragilidad de los ecosistemas y poniendo en peligro la permanencia de la vida humana en la región (Agudelo *et al.*, 2000).

Según Madero y Núñez (2009) en 1995 en el Valle del Cauca existían 15.286 ha en humedales lénticos naturales de agua dulce a lo largo del río Cauca y en 2010 solo quedan 52 humedales en 2.650 ha. Estos autores, aplicando la tecnología de Sistemas de Información Geográfica (SIG), en especial los programas ARCGIS y

ERDAS, identificaron los cambios de cobertura de área y uso del suelo en las zonas de los humedales La Bolsa, Charco de Oro y El Pital, localizados en la parte plana del municipio de Andalucía, corregimiento de Campoalegre y El Salto, en el Valle del Cauca. Utilizaron fotografías aéreas de 1950 y 1998, imágenes Landsat 2002 y cartografía base de la zona. En relación con cobertura y usos del suelo, encontraron que en 1954 se observaban seis formas de uso y cobertura vegetal (Tabla 1) con predominio de pastura naturalizada que se hallaba en 588.25 ha y cubría el 61% del área total de la zona piloto de estudio (Figura 1). En menor proporción localizaron agricultura de bajos insumos en 190.60 ha que cubrían el 19,9% del área, seguida del área en humedales o madre viejas El Pital, La Bolsa y Charco de Oro. Las restantes clases de uso y cobertura vegetal estaban constituidas por bosques naturales de especies arbóreas propias de los humedales y cuerpos de agua remanentes (Madero y Núñez, 2009).

Tabla 1. Cambios por épocas en el uso del suelo y tipo de cobertura en la zona de influencia de los humedales. municipio de Andalucía, Valle del Cauca (Colombia).

Tipo de uso y cobertura	1954 (ha)	1998 (ha)	Pérdidas (ha)	1998 (ha)	2002 (ha)	Pérdidas (ha)	1954-98 (ha/año)	1998-02 (ha/año)
Cuerpos de agua	26,09	0,71	-25,38	0,70	0,52	-0,18	0,045	0,57
Pradera natural	588,25	10,75	-577,50	10,75	0	-10,75	2,67	13,12
Agricultura de altos insumos	0	621,95	621,95	621,95	850,45	228,50	57,12	14,13
Bosque natural	84,81	35,15	-49,65	35,15	30,15	-5,00	1,25	1,12
Agricultura de bajos insumos (maíz)	190,59	17,17	-173,42	17,17	37,31	20,14	5,03	3,90
Humedales	69,51	55,65	13,86	55,65	49,16	6,50	1,6	0,31

Fuente: Madero y Núñez (2009).

Para el año 1998 identificaron seis clases de uso y cobertura del suelo (Tabla 1 y Figura 2) con predominio de agricultura de altos insumos: 721,68 ha, es decir, el 85,5% del área total de estudio, lo que significa un cambio drástico en comparación con lo observado en 1954. Los humedales en estudio cubrían un área de 57,5 ha, seguido de bosque natural (35,15 ha). Según los autores de este estudio, en 1998 todavía se observan evidencias de agricultura de bajos insumos (cultivo de maíz en 17,17 ha), rodeada por el monocultivo de la caña en la isla que se encuentra en la parte interna del humedal El Pital. También se observaban gramíneas incluidas en la clase de cobertura denominada pastura naturalizada (10,75 ha). Los cuerpos de agua ocupaban el área más reducida en la zona piloto con un reservorio (0,70 ha) destinado al riego del monocultivo de caña de azúcar.



Figura 1. Aerofotografía digitalizada de los usos del suelo de los humedales del municipio de Andalucía (Valle del Cauca), en el año 1954.

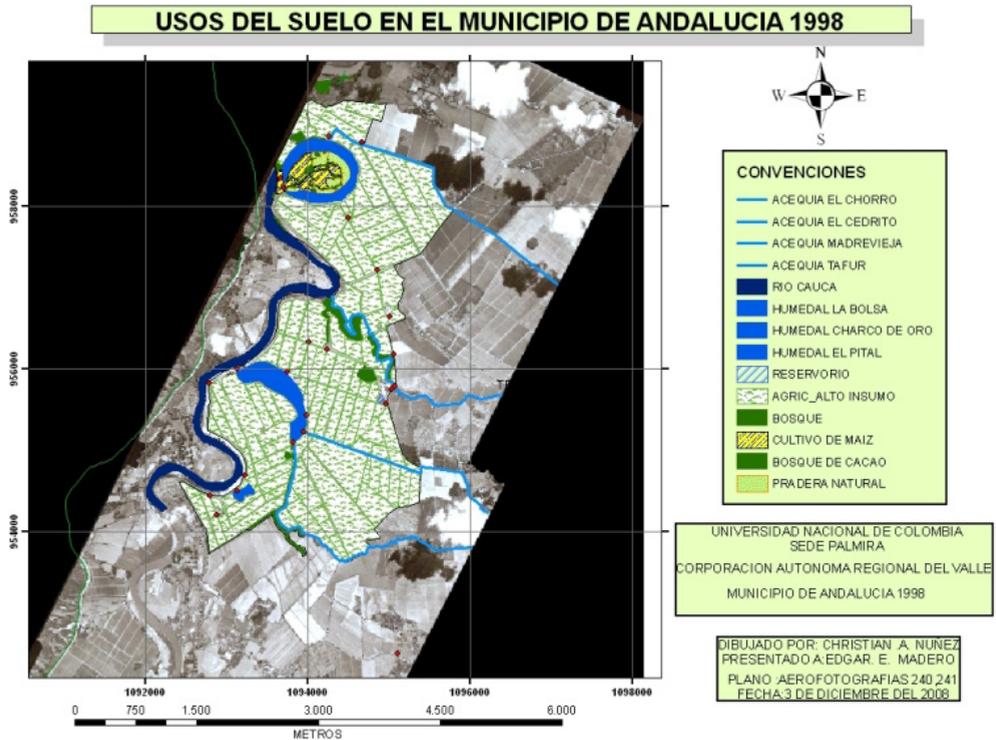


Figura 2. Aerofotografía digitalizada de los usos del suelo de los humedales del municipio de Andalucía (Valle del Cauca), en el año 1998.

Fuente: Madero y Núñez (2009).

Para el año 2002, utilizando imagen satelital Landsat, Madero y Núñez (2009) observaron que continuaba el predominio de agricultura de altos insumos (850,45 ha) en el 87,34% del área total de la zona piloto de estudio, seguido del área en humedales (57,5 ha) (Tabla 1 y Figura 3). El resto de la zona se encontraba cubierta por cultivos de bajos insumos (37,31 ha), bosque natural (30,15 ha), bosque de guadua (3,34 ha), cultivo de cacao (0,67 ha). El cuerpo de agua más representativo (0,52 ha) se encontraba en lotes de la hacienda Madre Vieja. Para este año la pradera natural había desaparecido de la zona piloto (Madero y Núñez, 2009).

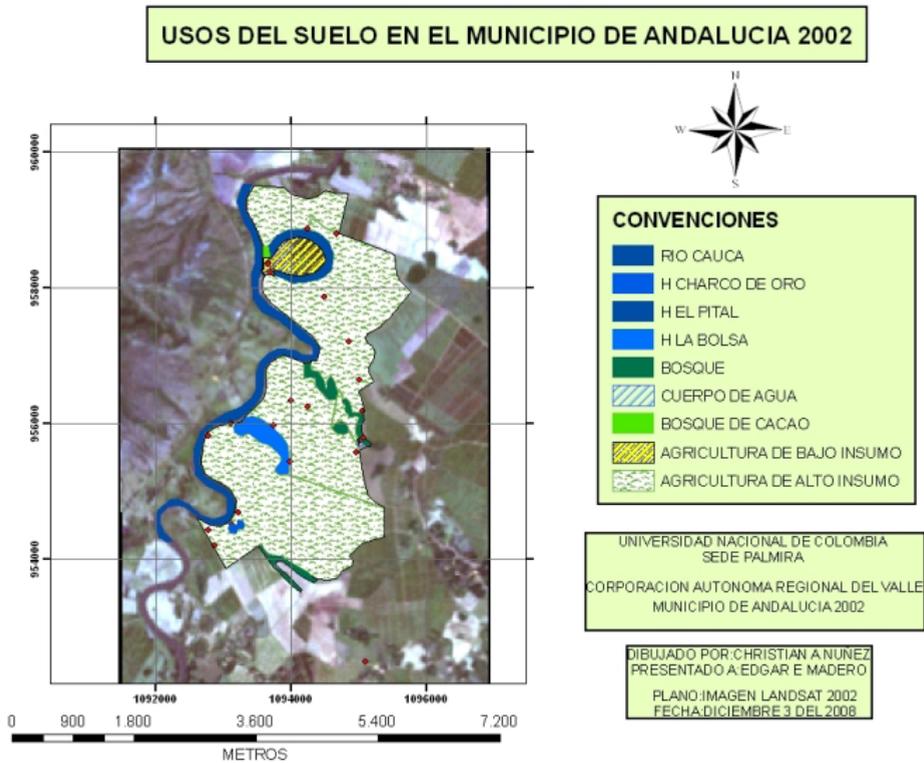


Figura 3. Imagen Landsat digitalizada de los usos del suelo de los humedales del municipio de Andalucía (Valle del Cauca), en el año 2002.

Fuente: Madero y Núñez (2009).

En los tres momentos de análisis de Madero y Núñez (2009) puede apreciarse cómo se ha pasado de un paisaje donde el hábitat natural ha sido poco modificado a un hábitat natural destruido o relictual. La intensificación de la explotación de la tierra mediante la implantación del monocultivo, no sólo ha generado una sorprendente y aterradora erosión en la diversidad genética, sino que ha roto aquellos lazos de solidaridad, reciprocidad, y alteridad que unían en una verdadera comunión la relación entre los hombres y a su vez su relación con la madre nutricia: la Tierra (Sánchez, 1999). Esta red imbricada de relaciones entre el hombre y su entorno (como los imaginarios simbólicos y las memorias colectivas de los saberes locales y populares) fue menoscabada y soslayada por la concentración en la tenencia de la tierra.

Periodos de análisis

Se presentan cinco períodos que sirven de horizonte y significativo histórico a los fenómenos ambientales (naturaleza-cultura) acaecidos en el valle geográfico del río Cauca, pues como sostiene Ángel (1989) es importante incorporar la dimensión ambiental en la historia para construir lo que él ha dado en llamar Historia Ambiental: la necesidad de una historia ambiental surge porque la perspectiva ambiental reclama su propia manera de percibir el proceso histórico.

“La problemática ambiental es una dimensión inherente a las formas adaptativas de la especie humana, problemática que el desarrollo tecnológico ha hecho más evidente y acuciante, pero que se puede rastrear en cualquier período histórico, [...], lo ambiental no es, pues, una nueva dimensión que viene a adherirse artificialmente a los estudios históricos, impulsada por las corrientes de moda en el mundo actual. El hombre ha hecho historia transformando el medio ecosistémico. El paisaje no es solo un escenario para las luchas del hombre, ni representa exclusivamente el piso material, en el que se desarrolla su actividad. Significa más bien la raíz explicativa de su actividad social y simbólica”. (Ángel, 1989: 46)

Primer período (1850-1890) privatización de la propiedad de la tierra

Este período es importante al indagar por el ambiente vallecaucano, porque permite mostrar la configuración del paisaje y los distintos procesos sociales que lo empiezan a transformar, debido a una nueva forma de apropiación del espacio geográfico (Giraldo, 2010a). Para llevar a cabo esta tarea se debe, primero, realizar una reconstrucción del paisaje en la percepción que de él tuvieron los autores del siglo XIX y principios del XX, pues, esto posibilita analizar la compleja interacción de las comunidades humanas que habitaron la comarca vallecaucana con la naturaleza (Palacio, 1997). Aunque la vida de esas comunidades no se puede presentar como idílica, ya que, entre otras cosas, hubo guerra y esclavitud, sí se puede develar que la intervención del hombre en la naturaleza no tiene necesidad de ser tan depredadora como la que se da posteriormente en las sociedades contemporáneas.

“Durante los siglos XVIII y XIX, el sistema ecológico del valle geográfico en el cual se desarrolló la economía hacendaria y de pequeños propietarios

representaba un enclave natural rico en biodiversidad, en cuya dinámica jugaban un papel fundamental las ciénagas, los ríos y la variedad de flora y fauna propias de los paisajes de esta región”. (Perafán, 2011: 4)

Las comunidades ancestrales que habitaron estos territorios lograron establecer cierta relación con la naturaleza lo cual les permitió regular su crecimiento demográfico, mantener sus sementeras con exquisitos maizales, yucales y frutales, pescar abundantes peces en ríos y lagunas, cazar animales que prodigaban el monte, y recrear el medio ambiente. Todo esto condujo al asentamiento de nuevos vallecaucanos, quienes descendían de los pocos indígenas que sobrevivieron a las enfermedades y maltratos de los españoles (quienes se apoderaron de las tierras y riquezas), y de los esclavos africanos, introducidos como consecuencia de la reducción de la mano de obra aborígen (Rodríguez, 2005: 187).

Sobre la consolidación de la sociedad vallecaucana, Valencia (2007) sostiene que:

“... está asociada a lo que en otros lugares de América se conoció como “guerra de castas”, una de las consecuencias de la forma en que los grupos sociales del Nuevo Mundo fueron integrados a la sociedad occidental. Se trata de una sociedad surgida del conflicto: de largas luchas intestinas entre los indígenas, del enfrentamiento de los peninsulares con los nativos, de la larga resistencia de éstos y, ante su sostenida crisis demográfica, de la importación de población negra esclava, cuya reproducción biológica en diferentes mezclas interétnicas habría de mostrar a sus descendientes como el grupo social demográficamente dominante y que más lucharía por insertarse, primero, en la sociedad colonial y, después, en la republicana”. (Valencia, 2007: 1-2)

Este autor también señala que:

“... los campesinos vallecaucanos remontan sus orígenes a los pocos pueblos de indios encomendados que los españoles formaron en el valle, y cuya población sobrevivió a la tenaz resistencia que por más de un siglo, Pijaos, Chocoes y Paeces, opusieron al establecimiento de la sociedad colonial en el Valle del Cauca. Se trataba de pueblos de indios de reciente creación, que más que en una fuente de tributos, se convirtieron en un medio de extracción de fuerza laboral para las estancias ganaderas, primero, y después para

las haciendas productoras de carne vacuna, de guarapos aguardenteros, de azúcar y de cereales, con los cuales estancieros y hacendados, pudieron alimentar las cuadrillas de esclavos que llevaron a la frontera minera del Chocó, del Raposo, de Barbacoas y Tumaco en la costa del Océano Pacífico". (Valencia, 2007: 2-3)

El campesino vallecaucano surge y se consolida como sector social durante el siglo XVIII y principios del siglo XIX, en medio de un sistema económico esclavista, cuando desaparece la fuerza de trabajo esclava surgen arrendatarios, agregados y terrazgueros. Tradicionalmente, antes del siglo XIX, los propietarios de tierras en el valle geográfico del alto Cauca establecieron grandes posesiones, de río a río o de cima a cima, por lo cual no tuvieron dificultades de linderos (Almario, 1994).

En 1824 el Estado decreta la suspensión del mayorazgo o derecho de progeneración y a mediados de siglo, la abolición de la esclavitud; para esta época llegan los comisionistas extranjeros y se asiste a varias guerras civiles. Todo esto llevó a que se agrandaran unas haciendas y se dividieran otras: se alteró el mecanismo que mantenía las propiedades territoriales y se dio comienzo a la convivencia de la grande, mediana y pequeña propiedad, y a la reducción, principalmente, en las dimensiones de las haciendas, iniciando así un proceso de desmigajamiento en parcelas más pequeñas y en pastizales.

Con el rompimiento existente entre la esclavitud, el catolicismo y la gran hacienda se posibilita la combinación de múltiples universos de referencia: se mezclan culturas: mestizos, indios, esclavos, mulatos y blancos articulan sus especificidades y dan cabida a una diversidad social característica que Oscar Almario denomina *vallecaucano de llanura* (Almario, 1994: 42). La gran hacienda vallecaucana sufre, pues, un proceso de transformación, debido, principalmente, a la difícil situación minera, a las continuas guerras civiles y a que la tierra devino en mercancía: el conflicto por la propiedad de la tierra significó fragmentación de los grandes latifundios coloniales. Al tiempo que se fragmentaban las antiguas haciendas coloniales, personajes extranjeros –algunas veces unidos con gente de la región– trataron de reagruparlas; en este proceso se destaca el caso de la familia Eder, cuyos miembros unieron tres haciendas: Guengue, Guavito y La Manuelita. De esta manera prosperó el sistema de arrendamiento a terrazgueros para la realización de las actividades ganaderas y el de peonaje para las labores agrícolas. Esto originó el fenómeno

de los indivisos, ocasionado por la venta de los derechos de hacienda por parte de los herederos de los antiguos hacendados, después de la suspensión del derecho de progeneración.

Este primer período trata de la época en que se generaliza la privatización de la propiedad de la tierra (se transforma la hacienda vallecaucana), llega la colonización antioqueña a las vertientes cordilleranas, se abre paso el modelo económico librecambista y la modernización del valle geográfico del río Cauca para integrarlo con el resto del país y del mundo. Estas situaciones contribuyen a alterar el paisaje vallecaucano, pues, lo que se buscaba era colocar el valle geográfico del río Cauca en el camino de la modernización. La producción excedente (creada por los campesinos) de gran demanda y aprovechada por propietarios y comerciantes fue consolidando un nuevo ambiente socioeconómico. Prosperaron en las haciendas los cultivos de cacao y tabaco, por su gran demanda externa e interna; conjuntamente se llegaron a tener relaciones comerciales muy dinámicas que explican el surgimiento de entidades financieras para facilitarlas.

Segundo período (1890-1930) transformación de haciendas en ingenios azucareros

El arribo del siglo XX a la comarca vallecaucana está marcado por la inserción que logra el departamento al mercado internacional. Los esfuerzos del sector dirigente, desde mediados del siglo XIX se encaminan a modificar de forma paulatina el latifundio perteneciente a la zona plana y dar pie a una empresa agrícola rentable, lo cual repercute en la configuración que va tomando el valle geográfico del río Cauca (Perafán, 2011). El proceso de transformación de la hacienda tradicional vallecaucana en Ingenio Azucarero, que se inicia a mediados del siglo XIX con la compra de la hacienda La Manuelita por Santiago Eder (quien llegó a Colombia como cónsul de los Estados Unidos; pero se estableció en el valle geográfico del río Cauca y promovió la modernización y el monocultivo de la caña de azúcar) y la vinculación de Ernesto Cerruti y los hermanos Blum a la actividad agropecuaria, para los años treinta evidencia cambios significativos, pues, el bajo nivel tecnológico con el que se fabricaba panela, alcohol y panes de azúcar hasta finales del siglo XIX dio paso a una proliferación de Ingenios Azucareros en la comarca vallecaucana durante el decenio 1920-1930. Hasta la segunda década del siglo XX solo existió una central importante que trabajaba desde 1900 y cuyas piezas mecánicas se habían traído a lomo de buey en 1897 (Almarío, 1994).

Desde finales del siglo XIX el Valle del Cauca –que se erigió como departamento en 1910– fue consolidando su proceso de modernización, el cual se vio favorecido por la colonización antioqueña, la apertura del canal de Panamá, la construcción del Ferrocarril del Pacífico y la telaraña vial que hizo que el Valle venciera el aislamiento regional; en 1930 ya se tienen las condiciones de infraestructura básicas para la configuración de la industria azucarera. Las revoluciones del trabajo en 1860, la ganadería a principios del siglo XX y la del café de 1900-1920 en adelante procuraron la acumulación originaria de capital para que se desarrollara, a partir de 1950, la incorporación del modelo tecnológico suministrado para los cultivos comerciales (caña, arroz, algodón, sorgo y soya), caracterizado por el uso intensivo de tecnología, maquinaria, agrotóxicos y semillas mejoradas (Rivas, 1993: 13).

Tercer período (1930-1950) inicio del proceso de industrialización

La gestión del gobierno departamental se encamina a desarrollar económicamente el Valle del Cauca, se intenta subordinar lo rural a lo urbano y adoptar una política económica proteccionista. Cobra particular importancia, entonces, develar el proceso de industrialización que operó en el Valle del Cauca y sus impactos en la configuración del paisaje.

En los años treinta se emprendieron cambios en las estrategias de desarrollo del país; fue la época de crecimiento, orientada a la exportación y la industrialización, pues como el país ya contaba con las bases materiales para sustentar la industria moderna, el equipo montado pudo trabajar a plena capacidad en un mercado relativamente libre de manufacturas extranjeras. Bajo estas condiciones se partió del presupuesto de que el crecimiento industrial generaría los productos y los puestos de trabajo que requería una población en crecimiento. En ese sentido se adoptaron políticas y planes de desarrollo tendientes a favorecer al sector industrial y urbano. El modelo de crecimiento enfatizó en el desarrollo de unos pocos cultivos y animales y con alta tecnificación, penalizando a la agricultura y las zonas rurales.

En 1929 arribó al bucólico campo vallecaucano la Misión Puertorriqueña Chardon para realizar un reconocimiento agropecuario del departamento; para esta época la Misión enuncia que el Valle del Cauca presenta óptimas condiciones naturales para el cultivo de caña. Los capitanes de industria de la región acogieron las recomendaciones de Chardon y años más tarde lograron hacer del Valle del

Cauca *el gran valle de la caña de azúcar*. Constituyeron la Granja Experimental de Palmira –actualmente llamada ICA– y la Facultad de Ciencias Agropecuarias para crear los cuadros técnicos que fomentaron el modelo comercial de producción de unos pocos cultivos, siendo la caña de azúcar el más importante. Más que un reconocimiento agropecuario lo que vino a hacer la Misión Chardon fue estudiar posibilidades de desarrollo capitalista en el campo, ya que no tuvo en cuenta la exuberancia del paisaje vallecaucano y recomendó homogenizar los campos con caña de azúcar y tecnificar la producción de leche y ganado (Agudelo *et al.*, 2000).

Con el fin de intensificar el uso del suelo para explotación agrícola, el río Cauca y sus tributarios, así como el agua subterránea se consideraron como fuentes para suplir las necesidades de riego en la zona plana; se elaboraron planes de manejo en más de 60.000 ha, “encaminados a frenar sus desbordamientos y se ejecutaron varias obras consistentes en canales, diques, obras de drenaje, puentes, mejoramiento del cauce y desvío de las inundaciones, lo que generó no sólo una reutilización de las tierras, sino un incremento del valor comercial de éstas” (Perafán, 2011: 7). Estos proyectos se realizaron más tarde, en la década del sesenta en la zona plana, mediante la gestión de la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca, creada en 1954 (Perafán, 2011: 7).

Según Martínez (1986), la acción del Estado en el sector agropecuario, en la década de 1940, se centra en unos pocos instrumentos de política, a saber: a) política de tierras (incluyendo su tributación); b) política de crédito; c) política de precios y comercialización; d) política tecnológica y de fomento de la productividad agrícola. Sin embargo, estos cuatro instrumentos de política agropecuaria “fueron realmente utilizados durante el período 1950-1976” (Martínez, 1986: 47). Sin embargo, incubaban grandes transformaciones en la configuración paisajística del valle geográfico del río Cauca.

Cuarto período (1950-1975) modelo de la revolución verde

Caracterizado por la expulsión de los campesinos de sus terrenos, por el aumento de la producción de azúcar bajo el modelo de revolución verde y por la consolidación del Valle del Cauca como potencial agrícola e industrial. Entre 1950 y 1968 los campesinos fueron expulsados de 11.000 ha que pasaron a manos de ingenios; algunos de estos campesinos se convirtieron en minifundistas, otros en jornaleros agrícolas por el sistema de contratistas (Coronado *et al.*, 1977: 107) y

muchos emigraron a los pueblos para vivir como proletarios. La producción de los propietarios que colindaban con los terrenos de los ingenios era autosuficiente: sembraban cultivos de pancoger. A esos pequeños productores se les bloquearon caminos, fumigaron cosechas, se les controló la llegada de agua por medio de impuestos y derechos de los ríos y canales y, finalmente, debieron abandonar los predios donde constituyeron su economía de subsistencia para transformarse en asalariados (Agudelo *et al.*, 2000). Fue así como los ingenios consiguieron expandir la industria azucarera y no como tan a menudo se afirma, simplemente por la conversión de tierras ganaderas en tierras para la producción de caña (Salazar, 1986: 19).

En 1952, los dirigentes del departamento, elaboraron un plan de desarrollo económico de la cuenca hidrográfica del alto Cauca (Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, 1955: 30-31). La realización de esos proyectos implicó que las familias campesinas ubicadas en las riberas de los ríos y que vivían de la pesca, la caza y cultivos de pancoger, perdieran sus parcelas y se desplazaran a tierras improductivas o muy distantes, generando modificaciones en el escenario paisajístico.

Al iniciar la década de los sesenta, Cuba se independizó de los Estados Unidos y éste buscó otros proveedores de azúcar, encontrando en Colombia un nuevo abastecedor. En ese momento el Banco Mundial y la Agencia Internacional de Desarrollo ponen a disposición el capital necesario para que los ingenios azucareros aumenten la producción de azúcar refinada e inician un nuevo proceso de expropiación de tierras (Agudelo *et al.*, 2000).

A partir de 1950 el paisaje se alteró rápidamente, y ya para 1976, como lo expresa el señor gobernador del departamento del Valle del Cauca en la inauguración del Primer Foro Departamental sobre Contaminación Ambiental, *el Valle del Cauca no era el verde Valle del Cauca*; lo que en el lenguaje de los poetas se tenía por don se había convertido en lo dado para la agroindustria moderna.

“El Valle del Cauca ha sido el fruto del esfuerzo de nuestros antepasados, quien llegue por primera vez a nuestro departamento y observe desde el avión los colores del verde que nos caracteriza, y vea en forma equilibrada que gozamos de una hermosa planta y crea que así la dotó inicialmente la pura entrega de la providencia, se está formando una imagen equivocada,

pues la verdad sea bien dicha quien conozca nuestra región podrá saber que el Valle del Cauca no era el verde Valle del Cauca, nuestras tierras eran insalubres, la altiplanicie situada a 1000 metros del nivel del mar y enrollada sobre los hombros de las cordilleras, mal drenada por nuestro río padre y los afluentes que a él llegan, ha sido necesaria una lucha de generaciones para haber podido conquistar lo que en él tenemos, todo un esfuerzo titánico, es el esfuerzo de los vallecaucanos por nuestras tierras, aptas para la agricultura, en la medida en que se desarrollara el progreso agrícola comenzamos a desplazar la ganadería hacia la tierra de vertientes porque allí podríamos producir alimentos de mayor eficacia para nuestra región y todo el país, de tal manera que esta lenta evaluación del Valle no fue obra inventada ni fue el fruto poderoso, fue necesario drenarlo, canalizarlo, dominarlo, que las tierras se volvieran aptas y así lentamente con el esfuerzo de una clase directiva importante, y una calificada mano de obra que hasta nosotros ha llegado, para entregarle al país, un potencial agrícola e industrial. (Departamento del Valle del Cauca, 1976: 9)

El objetivo básico de la política agraria colombiana en este período, consiste en aumentar la productividad agrícola mediante la adopción del modelo denominado “Revolución verde”. Para ello, se adoptan medidas como campañas de fomento de ciertos cultivos, protección arancelaria, provisión de estímulos y exenciones tributarias, celebración de convenios de asistencia técnica con entidades internacionales, creación de instituciones de investigación y capacitación, apoyo y creación de entidades educativas para la formación de técnicos, y la coordinación interinstitucional en la instrumentalización global de la política agraria (Martínez, 1986: 88).

En 1961 se crea el INCORA y en 1962 el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) con el fin de centralizar las tareas de investigación, difusión y extensión que realizaban la División de Investigaciones Agrícolas (DIA), el Servicio de Extensión Agropecuaria y el Servicio Técnico Agrícola Colombiano Americano (STACA), sin embargo, solo hasta 1968 se especializó el ICA y desaparecieron los Institutos de Fomento y se menguó la participación de organismos internacionales, los cuales adscribieron sus programas a los proyectos del Instituto. Algunas agremiaciones como la Federación de Cafeteros, la Federación de Algodoneros y la Asociación de Productores de Caña de Azúcar, también cuentan con sus propios centros de investigación y asesoría técnica a productores.

“El conjunto de la política tecnológica se ha dirigido fundamentalmente a sostener el proceso de expansión de los cultivos comerciales. Tanto la asistencia técnica como el crédito supervisado registran los más altos índices de cubrimiento en la agricultura de tipo moderno. Asimismo la mecanización agrícola y la utilización de insumos químicos y semillas mejoradas, inducidas y sostenidas por el esfuerzo institucional, se ha dado con mayor énfasis en los cultivos considerados más dinámicos, desde el punto de vista del crecimiento de su producción y productividad”. (Martínez, 1986: 91)

En este período se observa un crecimiento significativo de la utilización de tractores y área mecanizada. De los 6.500 tractores existentes en 1950 se pasó a 24.621 en 1976. Los planes de desarrollo y política agraria del Estado explican este incremento, ya que se promovieron facilidades para el financiamiento externo de la importación de maquinaria, bajos aranceles y sobrevaluación de la tasa de cambio. El consumo de fertilizantes se multiplicó por 10 entre 1950 y 1960 y se triplicó entre 1960 y 1974 (Martínez, 1986: 93). El uso de herbicidas creció entre 1967 y 1974 a una tasa anual del 14% y el de fungicidas, al 7%. El aumento del área sembrada con semilla mejorada creció a una tasa promedio anual de 9,6%.

La introducción de cerca de 70.000 ha, para la producción cañera en la zona plana, entre 1960 y 1980, supuso el desplazamiento de agricultores familiares y, por tanto, de muchos de los cultivos típicos de la zona plana (Perafán, 2011). En este mismo período, la producción de azúcar prácticamente se cuadruplicó, al pasar de 328.372 t a 1'247.488 t. La superficie de caña sembrada experimentó en este lapso un incremento que significó duplicar las tierras empleadas en este cultivo, al pasar de 61.600 ha a 133.187 ha (Perafán, 2011). Como se puede colegir de estos datos, hay una acelerada homogenización del paisaje, relacionada con la pérdida de la biodiversidad, la expulsión de campesinos de sus parcelas y el crecimiento poblacional de la capital vallecaucana.

Quinto período (1976-1993) homogenización del paisaje vallecaucano

Este período se caracteriza por la agudización de políticas económicas, ambientales y sociales orientadas a la homogeneización del paisaje vallecaucano y a la desaparición de los relictos de bosque seco, humedales y economías campesinas. El fin es solucionar con las mismas recetas y modelos, los escollos (sociales, ambientales y políticos) generados por esas políticas. En 1975, bajo el lema del

Plan de Desarrollo *Para cerrar la brecha*, el gobierno, partiendo de la existencia de dos Colombias (una, próspera y rica, y otra, postergada y pobre), estableció como prioridades el *Plan de alimentación y nutrición* (PAN), y el *Desarrollo rural integrado* (DRI). El primero buscaba resolver las necesidades nutricionales lactantes en las ciudades y regiones con mayores niveles de desnutrición y, el segundo, modernizar y hacer más eficiente la producción de alimentos en las zonas de economía campesina (Vargas del Valle, 1994: 272). El DRI enfatizaba en convertir a las economías campesinas en eficientes empresas agropecuarias a través de asistencia técnica, capacitación e infraestructura.

Con el fin de coordinar el PAN y el DRI, el Estado creó en 1976 el Departamento Nacional de Planeación (DNP), el cual, en una primera fase recibió préstamos del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), y de la Agencia Canadiense para el Desarrollo (ACDI), para el financiamiento de los programas PAN y DRI. La ejecución de la fase I del DRI se realizó por entidades públicas del nivel nacional bajo la dirección del DNP. Entre los principales ejecutores cabe mencionar el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA), la Caja de Crédito Agrario, el Instituto Colombiano para la Reforma Agraria (Incora), el Instituto de Recursos Naturales Renovables (Inderena), el Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), la Central de Cooperativas de la Reforma Agraria (Cecora), el Fondo Nacional de Caminos Vecinales (Cavecinales), el Instituto Colombiano de Electrificación (ICEL), el Instituto Nacional de Salud, el Instituto Colombiano de Construcciones Escolares (ICCE) y el Ministerio de Salud (Fajardo, 1994: 288; Vargas del Valle, 1994: 274).

Según Fajardo (1994), los objetivos institucionales del DRI en la primera fase (1976-1982) eran:

- Aumentar los ingresos de los pequeños productores mediante el incremento de la productividad.
- Racionalizar la comercialización de la pequeña producción, mediante la organización del campesino y su mayor conocimiento del mercado.
- Mejorar las condiciones de vida del pequeño productor a través de la construcción de obras de infraestructura y de la prestación de *servicios estatales básicos*.

- Aumentar el empleo rural.
- Promover la organización campesina y la autogestión.
- Racionalizar el gasto público.

La fase II del DRI (1982-1988) comenzó con la solicitud y aprobación de préstamos por parte del BIRF y el BID, con el fin de ampliar cobertura del programa a más municipios y departamentos. Mientras que los recursos de la fase I del DRI se invirtieron fundamentalmente en infraestructura, los de la fase II se destinaron a componentes productivos. Otro aspecto importante de la fase II es la vinculación de más entidades ejecutoras del programa, como secretarías de agricultura, institutos de desarrollo y organizaciones no gubernamentales. En 1987 el fondo DRI adquirió la calidad de establecimiento público descentralizado, adscrito al Ministerio de Agricultura.

La fase III del DRI (1988-1993) inicia con la aprobación, en abril de 1988 por el Conpes, del Plan de Desarrollo Integral Campesino (PDIC), que buscaba solucionar los problemas de atraso de las zonas rurales del país. El PDIC se concibió como un programa de largo plazo (20 años).

Entre 1990 y 1994, el gobierno del presidente César Gaviria buscaba sepultar el modelo de desarrollo intervencionista y cepalino e instaurar un modelo abierto, sujeto a la competencia. Desmontó la intervención tradicional del gobierno a través de controles de importaciones, precios de sustentación y precios de cosechas. El plan del gobierno de Ernesto Samper, *El salto social*, entre 1994 y 1998 continuó con las políticas de “apertura económica” y de inversión propuestas por la administración Gaviria.

Agroecología y desarrollo rural para el siglo XXI

La agroecología, como forma de vida y campo de conocimiento de vanguardia que busca sustituir el deterioro de la naturaleza y la cultura generado por el modelo agroindustrial de producción, permite resolver los problemas de la civilización urbano-industrial y responder a la lógica del neoliberalismo y la globalización económica, así como a los cánones de la ciencia convencional,

cuya crisis epistemológica está dando lugar a una nueva epistemología, participativa y de carácter político (Altieri y Nicholls, 2009; Sevilla, s.f.). Es decir, la agroecología es la vía más sólida en la búsqueda de una configuración exuberante del paisaje vallecaucano, que evidencie una relación entre el hombre y la naturaleza no mediada por los intereses del capital sino por la afirmación de la vida.

La política agraria y los planes y programas de desarrollo en Colombia, se han orientado a obtener una elevada tasa de crecimiento y a la “modernización” del campesinado (Martínez, 1986; Fajardo, 1994; Giraldo *et al.*, 2010); están inscritos en la concepción de desarrollo que se agencia después de la Segunda Guerra Mundial, esto es, asociada a la idea de progreso que surge en el siglo XVIII con la economía clásica. Desde esta lógica, lo atrasado que se vincula con lo tradicional y lo rural, debe reemplazarse por lo moderno y dinámico, relacionado con lo urbano y con la civilización occidental y europea (Toledo, 1992; Trpin, 2005: 4; Giraldo *et al.*, 2010).

Esto llevó a que se considerara, desde una visión eurocentrista, que algunos países eran desarrollados y otros subdesarrollados y que los subdesarrollados debían adoptar como modelo el paquete cultural occidental (Toledo, 1992; Trpin, 2005: 5). La visión del crecimiento económico como medio para alcanzar el desarrollo ha llevado a imponer la racionalidad productiva del capitalismo, donde el cálculo y la valorización de capital son bases fundamentales, sobre las racionalidades de producción campesinas, en las cuales predominan la solidaridad y la ayuda mutua (Agudelo *et al.*, 2000; Jaramillo, 2006: 50).

Según Toledo (1992), bajo los efectos de la ideología generada por la civilización occidental, el campesinado es un sector “atrasado”, “arcaico”, “ignorante” e “improductivo”, al que hay que desaparecer de la faz de la tierra (con sus modos de producción, sus conocimientos y cosmovisiones, y sus formas de apropiación de la naturaleza), única manera de alcanzar la “modernidad rural” y la consolidación del modelo civilizatorio urbano-industrial. Dicho autor también sostiene de manera categórica que hoy esta visión ha llegado a su fin, pues los modelos de desarrollo rural elaborados y aplicados desde el “ojo de Occidente”, aparecen como uno de los *aceleradores* más notables de la crisis ecológica del planeta (Toledo, 1992: 73).

In-Conclusión

La agricultura convivial (agroecológica) de los pequeños propietarios ofrece una respuesta consistente a la crisis de civilización, en términos no de un vuelo fantástico a un refugio agrario remoto, sino de una recolonización sistemática de la tierra, según pautas ecológicas.

La agroecología permite la reconfiguración del paisaje en el valle geográfico del río Cauca; las investigaciones realizadas por los científicos de la agroecología demuestran que los sistemas de producción agroecológicos pueden ser tan productivos como los convencionales, si prescindimos de los agroquímicos y en general de insumos externos, adicionalmente consumen menos energía importada, conservan los recursos naturales y mantienen con vida el suelo y el agua (Speelman *et al.*, 2007). La agroecología trabaja de la mano con las culturas tradicionales, representantes de todo un conjunto de civilizaciones alternativas (pre-modernas), que buscan amortiguar y resolver los problemas ambientales y sociales creados por la civilización urbano-industrial (Toledo, 1992).

“Al destruir la diversidad biológica silvestre, la variedad genética de las especies domesticadas de plantas y animales, y las miles de culturas identificadas por los genes o la lengua y, en consecuencia, la experiencia acumulada en forma de sabidurías locales o tradicionales, la civilización industrial está acabando con los principales componentes del complejo biocultural de la especie humana. Conforme este proceso de destrucción avanza, al extenderse los mecanismos de la modernización industrial, la especie humana incrementa lenta e inexorablemente su amnesia al suprimir áreas o sectores claves de su propia memoria, de su conciencia histórica”. (Barrera-Bassols y Toledo, 2008: 191)

La diversificación y embellecimiento del paisaje vallecaucano dependen de las diversidades biológica y cultural del mismo, hoy amenazadas por la globalización (Barrera-Bassols y Toledo, 2008). La agroecología contempla la diversificación, el reconocimiento y valoración de experiencias locales de producción, el diálogo de saberes, la valoración de lo ancestral, la investigación participativa y la búsqueda de agroecosistemas sustentables como uno de sus pilares fundamentales (Sevilla, 2006: 201) lo que la hace una herramienta clave en la reconfiguración y conversión del paisaje vallecaucano.

Literatura citada

- Agudelo, F. A., Becerra, C. E., Muñoz, M. del M. y Sánchez, W. (2000). Proyecto de Investigación. Estudio sobre la violencia generada por el modelo productivo de la agricultura industrializada en el Valle del Cauca. Cali. Escuela Superior de Administración Pública.
- Almario, O. (1994). La configuración moderna del Valle del Cauca. Espacio, Poblamiento, Poder y Cultura. Cali. Cecan.
- Altieri, M. y Nicholls, C. (2009). Cambio climático y agricultura campesina: impactos y respuestas adaptativas. *Leisa revista de agroecología*, marzo de 2009, 5-8. Recuperado de <http://www.agroeco.org/socla/pdfs/leisa-campesino-cambio-climatico.pdf>
- Álvarez, A. y Pérez, M. (2009). Deuda social y ambiental del negocio de la caña de azúcar en Colombia: Responsabilidad social empresarial y subsidios implícitos en la industria cañera. Análisis en el contexto del conflicto corteros-empresarios. Bogotá. ARFO Editores e Impresores, Ltda.
- Ángel, A. (1989). Historia y Medio Ambiente. En Memorias del Seminario Ciencias Sociales y Medio Ambiente. Santafé de Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.
- BIRF Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. (1955). La Corporación Autónoma Regional del Cauca y el Desarrollo del Valle del Alto Cauca. Informe de una misión organizada por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento a solicitud del Gobierno de la República de Colombia y de la Corporación Autónoma Regional del Cauca. Washington, D.C.
- Barrera-Bassols, N. y Toledo, V. (2008). La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales. Barcelona. Icaria.
- Bertrand, G. (1982). El geosistema y la auto-organización de la geografía física. *Cuadernos de Geografía*, 4(1/2), 59-75.
- Chardon, C. E. (1930). Reconocimiento Agro-Pecuario del Valle del Cauca. Informe emitido por la Misión Agrícola Puertorriqueña. San Juan, Puerto Rico.
- Coronado, M., Escandón, L., Perlaza, R., Sulaiman, D. y Urdinola, J. (1977). Los jornaleros agrícolas en el Valle del Cauca, La sobre-explotación y su incidencia en la economía colombiana. Palmira. Universidad Nacional de Colombia.
- Departamento del Valle del Cauca, Gobernación, Servicio Seccional de Salud. (1976). Memorias del Primer Foro Departamental Sobre Contaminación Ambiental. Santiago de Cali,
- Fajardo, D. (1994). El Programa de Desarrollo Rural Integrado, DRI y la participación campesina. En Machado, A. (Comp.), *El Agro y la Cuestión Social* (pp. 288 y ss.). Ministerio de

- Agricultura 80 años. Bogotá: Tercer Mundo Editores en coedición con Banco Ganadero, Caja Agraria y Vecol.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. México. Siglo XXI.
- Giraldo, R. (2009). *La Elvira, Una experiencia de desarrollo local*. En Arias, J.,
- Giraldo, R., Mosquera, O. y Banguero, V. (2010) *Reverberaciones sociales. Compendio de experiencias de desarrollo local*. Cali: Universidad Libre.
- _____ (2010a). El cambio del paisaje del Valle del Cauca, Colombia, 1870-1950. *Sociedad Española de Historia Agraria - Documentos de Trabajo*. DT-SEHA n. 10-07. Recuperado de <http://repositori.uji.es/xmlui/bitstream/handle/10234/16593/DT%20Reinaldo%20Giraldo.pdf?sequence=1>
- _____ (2010b). Huellas destructivas de la agricultura comercial en el paisaje del Valle del Cauca, Colombia, 1950-1975. *Entramado*, 6(1), 140-156.
- Giraldo, R., Quiceno, Á. y Valencia, F. (2010). Política pública ambiental y ambiente en el Valle del Cauca, 1991-2010. *Entramado*, 6(2), 148-156.
- Jaramillo: S. (2006). Pobreza rural en Colombia. *Revista Colombiana de Sociología*, 27, 47-62.
- Madero, E. y Núñez, C. A. (2009). Cambios en coberturas de áreas y usos del suelo en tres humedales en el Valle del Cauca. *Acta Agronómica*, 58(4), 308-315. Recuperado de http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/acta_agronomica/article/viewFile/12541/13136
- Mancini, S. (1953). *Tenencia y uso de la tierra por la industria azucarera del Valle del Cauca*. (Tesis de pregrado Ingeniero Agrónomo). Universidad Nacional de Colombia, Palmira.
- Martínez, A. (1986). *Planes de desarrollo y política agraria en Colombia. 1940-1978*. Bogotá. Centro de Investigaciones para el Desarrollo - Universidad Nacional de Colombia.
- Molano, J. (1995). Arqueología del paisaje. *Cuadernos de Geografía*, 5(2), 1-10.
- Morlans, M. C. (2005). *Introducción a la Ecología del Paisaje*. Catamarca: Editorial Científica Universitaria - Universidad Nacional de Catamarca. Recuperado de <http://www.editorial.unca.edu.ar/Publicacione%20on%20line/Ecologia/imagenes/pdf/001-Introd-ecologia-del-paisaje.pdf>
- Palacio, G. (1997). La naturaleza en disputa: Una aproximación a la lucha por la tierra, el territorio y la biodiversidad en la historia de Colombia. *Politeia*, 21, 129-155.
- Perafán, A. (2011). *Transformaciones paisajísticas en la zona plana Vallecaucana*. Cali: Universidad del Valle. Recuperado de <http://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/10893/967/2/004%20ART.pdf>

- Rivas, Á. (1993). Contribución al conocimiento de las prácticas y el saber en la producción parcelaria del Valle del Cauca, con pequeñas máquinas y herramientas. Palmira. Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez, J. V. (2005). Pueblos, Rituales y condiciones de vida prehispánicas en el Valle del Cauca. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.
- Salazar, M. C. (1986). Huellas destructivas de la agricultura comercial en Colombia. *Cuadernos de Agroindustria y Economía Rural*, 16, 11-27.
- Sánchez, W. (1999). La dicotomía campo ciudad en el pensamiento de Marx. Palmira. Universidad Nacional de Colombia.
- Sauer, C. (1980). Introducción a la Geografía Histórica. *Geografía*, 2(1), 35-56.
- Schmidt, A. (1976). El concepto de naturaleza en Marx. México: Siglo XXI.
- Sevilla, E. (2006). De la sociología rural a la agroecología. Barcelona. Icaria Editorial.
- _____ (s.f.). La agroecología como estrategia metodológica de transformación social. Recuperado de <http://ilusionismosocial.org/mod/resource/view.php?id=424>
- Speelman, E., López, S., Iliana, N., Astier, M. y Masera, O. (2007). Ten years of Sustainability evaluation using the MESMIS framework: Lessons learned from its application in 28 Latin American case studies. *International Journal of Sustainable Development & World Ecology*, 14(4), 345-361.
- Toledo, V. M. (1992). Utopía y naturaleza. El nuevo movimiento ecológico de los campesinos e indígenas en América Latina. *Nueva Sociedad*, 122, 72-85.
- Trpin, V. (2005). El desarrollo rural ante la nueva ruralidad. Algunos aportes desde los métodos cualitativos. *AIBR: Revista Iberoamericana de Antropología*, 42. Recuperado de <http://www.redalyc.org/comocitar.oa?id=62304207>
- Valencia, A. (2007). La insurgencia social y la consolidación de los campesinos vallecaucanos. Cali. Universidad del Valle.
- Vargas del Valle, R. (1994). El Desarrollo Rural en Colombia (1961-1993): Apuntes y notas para una historia del Fondo DRI. En Machado, A. (comp.), *El Agro y la Cuestión Social* (pp. 269-287). Ministerio de Agricultura 80 años. Bogotá. Tercer Mundo Editores en coedición con Banco Ganadero, Caja Agraria y Vecol.
- Vásquez, E. (1995). El paisaje del valle en la mirada. Cali. Universidad del Valle. Copia fotostática.

CAPÍTULO V

LA HUELGA DE CORTEROS DE CAÑA DE 2008 EN LA AGROINDUSTRIA DE LA CAÑA DE AZÚCAR.

Introducción

Este capítulo pretende describir y explicar el movimiento obrero y social de los corteros³ de caña de la agroindustria colombiana del azúcar y el etanol y sus familias en el año 2008. El período completo de este movimiento obrero y social transcurrió entre el mes de diciembre de 2007 y el mismo mes de 2008, abarcando tres fases: primera, la preparación de la Audiencia Pública que se realizó en el municipio de Pradera (Valle del Cauca) el 14 de junio de 2008; segunda, la organización de la huelga que habría de decidirse en caso de que empresarios, rentistas y funcionarios de la agroindustria y el gobierno nacional rechazaran negociar el pliego de reivindicaciones presentado por los trabajadores y sus representantes, y tercera, la realización de la huelga con el despliegue de varias modalidades de acción y el alineamiento de los actores sociales y políticos circundantes en uno u otro de los dos bandos en conflicto. Como fase central del movimiento obrero y social de los trabajadores y sus familias se encuentra este sub-período de la huelga, que comenzó el 15 de septiembre y tuvo sus últimas manifestaciones en el mes de diciembre de 2008.

³ En este texto se hablará sólo de corteros, pero la realidad de esta condición ocupacional es que ha habido, hasta ahora, una presencia poco visible y reconocida de mujeres corteras de caña.

El enfoque teórico y el objeto de investigación

El movimiento obrero y social de los corteros y sus familias se genera y desarrolla en el contexto de la mundialización capitalista en su fase neoliberal. Entre los aspectos que caracterizan a esta fase de la mundialización se encuentran la crisis energética, en un momento de alta cotización del petróleo y de las commodities en general; el agotamiento de las reservas mundiales de combustibles fósiles y su control por un número reducido de países y grandes compañías productoras; las limitaciones en el desarrollo de alternativas energéticas como la energía nuclear, eólica, térmica y demás; el ascenso del comercio internacional donde aparece China como gran motor económico, y el cambio climático producto de la acumulación de gases de efecto invernadero en la atmósfera terrestre.

El neoliberalismo, como lo sostiene Harvey (2007), es un proyecto de clase dominante dirigido al restablecimiento del poder del capital, que encuentra su base socioeconómica en el capital financiero de los países del centro y la semiperiferia, y su base política en los gobiernos neoliberales de Thatcher en Reino Unido y de Reagan en EE.UU. Con la ideología y política neoliberal, la correlación internacional de fuerzas entre el capital y el trabajo se alteró en favor del primero, particularmente en favor de las finanzas y de los grandes grupos industriales. En este sentido, la financiarización aparece como rasgo central del capitalismo neoliberal contemporáneo. Husson (2015) explica el neoliberalismo como respuesta ante la caída tendencial de la tasa de ganancia, resultado del cambio en la composición orgánica del capital con un mayor peso del capital constante frente al capital variable. En este sentido, para restablecer la tasa de ganancia se redujo la participación de los salarios, del trabajo, en las rentas nacionales y se redistribuyó la renta entre el 1% más rico de la población, se aumentó el endeudamiento de los hogares y se acentuaron los desequilibrios comerciales entre países. En esto han jugado un papel decisivo los intermediarios financieros.

Colombia, en los años noventa, abandona el llamado modelo de sustitución de importaciones, puesto en pie desde la década del cuarenta del siglo XX y que venía siendo modificado a uno mixto o desmontado desde los años setenta. La agricultura y la industria retroceden, mientras que el sector minero-energético y los servicios ganan participación. La actividad económica del país se reprimariza y orienta hacia la especulación. Esto en el marco de la división internacional del trabajo, donde países de la periferia se orientan hacia el extractivismo minero-energético y los agronegocios (Ocampo *et al.*, 2007).

La lucha de clases en el mundo se convierte en luchas sociales de resistencia y luchas político-electorales frente a la ofensiva neoliberal. Actores sociales distintos al movimiento obrero ganan ascendencia dentro del movimiento social y gobiernos de carácter progresista surgen en América Latina.

El movimiento obrero colombiano viene siendo debilitado con la violencia estatal, paraestatal y mafiosa; con la llamada flexibilización de la legislación laboral la cual se fortalece con la Ley 50 de 1990, ley de reforma laboral, sucedida por otras reformas laborales y sociales que afectan el empleo, y con los cambios en la organización y el proceso de trabajo, en la gestión de la fuerza laboral.

El movimiento obrero y social de los corteros y sus familias surge en este contexto de descomposición del movimiento obrero colombiano, enfrentando la tercerización de la que son objeto los trabajadores con las Cooperativas de Trabajo Asociado, las cuales contratan el corte de caña con las empresas agroindustriales, los ingenios, a través de un mecanismo conocido como oferta mercantil.

El problema de investigación al que da respuesta este texto es el de cómo enfrentaron los trabajadores y sus familias, organizados en movimiento, el modelo agroindustrial de producción de azúcar y etanol en el valle geográfico del río Cauca definido y gestionado por las élites políticas y económicas colombianas, en el contexto mundial de la crisis energética y el capitalismo neoliberal.

La descripción y explicación que a continuación se despliega de este movimiento obrero y social se inscribe en la perspectiva definida por Ralph Miliband, para quien el análisis de la lucha de clases “se ocupa fundamentalmente de las bases y mecanismos de esa lucha, del carácter de los protagonistas, de las formas que adopta, de las razones que explican las diferentes formas que adopta en los distintos períodos de una sociedad dada y en las distintas sociedades, de los constructos ideológicos bajo los que se libra la lucha y de otras cuestiones similares que pueden servir para iluminar diversas facetas de la vida y procesos sociales” (Miliband, 1998: 420). Por supuesto, el análisis que aquí se hace es sólo el de un episodio restringido de esa lucha de clases, pero que tuvo importancia y movilizó a la sociedad regional, al haber contestado socialmente la flexibilización del trabajo la cual es una de las características del capitalismo neoliberal, y haber paralizado gran parte de la actividad de una de las principales agroindustrias del país.

Aspectos estructurales y la coyuntura nacional e internacional

La agroindustria de la caña de azúcar en el Valle del Cauca estaba compuesta en 2008 básicamente por trece plantas industriales, pertenecientes a doce empresas, 5 de las cuales habían instalado refinерías de etanol desde el año 2006. Estas empresas contaban entre sus activos no sólo establecimientos fabriles, sino también un porcentaje determinado de las tierras cultivadas en caña de azúcar en el valle geográfico el río Cauca. Este valle se extiende, de sur a norte, entre los departamentos de Cauca, Valle del Cauca y Risaralda, pero la mayor parte de la actividad agroindustrial se desarrolla en el Valle del Cauca: en este departamento se encuentran las mayores extensiones del monocultivo de la caña y diez de las doce plantas industriales, mientras que en Cauca están dos ingenios y en Risaralda uno. De las plantas productoras de etanol, tres se encontraban en el Valle (Mayagüez, Manuelita, Providencia), una en el Cauca (Incauca) y otra en Risaralda (Risaralda). La agroindustria ya venía en un proceso de concentración y centralización en manos de cuatro grupos económicos: la Organización Ardila Lülle, el grupo Manuelita, el grupo Mayagüez y el grupo Riopaila-Castilla. La Organización Ardila Lülle era dueña de tres de los ingenios con plantas anexas de producción de etanol (Incauca, Providencia y Risaralda), el grupo Manuelita de uno (Manuelita), y el grupo Mayagüez de otro (Mayagüez). Las otras organizaciones pertenecientes o asociadas a la agroindustria son el gremio Asocaña, el centro de investigaciones Cenicaña, la asociación de técnicos Tecnicaña, CIAMSA, DICSА y demás. Por el lado de los cultivadores de caña, entre las empresas proveedoras de este bien a los ingenios, se encuentra el gremio Procaña.

La agroindustria está organizada dentro de lo que se ha denominado un clúster. En su informe anual para el año 2009-2010, Asocaña dice:

“En esta región, donde el cultivo de la caña y la producción de azúcar se han desarrollado eficientemente, se ha identificado un cluster(sic). De acuerdo con la definición de Michael Porter, los “clusters son concentraciones geográficas de compañías e instituciones interconectadas en un campo particular”. Esta definición aplica perfectamente a la situación que se presenta en el valle geográfico del río Cauca, donde hay compañías que están interconectadas al procesamiento de la caña de azúcar y sus productos” (Asocaña, 2010: 21)

Más adelante complementa:

“Con esta estructura se encuentran trece ingenios azucareros, de los cuales cinco tienen anexas destilerías de alcohol carburante y doce de ellos están cogenerando. Igualmente, existe una importante industria de alimentos que utiliza el azúcar como un insumo importante dentro de su producción” (Asocaña, 2010: 22).

En su informe anual anterior, para el año 2008-2009, Asocaña especifica un poco más el concepto e introduce la variable empleo:

“Entre 1999 y 2000 se realizó un estudio donde participaron diferentes instituciones públicas y privadas, universidades, empresas privadas y agremiaciones, con el que se identificó el clúster del azúcar y se dimensionó su impacto regional. Este estudio reveló que el clúster del azúcar, (la cadena azucarera) genera más de 250.000 empleos directos e indirectos. Esto abarca no solamente los ingenios y cañicultores de la región, sino también empresas diversas como las de alimentos, papel, licores, sucroquímica y proveedores de servicios especializados para todos los eslabones del clúster. De acuerdo con la conformación de los hogares, en promedio de cuatro miembros, se puede afirmar que un millón de colombianos dependen de esta actividad” (Asocaña, 2009: 33).

La relación del clúster con el empleo es presentada así en el informe anual para el año 2004-2005 de Asocaña (2005):

“Los ingenios azucareros, en conjunto con los cultivadores de caña, generaron en el 2004 más de 36,000 empleos directos, distribuidos entre profesionales, tecnólogos, técnicos, auxiliares, operarios calificados y corteros de caña. De esta cantidad, el 31% pertenece a la nómina directa de los ingenios; el 33% es contratado a través de cien Cooperativas de Trabajo Asociado que de manera solidaria con los ingenios responden por la seguridad social de los trabajadores; el 23% es contratado por los cultivadores de caña para atender labores de campo; el 11% corresponde a contratistas independientes que realizan trabajos de distinta índole; y el 2% restante a trabajadores con contrato sindical empleados por sindicatos adscritos a las confederaciones colombianas de trabajadores”. (Asocaña, 2005: 13-14)

A partir de estos 36,000 empleos se crean adicionalmente unos 216,000 empleos indirectos, en actividades que realizan proveedores de bienes y servicios, clientes de los ingenios y otras empresas que interactúan con los mismos en diferentes subsectores (transporte, financiero, comercial, logística, alimentos, licores, sucroquímica, papel, artes gráficas, energía, agroquímicos, investigación, gremios, combustibles, etc.).

Por su parte, el Centro Nacional de Productividad (CNP), en su estudio El conglomerado del azúcar del Valle del Cauca, Colombia (2002), presenta la composición del clúster en esta forma:

“El complejo productivo azucarero está conformado por cerca de 1200 proveedores de caña de azúcar, sembrada en 200000 hectáreas; 13 ingenios azucareros, más de 40 empresas procesadoras de alimentos, bebidas y licores; dos cogeneradores de energía eléctrica; un productor de papel; tres industrias sucroquímicas; más de 50 grandes proveedores especializados; 88 empresas asociativas de trabajo y una cooperativa de trabajadores. Al clúster también pertenecen los organismos de apoyo propios del sector azucarero así como una amplia red de instituciones públicas y privadas que le brindan soporte” (CNP, 2002: 9).

Los denominados eslabones básicos del clúster son presentados de la siguiente manera:

- El primer nivel, incluye a los proveedores de insumos agrícolas, maquinaria y equipos; 600 técnicos asesores agrícolas; los centros de investigación de los ingenios; los proveedores de combustibles y energía; las actividades de administración de los cultivos.
- El segundo nivel del clúster está conformado por los cultivadores de caña.
- El siguiente eslabón lo constituyen los proveedores de insumos necesarios para la producción de azúcar, diferentes a la caña, entre otros: maquinaria y equipos, insumos, servicios profesionales, etc.
- El cuarto nivel está representado por las labores de cosecha que conllevan el corte, alce y transporte de la caña, las cuales involucran la utilización de mano de obra, maquinaria y equipo pesado.

- El siguiente eslabón está constituido por la producción de azúcar y la generación de los subproductos naturales: bagazo, mieles y cachaza, principalmente.
- En su encadenamiento hacia adelante, también pertenecen al clúster las industrias que utilizan los productos y subproductos, para la generación de productos de valor agregado y,
- Finalmente, los canales de distribución nacional e internacional, mayoristas y minoristas (CNP, 2002: 9-10).

Lo que no revela cualquiera de las caracterizaciones del clúster anteriores es la distribución de la propiedad accionaria, que mostraría el grado de concentración y centralización del sector, al margen de la conformación de los órganos directivos. Por fuera de esto, la agroindustria de la caña participa con acciones en la sociedad privada (Sociedad Portuaria Regional de Buenaventura S.A. - SPRBUN) que administra el principal puerto marítimo del país, el Terminal Marítimo de Buenaventura. Esta sociedad es una empresa de capital mixto, con sólo el 15 % de la participación en manos del sector público, representado por la Alcaldía de Buenaventura y el Ministerio de Transporte.

El monocultivo de la caña de azúcar se encontraba en 2008 en un poco más del 50% del total del área plana que conforma el valle geográfico del río Cauca, entre las cordilleras central y occidental de los Andes. Así, de 404.000 ha de este valle, el “área neta sembrada en caña llegó a 205.664 ha, un crecimiento de 1,3% frente al área neta registrada en el año 2007, que fue de 202.926 ha, de acuerdo con información de Cenicaña” (Asocaña, 2009: 47). Del área del valle, “un 34% del área está sembrada en otros cultivos y el 17% restante corresponde a poblaciones, bosques, ríos, lagos, y otros”, es decir, el territorio.

Dentro del proceso histórico de conformación de la agroindustria surgen las empresas cultivadoras de caña y socialmente los empresarios cañicultores. Este proceso fue mostrado por José María Rojas (1983) en su libro *Empresarios y tecnología en la formación del sector azucarero en Colombia, 1860-1980*. En este sentido, entre los llamados proveedores de caña se encuentran rentistas y empresarios con los cuales las empresas procesadoras (los ingenios) han mantenido tres modalidades de contratación. Al respecto decía el CNP (2002: 22): “por el tipo de contratación entre los ingenios y los proveedores (arrendamiento, cuentas

en participación, proveedores en administración), los ingenios conservan el control o manejo directo del 50% del área cultivada”. La evolución de la propiedad de la tierra cultivada en caña sigue un patrón histórico de reducción de la participación de las empresas procesadoras, los ingenios, y aumento de la de propietarios de tierras y empresarios cañicultores: “entre 1960 y 1990, los ingenios redujeron el área sembrada de caña del 75% al 24%, mientras los proveedores pasaron de representar el 18% al 70%”. A la fecha de su informe, el CNP ubicaba la propiedad de la tierra por los ingenios en el 25% (CNP, 2002: 21-22). Hacia 2008 la propiedad de los ingenios se mantenía alrededor de este número.

Las condiciones naturales del valle geográfico del río Cauca han sido propicias para el desarrollo de la agroindustria de la caña. Refiriéndose a por qué los ingenios azucareros del valle pudieron triunfar en la competencia intercapitalista con los ingenios ubicados en otras zonas del país, Óscar Gerardo Ramos (1995), decía:

“Los ingenios ubicados fuera de la vallecaucanía eran todavía vigorosos, pero no podrían, a la larga, competir con la alta productividad de los cañales vallecaucanos, con promedio de 1000 mm de lluvia a lo largo del año, temperatura media de 25 °C y oscilación de casi 12 °C entre el día y la noche, humedad relativa de 75.6% y brillo solar que sobrepasaba las 6 horas. Todo ello determinaba un medio ecológico excepcional para la caña de azúcar que empresarios de la comarca empezaron a aprovechar. En su planicie era más fácil introducir altas mecanización y tecnología”. (Ramos, 1995: 7-8).

Entre los aspectos que hacían y hacen competitiva a la agroindustria se encuentra la zafra permanente. Es decir, la caña de azúcar en el Valle es cosechada todo el año y la programación de su corte depende de la capacidad diaria de molienda de las plantas industriales, que ha ido ampliándose.

El mercado de la agroindustria, en cuanto al azúcar, es sobre todo el interno. En 2008 se vendieron en el país 1.564.939 tmvc (toneladas métricas en su equivalente a volumen de azúcar crudo), frente a 1.546.686 tmvc de 2007. En el mercado externo se vendieron 478.442 tmvc frente a 716.380 tmvc de 2007. Las exportaciones de azúcares colombianos encuentran una variedad de destinos: Estados Unidos, Ecuador y Perú, en condiciones preferenciales; Chile, Haití, Jamaica, Cuba, Venezuela, y otros. En 2008 Chile fue el principal destino de

las exportaciones nacionales con un 28,6%, seguido de Perú con un 22.1% y Haití con un 16%. En 2007 estuvo primero Perú (23%), seguido de Chile (19,9%) y Haití (13,3%) (Asocaña, 2009: 70).

En 2007 Colombia se ubicó como el séptimo exportador mundial de azúcares. En su orden, lo antecedieron Brasil, Tailandia, Australia, India, Guatemala y Sudáfrica (Asocaña, 2009: 85). En cuanto a producción Colombia ocupó ese año el puesto 11, después de Brasil, India, UE, China, EE.UU, Tailandia, México, Australia, Pakistán y Rusia (Asocaña, 2009: 84). En este sentido, el país tenía una clara orientación hacia la exportación de su producción.

En cuanto al contexto nacional e internacional, 2008 es el año de la aguda crisis del capitalismo neoliberal financiarizado, iniciada con la crisis de las hipotecas *subprime* en EE.UU. Las principales economías en ese momento, las del bloque imperialista conformado por EE UU, la Unión Europea y Japón, entran en recesión. La recesión internacional afecta a Colombia, cuyo PIB sólo aumenta ese año un 2,5%, frente al 7,5% de 2007 (Asocaña, 2009: 46).

Sin embargo, como observa Mesa Callejas (2009), la desaceleración de la economía colombiana no se explica tanto por el efecto directo de factores externos como por los internos *“asociados con el debilitamiento del ciclo expansivo de la construcción, la inflación combinada de costos y de demanda y la menor disposición de gasto por parte de los hogares y de las firmas que afectó negativamente a sectores clave como la industria y el comercio (la ANDI anunció recientemente que la industria colombiana en 2008 entró en una recesión técnica)”*. Por su parte, la demanda interna del gobierno sólo aumentó 1,3% en 2008 frente a 2007, mientras que en 2007 lo hizo en 4,5% frente a 2006 (Asocaña, 2009: 46).

Mesa Callejas (2009) observa frente al empleo y la inflación:

“En el caso de los hogares, la caída en el consumo es el resultado del deterioro del mercado laboral como consecuencia de la pérdida de empleos en los sectores productivos tradicionales, especialmente, por la fuerte contracción del empleo industrial que presentó una caída de 4,1% en el 2008 y que contribuyó significativamente al crecimiento de la tasa de desempleo nacional con un promedio de 11,3%. Otro hecho que viene marcando la disminución del consumo y el menor cre-

cimiento de la inversión productiva corresponde al impacto negativo de la inflación sobre la capacidad adquisitiva de las familias y las ventas de las empresas. Al cierre de 2008, la tasa de inflación registró un nivel de 7,7%, más de 3 puntos por encima de la meta establecida por el Banco de la República, que por segundo año consecutivo no logró cumplir con sus objetivos antiinflacionarios”. (Mesa Callejas, 2009)

La inflación aumentó por la tendencia a la devaluación del peso.

“Uno de los elementos que en medio de la turbulencia fue positivo para ciertos actores de la economía, particularmente quienes desarrollan actividades de exportación, fue la recuperación del dólar, que en junio alcanzó un mínimo de 1.630 pesos y ahora oscila entre 2.150 y 2.200 pesos colombianos. La recuperación de la tasa de cambio desde junio pasado se convirtió en un alivio para al menos de la mitad del sector productivo” (Portafolio, 2008).

Si se mira la balanza de pagos del país en el 2008, se observa que el país acentúa su déficit en cuenta corriente, que comienza desde el año 2000, después de un breve y reducido superávit entre 1999 y 2000. Pasa lo contrario con la cuenta de capital y financiera, con superávit y tendencia ascendente desde 2000 hasta 2008. Las reservas internacionales tienen una tendencia a incrementarse desde 1999. Según el Banco de la República (2009), los principales resultados de la balanza de pagos en 2008 fueron:

- Déficit en la cuenta corriente de \$6.761 millones USD (2,8% del PIB), superior en \$924 millones USD al observado un año atrás (...)
- Superávit en la cuenta de capital y financiera de \$9.552 millones USD (4% del PIB), inferior en \$795 millones USD al registrado en 2007.
- Teniendo en cuenta el déficit en transacciones corrientes, \$6.761 millones USD, el superávit en operaciones financieras, \$9.552 millones USD y la acumulación de reservas internacionales brutas correspondientes a transacciones de balanza de pagos por \$2.638 millones USD, se estimaron errores y omisiones por – \$153 millones USD.
- Al cierre de 2008 se acumularon reservas por \$3.086 millones USD, resultado

que difiere del reportado en la balanza de pagos, \$2.638 millones USD, debido a que esta última no incluye las valorizaciones por tipo de cambio y precio. Estas valorizaciones sumaron \$448 millones USD (...).

El déficit en cuenta corriente no se explicó por la balanza comercial, componente de esta cuenta, ni por las transferencias corrientes, sino por egresos netos en los componentes renta de los factores, de \$10.138 millones USD, y servicios no factoriales, de \$3.129 millones USD. La balanza comercial fue superavitaria, con \$990 millones USD, y las transferencias corrientes se situaron en \$5.515 millones USD de ingresos netos (Banco de la República, 2009). Aquí se observan aspectos de la internacionalización de la economía colombiana.

Por su parte, el superávit menor en la cuenta de capital y financiera de 2008 frente a 2007 se explica por la reducción de ingresos por endeudamiento externo neto, de \$2.548 millones USD en 2007, a \$1.025 millones USD en 2008 (- \$1.523 millones USD). La inversión extranjera directa se situó en \$10.564 millones USD, mientras que la salida de capitales en la forma de inversiones colombianas directas en el exterior fue de \$2.158 millones USD (Banco de la República, 2009).

Puede decirse que, en términos de grandes tendencias, la situación de Colombia durante el 2008, fue de desaceleración económica y renovada crisis social, desde el punto de vista del empleo y la inflación.

La explotación y dominación socio-laboral

Uno de los aspectos del capitalismo neoliberal es la llamada flexibilización del trabajo. Ésta se ha operado por la vía de los cambios en la estructura de la producción y en la organización y el proceso de trabajo; pero también por el camino de una legislación laboral reformada y una legislación cooperativa instrumentada por el capital, por lo menos en Colombia. Precisamente, corteros y otros trabajadores de la agroindustria de la caña, vinculados a las empresas agroindustriales a través de Cooperativas de Trabajo Asociado (CTA), conocieron esta flexibilización del trabajo en su aspecto de eliminación de la relación laboral jurídica, que no de hecho. Entre los fines del movimiento obrero y social de corteros y familias se encontraba como punto central la contratación directa con las empresas agroindustriales.

En Colombia, las reformas laborales desde los años noventa hasta la actualidad expresan la racionalización del trabajo por parte de los empresarios (intensificación y mejor uso del mismo). Como observa Mauricio Lenis (2007: 159), los modelos de organización productiva y del trabajo implementados en las empresas incidieron en la fijación de las normas de la legislación laboral.

Las relaciones laborales propias de la organización de la producción y el trabajo taylorista y fordista incluían aspectos como contrato laboral, jornada de trabajo, salario, prestaciones sociales, estabilidad laboral, seguridad social, indemnizaciones, sindicalización, y demás. El tipo de organización del trabajo que hoy rige en el país comenzó a gestarse en los años setenta y se consolidó a partir de los años noventa, según Lenis. En la década del noventa la actividad económica se desenvuelve en un contexto caracterizado por la fuerte competencia internacional, la integración económica de las economías, y la innovación tecnológica, que modificaron el modo de acumulación de capital (Lenis, 2007). Una de las bases de este cambio se encuentra en el auge de las teorías administrativas, es decir, de *“los saberes y conocimientos especializados en torno a la gestión y manejo racional moderno de los recursos humanos, materiales y económicos, en el contexto de la producción de bienes y servicios”* (Lenis, 2007:160).

Esta reorganización del trabajo ha generado no sólo el cambio de la legislación laboral, sino también el uso de otras modalidades de trabajo y contratación que eliminan el empleo, como son la independiente y la asociativa.

Las reformas laborales fueron, además de la ley 50 de 1990, las leyes 100 de 1993 y 789 de 2002. De acuerdo con Lenis, la ley 50 flexibilizó los regímenes de contratación, de despidos, los mecanismos de fijación de los salarios, las prestaciones sociales y la jornada de trabajo; aumentó la tabla de indemnizaciones para despidos sin justa causa en los contratos a término indefinido; eliminó la retroactividad de las cesantías, aumentó la protección a la maternidad; modificó la contratación temporal y algunas normas colectivas de trabajo (facultad de constituir sindicatos sin permiso previo, personería jurídica, eliminación de la posibilidad de suspensión por la vía administrativa de la personería jurídica de los sindicatos) (Lenis, 2007: 164).

La ley 100 de 1993 reformó en Colombia todo el sistema de seguridad social, reorganizándolo en tres subsistemas: pensiones, salud y riesgos profesionales;

eliminó el monopolio del Estado en la prestación de los servicios del sistema y estableció un modelo de competencia regulada; realizó ajustes a aspectos financieros del sistema de seguridad social; contrarrestó la dispersión de regímenes dentro del sector público, y estableció una política de cobertura universal (Lenis, 2007: 165). A la ley 100 están vinculadas otras normas, entre las cuales figuran las leyes: 776 de 2002, 797 de 2003, 828 de 2003 y 860 de 2003. A estas normas se suma el Acto legislativo 1 de 2005, “que introdujo importantes cambios en el régimen pensional” (Lenis, 2007: 164).

Con la ley 100 y leyes conexas “*se realizaron cambios en materia individual de trabajo, en derecho colectivo y en seguridad social*” (Lenis, 2007: 164).

La ley 789 flexibilizó la regulación sobre la jornada de trabajo suplementario o de horas extras; las indemnizaciones por despidos sin justa causa en contratos a término indefinido; modificó el contrato de aprendizaje (en el Servicio Nacional de Aprendizaje –SENA) e instauró recursos para el fomento del empleo y la protección del desempleado; instituyó programas de microcrédito; incluyó disposiciones en materia de seguridad social y regulación de las Cajas de Compensación Familiar (Lenis, 2007: 165).

Otras normas expedidas en el período 1990-2006 relacionadas con la generación de oportunidades de empleo, la disminución de los beneficios económicos laborales o que son de interés en el campo laboral fueron las leyes: 361 de 1997 (mecanismos de integración social de personas con limitación), 677 de 2001 (tratamientos excepcionales para regímenes territoriales), 590 de 2000 (promoción del desarrollo de la micro, pequeña y mediana empresa), y 1014 de 2006 (fomento a la cultura del emprendimiento) (Lenis, 2007: 166).

Según Lenis, fueron siete los objetivos de las reformas laborales entre 1990-2006: 1) La modificación de algunos aspectos institucionales del mercado de trabajo, a través de la flexibilización de las normas laborales mediante las leyes 50 y 789; 2) la ampliación de la cobertura del sistema de seguridad social, el mejoramiento de la calidad del servicio, y hacer viable financieramente el sistema, a través de la ley 100 y las normas conexas; 3) el aporte de ayudas directas al empleo a través del fortalecimiento del apoyo a la creación de empresas; 4) flexibilización de las normas referentes a los contratos y costos laborales, como los sobrecargos por festivos, la jornada de trabajo, disminución

de las indemnizaciones (ley 677 de 2001, ley 789 de 2002), el establecimiento de estímulos (ley 361 de 1997), el subsidio temporal de empleo PADE o el régimen especial de aportes (ley 789 de 2002); 5) mejora de las políticas de inserción laboral: reforma al contrato de aprendizaje (ley 789 de 2002); 6) establecimiento del subsidio al desempleo (ley 789 de 2002); y 7) posibilitar programas para el trabajo en sectores rurales o urbanos, dirigidos a ciertos trabajadores con dificultades para ingresar o regresar al mercado de trabajo: jóvenes, personas mayores, trabajadores menos capacitados, jefes de hogar (ley 789) (Lenis, 2007: 166).

Estas reformas institucionales fueron justificadas con el argumento de que las normas laborales vigentes creaban costos muy altos y rigideces que impedían a las empresas generar empleo y ser competitivas. Otro aspecto de la reforma fue el haberse basado en la evidencia de que el trabajo dependiente, regulado vía contrato laboral y Código del Trabajo, venía siendo sustituido por modalidades de trabajo sin empleo en la forma de trabajo independiente o asociativo (empresas o cooperativas asociativas de trabajo) (Lenis, 2007: 166).

Una de las transformaciones que ha experimentado el trabajo es precisamente el peso que han adquirido estas formas de trabajo sin empleo, es decir, el trabajo independiente y el asociativo. Aquí se hará un repaso de la legislación cooperativa relacionada con el auge de las Cooperativas de Trabajo Asociado (CTA) como una de esas modalidades de trabajo que se vieron fortalecidas.

Las CTA jurídicamente son organizaciones sin ánimo de lucro, conformadas por personas naturales que deciden asociarse para generar trabajo y producir bienes o servicios, o ejecutar obras, mediante el aporte de su capacidad laboral y otros activos y patrimonio. Los asociados a las cooperativas tienen la triple condición de trabajadores, dueños y gestores de las cooperativas.

La ley 79 de 1988 es la que regula inicialmente las diferentes formas de cooperativismo en el país; en ésta se incluyen artículos relativos a las cooperativas de trabajo asociado (Confecoop, 2009: 6). Sin embargo, según Stefano Farne (2008: 261), “el nacimiento de las CTA se remonta a 1931 cuando se promulgó la ley 134 que introdujo la sociedad cooperativa en el derecho colombiano”. Luego viene el decreto 1598 de 1963, que las denominó cooperativas de producción y trabajo.

En 1990 se expidió el decreto 468, que ya fue derogado, “(y) reguló la naturaleza y características de estas cooperativas, así como los aspectos principales del desarrollo de sus actividades” (Confecoop, 2009: 6). Otros desarrollos legislativos en la década del noventa en la materia son los decretos 3115 de 1997 y 24 de 1998, que prohíben a las cooperativas el carácter de agencia de colocación o de empleo (Castañeda, 2006: 7), y la ley 454 de 1998, conocida como Ley de la Economía Solidaria, que, entre otras disposiciones, creó la Superintendencia de la Economía Solidaria, dictó normas sobre la actividad financiera de las entidades de naturaleza cooperativa y expidió otras correspondientes a los principios y fines de la economía solidaria (Criado, 2009: 46).

Como indica Confecoop, a partir de 2004 se expiden nuevas normas reglamentarias: los decretos: 2996 de septiembre de 2004 y 3555 de octubre de 2004. El primero de estos decretos establece que las CTA no pagarán parafiscales (Castaño, 2008: 29-39). Asimismo, este decreto abolió un decreto anterior: el 2879 del 7 de septiembre de 2004. Este decreto fue abolido porque diferenciaba a las CTA de las empresas de empleo temporal en cuanto a que a éstas corresponde la intermediación de mano de obra temporal y el suministro de trabajadores en misión; prohibía el suministro de mano de obra para labores en instalaciones o con elementos o medios de trabajo de terceros, así como las que implicaran subordinación (Ríos, 2005). El decreto 2996, en cambio, sólo fijó “la obligación de pago de aportes parafiscales al SENA, el ICBF y las Cajas de Compensación Familiar a partir de un salario mínimo mensual”. Esta nueva norma fue expedida en un momento de auge de las CTA y en el trasfondo lo que existe es la negociación del TLC con los Estados Unidos.

En 2006 se expide el decreto 4588, que deroga el 468 de 1990. July Criado (2009) resumió en 14 puntos la nueva regulación: 1) las cooperativas son entidades sin ánimo de lucro; 2) sus asociados son personas naturales, no empresas; 3) sus asociados las gestionan y aportan sus medios económicos y capacidades de trabajo; 4) se pueden constituir con mínimo 10 personas; 5) generan y mantienen trabajo para sus asociados de forma autogestionaria; 6) las cooperativas de prestación de servicios a los sectores de salud, transporte, vigilancia y seguridad privada, y educación, deben especializarse en la respectiva rama de la actividad y registrarse en la respectiva superintendencia o entidad que regula la actividad; 7) pueden contratar con terceros la producción de bienes y servicios, así como la ejecución de obras, siempre que respondan

a la ejecución de un proceso total a favor de otras cooperativas o de terceros en general, cuyo propósito final sea un resultado específico; 8) deben cumplir los requisitos establecidos en el artículo 15 de la ley 79 junto con la constancia de autorización del Régimen de trabajo y compensaciones, expedida por el Ministerio de Salud y la Protección Social, para su reconocimiento; 9) el reconocimiento de las Precooperativas y Cooperativas de trabajo asociado corresponde a la Superintendencia de Economía Solidaria y demás superintendencias que vigilen y controlen la actividad especializada a la que se dedican, y no a las Cámaras de Comercio; 10) las CTA deben ser propietarias, poseedoras o tenedoras de los medios de producción y/o labor, tales como instalaciones, equipos, herramientas, tecnología y demás medios materiales e inmateriales de trabajo; 11) si los medios de producción y de labor son de propiedad de los asociados, la cooperativa podrá convenir con éstos su aporte en especie, la venta o el arrendamiento, y esta remuneración será independiente de lo que reciban por su trabajo; 12) si los medios de producción y trabajo son de terceros, se podrá convenir con ellos su tenencia a cualquier título, garantizando la plena autonomía en el manejo de éstos por parte de la cooperativa; convenio que debe realizarse por medio de un contrato civil o comercial; 13) el trabajo de los asociados se rige por la legislación cooperativa, los estatutos, el acuerdo cooperativo, y el régimen de trabajo y compensaciones; y 14) las personas que aspiran a ser asociados deben certificarse en un curso básico de economía solidaria con énfasis en trabajo asociado no menor a 20 horas y certificado por la entidad acreditada Dansocial (Criado, 2009: 47-48).

La última ley expedida antes de la huelga de corteros fue la 1233 de 2008. En ésta se establece “un régimen de derechos mínimos irrenunciables para los trabajadores asociados, como la compensación mínima mensual, la protección a la maternidad y al menor trabajador”, se dictan normas en materia de seguridad social, se imponen contribuciones parafiscales al ICBF, SENA y Cajas de Compensación Familiar, y se fortalece el control del Estado.

Es evidente que a partir del decreto 4588 de 2006, el cooperativismo de trabajo asociado es adaptado institucionalmente a la utilización que hacen las grandes empresas de esta modalidad de trabajo, tanto en la definición de su actividad u objeto social, como en el tipo de relaciones establecidas con terceros. Sin embargo, la práctica real de las CTA se ubica por fuera de esta legislación. Con respecto a la agroindustria de la caña, por ejemplo, la tierra como

medio de producción en ningún modo es controlada por los corteros asociados, y la organización del trabajo, denominada régimen de trabajo, es impuesta por los mandos de los ingenios, con base en requerimientos técnicos y económicos.

El decreto 3553 de 2008 define las compensaciones ordinarias y extraordinarias, para el pago de contribuciones parafiscales y seguridad social, con normas adicionales que exonera a ciertas cooperativas y precooperativas de estas contribuciones.

La utilización capitalista de la legislación cooperativa por parte de las empresas como forma de evadir la legislación laboral ha generado reacciones. Por sólo citar una, sobre el espíritu y la realidad de las CTA, Luis Norberto Ríos Navarro escribió en 2005 que

“muchas empresas y mercenarios de ellas han pervertido este espíritu (cooperativo) y usan las cooperativas de manera fraudulenta para sustituir mano de obra con contrato laboral por mano de obra con “contrato cooperativo”, con el propósito, no confeso y no ético, de disminuir al extremo costos laborales y evadir el cumplimiento de obligaciones parafiscales. Hoy, centenas de empresas, muchas de ellas con mucha reputación y de mucho peso económico, usan este instrumento para disponer de mano de obra totalmente flexible, para pagar una miseria a sus trabajadores y para asegurarse contra la fundación de sindicatos y la contratación colectiva. Los principios y derechos protectores de la legislación laboral se han visto atacados por todos aquellos que piden un mayor grado de autonomía en los contratos de trabajo a través del desmonte de las normas que limitan la libertad de empresa en dichas negociaciones, especialmente en aspectos como salarios, primas y otras prestaciones consagradas en la ley. Para lograr dicho cometido se acude a figuras jurídicas, desde las cuales se sustrae la relación laboral del ámbito de protección, por considerar que no se cumplen las condiciones que se exigen para la aplicación de éste. Entre estas figuras, que aunque lícitas tienen como fin el fraude de la ley laboral, encontramos la contratación por medio de Cooperativas de Trabajo, a través de las cuales el empresario contrata, sin adquirir con esto obligaciones relativas a una relación laboral, puesto que ésta desaparece tras la apariencia de otro tipo de contrato. En estas circunstancias el “trabajador”, por ser socio, no recibe más que compensaciones por sus servicios en los términos establecidos en los estatutos de la cooperativa” (Ruiz, 2005).

Antes de entrar a examinar las cooperativas de los corteros, las CTA, se mostrarán aspectos de la organización y el proceso de trabajo correspondiente a la cosecha de la caña, así como en algunos socio-raciales. En la cosecha se ubica precisamente el trabajo de los corteros de caña. Sobre esto, lo primero que hay que decir es que “las condiciones de clima y suelo de la región permiten la cosecha de este cultivo durante todo el año y, al igual que en Perú y Hawai, no existe la cosecha estacional o zafra”. Desde el punto de vista de la organización, existían en los ingenios departamentos encargados de coordinar esta labor. Dos eran los sistemas de cosecha utilizados: corte manual y corte mecanizado. El sistema de corte manual era usado por “la alta disponibilidad de mano de obra” y por permitir “(1) *El correcto beneficio de la plantación, ya que permite cortar los tallos a ras del suelo, el descogolle entre hojas secas y maduras y la colocación ordenada de los tallos en el suelo para el alce mecánico. (2) Facilita la selección inicial del material molinable, desechando los tallos secos y podridos, y los chulquines y las malezas*” (Giraldo, 1995: 357). Sin embargo, como observa el autor, el corte manual fue cuestionado por razones de competitividad de la industria en nuevos mercados, en el contexto de la globalización. La organización del trabajo de corte manual es presentada así: a la cabeza está la gerencia general, luego el ingeniero jefe de cosecha, enseguida el jefe de corte, luego los cabos de corte, que se entienden con los monitores de corte o con los contratistas. Los monitores de corte se relacionan con los corteros de nómina de los ingenios y, por su parte, los contratistas hacen lo propio con sus corteros. Otra modalidad se centra en la categoría de “frente de corte”, compuesto por: “(1) ‘brechero’, que se encarga de delimitar el área de trabajo a cada cortero; (2) cortero, persona que corta la caña; (3) monitor, docente preparado para enseñar al cortero cómo hacer el corte en forma segura y eficiente; (4) “cabo-corte”, encargado de la asistencia y disciplina del frente de corte; y (5) auxiliar de corte, encargado de vigilar varios frentes en esta actividad” (Giraldo, 1995: 359). En 1995, todavía no se observaba en la industria la introducción de las Empresas Asociativas de Trabajo, las Cooperativas de Trabajo Asociado y el Contrato Sindical en las relaciones laborales. Un aspecto técnico central del trabajo de corte era el uso del machete. Hasta mediados de la década del setenta se usó el machete común de forma recta, que fue reemplazado por el machete australiano. Uno de los factores que incide en la eficiencia del corte tiene que ver con la variedad de caña. El machete australiano estaba asociado a las siguientes ventajas: “1. *Presenta un menor riesgo de accidentes, ya que el área de exposición es menor que la del machete común de forma recta. 2. La forma del machete australiano permite un corte a ras del suelo y un mejor despejado, así como también exige una menor inclinación*

del cuerpo del cortero. Por otra parte, su peso permite el corte de varios tallos a un mismo tiempo” (Giraldo, 1995: 358). La organización del trabajo de corte incluía su programación anual *“que debe ajustarse cada mes de acuerdo con el estado de maduración del cultivo, la variedad y la eficiencia y disponibilidad de mano de obra y maquinaria”*. Finalmente, el control del corte por parte del personal del ingenio se hacía a través *“de un sistema de registro que incluye, entre otros datos, la condición del cultivo, la fecha de corte, la hora de inicio y finalización del corte, códigos de los equipos de alce y transporte”* (Giraldo, 1995: 359).

El otro sistema era el de corte mecanizado. Hacia 1995 se venían ensayando e implementando dos tipos de maquinaria: unas, máquinas *“combinadas que cortan, trozan, limpian y alzan la caña directamente al equipo de transporte”*; otras, *“cosechadora de uno o dos surcos, que cortan la planta, descogollan y separan las hojas, dejando los tallos arrumados en forma perpendicular al surco para el alce en forma mecánica”* (Giraldo, 1995: 359). La tendencia hasta 2008 en el reemplazo de corte manual por corte mecanizado es una de las fuentes del malestar de los corteros que decidieron ir a la huelga. Lo que se puede señalar es que, aunque le ha permitido a los ingenios ahorros significativos en los costos de corte y transporte, el uso de maquinaria para estas labores ha presentado limitaciones técnicas importantes, relacionadas con las características de la caña, las lluvias, el contenido de “materia extraña”, la presencia de residuos, el encalle de la maquinaria y demás.

El alce mecánico de la caña, después del corte, se introduce a partir de 1970, posibilitando *“las labores nocturnas y el suministro de caña a la fábrica durante 24 h”*. Comenzaron a ser utilizados los *“alzadores de uña”*, que a día de hoy siguen siendo usados. Uno de los problemas del alce y transporte de caña es el de llevarla desde donde es cortada hasta las estaciones de trasbordo o los sitios de descarga. Una de las recomendaciones que se hacen en este sentido es que *“la distancia desde el sitio de alce hasta el de descarga no sea mayor de 500 m.”* (Giraldo, 1995: 360). La maquinaria usada en el transporte de la caña ha venido siendo modificada para reducir costos, aumentar su capacidad y reducir su impacto sobre el suelo. Como alternativa a las alzadoras por uñadas se introdujo el sistema de alce continuo, *“que incrementa la densidad de la caña 20% más y permite trabajar bajo condiciones adversas de clima”*, y mediante el uso de otro tipo de maquinaria. Hacia 1995, *“con 15 tractores de alta potencia y 50 vagones es posible transportar 4200 t de caña por día, lo cual con los sistemas anteriores requería 350 vagones tipo ‘hilo’ y 36 tractores”* (Giraldo, 1995: 362).

Una de las prácticas previas al corte de la caña es la quema, que viene siendo regulada por la CVC debido a la contaminación que genera con las pavesas. En este sentido, la industria de la caña tiene dos opciones: o el corte de caña verde o bien el corte de caña que ha pasado por la quema. El corte de caña verde es una modalidad que las empresas agroindustriales tuvieron que comenzar a implementar en la década del noventa debido a las presiones en contra de las quemas por sus efectos sobre las poblaciones.

Un aspecto relacionado con la gestión de la mano de obra en la cosecha es el siguiente: la relación corteros/área de corte. El sistema de equivalencias de las diferentes medidas utilizadas es complejo. La caña está sembrada en surcos, dentro tajos, tablones y suertes. Los corteros cortan tajos, que son una medida del área de corte que tiene entre 20 y 25 pasos (Equipo Desde Abajo, 2005). Ahora, en el corte de estos tajos se establece una diferencia entre corteros hábiles, a los cuales les dicen vacas (Lozano, 2004), y corteros lentos, diferencia en la que influyen aspectos como la edad, la alimentación, etc. Dice Aricapa (2006: 39) que *“un cortero hábil tumba en promedio por jornada dos tajos, y en esa faena debe realizar 5.400 movimientos del brazo, según lo estableció un estudio adelantado por técnicos del SENA. En sus manos el machete vuela en una danza de movimientos rápidos y exactos”*. Mauro Angulo Prada, presidente del consejo de administración de la CTA Real Sociedad, del ingenio Providencia, dice: *“Hoy un cortero bueno se hace, si mucho, cuatro tajos diarios, y muchos no llegan ni a los dos, lo que no les da ni el salario mínimo”*. La equivalencia entre tajos y toneladas de caña cortada es incierta o al menos determinada por varios factores. Según el testimonio de un cortero del Ingenio La Cabaña en 2005, *“antes de un tajo de caña salían 3 toneladas de caña”*. La tendencia es a una reducción del tonelaje de caña por tajo. Una explicación de este fenómeno la recibió Mauro Angulo Prado por parte del ingenio: *“Nos dicen que ahora la caña se corta a menor edad, y que por las mejoras que han hecho en los cultivos la caña ya viene con menos jugo pero más contenido de sacarosa, y que por eso pesa menos”* (Aricapa, 2006: 19). Es decir, el tonelaje menor se explicaría por un tamaño más reducido de las cañas, asociado a una menor edad, así como por la implementación de variedades de caña con menos peso, resultantes del constante proceso de modificación que hace la agroindustria en Cenicaña y en los semilleros. *“O tal vez el problema se deba al software que usan en el pesaje, o a la manipulación. Se dice que hay ingenios donde hay pesaje fraudulento y que donde hay tres tajos reportan dos. Pero eso no hay forma de demostrarlo”* (Aricapa, 2006: 19). Es decir, como explicación adicional estaría un fraude con las básculas

o bien un registro fraudulento de los tajos cortados. Algo a resaltar aquí es que los corteros no controlan el pesaje de la caña ni el registro de los tajos cortados y, por consiguiente, el fraude es fácilmente realizable.

A medida que se reduce el tonelaje de caña por tajo los ingresos de los corteros disminuyen. Como es sabido, a los corteros se les paga por el sistema de destajo, es decir, por la caña cortada, valorada según su peso. Un ejemplo de las tarifas de corte en 2008 eran las siguientes, según Sinaltrainal (2008):

- a. Caña quemada ordinaria: \$5738
- b. Caña quemada festivo: \$8872
- c. Caña semilimpia ordinaria: \$6725
- d. Caña semilimpia festivo: \$9732

Estos valores no incluyen el precio por tonelada de caña verde sin limpiar y de caña limpia. Lo que se puede observar es que el precio del corte por tonelada es mayor si la caña es verde y su limpieza es menor, debido a las dificultades y riesgos que tiene su corte y a la presencia de animales en los cultivos, pero fundamentalmente porque a los corteros *“les toma tres veces más tiempo cortar un tajo de caña verde que uno de caña quemada”* (Aricapa, 2006: 17). Esta disminución en la relación tonelaje/tajo se refleja en lo siguiente: *“Hace diez años un cortero despacioso se hacía seis toneladas diarias y uno rápido unas diez o doce. Hoy el rápido corta a lo sumo siete toneladas y el lento tres; y estas tres en términos de dinero representan menos de 200 mil pesos mensuales, ni siquiera el salario mínimo”* (Aricapa, 2006: 17). Todo esto significa que el ingreso de los corteros se ha reducido sistemáticamente, aumentando por consiguiente la tasa de explotación. Y esto por fuera de las relaciones laborales, es decir por fuera de las prestaciones, de la seguridad social y de otros costos que con las CTA asumían los corteros. Esto se verá más adelante.

La explotación de los corteros de caña se contradice con los incrementos de la productividad laboral reconocidos por Asocaña. La productividad de los corteros, medida en términos del producto físico generado (molienda de caña/#de corteros), es creciente entre 1995 y 2007. Pasa de 1645 toneladas año por traba-

gador en 1995 a 1712 en 2007 (Álvarez y Pérez, 2009: 19). Se contradice asimismo con uno de los indicadores de la producción de las empresas agroindustriales: el tonelaje de caña por hectárea (TCH). Éste, en 2006, se encontraba en 125,6 t/ha (Aricapa, 2006: 15).

Pero sí coincide con lo que dice Andrés Rebolledo, superintendente de cosecha del Ingenio Providencia S.A., en una presentación que realizó en 2006, cuando señaló que hay una “*disminución en el rendimiento del corte debido a los parámetros de calidad de cada tipo de corte: quemada 6.0 t/hombre/día, verde 2.5 t/hombre/día, limpia 1.8 t/hombre/día*” (Rebolledo, 2006: 17).

Una de las condiciones laborales en que se veía expresada la explotación de los corteros era la jornada de trabajo. Su jornada laboral sobrepasaba con mucho la jornada legal de 48 horas establecida para los contratos de trabajo e iba de domingo a domingo. Según Sinaltrainal, en 2008 su jornada diaria estaba entre las 12 y las 16 horas; Juan Pablo Ochoa escribió en 2008, meses antes del paro: “Ellos (los corteros) en su mayoría afrodescendientes, indígenas y campesinos tradicionales siguen anclados en extenuantes jornadas de trabajo de 14 horas de domingo a domingo por sueldos que alcanzan con gran dificultad, a sumar un mínimo” (Ochoa, 2008: 9). No tenían un horario fijo. Las variaciones en la jornada diaria, tanto cuando ésta era de menos de 12 horas, como cuando ésta las alcanzaba o llegaba hasta las 16 horas, se explicaba por la asignación de tajos para corte. Al respecto decía Reinel Ramos:

“Y últimamente nos está rebajando los tajos de caña, tanto que hay veces en que al medio día ya hemos terminado, y apenas con un tajo cortado, cuando lo menos que se hacía uno antes era dos tajos. Aunque a veces hay más tajos, o caña verde por cortar y nos toca trabajar hasta tarde. Y la mujer esperanzada porque a uno le fue bien porque lo vio madrugar y llegar tarde. Mentira. Hay semanas de cien mil pesos, y hasta de menos, cuando antes una semana no la bajábamos de ciento cincuenta mil” (Aricapa, 2006: 21-22).

El proceso de trabajo era el siguiente. La jornada de trabajo comenzaba por lo regular a las 6.30 am y podía terminar por lo bajo a las 4.30 pm⁴. Previo a esto, las mujeres en los hogares se despertaban antes que los corteros, a realizar una serie

⁴ Ese es el caso, por ejemplo, de los trabajadores que todavía conservaban un contrato de trabajo con las empresas. El reportero del diario *El País*, Felipe Lozano Puche, hizo en 2004 un reportaje sobre un día (sábado) de trabajo de estos corteros y su propia experiencia cortando caña.

de tareas que eran condiciones imprescindibles del trabajo de corte: la preparación de la ropa y de los alimentos⁵. En este sentido, si los corteros se levantaban a las 4 am, para prepararse a sí mismos y a sus implementos, las mujeres lo hacían antes. Los corteros eran transportados en buses a las suertes⁶. Al llegar allí afilaban sus machetes, desayunaban, se aperaban para la actividad, y su trabajo del día era organizado por los cabos, monitores de campo y ‘brecheros’, encargados de asignar los tajos, dar instrucciones y otros aspectos. Los implementos utilizados en el corte eran jeans, camisa de manga larga, botas, guantes y una canillera. Ya en la actividad, el corte se hacía siguiendo normas de calidad: “La caña debe cortarse de tajo, muy a ras de suelo, para que los ‘*tocones*’ o ‘*chulquines*’ no dificulten la próxima cosecha”, así como para obtener la mayor cantidad de producto. El conjunto de tareas realizadas por los corteros se encontraba regulado por las políticas de Control Total de Calidad de las empresas. Hacia 1995 existía un índice de calidad del cortero. Sus tareas no eran sólo el corte de la caña, sino también su limpieza y “el ordenamiento de la caña en ‘*churras*’ y ‘*calles*’ denominadas por los corteros como labores de ‘*enchorrar*’ y ‘*encallar*’ para facilitar su alce o recogida” (Mejía y Urrea, 1999: 35). Una de las características del corte era la individualización generada por el sistema de remuneración, expresada en lo siguiente: “A los corteros avezados no les gusta trabajar ‘amangualados’, porque su eficiencia disminuye y con ella el sueldo, pues la paga es a destajo”. Los corteros menos capaces pedían ayuda a sus compañeros para terminar las tareas. De igual modo, se había creado la relación del ‘*mangualo*’: dos trabajadores que cooperaban en el trabajo y se dividían la cantidad cortada⁷. El almuerzo no estaba programado: “En el momento que quiera se come el almuerzo que lleva en una coca”⁸. Tampoco había un lugar específico: “Cada quien desayuna y almuerza sobre el terreno, bajo cambuches armados para guardarse del sol”. Asimismo, no existían servicios sanitarios. Había momentos en que los corteros detenían su trabajo, un ejemplo: “Un carro tanque repleto de agua se ha parqueado en el escampado. Los corteros llenan sus bidones y se refrescan, para mitigar el inclemente calor de la mañana”.

⁵ Esto con respecto a los corteros hombres. Hay una presencia minoritaria de mujeres corteras.

⁶ “Me despierto a las cuatro de la mañana. Mi mujer es la que me despierta porque se levanta antes. Faltando un cuarto para las cinco salgo caminando a coger el bus, llueve o relampaguee. El bus me recoge a las cinco y cinco, y a las seis y media ya estamos en el corte que nos han asignado ese día. A veces el corte está a mucha distancia y el bus se demora más. O a veces hay fallas de comunicación y nos toca devolvernos porque nos equivocamos de corte, y cosas así”. Testimonio de Reinel Ramos (Aricapa, 2006).

⁷ A esta relación y práctica se refiere Jairo Castaño en su investigación *Masculinidades y sexualidades de corteros en el municipio de Candelaria-Valle*. Un cortero expresó: “*Allá, los mangualos, hay unos que son entre pastusos, entre negros, y entre pastuso y negro. Es que en el corte de caña se utiliza la palabra mangualo. Digamos que en el tajo tuyo te cogieron dos ñadas, eso te llega a vos en tu volante de pago. En tal tajo se trazaron dos ñadas, entonces esas dos ñadas pueden ser, una tonelada y media, tonelada y un cuarto, porque eso se maneja así de esa forma. Entonces ese es el promedio que le ponen a uno. Entonces por eso es que los tajos hay que llevarlos parejos*” (Castaño, 2011: 111).

⁸ Testimonio de Reinel Ramos, “cortero de ascendencia indígena, asociado de la cooperativa Los Cristales del ingenio Providencia”.

Los movimientos de los corteros con experiencia y en mejores condiciones eran precisos y certeros, como decía el reportero de El País, Felipe Lozano Puche⁹. Se generaba así una racionalidad de los movimientos del cortero sobre las cañas. Los corteros trabajaban hasta terminar los tajos asignados, y tanto por ello, como por la presión de conseguir una mejor remuneración, trabajaban hasta tarde. Uno de los factores que podían afectar la productividad del cortero era su alimentación: “Hay compañeros que llevan el arroz pelado, con una o dos tajadas, porque la plata no rinde, se acaba a mitad de quincena”. Entre las condiciones naturales del trabajo de corte, además de la posible presencia de animales, estaban la alta temperatura o las lluvias. Juan Pablo Ochoa escribió en 2008 señalando a este aspecto: “Soportando (los corteros) temperaturas de más de 35°C o fuertes aguaceros después de la ardua jornada, con enfermedades de columna, parálisis y del manguito rotador por la utilización cotidiana de sus machetes” (Ochoa, 2008: 9). Terminada la jornada, los hombres regresaban a sus casas en los buses.

La tasa de explotación de los obreros del corte aumentó por una mayor extracción de plusvalía absoluta y de plusvalía relativa, donde la extensión o recorte de la jornada de trabajo en función de la disponibilidad de caña; la variedad de ésta, y la eficiencia en el corte son factores determinantes. El corte de caña es programado dependiendo de la capacidad de molienda diaria de los ingenios ¿Qué ha hecho que se amplíe y recorte la jornada de trabajo de los corteros? Entre los factores que pueden ampliar y reducir la disponibilidad de caña para corte está la ampliación de la capacidad de molienda que, por consiguiente, consume una mayor cantidad de caña por día la cual no alcanzaría a ser compensada en términos de las hectáreas cultivadas y el ciclo reproductivo del cultivo entre corte y corte. Otro factor sería la mecanización del corte, que no ha podido completarse y por ende eliminar el trabajo manual debido a condiciones técnico-económicas del uso de la maquinaria que no hacen rentable este tipo de práctica agrícola en todos los cultivos frente al trabajo de los corteros. Uno más es, precisamente, la ampliación o disminución del área cultivada en caña y la reducción del ciclo reproductivo de los cultivos. Finalmente, un factor adicional sería el aumento de la densidad de plantas por hectárea. Todos estos factores pueden determinar períodos de abundancia o bien de escasez de caña para corte, y afectar en consecuencia, los ingresos de los trabajadores. No obstante, aunque el aumento de la jornada de trabajo en el corte de caña ha determinado una mayor plusvalía, no ha cambiado

⁹ “Casierra es lo que llaman una vaca, un cortero de los mejores, capaz de limpiar siete toneladas de caña por día. Pasa su machete a través de cuatro o cinco bagazos al tiempo y los limpia como si fuera un escultor. Sus movimientos son precisos y certeros”.

la proporción entre el valor retribuido al trabajador y el valor no retribuido, por una razón fundamental: el salario aumenta en la misma proporción, dado el sistema de destajo. La plusvalía relativa, por la vía de la disminución del valor retribuido al trabajador, ha sido el complemento de la extensión de la jornada de trabajo para redistribuir el ingreso en favor de los empresarios y rentistas ¿Cómo se ha disminuido el valor retribuido al trabajador? No a través de la disminución del valor de sus medios de vida, que harían más barata su reproducción con un salario más reducido, sino a través de la variedad de caña, el control de calidad del corte y el pesaje de la caña. A la variedad de caña y su pesaje ya se ha hecho referencia antes. Con respecto a la calidad del corte, una de las prácticas de la gestión de la fuerza de trabajo cortera era hacer descuentos por la presencia de lo que se denominaba materia extraña, descuentos que reducían todavía más el ingreso del trabajador. Anteriormente se describió la manera en que el cortero debía cortar la caña en forma óptima y, en general, el conjunto de procedimientos de su actividad. Al decrecimiento en los ingresos de los trabajadores por la inestabilidad en la jornada de trabajo y el peso de la caña se sumó el alza en los precios de los alimentos que se registró en el 2008.

Una cuestión que surge aquí es la de si la mayor tasa de explotación de los corteros está relacionada con la producción de etanol para el mercado interno. Más específicamente, si se habría venido usando una variedad de caña específica para la producción de caña destinada a la producción de etanol. Aquí no se cuenta con información al respecto, pero lo que se puede señalar es que es posible que la asignación de variedades de caña haya dependido de que los cultivos estuvieran destinados a la producción de azúcar o de etanol. No obstante, desde el punto de vista del conflicto obrero-patronal en 2008, este factor parece no haber sido determinante: el deterioro en los salarios y condiciones laborales de los trabajadores que está en la base de su huelga se presenta también en ingenios que no son productores de etanol, tales como Central Tumaco, Pichichí, María Luisa y Planta Castilla de Riopaila-Castilla, es decir, en cuatro de los ocho ingenios que fueron paralizados por los corteros.

Pasando ahora al aspecto social, los corteros de caña son un sector de la clase obrera azucarera que ha sobrevivido al proceso de tecnificación de la agroindustria de la caña de azúcar y que, en particular, ha visto reducido su número con la mecanización del trabajo de corte, limitada ésta por las condiciones de los suelos en que se encuentran los cultivos de caña y posiblemente también por consideraciones sociales y políticas de gobernabilidad.

La composición social, étnico-racial y por origen regional de los corteros de caña es compleja. Andrés Rebolledo, superintendente de cosecha del Ingenio Providencia S.A., describía las características de los corteros así: señalaba, en primer lugar, sus condiciones personales. El cortero, según él, es un *“hombre fuerte y resistente a las inclemencias del tiempo y a la rudeza de las plantaciones de caña”*. Aunque no viene al caso, reconocía que *“con su labor contribuye al progreso de la agroindustria azucarera”* (Rebolledo, 2006: 4). Desde el punto de vista étnico racial, decía que entre los corteros hay un *“predominio de la raza negra”*. En cuanto a origen o procedencia, señalaba los departamentos de Valle del Cauca, Nariño, Cauca y Chocó principalmente como lugares de origen.

Sobre otro aspecto social como es la vivienda, señalaba que *“la mayoría viven en casas alquiladas en localidades aledañas a ingenios”*, en casas de dos alcobas, y que *“algunos ingenios han organizado la vivienda por autoconstrucción o ayuda para obtener subsidios de vivienda”* y que *“algunos ingenios en ocasiones, aportan materiales de construcción”*. Dado que los corteros de caña históricamente se han ubicado en asentamientos marginales, llamaba a éstos *“asentamientos culturales”* (Rebolledo, 2006: 4).

Otro aspecto es el de la alimentación y nutrición. Con respecto a esto decía que la dieta de los corteros era *“rica en carbohidratos pero pobre en proteínas, hortalizas y frutas”*; señalaba sus *“malos hábitos alimenticios”*, y decía que esta alimentación reducía *“la capacidad para cumplir su labor normal de trabajo, por agotamiento agudo”* (Rebolledo, 2006: 5).

En cuanto al aspecto de la salud, señalaba las enfermedades generadas por el trabajo de corte: el dolor lumbar, el dolor de espalda por postura, el dolor agudo de columna lumbosacra, la hipertensión, las enfermedades cerebrovasculares, las enfermedades del aparato respiratorio y la deshidratación (Rebolledo, 2006: 5).

Un aspecto interesante señalado por Rebolledo es el uso social del dinero ganado en el corte, recibido semanal o quincenalmente por el trabajador. Al respecto, decía que los corteros *“destinan gran parte de sus ingresos al licor, juego y compra de electrodomésticos”* y que *“descuidan la satisfacción de las necesidades básicas”*. Las consecuencias de estas prácticas serían tanto el *“ausentismo al trabajo los lunes”* como el *“alto endeudamiento”* (Rebolledo, 2006: 4).

Después de haber observado la organización y el proceso de trabajo de corte, así como las características sociales de los corteros de caña, en lo que sigue se expone la transformación de las relaciones laborales que ha experimentado este sector de la clase obrera, con la final introducción de las Cooperativas de Trabajo Asociado en las relaciones entre corteros y empresas. Una primera observación al respecto es que las relaciones laborales, pese a su desaparición por vía jurídica, se mantienen en realidad si se observa la existencia efectiva de los tres criterios que según el Código Sustantivo del Trabajo configuran un contrato de trabajo, esto se verá más adelante. Un segundo punto es la relación que existe entre la forma de contratación por vía de las CTA y el control obrero de aspectos de la organización y el proceso de trabajo. También se abordará después.

Como se vio anteriormente, las reformas laborales y la utilización capitalista por grandes empresas de las Cooperativas de Trabajo Asociado hacen parte de la llamada flexibilización de los mercados de trabajo, dirigida a reducir costos e intensificar el trabajo. Las CTA se encuentran entre las formas que han utilizado las empresas para eliminar la relación laboral directa de los corteros con las empresas. Las otras formas han sido los contratistas, el contrato sindical y las empresas asociativas de trabajo. Ricardo Aricapa hace un recorrido por la historia del uso de estas modalidades de vinculación de los trabajadores que evaden la relación laboral directa.

El proceso de flexibilización en la agroindustria también se conoce como “*deslaborización*”, bien porque las relaciones laborales se trasladan hacia terceros (contratistas, contrato sindical) o bien porque éstas se eliminan completamente (Empresas Asociativas de Trabajo, CTA). También se conoce por el nombre de tercerización o bien por la denominación de subcontratación u *outsourcing*. La tercerización comienza con el sistema de contratistas, “que venía de finales de los años setenta” (Urrea, 2007: 147) del siglo pasado en la agroindustria y que se vio fortalecido con la reforma laboral de 1990, la ley 50, que eliminó la cláusula del reintegro para trabajadores antiguos despedidos sin justa causa y abrió, en consecuencia, la posibilidad a los ingenios de eliminar masivamente contratos de trabajo. Al respecto escribió Ricardo Aricapa (2006):

“La ley respeta la antigüedad del trabajador, pero éste puede renunciar a ella y acogerse a la ley 50. Fue así como muchos corteros renunciaron a las empresas a cambio de una suma de dinero determinada, y a la promesa de continuar vinculados a la empresa a través de intermediarios de fuerza laboral, conocidos bajo el genérico de contratistas” (Aricapa, 2006: 26).

Los trabajadores despedidos pasaron así a ser contratados por contratistas, y su influencia y control significativos se extendieron hasta que el paro de corteros de caña de 2005 hiciera pasar el control de las Cooperativas de Trabajo Asociado hacia los trabajadores. Sobre el papel de los contratistas en la agroindustria dice Aricapa lo siguiente:

“Bajo el amparo y la confianza de los empresarios de la industria azucarera, los contratistas empezaron a crecer y a ampliar su radio de acción. Su afinidad con los ejecutivos de los ingenios, incluso de parentesco y de amistad, les resultaba bastante rentable en términos de negocios. Tanto que hubo contratistas que prosperaron e incursionaron en otros servicios de la industria azucarera, como el suministro de maquinaria y equipos de transporte. Es el caso de Pedro Ismael Sarmiento, un contratista muy conocido en la región, que en sus mejores tiempos llegó a tener más de 2000 trabajadores a su cargo, y quien aún hoy, cuando se supone que las cooperativas dejaron de estar bajo su égida y ya son manejadas directamente por los propios trabajadores, es notable su influencia en la administración de varias de ellas, de lo cual obtiene un porcentaje como beneficio” (Aricapa, 2006: 26).

Las relaciones sociales, de amistad y de parentesco con los mandos de los ingenios permitieron a los contratistas hacerse con la asignación de cupos para corte. La gestión de la fuerza de trabajo por los contratistas se caracterizó por las irregularidades, el maltrato, la corrupción y la violación de los derechos de los trabajadores. “Por ejemplo, la seguridad social se las pagan sobre la base del salario mínimo, pero el descuento se los hacen por el salario real, y un cortero de los buenos es capaz de sacarse hasta dos o más salarios mínimos” (Aricapa, 2006: 27). O bien: “Se conoce el caso de un trabajador que al momento de alcanzar la edad de jubilación se encontró con que no tenía seguridad social. Durante veinte años había cotizado sagradamente sus aportes de pensión en las diferentes empresas de contratistas y las cooperativas en que trabajó, para nada, para quedarse sin su pensión de vejez” (Aricapa, 2006: 38).

Dos aspectos que es preciso destacar con respecto a los contratistas son, por una parte, su permanencia en el tiempo como alternativa de subcontratación de la fuerza de trabajo, y por otra, la forma social de sus unidades de producción, por fuera de la diversificación de las funciones asumidas frente a las empresas agroindustriales. En este sentido, si bien los contratistas vienen prestando servicios a estas empresas desde los años setenta del siglo pasado, parece ser que desde los años noventa habrían conocido un nuevo período de expansión, ante la eliminación masiva de contratos de trabajo en los ingenios. No obstante, la forma social de sus

empresas habría cambiado, primero con la formación de las Empresas Asociativas de Trabajo (EAT) y luego con la de las Cooperativas de Trabajo Asociado (CTA), ambas bajo su control por lo menos hasta 2005, como se mostrará en lo que sigue.

Según Aricapa (2006: 28), hacia mediados de la década de los noventa se introducen las Empresas Asociativas de Trabajo como nueva forma de contratación, originadas en la ley 10 de 1991 y el decreto 1100 de 1992. Éstas duraron hasta el año 1999 o 2000 (Aricapa, 2006: 29). Las empresas asociativas presentan un límite mínimo y máximo de miembros. Para el caso de las que tienen como objeto social la producción de un bien, mínimo tres y máximo diez miembros. Para el caso de las prestadoras de algún servicio, un máximo de 20 miembros. Los socios de las EAT aportan su capacidad productiva, bienes, dinero. “Adicionalmente pueden aportar alguna destreza, tecnología o conocimiento del que se tenga propiedad intelectual”. Los órganos de administración de las EAT estaban constituidos por el gerente y la junta directiva, elegidos por la asamblea de asociados. Las EAT fueron introducidas por los mandos de los ingenios en asocio con los contratistas. En este sentido, entre los socios de estas empresas se encontraban los contratistas, o bien sus familiares y amigos. De esta manera, los contratistas mantuvieron su control sobre la fuerza de trabajo. La introducción de las EAT se explica porque sus utilidades estaban “exentas del pago de impuesto en un 50%” (Aricapa, 2006: 28). Dichas utilidades eran repartidas entre los socios “en proporción a los aportes de cada asociado”, por lo que resultaba obvio que quienes podían beneficiarse efectivamente de las EAT eran los contratistas o su gente de confianza. Las irregularidades en las EAT se presentaban en cuanto a las prestaciones, el subsidio familiar, la seguridad social, la dotación.

El contrato sindical, como tercera modalidad de contratación, fue desarrollado por los sindicatos de empresas de los ingenios, afiliados bien sea a las CGT o a las tres federaciones de la CTC en el Valle del Cauca. Precisamente, fue introducido por estas organizaciones en los ingenios azucareros a partir del año 2000, “*presentado como un recurso de fortalecimiento de los sindicatos y una alternativa distinta a las contratistas particulares y las CTA*”. Como lo señala Aricapa (2006: 30), “el contrato sindical es una de las tres formas de contratación colectiva consagradas en la legislación, y data de mucho tiempo atrás, casi desde los albores del sindicalismo colombiano”. Luego el contrato sindical convierte al sindicato en empleador de los trabajadores y establece y desarrolla una relación de carácter comercial con la empresa. En este sentido, los sindicatos de empresa de los ingenios presentaban una oferta mercantil, de la cual se obtenía utilidades, y

firmaban con los corteros un contrato de pago por los tajos cortados. Los trabajadores estaban en la obligación de afiliarse al sindicato y aportar la cuota sindical, pero no se beneficiaban de los acuerdos colectivos que lograra éste. Algo que puede señalarse aquí es que estos actores sindicales adaptaban sus estrategias a las condiciones del mercado de trabajo en el sector azucarero. La huelga de corteros de caña de 2005 también fue en contra de esta modalidad de tercerización, que no obstante continuó persistiendo de manera minoritaria hasta la huelga de 2008.

La política de contratación de cooperativas de trabajo asociado de las empresas agroindustriales del sector azucarero se apoyó en las normas legales que regulaban el cooperativismo, particularmente el de trabajo asociado. Dichas normas son, particularmente, la ley 79 de 1988 y el decreto 4588 de 2006. Con las CTA se eliminaba el vínculo jurídico de naturaleza laboral de los trabajadores con las empresas agroindustriales, y en su lugar se creaban dos relaciones jurídicas distintas: una de carácter comercial entre las empresas y las cooperativas, y otra de carácter cooperativo entre éstas y los trabajadores. En este sentido, los trabajadores perdían el vínculo jurídico laboral con las empresas y negociaban como cooperativas un acuerdo mercantil con éstas. En la práctica, en la realidad, se mantenía la relación laboral en virtud de tres condiciones: subordinación efectiva a los dictados de las empresas; salario, así fuera denominado compensación en la jerga cooperativa, y actividad personal del trabajador; las tres, condiciones contempladas en el Código Sustantivo del Trabajo, en su artículo 23, como elementos que definen un contrato laboral.

Con las CTA, al desconocer jurídicamente el vínculo laboral y, por consiguiente, la legislación laboral vigente, de todas maneras ya liberalizada, las empresas agroindustriales reducían sus costos laborales y los trasladaban a los trabajadores. La forma concreta de esta reducción y traslado de costos laborales eran los acuerdos mercantiles, denominados oferta mercantil, es decir, los contratos entre empresas y cooperativas, que establecían una tarifa por tonelada de caña cortada que, según las empresas, incluía la remuneración del trabajador, los aportes a la seguridad social (salud, pensión, arp), las prestaciones, los gastos de administración de las cooperativas y demás rubros. Si bien la estabilidad de los trabajadores estaba en entredicho por la renovación anual de las ofertas mercantiles, otro punto era la desestabilización de la jornada de trabajo por la disponibilidad de caña para cortar

Las CTA reemplazan a las EAT a partir del año 2000. No sólo se introdujeron en el corte de caña, sino también en otras actividades de la agroindustria (mantenimiento, aseo, transporte). Los contratistas pasaron de administrar o controlar la administración de las EAT a controlar la administración de las CTA. O bien amigos o recomendados de los directivos de los ingenios asumieron ese control (Aricapa, 2006: 29). Como lo plantea Aricapa, las Cooperativas como forma de contratación pasaron por dos períodos. El primero, del año 2000 al 2005, de control y usufructo de las CTA por los contratistas y personas de su confianza, o por parte de personas de confianza de la dirección de los ingenios; y el segundo, desde 2005 en adelante, cuando los trabajadores asumen el control de las CTA y se crean nuevas, hasta llegar a la huelga de 2008, en la que los trabajadores volvieron a reivindicar la contratación directa con las empresas.

La expansión de las CTA de corte de caña en el Valle del Cauca es presentada por Jairo Castaño (2008) para el período 2000-2005 (ver Tabla 2). Dado que la agroindustria también se encuentra ubicada en departamentos como Cauca y Risaralda, la información sobre las CTA en el sector azucarero queda incompleta. Castaño caracteriza a las CTA en función de 8 variables: municipio, número, asociados, ingresos, activos, pasivos, excedentes, patrimonio (Tabla 3).

Tabla 2. Municipios con CTA de corte de caña en el Valle del Cauca, período 2003-2005

2003	2004	2005
BUGA	BUGA	BUGA
PALMIRA	PALMIRA	PALMIRA
CALI	CALI	CALI
CANDELARIA	CANDELARIA	CANDELARIA
FLORIDA	FLORIDA	FLORIDA
ZARZAL	ZARZAL	ZARZAL
PRADERA	PRADERA	PRADERA
CARTAGO	CARTAGO	CARTAGO
TULUA	TULUA	TULUA
ROLDANILLO	ROLDANILLO	ROLDANILLO
BUGALAGRANDE	BUGALAGRANDE	BUGALAGRANDE
OBANDO	OBANDO	OBANDO
	ROLDANILLO	ROLDANILLO
	EL CERRITO	EL CERRITO
		GUACARI
		ARGELIA

Fuente: Castaño (2008: 22).

Así, con respecto a la variable municipio, se encuentra que el número de los municipios donde hay presencia registrada de las CTA se incrementa entre 2003 y 2005, pasando de 12 en 2003, 14 en 2004, hasta 16 en 2005. En 2002 las CTA de corte se encontraban sólo en cuatro municipios: Cali, Palmira, Buga y Zarzal (Castaño, 2008: 25).

Tabla 3. Índices de crecimiento en siete indicadores para las CTA de corte de caña en el Valle del Cauca, 2002-2005

ANO	NUMERO	ASOCIADOS	INGRESOS	ACTIVOS	PASIVOS	EXCEDENTES	PATRIMONIO
2002	17	561	3368064382	625564834	526779898	11676984	98784935
2003	56	4508	28247083859	4630204531	3868235058	447518851	761969474
2004	73	8814	62565012213	6336501667	5380902221	195277400	955599446
2005	71	7354	39868316697	3867850182	3268078708	94009537	599771473
I.C.	NUMERO	ASOCIADOS	INGRESOS	ACTIVOS	PASIVOS	EXCEDENTES	PATRIMONIO
2002	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
2003	329,4	803,6	838,7	740,2	734,3	3832,5	771,3
2004	429,4	1571,1	1857,6	1012,9	1021,5	1672,3	967,4
2005	417,6	1310,9	1183,7	618,3	620,4	805,1	607,1

Fuente: Castaño (2008: 22). Nota: Los valores monetarios están a precios constantes de 1998.

Con relación al número de cooperativas y de asociados, se presenta un aumento de ambos entre 2002 y 2004, pasando de 17 cooperativas y 561 asociados en 2002, 56 cooperativas y 4508 asociados en 2003, hasta 73 cooperativas y 8814 asociados en 2004. Según Castaño, en 2002-2003, período donde ocurre un salto significativo en el número de cooperativas y asociados, “se presenta un contexto político favorable a la intermediación de este tipo de entidades” (Castaño, 2008: 25). Aunque el crecimiento de las CTA entre 2003 y 2004 es menor con respecto a su crecimiento entre 2002 y 2003, sí aumenta significativamente el número de asociados, que en 2004 casi duplica al de 2003.

“El mayor crecimiento del número de asociados (1571.1 respecto al año base) durante el 2004 en relación al índice de crecimiento del número de entidades (429.4) en ese mismo año, nos indica que a la par de un aumento poco significativo del número de CTA, viene un crecimiento del número de asociados por cooperativa muy importante, o sea, que se crean CTA más grandes en términos del número de trabajadores asociados. Si nos atenemos a los registros de Confecoop en el año 2003 (...), el número de CTA de corte

con 1000 o más asociados se refieren sólo a 1 entidad, pero para el año 2004, los registros ya contabilizan 2 CTA con más de 1000 asociados y la creación de nuevas entidades con más de 400 asociados. Hay entonces no solamente un incremento en el número de CTA sino la aparición en el mismo sector azucarero de grandes unidades de trabajo asociado que prestan servicios para varios ingenios con mano de obra calificada (manejo de máquinas cosechadoras de caña, tractores para preparación del terreno, tractomulas, máquinas de alce de caña, etc.). Es decir, la externalización del trabajo de corte y alce mecanizado de caña, preparación de las tierras, etc. se generaliza pero no bajo el comando de cada ingenio sino bajo empresas CTA que ofrecen sus servicios a los distintos ingenios, las cuales terminan siendo la fachada de empresas de prestación de servicios de maquinaria agroindustrial pues el capitalista dueño de la maquinaria agrícola impone a sus trabajadores la modalidad de asociarse en una CTA” (Castaño, 2008: 25).

Hay pues no solamente un incremento de las CTA, sino también un fenómeno de concentración de los corteros por cooperativa, de diversificación del objeto social de las CTA por la inclusión de otras actividades agroindustriales, y de control de éstas por parte de contratistas.

En 2004, se reducen el número de CTA y asociados por causa de la expedición del decreto 2784 de septiembre de 2004 y de que “los controles sobre las CTA se vuelven más intensivos, debido a las denuncias que rodea el exorbitado crecimiento de las CTA, provocando un cierre de varias entidades al nivel nacional en el año 2005”. Los ingenios intervienen en este proceso de reducción de las CTA “para evitar que su imagen sea afectada y sobre todo el descontento generalizado de los trabajadores por la manera como son deslaboralizados a través de cooperativas fantasmas que son manejadas por antiguos contratistas” (Castaño, 2008: 26).

Esta información puede ser complementada con la que aportan Álvarez y Pérez (2009) para el año 2007. Según los autores, con base en datos de la Superintendencia de Economía Solidaria, ese año existían 117 cooperativas registradas de corte de caña en los departamentos de Valle y Cauca. En cuanto al número de asociados, éstos se encontraban en 10.145 (Álvarez y Pérez, 2009: 45).

La información relativa a las otras variables es la siguiente para el año 2007 en Valle y Cauca: ingresos anuales de \$105.138 millones; activos por un valor de \$11.635 millones; pasivos por \$6.728 millones; excedentes por \$256 millones,

y patrimonio por el valor de \$4.907 millones (Álvarez y Pérez, 2007: 46). La información obtenida por Castaño (Tabla 3) para el Valle del Cauca entre 2002 y 2005, revela un incremento anual de todas las variables hasta 2004, con excepción de los excedentes, que en 2003 alcanzan el monto de \$447 millones, pero se reducen significativamente a sólo \$195 millones en 2004. Entre 2002 y 2004 los ingresos anuales pasan de \$3.368 millones a \$62.560 millones; los activos de \$625 a \$6.336 millones; los pasivos de \$526 a \$5.380 millones, y el patrimonio de \$98 a \$955 millones. En 2005 todas las variables decaen: los ingresos anuales a \$39.868 millones; los activos a \$3.867 millones; los pasivos a \$3.268 millones, y el patrimonio a \$599 millones.

Álvarez y Pérez descomponen las variables por tamaño de las cooperativas. En este sentido, observan que son las CTA de más de 200 corteros (11 en total) las que se apropian del 50% de las utilidades. Otra variable que introducen los autores es la cartera, que alcanza un monto de \$685 millones, el 84% de los cuales es concentrado por las cooperativas con menos de 50 asociados.

El tipo de contrato entre las CTA y las empresas agroindustriales era la oferta mercantil; en ésta se fijaban los ingresos operacionales de las cooperativas en términos del pago por la prestación del servicio de corte de caña. Con esto, los ingenios rebajaban los ingresos de los trabajadores y sus costos al trasladar hacia aquellos una serie de responsabilidades en materia de prestaciones, seguridad social, aportes cooperativos, gastos de administración, etc., como porcentajes del ingreso del trabajador. La explotación laboral se revelaba aquí claramente por contraste con la contratación laboral regulada por el Código del Trabajo. La diferencia radicaba en que, mientras con las CTA los trabajadores asumían de sus ingresos el descuento de un 52,2% y los empresarios casi ninguno, con la contratación laboral hubieran podido asumir sólo el 8%, dado que el empleador hubiera sido responsable de un 30,7% sobre el ingreso del trabajador (Álvarez y Pérez, 2009: 50). Los mismos autores hicieron para 2008 el cálculo de los ingresos netos de los trabajadores vinculados a las cooperativas y de los ingresos netos que hubieran recibido si estuvieran vinculados directamente a los ingenios. Sobre un promedio de ingreso bruto mensual de \$958.808 por cortero, el descuento de un 8% sobre su remuneración la hubiera dejado en \$937.000, mientras que con las CTA ésta se ubica en \$519.000, es decir, un 44,6% menos (Álvarez y Pérez, 2009: 51).

Otro cálculo que hacen los autores es el de la transferencia de recursos desde los trabajadores hacia las empresas agroindustriales y las CTA. La transferencia de

recursos hacia las empresas agroindustriales la obtienen para el año 2008 como resultado de la diferencia entre los costos de la mano de obra si ésta hubiera sido contratada directamente (\$959 de ingreso bruto + 38,7% de seguridad social y aportes parafiscales + \$55 mil de subsidio de transporte x 10.145 corteros) y los costos bajo el régimen de las CTA (\$959 mil + 5% como costo de contratación con las CTA x 10.145 corteros): \$169 mil millones - \$123 mil millones = \$46 mil millones.

Otra transferencia de recursos se presenta desde los trabajadores hacia las CTA, y una parte de ellos va hacia sus directivos y empleados. Aplicando los porcentajes de descuento que encontraron (24% de seguridad social legal, 22% de aportes a las CTA, 5% de créditos, 1% de seguridad social extralegal) a los \$959 mil de ingreso bruto de los corteros x su número (10.145), hallaron una transferencia por valor de \$26 mil millones en 2008 (Álvarez y Pérez, 2009: 53-54).

Sumadas las transferencias a las empresas agroindustriales y a las CTA en 2008, se obtiene un total de \$71.682 millones que los corteros dejaron de recibir.

Las alianzas sociales y políticas y las modalidades de acción

El movimiento obrero y social de los corteros y sus familias fue liderado políticamente por un senador del partido Polo Democrático Alternativo, a través del trabajo de su Unidad Técnica Legislativa (UTL), dos de cuyos integrantes fueron judicializados durante la fase de huelga del movimiento junto a cuatro trabajadores de la agroindustria.

El movimiento comenzó con carácter de lucha política contra el modelo de producción de agrocombustibles en el valle geográfico del río Cauca definido, organizado y gestionado por la élite política y económica del país, y fue derivando en una lucha socio-laboral por la distribución de los ingresos generados por la agroindustria. Esto fue así por la relación que se estableció entre dicho modelo y la violación de derechos humanos de los trabajadores corteros de caña y sus familias.

En este sentido, la ideología que organizó la acción política fue la del estado social de derecho, como poder público que regula, controla y puede dirigir la actividad económica de los particulares, garantizando los derechos de la población. En consecuencia, la acción parlamentaria del senador, secundada por la de los otros integrantes de la bancada del Polo Democrático en el Congreso de la República, así

como por la de su dirección partidaria, en cabeza de Carlos Gaviria Díaz, presionó por la intervención del estado, particularmente del gobierno nacional, frente a las irregularidades en derechos humanos que se estaban presentando en la agroindustria. Aquí se halló el centro de la estrategia del movimiento. Se puede observar al respecto que la utilización de los mecanismos institucionales del régimen político ha sido una característica de la acción de la izquierda legal en Colombia.

Los componentes de la estrategia que fueron desplegados a lo largo de la actividad del movimiento consistieron en el cuestionamiento público, centralmente parlamentario, del “modelo de desarrollo de los cultivos intensivos de caña de azúcar en los departamentos del Valle del Cauca y Cauca, destinados a la producción de agrocombustibles”, así como de las “políticas públicas de fomento del Gobierno Nacional en la materia”, dentro de una concepción de las violaciones a los derechos humanos (Ochoa, 2008: 10) y con miras a presionar la intervención del Estado; la constitución de un actor colectivo de naturaleza social (los corteros y sus familias) a través de la identificación de sus condiciones de vida, la revaloración de los elementos constitutivos de su identidad, su cohesión interna, y la formulación de sus reivindicaciones; la apertura de una confrontación y negociación de este actor, política, social y sindicalmente liderado, con Asocaña, las empresas agroindustriales y el gobierno nacional, y el alindamiento de sectores sociales, académicos, sindicales, políticos, institucionales y de los medios de comunicación, nacionales e internacionales, en favor de los trabajadores y sus familias.

La primera fase del movimiento fue sobre todo de acción: 1) política parlamentaria, 2) organizativa y 3) de diálogo y negociación con otros (contrarios y mediadores). En cuanto a lucha política y social, el movimiento de irrupción del movimiento se produce en el mes de diciembre de 2007.

El senador en cuestión realizó intervenciones en el Senado de la República sobre la agroindustria, sus efectos ambientales y las condiciones sociales y laborales de los trabajadores. La primera de ellas fue el 5 de diciembre de 2007, cuando se citó, en compañía de un senador del partido Conservador, a los ministros de Medio Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial, y de Agricultura y Desarrollo Rural, así como a la directora del Departamento Nacional de Planeación, a un debate de control político denominado “Debate sobre la problemática de la proliferación de biocombustibles y sus efectos sociales y ambientales y la política gubernamental sobre la misma”, en cumplimiento de la Proposición número de 16 de 2007, presentada el 28 de agosto, y Aditiva. Ninguno de los ministros asistió. Asistió en

cambio la viceministra de Medio Ambiente. En su intervención, el senador “denunció ante la plenaria del Senado, el fracaso ambiental y social anunciado en la política de producción de agrocombustibles” (Ochoa, 2008: 10).

Por su parte, tras el debate, el ministro de Agricultura respondió al senador defendiendo las condiciones laborales de la agroindustria, aduciendo que los corteros ganaban una remuneración que giraba en torno a 1 millón de pesos, e invitándolo de manera desafiante a que realizara una audiencia pública en “la región, (...) para conocer de manera directa las condiciones a las que se refería” el Ministro.

Después, el día 23 de abril de 2008 fueron citados los ministros de Agricultura y de Medio Ambiente, así como el ministro de salud y la Protección Social, a un nuevo debate de control político propuesto por el senador y esta vez llamado: “Evaluar con el alto gobierno los impactos de la política pública de fomento a la producción de agrocombustibles basados en el cultivo intensivo de la Caña de Azúcar”. A este debate sólo asistió el ministro de Agricultura.

La primera reunión del senador con los trabajadores fue a finales de agosto de 2007. Se reunió con un grupo de 5 a 8 corteros. En aquel entonces fungía como presidente de la Comisión de Derechos Humanos y Audiencias del Senado de la República. Los trabajadores le hablaron de su situación. Una vez finalizada la entrevista, ordenó a dos integrantes de su UTL investigar la situación de los trabajadores y hacerles acompañamiento (Sentencia, 2012).

Las reuniones con los trabajadores se intensificaron en el mes de febrero de 2008. En Palmira, Valle del Cauca, las reuniones se realizaron en la sede de la Junta de Acción Comunal “La Carbonera”, ubicada en el barrio Zamorano de la ciudad de Palmira (Valle), y en una sede de cooperativas ubicada en el mismo barrio. En reuniones realizadas en los municipios de Corinto y Padilla, en el departamento del Cauca, hubo participación de concejales que ofrecieron su mediación ante las empresas (Sentencia, 2012).

Entre marzo y junio de 2008 se realizaron más de cuatro reuniones públicas, en las que hubo presencia del presidente de Asocaña, una vez del ex gobernador del departamento del Valle en 2004-2007, así como de algunos corteros y el senador. Estas reuniones, como otras que se organizaron después de la Audiencia Pública de Pradera el 14 de junio de 2008, buscaban abrir espacios de diálogo y concertación

con la agroindustria y el estado colombiano. El 20 de septiembre, a 5 días de comenzada la huelga de corteros, el senador expresó: “Yo no promuevo paros. De hecho, organicé varias reuniones cuyo objetivo era buscar una salida negociada (al conflicto)” (El País, 2008).

La acción organizativa con los corteros estuvo en función, primero, de la denuncia parlamentaria, tanto en los dos debates mencionados, como en la Audiencia Pública de Pradera, segundo, de la movilización social que fue uno de los componentes de la realización de esta audiencia, tercero, de la formulación del pliego de veinte puntos que presentaron a agroindustriales y estado ese día. Los corteros y sus familias llegaron en aproximadamente de 80 buses al municipio de Pradera el día de la audiencia.

La Audiencia Pública de Pradera, que se realizó para denunciar la producción de agrocombustibles, la política que la soportaba, y las consecuencias sociales y ambientales de la agroindustria, estaba en un primer momento programada para una fecha anterior a la de su realización efectiva. El senador “presentó la proposición aditiva, que convoca a sesión formal de la Comisión Sexta Constitucional en Audiencia Pública el día 29 de mayo de 2008 en el Coliseo Bello Horizonte del Municipio de Pradera, Valle del Cauca, a partir de las 9:00 de la mañana” (Ochoa, 2008: 10). La audiencia terminó por ser realizada en el parque municipal de Pradera, un mes antes de la finalización de la segunda legislatura en el Congreso de la República. La Comisión Sexta estaba conformada por 13 senadores, tres de ellos del Polo Democrático. Sin embargo, a la audiencia sólo asistieron tres senadores (dos no eran de la Comisión) y un concejal de ese partido, así como la representante a la Cámara de Representantes María Isabel Urrutia. Por parte de la institucionalidad del estado, asistieron miembros de la Defensoría del Pueblo y de la Procuraduría. También participó en la audiencia el movimiento indígena, a través de un Consejero Mayor de la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN). Hubo incluso manifestaciones de solidaridad de los transportadores que contrataban el servicio de transporte con las cooperativas de trabajo asociado.

La realización de la audiencia no estuvo exenta de obstáculos. Un trabajador denunció la realización de cinco retenes para llegar a Pradera. Adicionalmente, se saboteó e intentó impedir la realización de la audiencia mediante la difusión de carteles de gran formato anunciando su aplazamiento.

La segunda fase del movimiento, comprendida entre la realización de la audiencia y el inicio de la huelga, se caracterizó por las acciones de movilización de los trabajadores y sus familias. El día de la audiencia los trabajadores, representados por los tres sindicatos de industria existentes en la agroindustria (Sinaltrainal, Sintraicañazucol y Sinalcorteros) y la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) Subdirectiva Valle del Cauca, presentaron su pliego de veinte puntos con reivindicaciones en materia salarial, laboral, social y sindical.

En este sentido, terminó la transición de la lucha política parlamentaria del movimiento contra el modelo agroindustrial hacia la lucha social y laboral por las condiciones socio-laborales y sindicales de los corteros y otros trabajadores de la agroindustria, liderada política, social y sindicalmente. Las movilizaciones fueron el mecanismo utilizado para presionar a los agroindustriales para que aceptaran la negociación de su pliego de reivindicaciones. La primera de éstas fue realizada el 14 de julio en el municipio de Palmira, Valle del Cauca. Los trabajadores se desplazaron hacia el Concejo Municipal, donde se realizó un debate citado por un concejal del Polo Democrático en el municipio. Fue a su vez una forma a nivel local de acción política parlamentaria. Los corteros estuvieron en las barras del Concejo y en el Parque Bolívar afuera del edificio de la corporación. La segunda movilización fue realizada en Cali, capital del Valle del Cauca, el día 28 de agosto, partiendo desde Sameco (Sociedad Agropecuaria de Maquinaria y Equipos de Colombia) hasta las instalaciones de Asocaña, el gremio de la agroindustria. La tercera fue realizada el día 4 de septiembre, otra vez en la ciudad de Cali.

Estas movilizaciones se caracterizaron, no sólo por la presencia de los trabajadores, sino también por la de sus familias, junto a otros integrantes de sus comunidades. Por contraste, las movilizaciones que siguieron al inicio de la huelga fueron protagonizadas por las familias de los corteros, especialmente por mujeres, porque los trabajadores estuvieron al frente de la modalidad de acción de huelga con bloqueo de las entradas y salidas de las plantas industriales.

Las otras modalidades de acción en esta fase del movimiento fueron la organizativa y la de diálogo y negociación. José Oney Valencia, cortero afrodescendiente y principal líder del movimiento, participó entre el 21 y 23 de julio en el Tribunal Permanente de los Pueblos, realizado en la Universidad Nacional de Bogotá, denominado “Tribunal contra las Transnacionales”.

El día 23 de agosto los trabajadores, en compañía del senador y sus asesores, se reunieron en la hacienda El Nilo, ubicada en el municipio Caloto, departamento del Cauca, con trabajadores de Emsirva (Empresa de Servicios Públicos de Aseo de Cali), Emcali (Empresas Municipales de Cali), la Industria de Licores del Valle (ILV), y el poder judicial, e integrantes del movimiento indígena. Posteriormente, el gobierno del presidente Álvaro Uribe Vélez y los agroindustriales organizarían una denuncia penal en contra de cuatro trabajadores y dos de los asesores del senador, a través del testimonio (que se reveló falso posteriormente) de uno de los asistentes a dicha reunión: el de un trabajador de la agroindustria, quien se presentó el día 24 de septiembre en la Fiscalía de Cali y los acusó de haber organizado acciones ilegales y tener trato y concertar con un actor armado ilegal: las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo FARC-EP.

El mismo día de la reunión con trabajadores e indígenas se realizó una reunión pública de los trabajadores con la presencia del senador en el coliseo del municipio de Miranda, departamento del Cauca. Esta reunión, posterior a la audiencia pública, preparaba la huelga de corteros y trabajadores de la agroindustria que se iba a realizar en el caso que los agroindustriales no aceptaran negociar.

Entre las reuniones más importantes se encuentra la que se hizo el día 25 de agosto en Candelaria. Ese día, los trabajadores realizaron una asamblea con la asistencia de más de 7000 corteros, en la que se decidió ir a la huelga tras la negativa de los agroindustriales a negociar el pliego que les fue presentado.

El senador promovió reuniones para buscar una negociación del conflicto. Entre otras cosas, el 7 de septiembre de 2008, antes de iniciar la huelga, el periódico *El Tiempo* decía que “en plenaria el Congreso aceptó una proposición del senador del Polo Democrático Alternativo, Alexander López, en el que se hace un llamado a los representantes gremiales de la industria de la caña para que abran un escenario de diálogo y discusión con los trabajadores. ‘De acuerdo con la respuesta que tengamos tomaremos una decisión’, dijo un miembro del Sindicato Nacional de Corteros de Caña (Sinalcorteros)” (*El Tiempo*, 2008).

Participando en las reuniones y asesorando a los trabajadores estuvo, al menos, una ONG, la Corporación Humanidad Maestra Vida. Su asesoría se desarrolló en la elaboración del pliego de los trabajadores después de la audiencia pública, según una abogada de esta ONG (Sentencia, 2012).

La tercera y última fase, la de huelga con bloqueo de las entradas y salidas de las plantas industriales, comenzó el día 15 de septiembre en 8 de 13 ingenios productores de azúcar y etanol en la región. La huelga fue formulada y decidida como “asamblea permanente con cese de actividades”, dado que los trabajadores asociados en las CTA, al carecer de una relación laboral legal, formal, no podían ejercer legalmente el derecho a huelga, ligado a la figura del contrato laboral. Esta fase del movimiento terminó para 7 de las 8 empresas agroindustriales paralizadas en los primeros 15 días del mes de noviembre. Únicamente en la empresa María Luisa se prolongó un mes más la huelga con bloqueo, que sólo encontró su fin como resultado del desgaste de la fuerza de los trabajadores.

Los bloqueos fueron el aspecto decisivo de la huelga y uno de los puntos que más desencuentros generó entre los trabajadores y los agroindustriales al momento de acordar la instalación de las negociaciones. El día 25 de septiembre el secretario general de Sinalcorteros expresó: “el bloqueo fue el único mecanismo que hizo que nos pusieran atención, después de ocho meses de conversaciones infructuosas con los ingenios, y no vamos a renunciar a él” (El País, 2008, 26 de septiembre).

La caracterización de los bloqueos puede hacerse a través del testimonio del jefe de seguridad de Asocaña. Dicho testimonio se encuentra en la sentencia absolutoria proferida por la juez María Eugenia Correa el día 10 de septiembre de 2012, con la que dio fin a un extenso proceso judicial, iniciado el 24 de septiembre de 2008, contra cuatro trabajadores de la agroindustria y dos asesores del senador.

Según el jefe de seguridad, el 15 de septiembre se le informó que los corteros de caña se encontraban “en sus sitios de trabajo pero que no tenían disposición de iniciar sus labores cotidianas, entendido ello como el inicio del paro tal anunciado paro (sic) de trabajadores del corte de la caña”.

El primer ingenio que visitó fue Providencia, ubicado en el municipio de El Cerrito, Valle del Cauca, a eso de las 7:15 am: “donde observa que las dos entradas principales se encuentra un número considerable de corteros de la caña que vistiendo indumentaria que los identifica como tal están colocando barricadas impidiéndosele el ingreso al Ingenio, situación por la que desde la parte externa y a bordo de vehículo del ingenio entabla comunicación telefónica con el jefe de seguridad quien le comunica que las entradas se encuentran bloqueadas y se le ha impedido el acceso al personal administrativo y de fábrica, a la vez que a través de un radio de apoyo se le reportan siete ingenios bloqueados simultáneamente”.

El siguiente ingenio que visitó fue Pichichí, en el municipio de Guacarí, “en donde encontró una concentración de corteros (...) quienes a su vez habían instalado tres barreras, pero que no obstante a ello finalmente y por gestiones del señor Manuel Roldan con “dos corteros que estaban en la portería” se le permitió su ingreso a la factoría”.

Luego estuvo en el ingenio Mayagüez, en Candelaria, “donde encontró una pequeña concentración de corteros quienes han atravesado una guadua a la entrada principal impidiéndosele el ingreso al ingenio, teniendo conocimiento que a tempranas horas el personal administrativo ingresó por una entrada alterna”.

De allí se dirigió hacia la Planta Castilla, de la empresa Riopaila-Castilla, ubicada en el corregimiento San Antonio de los Caballeros, de Florida, “en donde, aparte de haber presencia de corteros de la caña aún no había bloqueo alguno”.

Enseguida visitó el ingenio María Luisa, también en Florida, “donde a su llegada se encuentran dos buses sobre la vía y personal de corteros con una vara atravesada a la entrada principal como obstáculo para ingresar, pero no hizo su ingreso por cuanto allí no existe jefe de seguridad sino que el asistente de presidencia cumple funciones de jefe de seguridad quien le informa que aún no se ha tenido ninguna conversación con los manifestantes”.

Entre 9:30 a 10:00 de la mañana va a Incauca, ingenio ubicado en Miranda, Cauca, “donde encuentra una concentración aproximadamente de 400 corteros de la caña y varas sobre la vía. Que allí no se encontraba vehículo alguno y que observó una arrume de llantas al lado de la vía. Que en ese lugar fue recibido de manera cordial de parte de quienes allí se encontraban congregados a la vez que le advirtieron no hacer más su avance por cuanto en las rejas del complejo azucarero se encontraba personal más agresivo”.

Su siguiente destino fue el ingenio Central Tumaco, en Palmira, “en donde en la entrada principal se encontraba solo (sic) el bloqueo humano sin barreras ni obstáculo para el ingreso pero que al igual impedían todo acceso a la fábrica”.

Finalmente visitó el ingenio Manuelita, también en Palmira “donde la situación era más compleja en cuanto allí encontró muchos corteros a la entrada principal y de 4 a 5 buses taponando el ingreso. Que el jefe de seguridad le informa que por las demás entradas no se está permitiendo el ingreso de vehículos y que de hecho

ha tenido choque con los manifestantes porque no están permitiendo el ingreso y salida de personal residente en el Ingenio.

Después de visitar las plantas, “se dirige al Comando de la Policía Valle en Santiago de Cali donde rindió el reporte respectivo al tenor del Decreto 3222 del 27 de diciembre de 2002”.

Según él, “el primer día del paro se contó con la asistencia de 1.200 a 1.300 corteros, sin que se reportara daño alguno a maquinaria, cultivos o instalaciones”. El segundo día de paro “se reporta la llegada de personal del “Esmad” al igual que de personal del Ejército Nacional” al ingenio Providencia. La entrada de este ingenio “estaba obstruida por rocas “muy grandes”, amén de haberse encontrado un tren cañero con las llantas dañadas por puñal o machete, al igual que destrozos en llantas y destrucción del parabrisas en cabezote de tractomula color verde, todo ello reportado por el jefe de seguridad como destrozos ocasionados por los manifestantes corteros de la caña”.

En el ingenio Pichichí “se reporta que los manifestantes ubican maquinaria agrícola con las llantas pinchadas a la entrada principal”. También, “en la parte externa del Ingenio Pichichi observó maquinaria con las llantas chuzadas”.

En el ingenio Manuelita “percibió la presencia de algunos cambuches al igual que los 4 o 5 buses que observara el día anterior, los cuales presentaban sus llantas desinfladas y que según el jefe de seguridad de aquel complejo habían sido desinfladas por los manifestantes para impedir que fueran retirados”. En una entrada al ingenio Manuelita, a la izquierda, “pudo observar que un lote de caña había sido quemado, ‘no sé en ese momento si era una caña que fue quemada o era una requema...pero lo que si (sic) me dijeron era que el señor José Abel Caicedo y otros le habían prendido candela a ese terreno’. Y explica que requema es la destrucción de la biomasa que queda luego de la recolección de la caña”.

En los otros ingenios no “se le reportó ni observó daño alguno”. Se reportó “al comité de crisis dirigido y coordinado por el señor Comandante de la Deval de Santiago de Cali ... y constató que en los Ingenio del Cauca y Central Castilla había presencia de encapuchados armados que impedían el ingreso del personal que quería trabajar”.

En adelante, “en los siguientes días pudo darse cuenta que en todos los Ingenios habían cambuches fabricados con plásticos y que en el Ingenio del Cauca habían sido retirados los plásticos que cubrían el ‘compost’”.

Finalmente, afirmó que había “sido testigo directo del momento en que los corteros de la caña, a quienes no identificó “en medio de esa cantidad de gente”, pero que “estaban vestidos como corteros de caña”, ocasionaron daños a alguna maquinaria de los ingenios”.

Los trabajadores denunciaron que la fuerza pública estaba impidiendo el ingreso de alimentos a los sitios de concentración y que les derramaba el agua (El País, 2008, 26 de septiembre). Los que estuvieron en los cambuches sufrieron enfermedades, al parecer por el consumo de agua contaminada.

El 25 de septiembre, hacia las 4:30 am, se produjo una agresión del Esmad de la policía a los corteros en el ingenio Central Tumaco, a 11 días de haber comenzado el paro. La policía también llegó al ingenio Providencia. “El comandante de la Policía Valle (...) afirmó que la Policía ingresó a los ingenios Providencia y Central Tumaco a verificar si existía presencia de explosivos (bombas incendiarias, papas explosivas y armas de fuego) que serían utilizadas por personas que quieren desestabilizar el normal desarrollo de la protesta de los corteros”. Según el coronel, “la información nos hablaba de cuatro ingenios, pero especialmente de Central Tumaco y Providencia. Fuimos a verificar y nos encontramos que las vías estaban taponadas. Se les pidió que las despejaran, pero ellos se opusieron y procedieron a agredir a la Fuerza Pública”. También afirmó que “en la refriega los manifestantes usaron ‘papas’ explosivas’ y otros elementos que eran buscados por la Fuerza Pública”. De esta acción de la policía resultaron cinco manifestantes y tres policías heridos (El País, 2008, 26 de septiembre).

Algo notable en los bloqueos fue la presencia de vehículos blindados del ejército colombiano. Desde el principio, el gobierno nacional quiso darle un tratamiento de orden público al conflicto laboral, pero no pudo hacerlo en el contexto de las relaciones con Estados Unidos, dado que en ese momento estaba en juego la suerte del Tratado de Libre Comercio Colombia-EE UU en este país, tanto en su Congreso como en la competición por la presidencia, que en ese momento enfrentaba a Barack Obama, candidato demócrata, y John McCain, candidato republicano. Una de las cuestiones candentes era precisamente el sindicalismo en Colombia.

Si bien la huelga con bloqueo de 8 plantas industriales fue la principal modalidad de acción en esta fase, se vio acompañada de otras como la movilización, y el diálogo y negociación.

El día 22 de septiembre mujeres y familiares de los trabajadores marcharon en el municipio de Palmira, Valle, hasta llegar al parque Bolívar, donde se concentraron. En la marcha participó el presidente de la CUT, que “anunció apoyos logísticos nacionales e internacionales para el sostenimiento de la Asamblea”, y un concejal del Polo Democrático en el municipio de Palmira. Los manifestantes portaron banderas de Colombia.

Asimismo, el 1 de octubre se presentó la multitudinaria marcha de las familias de los corteros en Cali. En ella solicitaron la mediación del gobernador del Valle en el conflicto. Hubo solidaridades diversas en la manifestación, como la presencia de la Asociación Colombiana de Camioneros. Los corteros habían anunciado la marcha previamente (El País, 2008, 30 de septiembre).

Ese mismo día, un grupo de corteros se instaló en la Plaza de Bolívar en Bogotá. En ella pudieron hacer difusión de la situación de los trabajadores a través de medios de comunicación y también en universidades. Participaron, asimismo, en el Canal del Congreso con un mensaje al presidente Uribe, diciéndole que el movimiento no estaba infiltrado por la guerrilla. Su presencia en Bogotá hacía parte de una gira de corteros por el país (Youtube, 2008).

Los días 7 y 8 de octubre se produce un bloqueo en la vía que de Cali conduce a los municipios de Candelaria, Pradera y Florida, a la altura de Villagorgona, corregimiento del primer municipio. “Los familiares de los corteros de caña que se encuentran en cese de actividades desde hace 24 días acudieron ayer a la fórmula de los bloqueos viales para presionar una negociación con los ingenios azucareros”. Al sitio llegaron cerca de 100 unidades del Esmad. La policía agredió a las familias de los corteros con escudos y gases lacrimógenos. Luego se enfrentó con otros habitantes del corregimiento. El coronel coordinador del Esmad justificó la acción de la policía aduciendo que “fue necesario recurrir a las (sic) fuerza en los dos casos, pues las mujeres atacaron a la Fuerza Pública con piedras y palos, y luego un grupo de jóvenes sacaron artefactos explosivos para impedir el paso de los uniformados”. Hubo tres heridos (El País, 2008, 9 de octubre).

La modalidad de diálogo y negociación se intensificó durante esta fase, con modificaciones en el alinderamiento de los actores en uno u otro bando del conflicto, y la relevancia adquirida por la función de mediación. Fue evidente a lo largo de la huelga la alineación del gobierno nacional con los intereses, las posturas y las fórmulas de los agroindustriales.

El 16 de septiembre, un día después de iniciada la huelga, los trabajadores se reunieron con el gobernador del departamento del Valle del Cauca “para solicitarle su mediación en el conflicto”.

Hasta el 18 de septiembre, según un cortero líder, los trabajadores sólo se habían reunido con el gobernador del Valle del Cauca y con delegados del Ministerio de salud y la Protección Social, pero no con representantes de Asocaña y/o de los ingenios.

Los corteros tuvieron un cara a cara con el presidente de Asocaña, Luis Fernando Londoño Capurro, el día 22 de septiembre. Al programa Amaneciendo de Telepacífico fueron invitados dos corteros líderes de la huelga; un cortero del ingenio San Carlos; una persona de Fensovalle; el senador, y el presidente de Asocaña. El presidente de Asocaña abandonó la emisión a los 25 minutos. Los corteros líderes explicaron las condiciones de trabajo de los trabajadores, así como el pliego de peticiones (Trabajadores Cañeros de Colombia, 2008).

El 23 de septiembre se conformó una comisión del Congreso de la República para buscar actuar de mediadora en una negociación entre las partes del conflicto, integrada por la bancada parlamentaria del Valle del Cauca (Senadores y Representantes a la Cámara) y otros senadores. Esta comisión se reunió con los líderes de la huelga el día 24 de septiembre en la sede del Episcopado de Palmira, con la participación de representantes de la iglesia católica, la gobernación del Valle del Cauca, la procuraduría agraria, y el ministro de salud y la Protección Social. El ministro había asistido al Valle el día anterior, 23 de septiembre, a reunirse solamente con los agroindustriales y los sindicatos de empresa que rechazaban la huelga. Únicamente la gestión de los congresistas lo convenció de reunirse con los trabajadores en huelga.

En la reunión con la comisión de congresistas, el gobernador del Valle propuso a los trabajadores que “en un gesto de buena voluntad desbloquearan una vía de cada ingenio, pero la respuesta negativa no se hizo esperar”.

Otro hecho del día 24 de septiembre fue que un grupo de corteros “se presentó ante el Congreso de la República, a defender sus peticiones” (El País, 2008, 25 de septiembre).

Ante las declaraciones del ministro de salud y la Protección Social, el Movimiento 14 de Junio de los corteros emitió un comunicado expresando que

“no somos violentos ni estamos vinculados con ningún tipo de grupos o intereses ajenos a las reclamaciones justas y pacíficas de nuestros derechos laborales” (El País, 2008, 25 de septiembre).

Ese mismo día los corteros se reunieron con el ministro de salud y la Protección Social, los representantes de las centrales sindicales, el gobernador del Valle y los agroindustriales. Los trabajadores rechazaron “la propuesta de mesas de diálogo individuales entre ingenios”. El gobernador del Valle del Cauca dijo: “luego del proceso emprendido por los gobiernos Nacional y Departamental, que planteó mesas de negociación individuales por cada ingenio, no se obtuvo respuesta positiva por parte de la comisión negociadora de los corteros”. Con esto, los gobiernos nacional y departamental se hacían eco de la posición que durante toda la huelga van a defender los agroindustriales. El ministro de salud y la Protección Social responsabilizó de la negativa de los corteros a la negociación por ingenio a la CUT (Central Unitaria de Trabajadores): “Hemos estado cerca de lograr un consenso para acabar con los bloqueos, pero la CUT insiste en una mesa global de diálogo. Seguimos estudiando una fórmula que beneficie a las dos partes”. Por su parte, el gobernador dijo “que aunque se había avanzado el sábado (23 de septiembre) con la instalación de mesas individuales, los corteros decidieron echar para atrás el acuerdo e insistir en una mesa global”.

Los corteros, constituidos en movimiento obrero, con sus propios órganos de representación, buscaron desde la presentación de su pliego la negociación con Asocaña, las empresas agroindustriales, y el gobierno colombiano como responsable de la política de agrocombustibles. En este sentido, el mecanismo de negociación que proponían, la mesa global, tenía un alcance político, al buscar redefinir las relaciones industriales entre actores del llamado sector azucarero, eliminando las prácticas de reducción de costos e intensificación del trabajo, asociadas al neoliberalismo. Por contraste con esto, antes de la huelga los corteros y los ingenios venían en un proceso de concertación con la mediación del gobierno nacional a través de Dansocial (Departamento Administrativo Nacional de la Economía Solidaria), pero se trataba de una concertación con las cooperativas de trabajo asociado, tal y como la querían los agroindustriales. Al respecto dijo el presidente de Asocaña que, “a pesar de que los ingenios llevaban un constante diálogo con las cooperativas de los corteros, algunos de ellos decidieron parar sus actividades y bloquear la producción, por lo que fue necesario tomar la decisión de importar azúcar”.

El 28 de septiembre el presidente de la República Álvaro Uribe Vélez visitó a los corteros en el ingenio Central Castilla, donde les planteó una fórmula de negociación. Los trabajadores rechazaron su propuesta de negociaciones por ingenio y “ratificaron que la negociación y el desbloqueo de los ingenios será posible sólo si se establece una mesa única de diálogo, para tratar temas como la vinculación directa, reajustar el pago por el corte, la amenaza de la mecanización, más beneficios sociales como educación y recreación para sus familias”. Después de la reunión con el presidente, una comisión de corteros se reunió con el ministro de salud y la Protección Social con el fin de “dejar instalada una mesa de negociación”. Previamente, el presidente se había reunido con las centrales sindicales.

Al día siguiente, el gobernador del Valle del Cauca dijo: “Estamos esperando a que ellos (los corteros) internamente se reúnan y nos informen qué decisión tomaron frente a la propuesta planteada por el Presidente de la República y por la Gobernación. Esperamos a que mañana (hoy) haya una respuesta afirmativa que nos permita instalar las mesas de diálogo”. El secretario general de Sinalcorteros expresó por parte de los trabajadores que, “mientras no se establezca una mesa global no se permitirá el desbloqueo de los ingenios”. “Tenemos toda la voluntad de dejar salir la producción de azúcar de los ingenios Pichichí, Castilla, María Luisa y Central Tumaco, y posteriormente, cuando estén avanzados los acuerdos, permitir la salida del etanol de las destilerías. Pero es necesario el diálogo unificado del sector azucarero con el sindicato de corteros” (El País, 2008, 30 de septiembre).

El 30 de septiembre las centrales obreras CUT, CTC y CGT, en cabeza de sus presidentes y secretario general, emitieron un comunicado conjunto en el que se ofrecieron como mediadores en el conflicto entre obreros y empresarios, y llamaron a los trabajadores “a que mantengan la cordura y eviten confrontaciones con la fuerza pública” (El País, 2008, 1 de octubre).

Sólo hasta el 4 de octubre volverían los trabajadores a reunirse con representantes de las empresas. Entre tanto, el 1 de octubre los corteros presentaron su propuesta de negociación. Propusieron instalar una mesa global de negociación que asumiera el debate de dos grandes bloques de temas. “Un primer bloque negociador trataría los temas de contratación directa, estabilidad laboral e indemnizaciones, mecanización y la no penalización de los líderes de la protesta”. “En un segundo bloque se hablaría sobre las diferencias que tienen estos trabajadores rurales en el pago de indemnizaciones, pesaje de la caña, dotación, transporte, incapacidades, enfermedades laborales, pensiones, permisos y garantías

sindicales, sustitución patronal y salarios”. “Una vez instalada la negociación general del pliego de peticiones, se podrán instalar mesas por cada ingenio, para solucionar las problemáticas específicas de cada uno y las cuales se reunirían en el mismo sitio y con los mismos horarios de la mesa general”, dijo el secretario general de Sinalcorteros. Por su parte, el principal líder del paro expresó: “una vez se inicien las discusiones del primer bloque se facilitará la salida de azúcar de los ingenios Pichichí, Central Tumaco, Central Castilla y María Luisa”. Luego, con las negociaciones en el segundo punto de la agenda, se permitiría la salida de 15 millones de litros de etanol que se encontraban en inventario dentro de las destilerías de Manuelita, Providencia, Incauca y Mayagüez. “Somos enfáticos en que continuaremos con el cese de las actividades hasta que se instale la mesa global y se inicie la discusión del pliego de peticiones presentado”, dijo el secretario de Sinalcorteros. Los trabajadores solicitaron la mediación en las negociaciones del gobierno nacional y de Asocaña. La postura de Asocaña con respecto a la propuesta de los trabajadores fue que cada ingenio tenía condiciones diferentes y por esto las negociaciones debían ser individuales (El País, 2008, 2 de octubre. Corteros plantean fórmula de diálogo). El presidente de Asocaña, en su columna de opinión, justificó la postura del gremio: “Asocaña no establece ni fija políticas en las relaciones de sus afiliados con sus proveedores de servicios o materias primas. Tampoco establece políticas para la contratación de trabajadores ni interfiere en las relaciones laborales o políticas salariales propias de cada uno de sus afiliados” (El País, 2008, 2 de octubre. Realidades del sector azucarero).

Los trabajadores volvieron a defender su posición el 4 de octubre en reunión que sostuvieron con una comisión de interlocutores de los ingenios Providencia, Castilla e Incauca. Las reuniones con los ingenios entraban en una fase exploratoria. Al respecto dijo el secretario de Sinalcorteros: “Estamos dialogando a nivel de mesas exploratorias, pero aún los ingenios no han hecho una oferta para sentarse a negociar entre ellos y nosotros en materia de costos laborales”. Por su parte, el principal líder de la huelga dijo que “hemos tenido acercamiento con algunos de los ingenios, pero nuestra posición es la misma: queremos una mesa única de negociaciones para buscarle salida al paro”. Ambos declararon bienvenida la mediación del gobierno nacional, a través de algunos de sus funcionarios” (El País, 2008, 6 de octubre).

El 5 de octubre los corteros insistieron en su propuesta de mesa única de negociaciones como condición para levantar el bloqueo a los ingenios (El País, 2008, 6 de octubre). Ese día se reunieron con el ex gobernador del Valle en 2004-2007. Por su parte, el ministro de salud y la Protección Social adelantó reuniones en Cali por separado con las partes del conflicto.

El 6 de octubre los congresistas del bloque parlamentario del Valle del Cauca se reunieron con los corteros y presentaron una propuesta intermedia. Según ésta, se organizaría una mesa única para discutir los puntos del pliego de los corteros que tienen relación con todos los ingenios, es decir, los temas de dotaciones, transporte, pesaje de la caña, auxilio de lentes y demás. Luego de los puntos generales, se pasaría a discutir los temas de contratación directa y mecanización, involucrando en este último punto al gobierno nacional, dado el desempleo generado por la mecanización (El País, 2008, 7 de octubre).

El 8 de octubre los trabajadores de planta del ingenio Manuelita se reunieron con los corteros, con el fin de regresar a sus puestos de trabajo (El País, 2008, 9 de octubre). El 13 de octubre, el gobernador del Valle, en compañía del ministro de salud y la Protección Social, se reunió con los corteros en el estadio del municipio de Guacarí. Después, en compañía de éstos, se trasladaron al ingenio Pichichí (Gobernación del Valle, 2010). Ese día al fin se reunieron todas las partes del conflicto: la comisión negociadora de los corteros, Asocaña, representantes de la CUT, el ministerio de salud y la Protección Social y la gobernación del Valle. En ella, los trabajadores accedieron a las negociaciones por ingenio, pero mantuvieron el bloqueo a los ingenios. Acordaron permitir la salida de 13000 bultos de azúcar del ingenio Pichichí. El gobernador del Valle estuvo de acuerdo con la respuesta de los corteros. Sin embargo, con el Ministerio de salud y la la Protección Social propuso el desbloqueo de las plantas y la garantía del cumplimiento de los compromisos a través de la veeduría de estas dos instituciones (El País, 2008, 14 de octubre).

Los trabajadores no cumplieron a cabalidad el acuerdo de dejar salir la producción de azúcar. Sólo permitieron la salida de 6.500 sacos de 13.000 bultos en la noche del 14 de octubre. Esto evidenció divisiones entre ellos, pues, según el diario El País, se presentaron fuertes discusiones entre los trabajadores en el ingenio Pichichí. El gerente de esta empresa aprovechó la situación para “señalar la falta de seriedad de los corteros cuando se adquieren compromisos”. Los representantes de la agroindustria volvieron a insistir en no establecer ningún compromiso mientras se mantuviera el bloqueo a las plantas. El presidente de la empresa Riopaila-Castilla manifestó: “la reunión del pasado domingo no solucionó el problema”. Por su parte, el principal líder de la huelga dijo: “los corteros ya accedieron a negociar por separado. Les toca ahora a los ingenios poner de su parte y empezar el diálogo en medio del bloqueo” (El País, 2008, 15 de octubre).

El 25 de octubre, los trabajadores participaron en la Minga Social y Comunitaria realizada en la Universidad del Valle, en la ciudad de Cali. El 27 de octubre, en Palmira, hubo una reunión de los trabajadores con el presidente y los congresistas del Polo Democrático. Finalizada la reunión, con una comisión de corteros visitaron las afueras del ingenio Manuelita.

En la huelga, los corteros fueron visitados por dos congresistas del partido Liberal; una representante a la Cámara; una defensora de derechos humanos, en compañía de sindicalistas canadienses, entre otros. Asimismo, recibieron otras visitas de congresistas y el presidente del Polo Democrático.

La primera mesa formal de negociaciones se instaló en el ingenio Pichichí el 10 de octubre. Se reunieron un grupo de la comisión negociadora de los corteros con el gerente de la empresa y otro representante de los ingenios. Esta reunión, en un momento en que los trabajadores no había aceptado la negociación por ingenio, fracasó debido a que la empresa rechazó la presencia en la negociación de trabajadores de otros ingenios, así como de sindicatos. Al respecto, el secretario de Sinalcorteros dijo que el “designado por los ingenios como su vocero, fue enfático en decir que la industria no estará en ningún tipo de negociación mientras en la mesa participe Sinaltrainal ... y ese veto no lo vamos a permitir” (El País, 2008, 11 de octubre).

La negociación entre corteros y agroindustriales se mantuvo paralizada o avanzando a ritmo lento y sobre puntos secundarios y esto fundamentalmente por la negativa de los segundos a negociar en las condiciones de bloqueo a las plantas impuesta por los trabajadores. Hasta el 20 de octubre sólo se habían discutido entre corteros y empresarios los temas de incapacidades, reubicación y programas de salud y vivienda. La decisión de mantener el bloqueo por parte de los corteros respondió a un acuerdo entre el liderazgo y las bases. Según el secretario de Sinalcorteros, “para tratar de lograr avances se socializó la idea de acabar el bloqueo entre la población base del paro (es decir, los corteros que están ubicados en los accesos de las factorías azucareras). Pero sólo el 30% apoyó el desbloqueo. El 70% restante dice que la negociación se puede hacer en medio del bloqueo y una vez se adquieran los primeros compromisos, ir permitiendo la entrada de personal y de insumos para que inicie la producción de azúcar y etanol”. También indicó que “se habían logrado unos avances en materia de reubicaciones y planes de salud y vivienda que involucran ayudas del Estado representadas en subsidios”. “Ellos nos habían aceptado negociar con la presencia de nuestros

asesores, pero debido a las denuncias del Gobierno de que hay presencia de grupos ilegales en la protesta, las cuales rechazamos tajantemente, ahora los industriales sólo quieren diálogo con las cooperativas y los trabajadores de cada ingenio”. “Ante esta situación, dijo, la negociación se congeló” (El País, 2008, 21 de octubre).

El 23 de octubre los trabajadores hicieron una nueva propuesta de negociación. Se trató de un pliego de nueve puntos, avalado por la CUT, y entregado al gobernador del Valle. La propuesta planteaba “el pago inmediato de los salarios devengados por los corteros desde el 15 de septiembre del 2008, el compromiso de no tomar represalias contra los participantes y promotores del paro, dar por terminada toda forma de intermediación laboral y la mecanización del corte de la caña, y el reajuste del pago por tonelada de caña cortada manualmente” (El País, 2008, 24 de octubre). Se trataba de una propuesta centrada en los puntos principales del pliego inicial, con la adición del punto del pago de los salarios dejados de recibir tras más de un mes de huelga y bloqueo y dada la situación que enfrentaban las familias de los trabajadores, si no ellos mismos.

El 27 de octubre los corteros manifestaron su disposición a negociar a través de mesas individuales con cada uno de los ocho ingenios paralizados, con la condición de que “en esas mesas individuales se debe llegar a acuerdos generales que cobijen por igual a todos los trabajadores de la industria azucarera”. Hasta ese día los corteros venían adelantando reuniones particulares con los ingenios. “Uno de los más adelantados en estas conversaciones es el Ingenio Providencia, cuyas directivas realizaron durante el fin de semana diálogos con trabajadores, representantes de la CUT y del Ministerio de salud y la Protección Social”. Sin embargo, la comisión negociadora de los corteros no avaló estos encuentros, “por considerar que se han hecho sin la presencia de asesores, que permitan unificar acuerdos para todo el sector” (El País, 2008, 28 de octubre).

Hacia el 30 de octubre los corteros continuaban en mesas exploratorias con los representantes de 6 ingenios: Mayagüez, Providencia, María Luisa, Pichichí, Central Tumaco y Central Castilla. Los encuentros fueron propiciados por el gobierno nacional. El ingenio Castilla, con el que se instaló una mesa de diálogo el 29 de octubre, dijo en un comunicado que “las partes hemos logrado ponernos de acuerdo en unas reglas mutuas de respeto y de diálogo que nos permitan avanzar en este ejercicio de buena voluntad que pretende solucionar las diferencias existentes” (El País, 2008, 31 de octubre).

El 31 de octubre, un miembro de la comisión negociadora de los corteros “advirtió que pese a que se ha avanzado en puntos como la vivienda, se está desconociendo la presencia de los asesores de la Central Unitaria de Trabajadores, CUT, y de los sindicatos en el proceso”. “Por ley nosotros tenemos derecho a tener unos asesores para que nos orienten en los temas que desconocemos” (El País, 2008, 1 de noviembre).

El primer acuerdo entre corteros y agroindustriales se dio en el ingenio Central Tumaco, el 1 de noviembre de 2008, con la mediación del ministro de salud y la Protección Social y el obispo de Palmira, y sin la mediación sindical. La ausencia de esta mediación se explicó así: “el retiro de Sinalcorteros y la CUT de la mesa negociadora se produjo luego de que el vocero de los corteros (...) hiciera caso omiso de las orientaciones de la organización sindical” (El País, 2008, 2 de noviembre).

El acuerdo excluyó la contratación directa de los trabajadores, principal punto del pliego de los corteros, manteniéndose por consiguiente la modalidad de contratación de CTA por parte de los ingenios. Con este acuerdo se rompió la actuación coordinada de la comisión negociadora de los corteros entre sí y con los asesores sindicales.

Después de que los trabajadores accedieran a negociar por ingenio, la negociación y el acuerdo entre trabajadores y representantes del ingenio Central Tumaco entre finales del mes de octubre y principios del mes de noviembre fue el principal momento de inflexión de la huelga.

Terminado el paro en Central Tumaco, el presidente de Asocaña expresó: “es una demostración de cómo la negociación directa entre las partes, sin intervención de terceros con intereses políticos, es el camino para construir soluciones generosas y sostenibles” (El País, 2008, 5 de noviembre). Con ello, enunciaba el tipo de postura que sostenían los representantes de los ingenios, quienes buscaban una negociación con las cooperativas, sin asesores y sin bloqueo, desventajosa para los corteros, y no con el movimiento organizado y su representación a través de la comisión negociadora.

Los trabajadores fueron llegando a “preacuerdos con las empresas que ambas partes han respetado” (El País, 2008, 2 de noviembre). El 6 de noviembre se realizaría la cuarta mesa de diálogo entre la comisión negociadora de los corteros y el ingenio del Cauca, Incauca (El País, 2008, 6 de noviembre). El 7 de noviembre se rompieron las negociaciones entre los corteros y los representantes del ingenio

Pichichí en la Casa Episcopal de Palmira. El gerente del ingenio adujo que los asesores externos habían modificado todo lo acordado, por lo cual la empresa se levantó de la mesa. “Hemos estado dispuestos al diálogo permanentemente, pero desde ahora sólo nos sentamos con los corteros, no aceptamos intermediarios. Hemos tenido en dos oportunidades aproximaciones muy grandes para concluir esto y aparecen los intermediarios y acaban con todo”. El obispo de Palmira también decidió apartarse de la negociación, inconforme con el papel de los asesores de los trabajadores. En comunicado de la Diócesis de Palmira, afirmó que “hay asesores que terminan decidiendo e imponiendo sus criterios”. Por su parte, el ministro de salud y la Protección Social se pronunció reiterando la existencia de presiones externas en las negociaciones (El País, 2008, 8 de noviembre). La institucionalidad del estado y la iglesia católica evidenciaban su alineación con las posiciones de los ingenios.

Ese día, un delegado de la comisión negociadora de los trabajadores en Manuelita dijo que hasta el momento no se había avanzado mucho en las negociaciones, realizadas en el Centro Internacional de Agricultura Tropical, Ciat, “pues se estaban escuchando las propuestas de las dos partes”. En Incauca, los corteros y la empresa habían avanzado acuerdos en “mejorías en los puntos de dotación, vivienda y educación” (El País, 2008, 8 de noviembre).

El 8 de noviembre los corteros llegaron a acuerdos con los representantes de los ingenios Pichichí e Incauca. Se descartó en ambos acuerdos la contratación directa, principal punto de los trabajadores. Firmado el acuerdo en Incauca, los trabajadores desbloquearon el ingenio, ubicado en Florida. La entrada al ingenio Pichichí también fue despejada. En las negociaciones con Incauca medió un asesor sindical de Sinalcorteros, cuyo papel en la negociación fue resaltado por el ministro de salud y la Protección Social. El presidente de Asocaña volvió a pronunciarse e insistir en la misma posición que sostuvo con respecto a Central Tumaco: “fue una demostración de cómo la negociación directa entre las partes, sin intervención de terceros con intereses políticos, es el camino para construir soluciones sostenibles” (El País, 2008, 9 de noviembre).

El 9 de noviembre los corteros firmaron acuerdos con las empresas Providencia y Riopaila-Castilla, sin mediación sindical. En Central Castilla, se suscribió un nuevo contrato con las cooperativas hasta el 31 de diciembre. Los corteros procedieron a levantar los cambuches instalados a las puertas de los ingenios (El País, 2008, 10 de noviembre).

En todas las negociaciones llevadas a término el ministro de la Protección Social sirvió de garante de lo firmado. “El funcionario reveló que, en esencia los acuerdos (firmados en Castilla y Providencia) han consistido en un reajuste de la tarifa de caña cortada por tonelada (de entre 11% y 12%), un cambio en el actual sistema de pesaje de la caña y compromisos por parte de los ingenios para mejorar dotaciones de uniformes y herramientas a los corteros”. Otro punto fue el compromiso de los ingenios a “destinar recursos para fondos de vivienda y de capacitación en favor de los corteros y sus familias a partir del 2009” (El País, 2008, 10 de noviembre).

Las negociaciones continuaron en los tres ingenios todavía bloqueados: Mayagüez, Manuelita y María Luisa. “En Mayagüez llevamos dos días seguidos de conversaciones, pero las mismas han sido infructuosas”, dijo un funcionario del Ministerio de salud y la Protección Social. En cuanto a Manuelita, un delegado de la comisión negociadora expresó: “resta llegar a un acuerdo en lo referente al precio que paga el ingenio por tonelada de caña cortada, pero en los otros temas ya se han logrado acuerdos importantes. Estamos cerca de firmar el acta final”. En María Luisa, por contraste, los corteros y la empresa sólo estaban en fase de exploración de consensos (El País, 2008, 11 de noviembre).

El 12 de noviembre se firmaron los acuerdos en los ingenios Manuelita y Mayagüez. En el ingenio Manuelita se acordó un aumento del 11% en la tarifa de corte, así como “el financiamiento de varios proyectos de vivienda, educación y bienestar para los corteros y sus familias”. En el caso del ingenio Mayagüez, se acordó, según su presidente, “el aumento de 11,5% en el precio que se paga por tonelada de caña cortada, llegando así a \$6.400. Además, se destinaron \$150 millones para un fondo de vivienda”. Otro punto del acuerdo fue el otorgamiento a cada cortero de “un crédito de \$800.000 sin intereses, pagadero en un plazo de 18 meses, con el objetivo de que puedan ponerse al día en las obligaciones que dejaron de pagar en el tiempo del paro”, y la destinación de “otros recursos para programas de educación y recreación”. En los acuerdos actuó como garante el Ministerio de salud y la Protección Social (El País, 2008, 13 de noviembre).

Hubo una excepción a los acuerdos. El 14 de noviembre informó el diario El País que todavía no se habían iniciado las negociaciones en el ingenio María Luisa. Esto se debió a las condiciones exigidas por el ingenio: el desbloqueo inmediato de las instalaciones y la no participación de asesores en las negociaciones. El presidente de la CUT subdirectiva Valle hizo un llamado a la iglesia católica y al gobernador del Valle para que mediaran en el conflicto. “Le estamos pidiendo a la Iglesia, por

medio de monseñor Sarasti y al gobernador (...) que nos ayuden en la facilitación de esa mesa, porque hemos encontrado una actitud muy diferente de parte de los empresarios de este ingenio con respecto a los otros directivos con los que se ha llegado a acuerdos”, dijo.

El 15 de noviembre El País reprodujo partes de un comunicado del ingenio en el que reiteraban como condiciones de la negociación con las CTA el desbloqueo de la planta y la no intervención de asesores sindicales, e incluso señalaban la violación del derecho al trabajo de sus empleados y a la propiedad privada de sus accionistas (!) (El País, 2008, 15 de noviembre).

Según el periódico El tiempo, el 19 de noviembre los corteros enviaron a la empresa un preacuerdo, pero la empresa exigió el desbloqueo antes de firmar. El 22 de noviembre enviaron otro, que no fue recibido. Finalmente, los trabajadores enviaron un tercer preacuerdo el 25 de noviembre, pero fue infructuoso. Según este diario, la empresa exigía tres condiciones: el desbloqueo de la planta; que no haya asesores ni técnicos ni jurídicos en las conversaciones, y que se hagan sólo con los gerentes de las cooperativas (El Tiempo, 2008, 26 de noviembre).

El bloqueo al ingenio terminó el 5 de diciembre, producto de la falta de coordinación de las cooperativas, del cansancio de los trabajadores, que dejaron de apoyar el bloqueo, y de la negociación con la mediación de monseñor Sarasti y el padre González, de la Arquidiócesis de Cali. Los resultados de la negociación fueron desfavorables a los trabajadores, pues el aumento en la tarifa de corte fue sólo de 6,33% y los corteros se comprometieron a no usar más medidas de hecho o “cualquier otra medida encaminada a perjudicar el buen desarrollo de la operación del Ingenio María Luisa” (El Tiempo, 2008, 6 de diciembre; El Espectador, 2008, 10 de diciembre).

La actuación de los empresarios y sus aliados (el gobierno nacional, el Estado colombiano, los gremios, los sindicatos de empresa).

La acción del gobierno nacional estuvo dirigida, desde un primer momento, en contra del senador del Polo y sus asesores. En un consejo comunitario realizado en el municipio de Florida, Valle del Cauca, el 28 de mayo de 2008, el presidente acusó al senador de haber liderado en el pasado la destrucción de Emcali y de estimular tras bambalinas la supuesta violencia de los indígenas,

a los que llamó invasores, y ordenó al general Gómez Méndez judicializarlo y meterlo a la cárcel (El Tiempo, 2008, 28 de mayo).

Iniciado el paro, a las entradas bloqueadas de los ingenios se ubicaron la policía y el ejército, ante la posibilidad no realizada de darle un tratamiento continuado de orden público al conflicto laboral. El 16 de septiembre, segundo día del paro, hubo restricciones por parte de la fuerza pública en el ingenio Central Castilla a la entrada de alimentos y trabajadores hacia los lugares donde los corteros hacían los bloqueos (El País, 2008, 176 de septiembre).

El 23 de septiembre en la plenaria del Congreso de la República, durante una sesión que fue televisada, el ministro de salud y la Protección Social exhibió material probatorio que supuestamente vincularía al senador, sus asesores, y trabajadores con las Farc. Ese día señaló que el paro “era promovido por la subversión, aunque luego se retractó a través de un comunicado” (El País, 2008, 24 de septiembre). Lo notorio es que lo hizo un día antes de que un trabajador de la agroindustria se presentara en la Fiscalía a denunciar a dos asesores del senador y cuatro trabajadores.

Asimismo, el ministro expresó que el gobierno nacional no iba a dialogar “bajo presión”, “en tanto los corteros persistan en los bloqueos a la infraestructura azucarera”, pero “descartó que se fuera a usar la fuerza para desalojarlos y los instó a suspender por su propia iniciativa el bloqueo”. Por su parte, los corteros le reclamaron por llamarles violentos (El País, 2008, 24 de septiembre).

El 25 de septiembre, el ministro manifestó que “mientras existan los bloqueos será imposible una negociación entre las partes en conflicto”, “instó a los huelguistas a que respeten los derechos de los trabajadores de los ingenios, quienes completan ya doce días sin poder desempeñar sus actividades”, y dijo que “no se puede vulnerar un derecho pensando que el mío es más importante” (El País, 2008, 26 de septiembre).

Asimismo dijo “que el Valle debe buscar soluciones de largo plazo, ‘pues es innegable que la mecanización del corte entrará con fuerza a los ingenios y mucha mano de obra quedará cesante’” (El País, 2008, 26 de septiembre).

Las intervenciones del ministro de salud y la Protección Social intentaron deslegitimar el paro de los trabajadores. En primer lugar, diciendo que el paro era “impulsado por pretensiones electoreras”. En segundo lugar, declarando que los bloqueos a los ingenios realizados por los trabajadores eran ilegales.

En tercer lugar, afirmando que el conflicto laboral era en realidad “un problema de intimidación que un pequeño grupo está ejerciendo sobre unos trabajadores del sector azucarero que sí quieren trabajar”. En cuarto lugar, asegurando que el paro era promovido por fuerzas oscuras (El País, 2008, 24 de septiembre).

Por su parte, los cultivadores asociados en Procaña se manifestaron pidiendo “una solución rápida a este conflicto laboral que los afecta gravemente, ya que se suma a los efectos de la revaluación y del invierno que tiene en serias dificultades a los agricultores” (El País, 2008, 24 de septiembre).

Los representantes de los sindicatos de empresa de los ingenios en paro, sindicatos patronales afiliados a la CTC o la CGT, “denunciaron que han sido objeto de intimidaciones, situación que fue negada por los líderes del paro” (El País, 2008, 24 de septiembre). El presidente del sindicato del ingenio Pichichí “aseguró que ‘un grupo de hombres armados se acercó a la sede del sindicato el pasado lunes a decirnos que apoyáramos el paro, o si no nos quemarían la sede’”. Los otros sindicalistas afirmaron “que personas encapuchadas se acercan a los trabajadores que están realizando labores para intimidarlos y les impiden que adelanten las labores que deben ejecutar en las empresas” (El País, 2008, 24 de septiembre).

El 17 de septiembre trabajadores de planta del ingenio Pichichí marcharon en Guacarí en contra del paro (El País, 2008, 18 de septiembre). Al día siguiente, “60 corteros de caña de este ingenio solicitaron la mediación de la Gobernación del Valle para que se les permita trabajar, pues debido al bloqueo a esa compañía no han podido cobrar el pago correspondiente a la primera quincena de septiembre” (El País, 2008, 19 de septiembre).

El 18 de septiembre se realizó la segunda marcha en contra del paro de corteros, esta vez en Palmira (El País, 2008, 19 de septiembre). La tercera marcha contra el paro fue realizada el 24 de septiembre en Cali. Los trabajadores de planta de los ingenios se concentraron en la Plazoleta de San Francisco, frente a la Gobernación (El País, 2008, 25 de septiembre).

La comisión de congresistas conformada en el Senado se reunió el 24 o 25 de septiembre con los representantes de Asocaña (El País, 2008, 25 de septiembre) y con líderes sindicales de los sindicatos de empresa de los ingenios. En esta reunión “los dirigentes sindicales reclamaron nuevamente que se respete su derecho al trabajo. ‘No es que estemos en contra de las peticiones de los

corteros, pero lo que no permitiremos es que no se nos deje trabajar’, señaló el presidente del sindicato de Incauca”.

Los congresistas de la comisión se reunieron el 26 de septiembre con los representantes de los ingenios, los cuales “manifestaron su disposición a reanudar los diálogos de manera individual con las Cooperativas y sus trabajadores asociados” y “reiteraron la necesidad de que se levante el bloqueo a las plantas, por (sic) se trata de una acción ilegal que impide cualquier acercamiento, tal como lo ha afirmado (sic) el Gobierno Nacional” (El País, 2008, 27 de septiembre).

Ese día, Asocaña emitió un comunicado insistiendo “en que el sector azucarero ha actuado con responsabilidad frente a la realidad social de los corteros. ‘La opción del corte mecanizado es económicamente más rentable que el corte de caña manual. Sin embargo, conscientes de la problemática social del Valle del Cauca, los ingenios han mantenido el corte manual”. En otra parte del comunicado dijo, con respecto a la contratación de CTA: “las cooperativas son un modelo en el cual los trabajadores son dueños de su propia empresa. Esta forma de contratación fue avalada por la OIT, y los ingenios se han asegurado del cumplimiento de las normas laborales por parte de esas entidades” (El País, 2008, 27 de septiembre).

Una modalidad de acción del gobierno nacional y la agroindustria que puede resaltarse fue la judicialización de los líderes de la huelga y dos de los asesores del senador del Polo. Para esto, utilizaron a un trabajador de la agroindustria que se acercó a la Fiscalía a denunciar penalmente a cuatro trabajadores, entre ellos el principal líder de la huelga, y a los asesores del senador, por supuestos vínculos con las Farc. “El fiscal Mario Iguarán reveló una denuncia en la que se afirma que el paro estaría infiltrado presuntamente por miembros de las Farc. Aseguró que ‘someteremos a un proceso de verificación, como corresponde, las denuncias que muestran presencia, comunicación directa y entrega de auxilios por parte de las Farc, para que se realice una toma o un paro de esta naturaleza”. Asimismo, “dijo que guerrilleros y huelguistas crearon comités de defensa para cuando llegue la Policía y se determinó que se utilizarían armas blancas en estos enfrentamientos”; también se habrían creado “grupos para la quema de caña y para la destrucción de maquinaria” (El País, 2008, 27 de septiembre).

Un representante a la Cámara por el partido Conservador, integrante de la comisión del Congreso, expresó que “no se pueden aceptar las vías de hecho y menos con movimientos ilegales” (El País, 2008, 27 de septiembre).

El ministro de la Protección Social se refirió al tema hablando de “unas personas que dieron testimonio de cómo, en una reunión en la que participaron algunos comandantes de las Farc, hablaban de la necesidad y la importancia de infiltrarse y aprovechar este movimiento social. Eso lo puse en conocimiento del Fiscal General y ellos ya lo están investigando”. Y de nuevo habló sobre el carácter ilegal de la acción de los trabajadores y su relación con la negociación: “se necesita un diálogo enmarcado en unas actividades totalmente legales. Uno no puede promover una conversación entre ingenios y corteros cuando hay una actividad ilegal de por medio, como es prohibir que un grupo de personas ejerza su libre derecho al trabajo. Aquí se necesita que los corteros desbloqueen las carreteras, y tengo la convicción de que con eso los ingenios se sentarán a buscar soluciones” (El País, 2008, 28 de septiembre).

El 25 de septiembre, “la Procuraduría Agraria y la Personería de Palmira pidieron a los corteros que no involucren a sus familias, especialmente a sus hijos menores de edad, en las actividades de protesta” (El País, 2008, 26 de septiembre). Este llamado fue recordado posteriormente por la Defensoría del Pueblo, en un informe que rindió sobre la huelga. Por su parte, ese día, los empresarios insistieron en su posición de no negociar bajo los bloqueos de los trabajadores (El País, 2008, 26 de septiembre).

El 28 de septiembre el presidente Uribe Vélez se reunió en la Escuela Militar de Aviación de Cali con el gobernador del Valle, otras autoridades de la región, y representantes del gremio azucarero, para analizar el paro de corteros.

Ese día, Uribe tomó la iniciativa por parte del bloque gobierno-empresarios y propuso una fórmula de negociación. “Esta fórmula consiste en establecer mesas de trabajo individuales para cada ingenio que incluya a los líderes del paro, los representantes de las factorías azucareras y a las centrales obreras (Confederación General del Trabajo, CGT, Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC y Central Unitaria de Trabajadores, CUT). Igualmente, “la propuesta también contempla que se levanten los bloqueos y que se respete la libertad de los trabajadores que quieren presentarse en sus puestos de trabajo”. El presidente también expresó: “Este país necesita la armonía social permanentemente. Nosotros no podemos manejar las relaciones laborales con capitalismo salvaje ni con odio de clases; no podemos manejar las relaciones de ingenios y cooperativas con falta de fraternidad. Entonces lo que queremos es construir fraternidad”. La ausencia de represión violenta a la huelga de corteros, la búsqueda de fórmulas

de negociación entre las partes por parte del gobierno y las declaraciones de Uribe se explican solamente en el contexto de la negociación del Tratado de libre comercio entre Colombia y Estados Unidos, y de la coyuntura electoral que atravesó este país, en la que Obama se impuso a McCain. El TLC se encontraba en trámite en el Congreso de los Estados Unidos, donde encontró la oposición de Nancy Pelosi, presidenta de la Cámara, y del partido Demócrata. Por su parte, Obama había manifestado en un debate televisado con McCain que no le parecía conveniente el acuerdo comercial “mientras en Colombia persistan las violaciones a los derechos humanos de los sindicalistas”¹⁰.

Ante la posición de los trabajadores de negociar con los empresarios en una mesa única, éstos defendieron la negociación por ingenio. En este sentido, el “presidente de la compañía Riopaila-Castilla, aseguró que no se pondrán limitantes a una mesa de negociación, siempre y cuando sea exclusivamente con los corteros que prestan servicios para el ingenio. ‘Hemos buscado a los representantes legales de las cooperativas y sus mesas directivas para entablar el diálogo. Esta es una empresa que quiere soluciones, pero deben ser individuales’ (El País, 2008, 29 de septiembre).

En defensa de los trabajadores de planta de los ingenios, el gobierno nacional manifestó “que no puede tolerar las amenazas a los trabajadores, porque este país ha sufrido mucho por ese flagelo”. “Cuando hablo de amenazas que han recibido algunos trabajadores, óigase bien, no estoy hablado de infiltración. Estoy hablando de amenazas”, dijo el presidente Uribe (El País, 2008, 29 de septiembre).

Una senadora vallecaucana del partido de la U organizó con el presidente del Senado la intervención de dos corteros en la plenaria el 7 de octubre de 2008. Uno de ellos, trabajador del ingenio del Cauca, Incauca, mostró remuneraciones, utilidades y condiciones de vivienda favorables en la empresa, así como otras condiciones desfavorables.

El ministro de Agricultura manifestó el 9 de octubre que el gobierno era optimista y que confiaba en que el bloqueo a la industria azucarera cesara en los próximos días. El mismo día, el ministro de salud y la Protección Social dijo que varios funcionarios de la Dirección Territorial del Ministerio fueron amenazados.

¹⁰ Tomado de: http://es.wikipedia.org/wiki/Tratado_de_Libre_Comercio_entre_Colombia_y_Estados_Unidos

El País, en su edición del 15 de octubre, informó que el gobierno nacional, a través del DAS, detuvo a 3 ciudadanos franceses que se encontraban en los campamentos de los corteros en la planta Castilla. “Uno de ellos (...) fue invitado por la Corporación para la Educación, el Desarrollo y la Investigación Popular y el Instituto Nacional Sindical a documentar el movimiento sindical cortero” (El País, 2008, 15 de octubre).

Por su parte, la Defensoría Regional del Pueblo emitió un informe denunciando injerencia y presiones por parte de sectores políticos a los trabajadores en huelga. Estos sectores habrían estado patrocinando y financiando el paro. Asimismo, señaló la “presencia indebida de niños en las carpas armadas por la protesta y limitación de acceso, movilidad y suministro de alimentos a las personas que habitan en las casas de los ingenios”. En contravía de los avances en las fórmulas de negociación la Defensoría llamó a los corteros a “acudir a los mecanismos previstos para la resolución de conflictos según lo pactado en cada convenio cooperativo” (El País, 2008, 17 de octubre, “Políticos financian el paro de corteros”).

El 16 de octubre el presidente Uribe propuso en Cali la formación de un comité garante de los acuerdos resultado de las negociaciones, “integrado por personas de confianza de las partes involucradas en el conflicto”. Manifestó preocupación por grupos ajenos a los trabajadores que, según él, trataban de presionar a algunos sectores, y dijo que “es la justicia la que tiene qué (sic) decir quiénes han llegado, en nombre de las Farc, a hacer daño” (El País, 2008, 17 de octubre, Políticos financian el paro de corteros). El ministro de salud y la Protección Social, por la coincidencia del paro de los corteros con las movilizaciones indígenas en el marco de la Minga de Resistencia Social y Comunitaria, dijo que para el gobierno era “sospechoso” que se dieran simultáneamente (El País, 2008, 17 de octubre, Protestas están infiltradas por Farc: Naranja).

El fiscal general también se manifestó diciendo que estaba “a la espera de las investigaciones de la Policía Judicial y el análisis de los fiscales adscritos al caso (de los trabajadores y asesores denunciados) para tomar las medidas que ameriten” (El País, 2008, 17 de octubre, Políticos financian el paro de corteros). Sin embargo, ese mismo día fue capturado por la Sijin de la policía uno de los trabajadores denunciados (El Tiempo, 2008, 17 de octubre). El 21 de octubre los otros tres trabajadores y los asesores del senador del Polo denunciados se presentaron voluntariamente a la sede de la Fiscalía en Cali, donde “el Juez 26 Penal Municipal, con funciones de Control de Garantías, les dictó ... medida de aseguramiento con

beneficio de excarcelación”, “por su presunta responsabilidad en los delitos de concierto para delinquir, lesiones personales y sabotaje”. Esta medida se basó en la denuncia que presentara un trabajador el 24 de septiembre en la Fiscalía (El País, 2008, 22 de octubre).

El sindicato de la Industria de Licores del Valle se pronunció ese día sobre la medida de aseguramiento, afirmando que “nunca han participado en la organización de ningún paro como se indica en un informe de las autoridades”, que “asistieron a una reunión de sindicatos que se hizo en Caloto, Cauca, ‘en donde se trató únicamente la problemática de cada empresa’, y que “durante el tiempo que nosotros estuvimos en Caloto no se orquestó ni preparó ningún paro” (El País, 2008, 22 de octubre).

Un día antes, el 20 de octubre, representantes de los municipios pidieron diálogo entre las partes. El alcalde de Florida dijo que la situación en el municipio era “sumamente delicada”. En éste había “una crisis económica tan profunda, que el comercio local está paralizado y el Municipio no percibe ingresos por concepto de impuestos”. Asimismo, “las familias de los corteros prácticamente han tenido que practicar la mendicidad en las calles para poder comer”. Por su parte, la personera de Pradera “dijo que en este municipio el 80% de la población depende de alguna manera del corte de caña”. “Tuvimos que citar a las empresas de servicios públicos para que otorguen plazo en el pago de las facturas, pues no hay una buena dinámica económica en la población” (El País, 2008, 21 de octubre).

El 21 de octubre también se pronunciaron la SAG (Sociedad de Agricultores y Ganaderos del Valle del Cauca) y el Comité Intergremial del Valle del Cauca, planteando al gobierno nacional la adopción de “medidas urgentes para conjurar la crisis económica, social y de orden público. Esta medidas, dijeron, deben lograr el desmonte de los bloqueos a los ingenios, para que se permita el derecho al trabajo y el desarrollo de la actividad empresarial”. Pedían asimismo el establecimiento de “condiciones especiales de crédito para que estas empresas y demás eslabones del clúster del azúcar puedan reiniciar sus operaciones y mitigar el impacto económico originado por su cierre” (El País, 2008, 22 de octubre, “Empezó a llegar azúcar importada”). La SAG, a través de su presidente, se había pronunciado al día siguiente de comenzar la huelga manifestando que era “indispensable crear una mesa de concertación para que todos los actores del conflicto –ingenios, cooperativas, sindicatos y contratistas- se sienten a buscar un pronto acuerdo” (El País, 2008, 22 de octubre, “Empezó a llegar azúcar importada”).

El 21 de octubre también marcharon en Candelaria los trabajadores de nómina del ingenio Mayagüez. Desde el día anterior, “a varios de los trabajadores del ingenio se les notificó mediante mensajes de celular que desde esa fecha se encuentra (sic) en licencia no remunerada”. Estos trabajadores volverían a marchar en contra del conflicto al día siguiente (El País, 2008, 22 de octubre, “Empezó a llegar azúcar importada”).

El 23 de octubre el presidente Uribe llamó a corteros y empresarios a ceder y dijo que los ingenios podían contratar a través de cooperativas, con la condición de que éstas se sometieran a la nueva normatividad expedida que les exige ser empleadores y que los ingenios reajustaran los presupuestos relacionados con las labores de corte de caña, para que los corteros recibieran una remuneración justa por su trabajo. Llamó a los corteros a aceptar su iniciativa, y dijo que no “se puede negociar un pliego de peticiones unificado” (El País, 2008, 24 de octubre, “Corteros deben ceder”).

El 27 de octubre, el ingenio Mayagüez salió en defensa de la contratación a través de cooperativas, aduciendo que mediante éstas los corteros reciben las prestaciones de ley, que en la tarifa de corte van incluidas las prestaciones, los pagos a la seguridad social y compensaciones extraordinarias para gastos de administración, transporte y dotación, y que los trabajadores reciben, después de descuentos, un total de \$828.499 (El país, 2008, 28 de octubre).

El 28 de octubre Uribe lanzó la propuesta de que la OIT se convirtiera en veedora de los acuerdos entre las partes. Esta propuesta encontró una recepción positiva entre los corteros y el secretario de Agricultura del Valle del Cauca (El País, 2008, 28 de octubre).

El 29 de octubre el superintendente de Economía Solidaria dijo en Cali que las CTA de los corteros no eran intermediarias y cumplían con la normatividad, y que “el problema del ingreso de los corteros debe solucionarse entre los ingenios y las cooperativas”. De esta manera, desde una entidad del estado, se volvía a plantear la negociación entre ingenios y cooperativas, no entre trabajadores organizados en un movimiento, e ingenios. El superintendente también afirmó que el gobierno, a través de la Ley 1233 de 2008 y el decreto 4588 de 2006, había dado las herramientas para evitar la intermediación laboral a través de las CTA (El País, 2008, 30 de octubre).

El 6 de noviembre el diario El País de Cali informaba sobre la intervención del Ministerio de salud y la Protección Social en las negociaciones entre los corteros y los ingenios (El País, 2008, 6 de noviembre).

El 7 de noviembre una manifestación de por lo menos 10.000 personas, compuesta por representantes del comercio, empresas privadas, ONGs, transportadores y trabajadores del sector azucarero, se realizó en Palmira, terminando en el parque Bolívar. Uno cortero dijo que algunas organizaciones sindicales “están buscando sindicalizar a todos los trabajadores para su beneficio propio”. Según él, ciertos sindicatos se llevarían una comisión 1,5% por su mediación en las negociaciones (El País, 2008, 8 de noviembre).

El 9 de noviembre, día en que los corteros y empresarios llegaron a acuerdos en los ingenios Providencia y Castilla, Uribe, desde México, expresó que “el oficio de cortar caña es un oficio de esclavitud”, “llamó a los empresarios y los trabajadores a buscar la fraternidad en sus relaciones”, y “dijo que la responsabilidad social empresarial es la base para fomentar la fraternidad”. Por su parte, el ministro de salud y la Protección Social anunció el redoblamiento de la vigilancia a las cooperativas contratadas por los ingenios (El País, 2008, 10 de noviembre).

El proceso organizativo de los trabajadores

La dimensión estratégica de constitución de un actor colectivo, identificado de varias maneras¹¹, representado por un órgano social como fue la comisión negociadora, se desarrolló a través del proceso organizativo de los corteros. Éste fue, desde un punto de vista conceptual (la asociación obrera), una de las fuentes del poder social de los trabajadores: el poder que surge de la asociación obrera, entendida como la organización de unas relaciones de coordinación (o subordinación), representación y autoridad (Silver, 2005).

La asociación obrera se basó en las relaciones sociales de la agroindustria y los municipios de su área de influencia.

En este sentido, la organización de los corteros se basó, en primer lugar, en sus relaciones con las cooperativas de trabajo asociado, particularmente en sus re-

¹¹ Como Movimiento de Trabajadores 14 de Junio, como corteros o simplemente como trabajadores, con base fundamentalmente en su condición de obreros, pero también en la de afrocolombianos, nariñenses, pobres y demás.

laciones de identificación con éstas, fundadas en la dependencia material y las relaciones sociales de poder. La cuestión teórica que aparece aquí es, precisamente, la relación del ser social, el cortero, con la entidad o institución como sujeto u objeto social con sus propias regulaciones, mecanismos y dirección. Las cooperativas eran ellos mismos, los trabajadores, o bien eran entidades sociales que dirigían, controlaban y les pertenecían, pero sólo sobre la base de una escasa diferenciación social y técnica en su interior, que impedía la autonomización de la autoridad y la representación del consejo de administración, particularmente del gerente. Fernando Dorado observó al respecto lo siguiente: “La mayoría de los trabajadores vinculados a las cooperativas tienen sentido de pertenencia a ellas. Se identifican por sus nombres, se preocupan por su administración, aunque no todas desarrollan relaciones democráticas o participativas. Al fin y al cabo es a través de ellas como obtienen su sustento y el de sus familias” (Dorado, 2009).

Las cooperativas gestionaban por su cuenta el transporte, la disciplina del trabajador, la afiliación y los pagos a la seguridad social, las prestaciones sociales, la dotación, entre otros aspectos antes manejados por los empleados de los ingenios. Con ello, organizaban a los trabajadores en función de una serie de aspectos de la división técnica del trabajo, creaban o fortalecían relaciones de autoridad y representación entre los trabajadores y hacían surgir, por consiguiente, un obrero colectivo (Marx, *El Capital*) no subordinado a la dirección empresarial, sino a sus propios intereses y aspiraciones, sobre la base de una escasa diferenciación social y técnica en su interior¹².

Esto contrastó con la situación de las cooperativas hasta el paro de 2005. Antes de ese año, en el período 2000-2005, las cooperativas fueron controladas y usufructuadas por intermediarios de fuerza laboral y los trabajadores cooptados y sometidos. En este sentido, la gestión y administración de las cooperativas eran socialmente ajenas a los trabajadores. El principal logro de los corteros ese año fue haber quitado en la generalidad de los casos el control de las cooperativas a esos intermediarios. Sólo a partir de la apropiación efectiva de estas entidades, a través de la eliminación de la diferenciación social de la administración y gestión, los trabajadores pudieron desarrollar una identificación con ellas.

Por otra parte, la reducción del papel de los contratistas en la agroindustria, la eliminación de las empresas asociativas de trabajo, y la escasa expansión del

¹² En muchos casos los gerentes de las cooperativas eran al mismo tiempo trabajadores activos.

contrato sindical, todos ellos venidos a menos por la expansión de las CTA, se complementaron con la recomposición social de la dirección de las cooperativas a raíz del paro de 2005.

La gestión y administración de las cooperativas por parte de los mismos trabajadores, su apropiación real, y que, en este sentido, las CTA no se les opusieran como un cuerpo extraño fueron, por consiguiente, las condiciones de posibilidad del proceso organizativo de los trabajadores.

En estas condiciones pudo surgir un tipo de liderazgo obrero diferenciado de las direcciones sindicales de los sindicatos de industria presentes en la agroindustria: Sinaltrainal, Sintraicañazucol y Sinalcorteros. En este sentido, el liderazgo obrero emergido estuvo compuesto, bien por corteros líderes ajenos a los órganos de administración y vigilancia de las CTA, bien por los mismos integrantes de estos órganos, particularmente los gerentes. Con ello, en la coyuntura organizativa, cambió el carácter de las cooperativas al cambiar los objetivos de la representación y la autoridad obreras, ya no dirigidas a hacer gestiones frente a los ingenios y a gestionar las cooperativas, sino a organizar y dirigir la acción colectiva reivindicativa.

Uno de los aspectos decisivos de la huelga de los corteros, el bloqueo a las plantas industriales, sólo fue posible por la existencia de este obrero colectivo cooperativo. Como lo explicó uno de los asesores del senador, el bloqueo de las diferentes entradas a los ingenios fue organizado asignando a cada cooperativa el bloqueo de determinada entrada.

La organización de los trabajadores por empresa no fue posible, en la generalidad de los casos, por la dispersión territorial de las cooperativas y los trabajadores. Los ingenios productores de azúcar y etanol desarrollaban su influencia en una variedad de municipios de los departamentos de Valle, Cauca y Risaralda. El área de influencia del Ingenio del Cauca, Incauca, abarcaba los municipios de Florida, Valle del Cauca, y Miranda, Cauca; el de Mayagüez comprendía al municipio de Candelaria; el de Central Tumaco abarcaba a Palmira; el de Providencia a los municipios de El Cerrito, Palmira y Guacarí; el de Manuelita a los mismos municipios de Providencia; el de María Luisa, a Pradera y Florida; el de Pichichí, a Buga, El Cerrito y Guacarí; y el de la planta industrial Central Castilla de la empresa Riopaila Castilla S.A., al municipio de Pradera (Sinaltrainal, 2008: 4). En este sentido, los trabajadores de Incauca y María Luisa se encontraban en al menos dos municipios

por cada ingenio; los de Providencia, Manuelita y Pichichí en al menos tres para cada empresa, y sólo los de Central Tumaco, la planta Castilla y Mayagüez en al menos uno por ingenio. Desde otro punto de vista, Palmira reunía a los trabajadores de al menos tres ingenios; igual ocurría con El Cerrito y Guacarí; Florida y Pradera reunían a los de al menos dos ingenios por municipio, y sólo los municipios de Candelaria, Miranda y Buga¹³, a los de al menos un ingenio. Sólo en estos tres municipios la organización por empresa coincidía con la organización territorial. En estas condiciones objetivas se impuso la organización territorial de los trabajadores sobre la organización con base en la empresa de referencia. En este sentido, las reuniones con los trabajadores de las cooperativas fueron cristalizando en comités municipales de trabajadores que agrupaban a trabajadores de diferentes CTA e ingenios. Por esta razón existieron al menos siete comités municipales de trabajadores, organizados a su vez internamente en comisiones de logística, alimentación, vigilancia, etc. La conformación de estos comités, segundo nivel organizativo con base en las cooperativas, también estuvo determinada por el fin formulado: la denuncia de los efectos sociolaborales y ambientales del modelo agroindustrial de producción de agrocombustibles, y la presentación de un pliego unificado a Asocaña y los ingenios productores de azúcar y etanol con miras a su negociación. Este fin hacía necesaria una centralización mayor de la asociación obrera. Así pues ésta se basó, en su segundo nivel, en la pertenencia territorial, como factor objetivo de la organización de los trabajadores.

Hubo un tercer y cuarto nivel organizativo. El proceso organizativo cristalizó en la formación de un comité coordinador general del Movimiento 14 de Junio, como vino a identificarse el actor colectivo en formación, y de la comisión negociadora del pliego. Esta comisión estuvo conformada por 12 trabajadores (El País, 2008, 7 de octubre, “Congresistas proponen salida al paro de corteros”). Como vocero oficial del Movimiento 14 de Junio fue elegido José Oney Valencia, cortero afrodescendiente proveniente del municipio de Patía, Cauca. La formación del comité coordinador, órgano social del movimiento obrero, expresó la centralización de la representación y la autoridad obreras frente a los agroindustriales y el gobierno nacional, resultado de la necesidad de constituir una dirección del movimiento.

Por su parte, la comisión negociadora se constituyó como aspecto organizativo de la búsqueda de una negociación sectorial con Asocaña y los ingenios productores de azúcar y etanol. Los trabajadores, como se vio más atrás, buscaron una

¹³ Aquí no se está teniendo en cuenta la influencia de los ingenios que no estuvieron paralizados.

negociación con el conjunto de la agroindustria, que hubiera significado, a más de la negociación con un sector de clase dominante, propietario y/o controlador de varias empresas agroindustriales, el establecimiento de un tipo de relaciones industriales en la agroindustria.

Estas formas organizativas declinaron cuando las empresas agroindustriales impusieron a los trabajadores, como condición de la negociación de su pliego, las negociaciones y acuerdos por ingenio y con sus respectivos trabajadores. Con ello, los trabajadores fueron progresivamente desarticulados como actor colectivo gremial al mismo nivel que el gremio de los empresarios, Asocaña, y con una fuerza mucho mayor a la de los sindicatos de industria. Con la desorganización generada se actualizó la organización por empresa, pero ya en función de la negociación y el acuerdo con los mandos medios de los ingenios.

Las otras fuentes del poder social de los trabajadores

Una segunda fuente del poder social de los corteros estuvo en la utilización de los lugares estratégicos en la producción. Con base en su organización, los trabajadores se declararon en cese de actividades y paralizaron simultáneamente la cosecha de caña en 8 ingenios mediante el cese colectivo del trabajo de corte. La impotencia de los mandos medios y bajos de las empresas fue completa. Con ello, los trabajadores interrumpieron significativamente el suministro de caña a las plantas industriales y afectaron gravemente la continuidad de la actividad agroindustrial. Sin embargo, el poder negociador de los corteros no hubiera podido mantenerse basado en esta sola medida, puesto que las empresas agroindustriales hubieran podido recurrir a una combinación de al menos cuatro medidas: utilizar sus stocks de mercancías para continuar su actividad económica; recurrir a otros ingenios no paralizados para abastecerse de caña para molienda; importar azúcar para cumplir sus compromisos de mercado, como efectivamente lo hicieron una vez el gobierno lo autorizó; reemplazar en alguna medida la composición de la fuerza laboral. Lo decisivo, el fundamento más fuerte del poder social y de negociación de los trabajadores, fue el bloqueo de las vías de entrada y salida de las plantas industriales. Con esto, con el control que ejercieron sobre estas vías, los trabajadores se aseguraron la paralización del conjunto de la actividad de las empresas agroindustriales, al impedir la entrada y salida de personal, materias primas, mercancías, y equipo técnico y de transporte. Así, acumularon una importante presión económica sobre los empresarios, al retrasarse el cumplimiento de las obligaciones de mercado y tributarias nacionales e internacionales de las empresas y extenderse sus efectos sobre la sociedad.

Los empresarios fracasaron en el intento de disolución de estos bloqueos, pues el gobierno nacional no accedió a darle un tratamiento continuado de orden público al conflicto laboral. La coyuntura en los Estados Unidos fue posiblemente el aspecto decisivo, ya que en ese momento, como se dijo más atrás, el Congreso de ese país, con la presidencia de Nancy Pelosi en la Cámara de Representantes, se oponía a la refrendación legislativa del Tratado de Libre Comercio con Colombia, y Barack Obama, en la competición electoral con el republicano John McCain, se había referido a dicho tratado diciendo que no le parecía conveniente su aprobación en tanto se mantuvieran las violaciones a los derechos humanos de los sindicalistas en Colombia.

Otros dos aspectos secundarios que impidieron la disolución violenta de los bloqueos fueron de carácter técnico y social. En primer lugar, los trabajadores confrontados por la policía portaban sus herramientas de trabajo, sus pacoras, aspecto que mejoraba su fuerza frente a los uniformados. En segundo lugar, hubo manifestaciones de solidaridad de parte del ejército colombiano hacia los manifestantes, debido al origen social y a las relaciones de filiación, amistad y demás entre soldados y corteros.

Finalmente, una tercera fuente del poder social de los trabajadores fue el mercado de trabajo del trabajo de corte de caña. Si bien la agroindustria de la caña de azúcar se caracterizaba por cierto desmonte de los mercados internos de trabajo y la consiguiente apertura de los puertos de entrada a las ocupaciones, todo ello con base en una legislación laboral reformada que flexibilizó los costos de contratación y despido de personal, la reproducción social de los corteros respondía a una temporalidad y a unas condiciones sociales de transmisión del “oficio” de cortar caña que daban estabilidad a las relaciones sociales de los corteros dentro y fuera del trabajo. Los corteros de caña eran sobre todo población migrante de la Costa Pacífica y de zonas andinas o valles interandinos en departamentos como Cauca y Nariño; habitantes de zonas marginales en los municipios de influencia de los ingenios, con un nivel educativo formal bajo, un promedio de edad de 35 años, una familia de 5 hijos en promedio, y en condiciones de pobreza, dentro de unas estructuras económicas municipales fuertemente dependientes de la actividad agroindustrial y que no les ofrecían mejores alternativas de trabajo legal. Las condiciones laborales del trabajo de corte (salarios bajos, jornadas de trabajo extensas, trabajo agotador, etc.), así como el tipo de relaciones laborales que lo organizaban hacían que su mercado de fuerza de trabajo fuera necesariamente segmentado hacia estos trabajadores afrocolombianos, indígenas,

mestizos y blancos en condiciones de pobreza, sin calificación, sin medios de vida, sin mejores alternativas laborales en la legalidad, y demás, por lo que sólo una población en estas condiciones podía permanecer en esta actividad y transmitirla a sus hijos, en el contexto de un orden social racializado. La formación del obrero colectivo cooperativo y, en general, la organización obrera para los fines de la acción colectiva, se basó en la dimensión temporal de la permanencia de los corteros en su condición social y en la trama de relaciones sociales de tipo comunitario y subjetivo en que vivían los trabajadores¹⁴. Había pues una base de relaciones de fidelidad, amistad, compadrazgo, familia y vecindad que organizaban la vida del cortero y cohesionaba a los trabajadores como sujeto social.

Desde otro punto de vista, el del “ejército industrial de reserva”, el trabajo de corte no hubiera podido ser reemplazado fácilmente por la agroindustria en el corto plazo, dados el poco atractivo de las condiciones laborales y salariales del trabajo de corte y el status devaluado del cortero de caña. En este sentido, los empresarios no podían recurrir a la amenaza de sustitución de la fuerza de trabajo por nueva fuerza de trabajo.

A lo que sí recurrieron como mecanismo ideológico de presión en su favor fue a la amenaza de la mecanización. Ideológico por cuanto no expresaba la realidad de las condiciones de la cosecha de caña, ya que, precisamente, un factor fundamental que fortaleció el poder social de los trabajadores a partir del mercado de trabajo fue la limitada mecanización del corte de caña, esto es, el hecho de que los trabajadores no pudieran ser reemplazados en el corto o incluso mediano plazo por maquinaria. El porcentaje de cosecha mecanizada en Colombia era en 2008 de sólo el 10%, mientras que en México era del 16%, en Brasil del 36%, en Argentina del 65% y en Australia, la Unión Europea y EE UU del 100%¹⁵. Y esta

¹⁴ Zibechi (2007) mostraba, para el caso de los pobladores de El Alto, en Bolivia, durante la insurrección popular en octubre de 2003, la importancia de las relaciones personales en la organización de acciones colectivas. “La comunidad no es, se hace; no es una institución, sino una forma que adoptan los vínculos entre las personas. Más importante que definir la comunidad, es ver cómo funciona. Las comunidades existen y aún preexisten al movimiento social boliviano” (Zibechi, 2007: 48). “Acciones de esta envergadura no pueden consumarse sin la existencia de una densa red de relaciones entre las personas; relaciones que son también formas de organización. El problema es que no estamos dispuestos a considerar que en la vida cotidiana las relaciones de vecindad, de amistad, de compañerismo, de compadrazgo, de familia, son organizaciones de la misma importancia que el sindicato, el partido, y hasta el propio Estado. En el imaginario dominante se entiende por organización lo instituido, y esto suelen ser aquellas relaciones de carácter jerárquico, visibles y claramente identificables. Las relaciones pactadas, codificadas a través de acuerdos formales, suelen ser más importantes en la cultura occidental que las fidelidades tejidas por vínculos afectivos. En resumidas cuentas, la asociación (donde los vínculos de racionalidad convierten a las personas en medios para conseguir fines) suele ser considerada más importante que la comunidad (tejida en base a relaciones subjetivas en las que los fines son las personas). La realidad indica lo contrario, que las relaciones de carácter comunitario tienen una enorme fuerza y que es en el seno de esas relaciones donde se forjan movimientos e insurrecciones como las de octubre de 2003 en El Alto” (Zibechi, 2007: 48-49).

¹⁵ “Ingenios mecanizarán corte de caña de forma gradual tras huelga de corteros”, *Portafolio*, 3 de diciembre de 2008

mecanización del corte de caña no había podido realizarse hasta el momento sino así, de una manera muy limitada, por condiciones técnico-económicas del uso de la maquinaria que lo hacían poco o nada rentable frente a la rentabilidad conseguida con el trabajo de los corteros de caña.

Conclusiones

El movimiento obrero de los corteros de caña de la agroindustria productora de azúcar y etanol se reactivó en 2008 con base en el obrero colectivo formado a través de las cooperativas de trabajo asociado. Se basó asimismo en la organización territorial y gremial coyuntural de los trabajadores, que pudieron unificarse bajo la influencia de un sector del partido de izquierda Polo Democrático Alternativo y, en menor medida, del sindicalismo colombiano organizado en la Central Unitaria de Trabajadores, CUT, y los sindicatos de industria Sinalcorteros, Sinaltrainal y Sintraicañazucol.

Esto diferenció al movimiento de 2008 del movimiento de corteros en 2005, cuando los trabajadores de Incauca, bajo la influencia del Movimiento Obrero Independiente Revolucionario, MOIR, iniciaron una huelga en contra de los intermediarios de fuerza de trabajo que controlaban las cooperativas de trabajo asociado a las que estaban vinculados, por venirlos afectando en sus ingresos, seguridad social, prestaciones sociales y dignidad. Como lo mostró Aricapa (2006), sin que mediara vínculo organizativo alguno con los trabajadores de otros ingenios, los corteros de empresas como Manuelita, Pichichí, entre otras, fueron a la huelga después de que la misma se iniciara en Incauca y por razones muy similares.

La huelga de 2008 encuentra su explicación, desde el punto de vista de las relaciones y condiciones de trabajo, en la sobreexplotación de los trabajadores por los empresarios agroindustriales a través de 1) las cooperativas de trabajo asociado, las cuales trasladaban sobre los salarios un conjunto de responsabilidad patronales en materia de seguridad social, prestaciones, dotación, transporte y gastos administrativos, y 2) el deterioro de sus ingresos, que a su vez afectaba sus condiciones de vida y las de sus familias, debido a una reducción en el peso de los tajos cortados y a la disminución de los mismos tajos de corte, en un contexto de aumento de la inflación y desempleo escalado.

El movimiento obrero y social de los corteros y sus familias hizo surgir como actores sociales, no sólo a los mismos trabajadores, sino también a mujeres y

familiares que protagonizaron las manifestaciones en favor de la negociación del pliego obrero después de comenzado el paro.

La fuente más efectiva del poder social de los trabajadores estuvo en el bloqueo a las entradas y salidas de las plantas industriales. A lo largo de toda la huelga los empresarios agroindustriales, el gobierno de Uribe Vélez y otros actores insistieron en el desbloqueo de los ingenios como condición previa a la negociación del pliego obrero. El gobierno nacional no recurrió a la disolución violenta de los bloqueos a las fábricas porque en ese momento el Tratado de Libre Comercio acordado entre los gobiernos de Colombia y Estados Unidos, aprobado en el Congreso del primer país, no había sido sancionado en el Congreso del segundo, y enfrentaba, por una parte, la oposición demócrata parlamentaria representada en la Cámara de Representantes por Nancy Pelosi, y por otra, la del candidato demócrata a la presidencia de Estados Unidos Barack Obama. En estas condiciones, los bloqueos a las entradas y salidas de los ingenios fueron mantenidos por el movimiento de los corteros, con base en el acuerdo entre la dirigencia obrera y las bases ubicadas en las puertas de las fábricas, obligando a los empresarios y al gobierno nacional a buscar formas alternas de debilitamiento de los trabajadores.

El gobierno nacional y los agroindustriales lograron debilitar a los trabajadores atacando la segunda fuente de su poder social, esto es, la asociación obrera, en sus niveles superiores. El mecanismo utilizado fue la judicialización de los asesores del senador y cuatro trabajadores, entre ellos el principal líder del movimiento, el cortero afrodescendiente José Oney Valencia. Con ello, debilitaron la dirigencia obrera y rompieron de manera significativa el vínculo del movimiento con su principal representante político, el senador del Polo Democrático.

Otra forma de debilitar el movimiento fue la posición reiterada e inmodificada de los empresarios de negociar por ingenio. Con esta condición se ponía fin a la comisión negociadora de los corteros, principal órgano de liderazgo del movimiento, y a la posibilidad de una negociación entre actores gremiales constituidos que estableciera un nuevo marco de relaciones. Los trabajadores, en principio inflexibles con respecto a su posición de instalar una mesa global de negociación, intentaron mantener el movimiento mediante la coordinación de las mesas de negociación por ingenio por parte de la comisión negociadora.

En el vacío generado por la ausencia del senador adquirieron más relevancia las organizaciones sindicales. Los agroindustriales, por su parte, resistieron la influencia y el control de las negociaciones por parte de los asesores sindicales.

Los trabajadores no consiguieron el primer punto de su pliego de negociación, la contratación directa. Alcanzaron, en cambio, aumentos en la tarifa de corte y beneficios sociales varios. Sin embargo, puede decirse que entre los principales logros de su movimiento estuvo la conquista de los derechos a la huelga, a una negociación colectiva, dado que los acuerdos se renovarían después de un período determinado de tiempo, y el derecho a asociarse, así como el reconocimiento de su valor para la agroindustria y la sociedad regional.

Literatura citada

- Álvarez, A. y Pérez M. (2009), Deuda social y ambiental del negocio de la caña de azúcar en Colombia. Bogotá: Semillas.
- Aricapa, R. (2006), Las cooperativas de trabajo asociado en el sector azucarero. Medellín: Escuela Nacional Sindical.
- Asocaña (2005), Informe anual 2004-2005. Cali.
- Asocaña (2009), Informe anual 2008-2009. Cali.
- Asocaña (2010), Informe anual 2009-2010. Cali.
- Banco de la República (marzo de 2009), Balanza de pagos. Evolución enero-diciembre 2008. Recuperado de: http://www.banrep.gov.co/sites/default/files/paginas/ibp_2008.pdf
- Castañeda, D. (2006), Cooperativas de trabajo asociado, regulación y realidad.
- Castaño, J. (2008), Las cooperativas de trabajo asociado en el sector azucarero. (Tesis de pregrado). Cali, Universidad del Valle.
- Castaño, J. (2011), “Masculinidades y sexualidades de corteros de caña en el municipio de Candelaria, Valle”, Informe final de proyecto. Cali, Universidad del Valle.
- Centro Nacional de Productividad (2002), El conglomerado del azúcar del Valle del Cauca, Colombia. Santiago de Chile: Naciones Unidas
- Confecoop (agosto de 2009), Las cooperativas de trabajo asociado en Colombia, Observatorio cooperativo, No. 11.
- Criado, J. (2009), Calidad del empleo en las Cooperativas de Trabajo Asociado: Un análisis desde las dimensiones de la calidad del empleo. Monografía de grado. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Dorado, F. (2009). Necesidad urgente de unidad en el movimiento de los ‘corteros’ de caña. Prensa rural, 9 de abril de 2009. Recuperado de: <http://prensarural.org/spip/spip.php?article2159>

- El Espectador (2008). Corteros ponen fin a paro en ingenio María Luisa. 10 de diciembre.
- El País (2008). Sigue conflicto entre ingenios y corteros. 17 de septiembre.
- El País. (2008). Un lío laboral que amarga al Valle del Cauca. 21 de septiembre.
- El País. (2008). Comenzó el diálogo por lío laboral en los ingenios. 25 de septiembre.
- El País. (2008). Bloqueo a los ingenios impide diálogo. 26 de septiembre.
- El País (2008). Sigue el paro y los bloqueos a los ingenios azucareros. 30 de septiembre
- El País (2008). Familias de corteros reclaman diálogo. 9 de octubre de 2008.
- El País (2008). Sigue el paro y los bloqueos a los ingenios azucareros. 30 de septiembre.
- El País (2008). El azúcar sube 30% por paro de corteros. 1 de octubre.
- El País (2008). Corteros plantean fórmula de diálogo. 2 de octubre.
- El País (2008). Realidades del sector azucarero. 2 de octubre.
- El País (2008). Sigue hoy diálogo de ingenios y corteros. 6 de octubre.
- El País (2008). Congresistas proponen salida al paro de corteros. 7 de octubre.
- El País (2008). Familias de corteros reclaman diálogo. 9 de octubre.
- El País (2008). No prospera diálogo en el pleito azucarero. 11 de octubre.
- El País (2008). Con mesas individuales se buscará salida a paro azucarero. 14 de octubre.
- El País (2008). Un mes amargo en la industria azucarera. 15 de octubre.
- El País (2008). Negociaciones con corteros no avanzan. 21 de octubre
- El País (2008). Corteros e ingenios deben ceder: Uribe. 24 de octubre.
- El País (2008). Crece diálogo entre ingenios y corteros. 31 de octubre
- El País (2008). Habría acuerdo en Central Tumaco. 1 de noviembre
- El País (2008). Levantado el bloqueo en Central Tumaco. 2 de noviembre.
- El País (2008). Mayagüez licenció 900 empleados. 5 de noviembre.
- El País (2008). Se agrava situación laboral en ingenios. 6 de noviembre.
- El País (2008). Reclaman desbloqueo de ingenios. 8 de noviembre.
- El País (2008). Fin a bloqueo en Incauca y Pichichí. 9 de noviembre.
- El País (2008). Se empieza a normalizar la industria azucarera. 10 de noviembre.

- El País (2008). Se aproxima fin del conflicto azucarero. 11 de noviembre.
- El País (2008). Superado en un 99% el conflicto de los ingenios. 13 de noviembre.
- El País (2008). Se agrava la situación del ingenio María Luisa. 15 de noviembre.
- El País (2008). Sigue conflicto entre ingenios y corteros”, El País, 17 de septiembre.
- El País (2008). Comenzó el diálogo por lío laboral en los ingenios. 24 de septiembre.
- El País (2008). El Senado mediará en conflicto azucarero. 24 de septiembre.
- El País (2008). Escasez de etanol por conflicto azucarero. 18 de septiembre.
- El País (2008). Protestas contra el paro de corteros. 19 de septiembre.
- El País (2008). Comenzó el diálogo por lío laboral en los ingenios. 25 de septiembre de 2008.
- El País (2008). Por paro, Colombia importará azúcar 27 de septiembre.
- El País (2008). El Valle se está jugando su futuro. 28 de septiembre.
- El País (2008). Proponen mesas de diálogo con corteros. 29 de septiembre.
- El País (2008). Un mes amargo en la industria azucarera. 15 de octubre.
- El País (2008). Políticos financian el paro de corteros. 17 de octubre.
- El País (2008). Protestas están infiltradas por Farc: Naranjo. 17 de octubre.
- El País (2008). Nuevas capturas por paro de los corteros. 22 de octubre.
- El País (2008). Negociaciones con corteros no avanzan., 21 de octubre.
- El País (2008). Empezó a llegar azúcar importada. 22 de octubre.
- El País (2008). Sigue conflicto entre ingenios y corteros. 17 de septiembre.
- El País (2008). Empezó a llegar azúcar importada. 22 de octubre.
- El País (2008). Corteros e ingenios deben ceder: Uribe. 24 de octubre.
- El País (2008). Buscan revivir diálogo en conflicto azucarero. 28 de octubre.
- El País (2008). La OIT intervendría en el paro de corteros. 29 de octubre.
- El País (2008). Las CTA de los corteros no son intermediarias. 30 de octubre.
- El País (2008). Se agrava situación laboral en ingenios. 6 de noviembre.
- El País (2008). Reclaman desbloqueo de ingenios. 8 de noviembre
- El País (2008). Se empieza a normalizar la industria azucarera. 10 de noviembre.

- El Tiempo (2009). Senador López le responde al Presidente Uribe por declaraciones dadas en Florida. 28 de mayo.
- El Tiempo (2008). Corteros de Valle y Cauca protestan por salarios y condiciones laborales. 7 de septiembre.
- El Tiempo (2008). Un cortero despedido hace un año fue la primera captura de instigadores de violencia. 17 de octubre.
- El Tiempo (2008) Luego de 72 días, sigue el tira y afloje en el ingenio María Luisa. 26 de noviembre.
- El Tiempo (2008) Ingenio María Luisa volvió a la normalidad volvió a la normalidad tras 81 días de paro. 6 de diciembre
- Equipo Desde Abajo. (2005). El sabor amargo de la caña. Puerto Tejada, Cauca. Desde abajo, 19 de octubre.
- Farne, S. (2008), “Las cooperativas de trabajo asociado en Colombia: balance de la política gubernamental, 2002-2007”, *Revista de Economía Institucional*, vol.10, No. 18.
- Giraldo, F. (1995). “Cosecha, alce y transporte”, en: Cassalet, C.; Torres, J. S. y Isaacs, C. H. (editores), *El cultivo de la caña en la zona azucarera de Colombia*. Cali: Cenicaña.
- Gobernación del Valle (2010). Reunión con corteros en ingenio Pichichí. 13 de octubre. Recuperado de: http://www.valledelcauca.gov.co/publicaciones/reunion_con_corteros_en_ingenio_pichichi_pub
- Harvey, D. (2007), *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Husson, M. (2015), “Los límites del keynesianismo”, *Viento Sur*. Recuperado de: http://vientosur.info/IMG/pdf/Los_limites_del_Keynesianismo.pdf
- Lenis, M. (2007), “Transformación del trabajo y regulación laboral: 1990-2006”, *Precedente*. Anuario jurídico, Universidad Icesi, pp. 157-181.
- Lozano P, F. Felipe (2004). La vida plantación adentro, en *Periódico El País*, 20 de septiembre.
- Marx, K. (1977), *El capital*. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica (décima tercera reimpresión).
- Mejía, C. y Urrea, F. (1999), *Culturas empresariales e innovación en el Valle del Cauca*. Cali.
- Mesa, R. (2009), “Crisis externa y desaceleración de la economía colombiana”, *UN Periódico Impreso* No. 120.

- Miliband, R. (1998), "Análisis de clases", en: Giddens, Anthony, Turner Jonathan y otros, La teoría social, hoy. Madrid: Alianza Editorial.
- Ocampo, J. et al (2007), "La búsqueda, larga e inconclusa, de un nuevo modelo (1981-2006), en: José Antonio Ocampo (comp.), Historia económica de Colombia (Edición revisada y actualizada). Bogotá: Editorial Planeta.
- Ochoa, J. (2008), "Una lectura sencilla, en el Valle de la Caña y del dolor", *Revista Humanidad*, Año 3, No.5.
- Portafolio, 22 de diciembre de 2008 "En 2008 economía colombiana mostró un desempeño positivo en varios sectores a pesar de la desaceleración"
- Ramos, O. (1995), "Solera de la caña de azúcar", en: Cassalet, C.; Torres, J. S. y Isaacs, C. H. (editores), El cultivo de la caña en la zona azucarera de Colombia. Cali: Cenicafé.
- Rebolledo, A. (2006), "Sistema de cosecha manual de caña de azúcar en Colombia". Forotaller internacional cosecha y transporte de caña de azúcar. Cali.
- Ríos, L. (2005), "Historia corta de una desilusión", *Revista Cultura y trabajo*, No.64.
- Rojas, J. (1983), *Empresarios y tecnología en la formación del sector azucarero en Colombia, 1860-1980*. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular.
- Sentencia absolutoria en el caso corteros de caña y asesores de Alex López (2012). Buga, 10 de septiembre. Recuperado de: <http://www.derechos.org/nizkor/colombia/doc/dragon10.html>
- Silver, B. (2005) *Fuerzas de trabajo: Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Trad. Juan María López de Sa y Madariaga. Akal. Madrid. ISBN 978-84-460-2146-9
- Sinaltrainal. (2008). "El negocio de la caña", octubre 8 de 2008.
- Trabajadores Cañeros de Colombia (2008). Corteros en debate con Londoño Capurro de ASOCAÑA. 22 de septiembre. Recuperado de: <http://corteros.blogspot.com/2008/09/corteros-en-debate-con-londoo-capurro.html>
- Urrea, G. (2007), "La rápida expansión de las cooperativas de trabajo asociado en Colombia", Medellín: Escuela Nacional Sindical.
- Youtube (2008). Paro de Corteros_en_Bogotá. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=61Hwv1jfn68>
- Zibechi, R. (2007), *Dispersar el poder. Los movimientos sociales como poderes antiestatales*. Bogotá: Ediciones desde abajo.